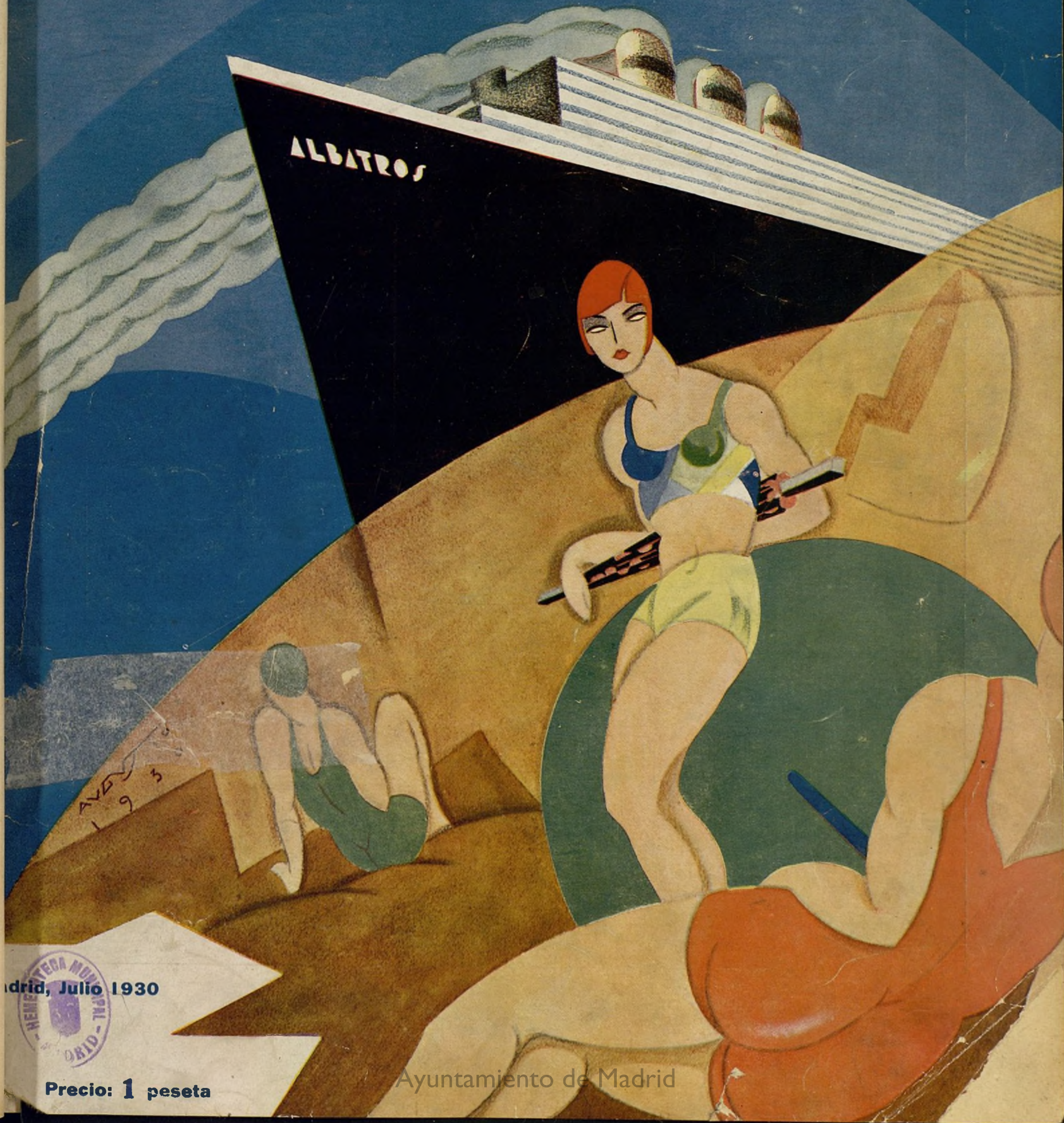


Cosmópolis

ALBATROS



Madrid, Julio 1930



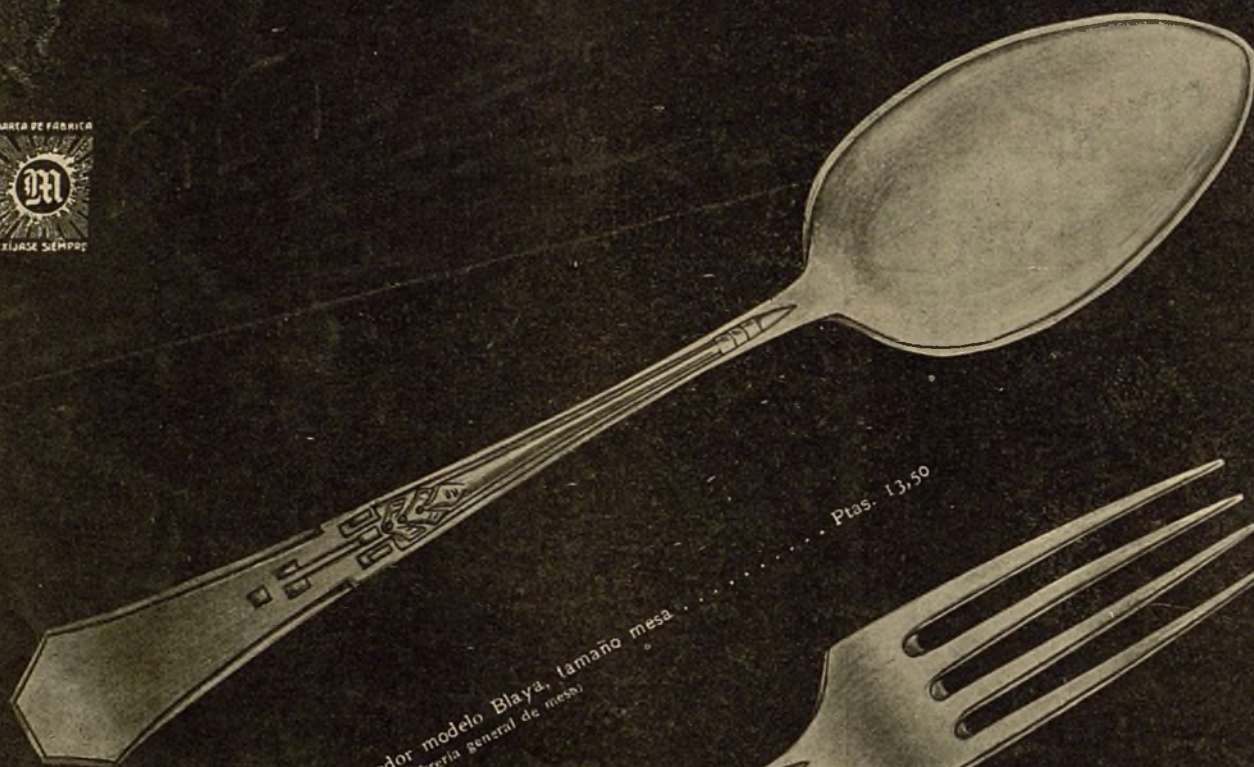
Precio: 1 peseta

Ayuntamiento de Madrid

PLATA MENESES

VIUDA E HIJOS DE EMILIO MENESES, S. EN C.

FÁBRICA NACIONAL DE ORFEBRERÍA RELIGIOSA, CUBIERTOS Y ORFEBRERÍA GENERAL DE MESA



N.º 1821.—Cuchara y tenedor modelo Blaya, tamaño mesa Ptas. 13,50
(De nuestro catálogo orfebrería General de mesa)



CASA FUNDADA EN 1840

FABRICA: CALLES DE DON RAMÓN DE LA CRUZ Y NÚÑEZ DE BALBOA

ÚNICO DESPACHO EN MADRID: PLAZA DE CANALEJAS, N.º 4

CASAS EN
BARCELONA-FERNANDO VII, 19 ♦ SEVILLA-SIERPES, 8 ♦ BILBAO-BIDEBARRIETA, 12 ♦ VALENCIA-PAZ, 5

DIRECCIÓN POSTAL: APARTADO 186 + MADRID

Solicitamos representantes en las Repúblicas sudamericanas. + Remitimos catálogos gratis con sólo mencionar esta revista.

Cosmópolis

REDACCION Y ADMINISTRACION

Príncipe de Vergara, 42 y 44
Teléfono 53742.—Apartado 33.—Dirección telegráfica y telefónica: "Cosmópolis"



DELEGACION EN MADRID

Puerta del Sol, 15, Librería Fernando Fe; Plaza del Callao, 1, Librería Renacimiento.

Año IV

Madrid, Julio de 1930

Núm. 31

EL RESURGIMIENTO DE ZOLA Y LOS NATURALISTAS

EN pocos días ha habido una verdadera resurrección de la obra de Zola, engendrada acaso como una reacción o una derivación de la conmemoración del centenario romántico. No ha sido necesaria la coincidencia de fechas que ha hecho posible el recuerdo de *Las Veladas de Medan*.

El cincuentenario de aquella feliz idea de



Maupassant.

reunir en un tomo un cuento de cada uno de los compañeros y discípulos de Zola, no hubiera sido preciso cuando en la exaltación de la obra de los románticos surgía el nombre de Zola, que, resumiendo la obra de la escuela positivista, puso término a los delirios de los poetas y novelistas románticos. En pocos días el nombre de Zola ha sido evocado como el del más grande escritor humano del siglo XIX; varias revistas abrieron una información sobre la influencia que ejerció en todas las literaturas la aparición de *Las Veladas de Medan*; se ha terminado estos días una edición completa de la obra de Zola con notas de su yerno Mauricio Le Blond, y precedida de un estudio biográfico escrito por su hija Dionisia; finalmente, Henri Barbusse, el famoso autor de *El Fuego*, ha escrito una *Vida de Emilio Zola* que nos conmovió a cuantos, siendo niños o jóvenes, hemos sentido la honda emoción que producen las titánicas concepciones de la obra zoliana.

Al mismo tiempo que se terminaba la edi-

ción de las *Obras completas*, Dionisia Le Blond Zola, hija del novelista, ha hecho una selección, inspirada y llena de amor, en la obra de su padre, que ha publicado con el título de *Obras escogidas de Zola*. Para esta obra de 400 páginas ha escrito un prólogo conmovedor, apasionado y documentado también sobre aquel que nació cerca del Mercado Central de París, que luego había de describir de prodigiosa manera; de aquel que nació de una madre francesa, Emilia Aurelia Aubert, y de un padre, el ingeniero Francisco Zola, nacido en Vene-

SUMARIO

	Páginas
<i>El resurgimiento de Zola y los naturalistas</i>	3
<i>Alas: Crónica mundial de Aviación</i> ...	4
<i>Feminismo: Informaciones de su acción social</i>	6
<i>Concurso de portadas para COSMÓPOLIS</i>	6
<i>Los apaleadores de mujeres</i> , por Dionisia Pérez.....	8
<i>El "folklore" cubano</i> , por Gastón de Mora.....	9
<i>Nuevas cartas a las mujeres</i> , por Gregorio Martínez Sierra.....	12
<i>Los rosales de don Miguel de Mañara</i> , por A. Hernández-Catá.....	13
<i>Se dice del amor y de la mujer</i>	18
<i>La muerte del almirante</i> , por Diego San José.....	19
<i>Un monumento que no se inaugura.—Bolivar en Madrid</i>	20
<i>Progresos de Cuba</i>	27
<i>El Alcázar de Segovia</i>	29
<i>La balada de la corza doncella</i> , por Ramón María Tenreiro.....	31
<i>Nosotros</i> , por Rafael Marquina.....	40
<i>Cuento</i> , dibujado por Montagud.....	42
<i>Modas: Los trajes vistos en Deauville y en Longchamps.—En las playas</i>	43
<i>Vida aristocrática: En el Real Club de Puerta de Hierro.—Una noche en el Ritz</i>	55
<i>Crónica gráfica</i>	59
<i>El hombre ante sus hermanos inferiores</i>	67
<i>Crónica cinematográfica</i> , por Baltasar Fernández Cué.....	69
<i>Teatro</i> , por Juan López-Núñez.....	72
<i>Deportes</i> , por Rienzi.....	76
<i>Vida literaria</i>	82
<i>Los escritores nuevos</i>	90
<i>Sección infantil</i> , por Antoniorrobes.....	92
<i>Criptografía</i> , por Framarcón.....	97

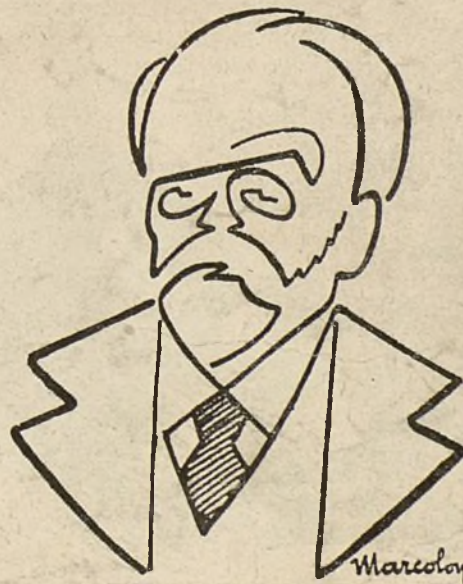
cia, de una madre griega y de un padre italiano. «Herencia latina y helénica que da a Emilio Zola una frente alta, un cerebro redondo y el rostro voluntarioso y enérgico de un romano.»

Hace algún tiempo, a raíz de la muerte de Zola, que por inesperada conmovió a todos los amantes de las letras, y de la muerte de Maupassant, más trágica aún que la de su maestro, se puso un poco de moda desdeñar el natura-



Los hijos de Emilio Zola: M. Le Blond y la señora Maurice Le Blond-Zola (Denise Aubert).

lismo a pesar de las obras portentosas que había producido. Y he aquí que a raíz de la conmemoración y exaltación del romanticismo, los hombres de letras vuelven la vista hacia el naturalismo y afirman su fe en el retornamiento a la contemplación de la realidad y a la expresión de la vida como fórmula suprema del arte. Sólo un escritor vive aún de aquella pléyade que se reunía en el retiro campestre de Zola. En la fiesta con que se ha celebrado el cincuentenario de la publicación de *Las Veladas*, este escritor, octogenario ya, León Hennique, ha referido cómo surgió y cómo se realizó la composición de ese libro con el que triunfó definitivamente el naturalismo. Emilio Zola, con *L'Assommoir*, obra maestra, incontestablemente, publicada tres años antes, había afirmado la supremacía de su teoría literaria, que consistía en la observación directa, escrupulosa de la vida y en el estudio detallado del medio ambiente en que se desenvuelve y evoluciona. Sin



Zola.

embargo, el triunfo definitivo del naturalismo no se consumó hasta 1880, cuando apareció el

tomo de cuentos reunidos en la tertulia de Medan. En esta obra se consagró también la gloria de Maupassant, apenas conocido hasta entonces. Su cuento *Bola de Sebo* pareció una de las páginas más grandes y definitivas de la



Zola visto por Tono Salazar.

literatura francesa. Todos los precursores, incluyendo a Balzac y Flaubert, parecieron balbuceantes e indecisos ante la afirmación rotunda, ante la expresión enérgica de vida que encerraba el cuento de Maupassant. Desde entonces hasta el trágico momento de su locura, Maupassant dió para todas las literaturas la fórmula definitiva del cuento. Luego, ya cuando quedó encerrado en el manicomio, se inició la decadencia de este género literario.

Lo curioso es que en 1850 Jorge Sand predijo, con una admirable precisión, el advenimiento del naturalismo. Hasta hace poco no se reparó en aquellas palabras clarividentes: «Surgerà una escuela nueva que no será ni clásica ni romántica, que acaso nosotros no veremos por culpa del tiempo, que no corre suficientemente de prisa; pero, sin duda ninguna, esta escuela saldrá del romanticismo, como la ver-

dad surge más inmediatamente de la inquietud de los vivientes que del sueño de los muertos.»

Las Veladas de Medan tuvieron la significación de un manifiesto, de la declaración de un credo, y recuerdan otra afirmación de fe literaria semejante hecha en el prólogo de *Cromwell*.

Cada año, un grupo de escritores conmemoraba, en el jardín de la casa de Medan, la aparición de este libro predilecto, y cada año un escritor distinto recuerda la figura titánica de los Rougon-Macquart. En estos últimos años se ha ido desvaneciendo el desdén con que los escritores de la nueva generación querían hacer olvidar el período de popularidad asombrosa que alcanzaron los naturalistas en todo el mundo. Era esto un fenómeno natural que se repite en la vida literaria de todas las naciones. Cada generación quisiera que el público se le entregara rendida y enteramente, olvidando las obras de los escritores que la precedieron. El mismo Zola, logrados ya sus primeros éxitos, acudió a un banquete organizado por la Redacción de una revista, de vanguardia entonces, titulada *La Plume*, y en la hora de los brindis pronunció estas palabras: «Vengo a beber con vosotros en el enterramiento de nuestros mayores. Sólo debo recomendaros que les hagamos unos solemnes funerales, en que digamos a nuestros antepasados que venimos a continuar la labor humana, y que deben apartarse a un lado para que podamos realizar serenamente nuestra obra. Despidámosles diciendo: tomamos vuestro espíritu, pero no queremos vuestra retórica.»

Sin embargo, es el resurgimiento del natu-

ralismo con el nombre de populismo y otras denominaciones hay algo más que la imitación del espíritu de Zola.

Henri Berand, en una de las conmemoraciones de esta fecha, recordaba que el resurgimiento del naturalismo como escuela literaria parece una derivación del periodismo hacia la literatura, o, mejor aún, una influencia decisiva del periodismo, que es la crónica viva de cada día, sobre la literatura que intenta perpetuar el estado de conciencia de cada pueblo. Recordó a este propósito que siempre que se acercaba a Zola un joven escritor pidiéndole consejo, le respondía: «Haced reportajes.» Esto significaba tanto como aconsejar a la juventud que escrutara las complejidades de la sociedad, que se mezclara con todas las clases, que indagara los móviles de los grandes y tocara las llagas de los humildes; que observara entre bastidores las múltiples tragedias de la existencia y sus comedias; que errara por las calles, como si las casas fuesen de cristal, a través del cual pudiera ver bien a los negociantes en sus despachos, a los obreros en sus covachas, a los políticos en sus corrillos, a los asesinos delante de la guillotina, a los diplomáticos en el vértigo de su representación y a los grandes hombres en la miseria de su gloria.

El propio Zola escribió una página admirable señalando la grandeza del periodismo como escuela de literatos. Y ahora, al conmemorar el cincuentenario de *Las Veladas de Medan*, se ha reprochado un poco a los novelistas actuales la falta de un sentido periodístico, que es la mejor expresión y reproducción de la vida misma.

CRÓNICA MUNDIAL ALAS DE AVIACIÓN

LA AVIACIÓN EN *El Noticiero Bilbaíno*
BILBAO : : : : ha dedicado unas líneas al deseo de que se constituya en aquella capital, de espíritu tan moderno, un club de aficionados a la Aviación, que impulsen la creación de un aeropuerto. Un entusiasta comentó las líneas del colega con el siguiente comunicado:

«Es verdaderamente una lástima el que Bilbao no cuente ya con un simple campo de aviación, y es más lamentable todavía el que ni siquiera se inicien los trabajos y los esfuerzos para conseguirlo rápidamente. Es asimismo algo que no se comprende el que la juventud bilbaína (tan deportista y esforzada en las luchas) no haya formado una «peña» o un «club» en donde se hable, se discuta, se practique y se fomente este deporte, lleno de encantos y de emociones como el que más. Si es que al parecer se carece aquí de un ambiente necesario para lograr una realidad que muchos desean, ¿por qué no se agrupan éstos y hacen un esfuerzo conjunto para realizar sus anhelos? Así, en un ambiente de lucha, se iniciaron la mayoría de

los clubs existentes en España y en el Extranjero y, a pesar de todo, se ha logrado ya que las ciudades que se precian de tales se preocupen de la Aviación con la atención que merece.

Ustedes, los periodistas, que conocen los elementos interesados y que cuentan con la fuerza de la Prensa, son los que deben encauzar esta cuestión y ver de lograr que las cosas cambien del estado actual. Antes que el aeropuerto, hay que hacer la juventud que asista al mismo y que tenga afición y practique este deporte, disponiendo de avionetas de turismo, de locales y de campo, en los que aprendan todos los placeres que proporciona la Aviación.»

El colega bilbaíno contestó a su comunicante con estas atinadas razones:

«Es ciertamente lamentable que en Bilbao no exista ya un club de aficionados a la Aviación, pero esto no quiere decir que no haya aficionados, y buenos, entre nosotros. Nadie olvidará que un joven bilbaíno, a bordo de una avioneta de su propiedad, dió la vuelta a Europa; que otro adquirió también un pequeño aparato para su recreo, y que otros muchos—se oye hablar constantemente de ello—comprarian asimismo aparatos de turismo, si se contara con un campo, medianamente acondicionado, al abrigo de los vientos, donde no fuese un problema despegar y tomar tierra, como pasa en el único lugar que para ello se ha venido utilizando: la playa de Algorta.

Por nosotros—y nosotros nos contamos entre los más fervidos admiradores y practicantes de este bello deporte—no faltará nunca el apoyo que se nos pide y los alientos que a cualquier ini-



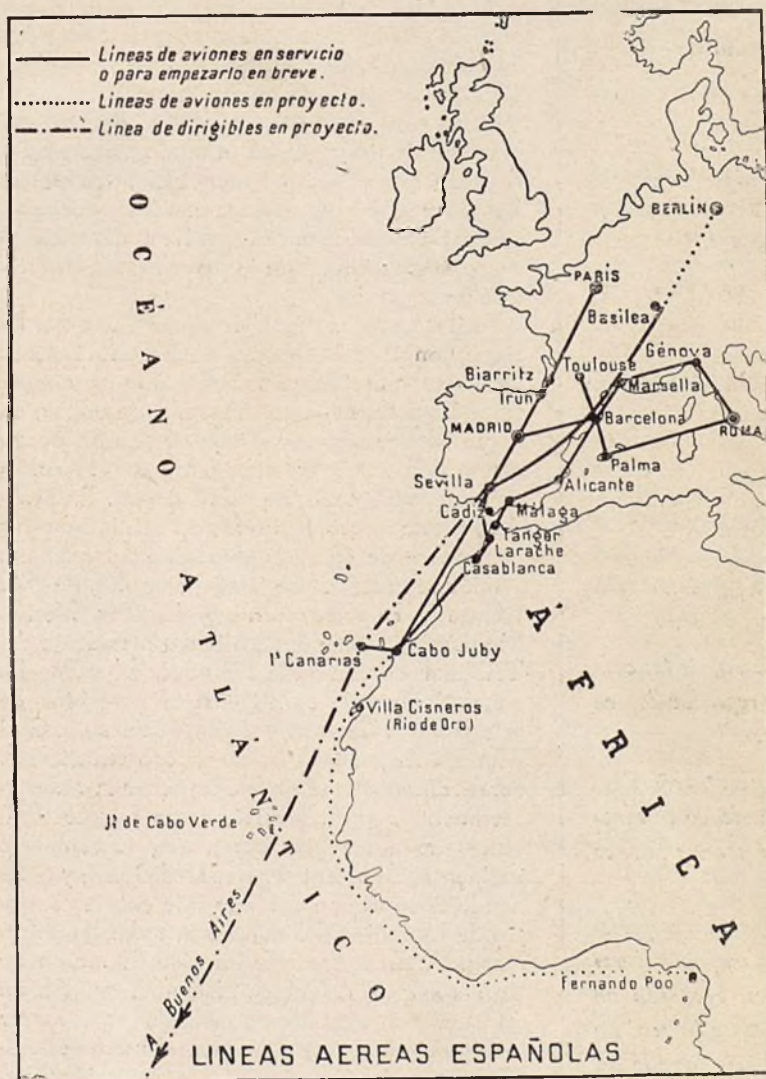
En el banquete literario con que se conmemoró el cincuentenario de la publicación de «Las veladas de Medan», brindó Rosny-Ainé, teniendo a su derecha a León Hennique, único viviente de los autores de aquel libro.

ciativa que en tal sentido se oriente sea menester prestar.»

COSMÓPOLIS hace suyas y generaliza las indicaciones precedentes. Creemos que no se ha buscado una cooperación abnegada de la Prensa, que seguramente se hubiera encontrado.

LA PROPAGANDA DE LA AVIACIÓN EN ESPAÑA : Seguramente cuantos lean estas razones del periódico bilbaíno recordarán que en todas las provincias hay una inquietud semejante. Pudimos comprobarla recientemente reflejada en periódicos de América, de Canarias y de Galicia. En pocas naciones como en España la opinión pública acompaña con mayor efusión cordial a sus aviadores, reflejando el deseo de que se implanten numerosos itinerarios y se establezcan servicios abundantes que coloquen a España en el nivel de utilización de la Aviación que existe en el Centro de Europa, en Francia y aun en el Norte de África mismo.

Sin embargo, no se refleja esta inquietud en nuestra Prensa diaria como debiera. Apareció hace poco un *Anuario de Aeronáutica*, edición oficial de la Dirección general de Navegación y Transportes Aéreos. Es una recopilación interesantísima de la vida de la Aviación española, que merecía ser mucho más divulgada, dando idea al público español del estado en que se encuentra y de los esfuerzos que se han realizado para implantar una aviación civil, que recoja y utilice la experiencia alcanzada por la abnegada aviación militar. Reproducimos el gráfico siguiente:



SERVICIOS AÉREOS ESPAÑOLES

La línea Berlín-Canarias, que figura como proyectada, fué ya inaugurada.

A la propaganda de la Aviación en España contribuyen también algunas revistas, no bastante conocidas en nuestro público. Podríamos producir, a propósito del escaso amparo que nuestros literatos y nuestros periodistas prestan a la Aviación, salvo cuando acaecen accidentes adversos o se emprenden vuelos de gran espectáculo, lo que escribía recientemente en *La Dépêche Coloniale* Octavio Homber, a propósito de la actitud adoptada por la mayoría de los periódicos parisienses ante el proyecto del ferrocarril transahariano, estimando que este proyecto grandioso, antes que obra nacional, era una empresa industrial que debía pasar por las horcas caudinas de la publicidad.

Por nuestra parte, queremos contribuir con todas nuestras fuerzas a la propaganda de la Aviación en España.

LAS RUTAS AÉREAS EN LAS REPÚBLICAS HISPANOAMERICANAS : El Departamento de Comercio de los Estados Unidos ha publicado su informe anual sobre

Aviación con el resto de América. Resumimos a continuación lo más importante de este documento: Al presente se cuentan 44.000 millas de rutas aéreas en el servicio ordinario en los países hispanoamericanos, recorridas por 375 naves aéreas, más de la mitad de las cuales pertenecen a los servicios regulares de transporte.

Antes de 1926, como lo demuestra la investigación de los aeropuertos hecha por el Departamento, los servicios aéreos ordinarios se servían con hidroplanos y no se prepararon grandes facilidades en las estaciones terminales.

Hasta hace poco—continúa el informe—la mayor parte de los aeroplanos empleados en los servicios ordinarios eran pequeños y no necesitaban campos de aterrizaje bien preparados, como lo requieren los grandes aeroplanos actualmente en uso. Los Clubs de Aviación establecieron algunos aeropuertos, así como los Gobiernos, para el uso de los aeroplanos civiles.

Con la introducción de más servicios ordinarios, algunas de las Compañías operadoras han logrado que sus Gobiernos respectivos establezcan campos de aterrizaje y aeropuertos, a la vez que otras Compañías han establecido estaciones terminales y facilidades para el aterrizaje, por cuenta propia.

Si bien algunas Municipalidades han establecido aeropuertos, la tendencia actual es que los hagan los Gobiernos nacionales, las Compañías y Clubs de Aviación.

Las condiciones climáticas han demostrado ser un factor importante

en la provisión de facilidades de aterrizaje en toda el área americana. En las regiones más tropicales, donde llueve con frecuencia, y, por consiguiente, la vegetación es espesa y sólo existen comunidades apartadas, se ha volado menos, mientras que en Cuba, Méjico, la costa sudeste del Brasil, las llanuras occidentales del Perú y la mayor parte del territorio de Chile y la Argentina, se ha volado más y se han establecido más aeropuertos y facilidades de aterrizaje.

Puesto que hay necesidad de una comunicación rápida entre las comunidades distantes en las áreas tropicales, así como las situadas más al sur y al norte, se espera que se preparen terrenos de aterrizaje y aeropuertos.

La introducción de servicios aéreos ordinarios a través de los Andes, entre Chile y Argentina, alrededor de la mayor parte de la costa de Sudamérica y por las Indias occidentales, Méjico y Centroamérica, ha causado la preparación de más o menos bien desarrollados campos de aterrizaje y aeropuertos.

Las largas distancias entre los centros importantes de negocios deben ser salvadas, y aun para serlo por medio de naves aéreas, se requiere tiempo.

Créese que el establecimiento continuado de aeropuertos en los últimos seis meses traerá como consecuencia el aumento de vuelos locales, la mejora de los actuales aeropuertos y campos de aterrizaje y la provisión de otros en gran número.

LO QUE DICE EL CORONEL LINDBERGH

«Puede aún transcurrir algún tiempo antes de que en Hispanoamérica se transporte a los pasajeros durante la noche; pero, desde luego, es éste el paso lógico que se aproxima en el desarrollo de la Aviación.» Así lo declara el coronel Charles A. Lindbergh, cuyo discurso en la Exposición de Aviación, en el Madison Square Garden, es esperado con gran interés, aunque no se sabe de cierto si el famoso piloto pronunciará la conferencia, ya que hasta ahora no ha recibido invitación oficial.

Antes de salir de Miami, Fla., de donde llegó a Roosevelt Field, N. Y., discutió los problemas que afectan a la navegación aérea, expresando su admiración por las actividades de la Pan American Airways Lines, quienes estuvieron enterados de sus llegadas y salidas pocos segundos después de efectuarse éstas.

«No tengo, por ahora, ningún plan para emprender un viaje trasatlántico»—dijo, contestando a preguntas de los periodistas. Aseveró que el servicio nocturno para correos en Centro y Sudamérica se llevaría a cabo antes del de pasajeros, añadiendo que durante su travesía a Cristóbal y regreso estuvo en constante comunicación radiotelegráfica con tierra.

LOS ACCIDENTES EN LOS ESTADOS UNIDOS :

Se ha publicado la estadística de Aviación correspondiente al primer semestre de 1929. Diversos aparatos han cubierto un recorrido total de 78.940.161 millas. Esta cifra revela un aumento de 25 millones de millas próximamente o sean 49 millones de kilómetros en relación con la distancia recorrida en el segundo semestre de 1928. Están comprendidos en esta cifra no sólo los servicios públicos y regulares de correos, viajeros y mercancías, sino todos los vuelos de estu-

dios, exploraciones, ensayos, etc. En los servicios regulares y públicos ha habido 15 accidentes mortales, que corresponden a un promedio de un accidente por 1.709.847 kilómetros.

Totalizando las distancias cubiertas en los vuelos de todas clases, el promedio de accidentes se eleva a uno por cada 690.187 kilómetros. En el segundo semestre de 1929 la proporción fué menor: un accidente por cada 136.693 kilómetros.

COMUNICACIONES ENTRE LA HABANA Y NUEVA YORK

El Gobierno de los Estados Unidos inauguró una nueva ruta aérea postal desde Miami a Nueva York, que acortará la distancia entre ambas ciudades en más de 500 millas.

Con este objeto se están colocando faros a lo largo de la costa del Atlántico cada cinco millas, los cuales quedarán iluminados todos a la vez a las siete de la noche, marcando el camino a los aviones correos que harán la travesía durante la noche. De esta suerte, Cuba tendrá comunicación postal aérea directa entre La Habana y Nueva York, pues actualmente existe una línea de La Habana a Miami.

EL AVIÓN EN LOS GOLPES DE ESTADO

Sabido es que el príncipe Carol de Rumania entró en su reino en un avión. Es la primera vez que se utiliza la Aviación para realizar un golpe de Estado. Lo que se ignora indudablemente es que un viaje en avión precipitó, por parte de Inglaterra, la solución de la crisis política de la isla de Malta, parecida también a un golpe de Estado.

El Papa Pío XI es un ferviente partidario de la locomoción aérea, no desaprovechando ninguna ocasión para recomendar el viaje en avión a los prelados y a los misioneros, singularmente a los que se dirigen al Extremo Oriente. Al prelado de China, que debe venir a Roma a presentar un informe sobre la situación de la Iglesia en la conturbada República, le ha aconsejado que utilice la vía aérea para hacer su viaje. Recientemente felicitó calurosamente al cardenal Hlond, primado de Polonia, por haber hecho su viaje a Roma por los aires. Conociendo estos hechos no sorprenderá a nadie que en el Vaticano se estudie la posibilidad de instalar un aeródromo.

Dr. Navarro Fernández, Arenal, 4

FEMINISMO

(Informaciones de su acción social)

LIBERACION DE LA MUJER EN TURQUIA

Por interesantes que sean las informaciones de la acción feminista en los países guiados por nuestra civilización occidental, tiene mucho más interés seguir atentamente el movimiento liberador de la mujer asiática y de otros países influidos por el mahometismo. En Turquía, en Persia, en Afganistán, en el Turquestán, la mujer musulmana, que hasta estos últimos tiempos había aceptado, como consecuencia de condiciones religiosas o históricas, una vida de reclusión, ha entrado recientemente en lucha para lograr una emancipación próxima.

Concurso de Portadas para "Cosmópolis"

Invitamos a los dibujantes de España y América española a concurrir a un concurso de portadas para esta Revista, con entera libertad de asuntos, de técnica y de escuelas. Los artistas deberán, sin embargo, atenerse a las prescripciones siguientes:

1.^a Los originales deberán ser entregados en las oficinas de la Compañía Iberoamericana de Publicaciones (Sección COSMÓPOLIS), Príncipe de Vergara, 42 y 44, antes del 31 de octubre de 1930.

2.^a Los originales serán presentados sin firma ninguna ni otra indicación del nombre del autor, y vendrán acompañados de un sobre cerrado y lacrado que contenga el nombre del autor y señas de su residencia.

3.^a Las portadas presentadas al Concurso serán expuestas durante ocho días de la primera quincena de noviembre en local adecuado de Madrid, donde los visitantes podrán designar sus preferencias y opiniones por medio de votos escritos depositados en urna apropiada. Este sufragio no decidirá el orden de los premios, pero será tenido en cuenta por el Jurado calificador.

4.^a El fallo del Jurado será emitido antes del 1 de diciembre de 1930.

5.^a El Jurado estará compuesto por personas calificadas en Artes y Letras, ajenas a la Redacción de COSMÓPOLIS.

6.^a Se otorgarán los siguientes premios:

Primero, de 750 pesetas

Segundo, de 500 —

Tercero, de 250 —

Además, COSMÓPOLIS adquirirá todas las portadas que no habiendo alcanzado premio tengan mérito suficiente para ser publicadas, previo acuerdo con sus autores.

7.^a Las portadas han de reunir las condiciones precisas para ser reproducidas en cuatromía tipográficamente.

8.^a Los nombres de los escritores y artistas que constituyan el Jurado no se conocerán sino en la ocasión de hacerse público su fallo.

9.^a Los autores, al presentar sus portadas en las oficinas de la Compañía Iberoamericana de Publicaciones, recibirán un recibo numerado, cuya presentación será inexcusable para retirar las obras, una vez resuelto el Concurso.

Turquía ha dado el ejemplo. Las primeras organizaciones de mujeres musulmanas aparecieron en Constantinopla después de la revolución de 1908. Estas organizaciones tenían por objeto obtener ciertas libertades para las mujeres que poseían una instrucción media o superior; libertades limitadas a la igualdad de trato en el seno de la familia, a la de aparecer en público sin el *feredje* o velo que les cubriera el rostro, y a la libre elección del trabajo. Se abrieron entonces en Constantinopla algunos Círculos literarios femeninos, y se crearon algunas Sociedades de beneficencia, en los que hicieron notar sus iniciativas y su laboriosidad escritoras y mujeres de acción, como las señoras Aziz Haidar, Nakar Osmán y algunas otras. Este movimiento no alcanzó todo su desarrollo sino durante la gran guerra. Se organizaron numerosas Sociedades de mujeres turcas para socorrer a los soldados del frente; y cuando la ocupación de Esmirna por los griegos, fueron las mujeres de Constantinopla quienes organizaron el primer mitin de protesta. Los servicios prestados por las mujeres en las organizaciones auxiliares del Ejército, así como ocupando en la administración los bancos, las fábricas, los talleres y los almacenes el puesto vacante que dejaban los hombres llevados a la guerra, contribuyeron a vencer los antiguos prejuicios. En el nuevo orden social que surgió a la terminación de la gran guerra, la mujer turca adquirió un papel preponderante, para el que no parecía preparada por su situación anterior.

Se la ve bien pronto tomar una parte considerable en el movimiento liberador de Turquía, defendiendo al mismo tiempo sus derechos. Habiendo decretado el Gobierno de Ankara la apertura de escuelas elementales mixtas de niños y niñas, lograron las mujeres su acceso a la enseñanza superior, que antes les estaba vedada. Ya a fin de 1920 existían más de 15 Sociedades femeninas con fines de beneficencia, de desarrollo cultural, y hasta algunas con fines políticos. Gracias a estas organizaciones las mujeres alcanzaron la posibilidad de ingresar en las Universidades.

Un informador minucioso, José Castagne, ha recordado todo el proceso de este movimiento feminista, que recobró su actividad intensamente en los primeros meses de 1923. En efecto, en mayo de este año quedó constituido un nuevo grupo feminista, con el nombre de «Hermandad de los Derechos de las Mujeres». En realidad, a este nuevo grupo se le conoció más por el nombre de «Partido femenino del pueblo».

Fué su fundadora una mujer singular, de gran talento y carácter animoso, llamada Nezika Mouhieddin Khanoum, hija del presidente del Tribunal Supremo de Mossoul. Llevadas las conclusiones que constituían el programa de este grupo al Gobierno, el gran gobernante Gazi Mustafá Kemal las hizo suyas con entusiasmo, comenzando por adoptar e imponer la reforma vestimental, que comenzó, como se recordará, obligando a los hombres a usar el sombrero occidental en lugar del gorro tradicional, y ordenando la supresión del velo que cubría el rostro de las mujeres. Finalmente, todas las reformas pedidas de carácter jurídico fueron sometidas a la gran Asamblea Nacional, reunida en Ankara, y algunas fueron incluidas en el nuevo Código civil. Así quedó fijado el nuevo estatuto de la mujer musulmana. Desapareció el derecho del marido a la repudiación, y se creó en su lugar el derecho al divorcio, que podía ser

logrado, lo mismo por el marido que por la esposa, en condiciones determinadas por la ley. El matrimonio civil precede al matrimonio religioso, cualquiera sea la confesión de los contrayentes. Las uniones entre tutores viejos y pupilas impúberes, de que se abusaba en Turquía, y que eran, en realidad, una simulación de la compra de muchachas, han quedado limitadas, porque no se puede ya, en este caso, contraer matrimonio con mujer menor de diecisiete años.

Estas reformas no fueron, para la unión de las mujeres turcas, más que un punto de partida de las reivindicaciones a que aspiraban. Nezika Monchi-ed-din Khanum convocó un Congreso en Constantinopla, que inició sus sesiones en abril de 1927, y que trazó un programa completo de las reformas que apetecía la mujer musulmana, consignando entre ellas el voto y la participación inmediata en unas elecciones municipales que estaban próximas. Esta cuestión de los derechos políticos, que parecía difícil, y que tenía la hostilidad de buena parte de la opinión, parece próxima a resolverse.

La Asamblea Nacional, a propuesta del Gobierno de Ankara, ha concedido a la mujer turca, a partir de los dieciocho años, su derecho a tomar parte en las elecciones municipales. Las disposiciones legislativas y gubernamentales han ejercido una acción bienhechora en la evolución cultural de la mujer turca. Buen número de jóvenes han conquistado ya puestos honrosos en la Administración pública y en las profesiones intelectuales, reservadas antes exclusivamente a los hombres. Sólo la cuestión del velo queda todavía por resolverse completamente, a pesar del decreto de abolición. Es el prejuicio y la rutina de la misma mujer quien pone obstáculos a su liberación completa. En los pueblos rurales, y aun en la ciudad de Anatolia, muchas mujeres se resisten a abandonar sus costumbres y sus trajes tradicionales, a pesar de que Mustafá Kemal no sólo hace las leyes, sino que influye personalmente en las costumbres. Tal ocurrió en Constantinopla el 18 de agosto de 1928, en que se celebraba un gran baile oficial a beneficio de los inválidos de la guerra, al que acudieron algunas damas aristocráticas con el rostro cubierto. Personalmente, el Gazi, que asistía a la fiesta, fué rogando, una por una, a las damas cubiertas, que se despojaban del velo. Todas accedieron al ruego de Mustafá, y desde entonces en ninguna fiesta oficial comparece una mujer cubierta. Puede considerarse, pues, como un hecho realizado la occidentalización de la mujer turca.

Precisamente en los últimos días de abril se ha celebrado un mitin monstruo en la plaza del Sultán Ahmet, el antiguo hipódromo de Bizancio, para comenzar una de estas campañas electorales femeninas. Más de 10.000 manifestantes se agruparon en la vasta sala de Estambul, muchedumbre en la que había muchos hombres atraídos por la curiosidad de aquella novedad. Varias oratrices han exaltado ante el micrófono y los altavoces la importancia que tiene en la vida musulmana la participación de la mujer en la política nacional.

Latifé Harcan, que es una de las más notables propagandistas del movimiento femenino, ha anunciado que la gran Asamblea Nacional, convencida de la capacidad de la mujer turca, le va a conceder el derecho de voto y de elegibilidad en las elecciones legislativas. De su discurso destacó, en medio de atronadores aplausos, este párrafo: «La mujer turca ha participa-

do en todo tiempo con los hombres las miserias que la patria ha atravesado en el curso de su historia. Ha soportado los más grandes sacrificios, y ha hecho los mayores esfuerzos no solamente en el hogar y en los campos, sino al margen de las trincheras, durante la guerra, en Anatolia. Libres hoy, somos iguales al hombre.» Después del mitin, la muchedumbre de mujeres marchó en manifestación a la plaza de Taxein, en Pera, donde depositaron una magnífica corona de flores a los pies del monumento a la Independencia.

En septiembre próximo se verá a las primeras concejalas (allí tienen el nombre de *hanems*) tomar asiento en los Consejos municipales. Próxima la declaración del Parlamento de Ankara concediendo el derecho electoral legislativo a las mujeres, se verá las primeras diputadas turcas tomar parte en los debates de la Asamblea Nacional de 1932. Indudablemente, del Oriente pintoresco no quedan ya más que las leyendas literarias.

EL CENTENARIO DE ARGELIA Y LA REPRESENTACIÓN DE LA MUJER ARGELINA

En las fiestas del centenario de Argelia, que se están celebrando, los franceses han querido asociar a los árabes y las cabilas, los nómadas, los sedentarios, los habitantes de la costa y los saharianos; pero en esta confraternización se echa de menos a la mujer indígena. Es hora de hacer notar que el movimiento liberador de la mujer musulmana ha repercutido escasamente en los países que parecían más adelantados, por formar parte de potencias occidentales, o porque, dada su situación geográfica, repercutía en ellos, aparentemente al menos, la civilización occidental. La mujer argelina continúa olvidada, o se hace voluntariamente ella misma olvidar en el asilo familiar, en la existencia discretamente aislada donde la ley coránica, tal como se interpreta en África del Norte, obliga a confinarla.

Vale la pena, sin embargo, señalar algunas empresas aisladas, que son, en realidad, una iniciación de la labor liberadora. Tal es la obra que realiza desde hace más de treinta años, dijérase su vida entera, una dama francesa apellidada Thévenin. Esta señora estableció una escuela para niñas indígenas en pleno barrio moro de Argel. Costóle trabajo que las niñas musulmanas se decidieran a franquear los linderos de su escuela. Y no se diga la persuasión, los halagos, las insinuaciones y seducciones que necesitó emplear para vencer la desconfianza de las familias. Bien pronto la señora Thévenin no sólo consiguió educar a las pequeñas, sino que logró ejercer una influencia moral en muchos hogares, siendo consejera y amparadora de numerosas mujeres abandonadas por sus maridos y sin armas de defensa ante la dura realidad de la vida.

Su labor educadora tuvo una inmediata recompensa, siendo de admirar cómo las niñas musulmanas gustan del estudio y tienen un afán de aprender extraordinario, impulsadas por el amor propio y el hábito de trabajo, que para la muerte es tradición en los países moriscos. Muchas muchachas lograron llegar a estudios superiores. Fueron ellas, indudablemente, las que iniciaron en Argelia la propaganda intensa que se hace de hogar en hogar contra la con-

tinuación de la bárbara costumbre del velo, que debe cubrir todos los rostros femeninos.

Una de estas alumnas escribía las siguientes palabras: «Somos eternas sacrificadas. Nuestros maridos quisieran bien tenernos cerca de ellos y a su mismo nivel, como hacen los europeos; pero sus amigos les dicen: Si no velas a tu esposa, no eres hombre.»

La señora Thévenin educa en estos momentos la segunda generación de sus primeras educandas indígenas. Veladas y casadas con modestos empleados o con pequeños propietarios o comerciantes, llevan sus hijas de siete u ocho años a aquella escuela, dichas de verlas en el lugar que habían ocupado ellas anteriormente.

En ocasión en que el gobernador general de la colonia hizo una visita a aquella escuela, la profesora expuso que recibía a las niñas indígenas sin distinción de raza ni de religión, y a muchas hijas de familias pobres había que admitirlas sin pedirles documento civil de ninguna clase. Llegaban descalzas, apenas vestidas, tirando en invierno bajo una camisa desgarrada y frecuentemente hambrientas. En la escuela, entre la maestra y las niñas pudientes hacen ropas para estas infelices, y se da el caso de que estas niñas pobres son las más asiduas en la asistencia, las más aplicadas en el trabajo y las que revelan mayores adelantos, siendo su afán de aprender una manifestación de su gratitud. Ha sido esta escuela el punto de partida de la acción liberadora que algunas mujeres han emprendido ya en Argelia, siendo lamentable, sin embargo, que los colonizadores franceses no hayan hecho más por impulsar esta empresa de redimir a las mujeres, que en las ciudades permanecen su vida entera encerradas en el hogar, y que en el campo se las unce al arado para ayudar al buey o al asno en las faenas agrícolas.

EN CUBA UNA ESTADÍSTICA OFICIAL

La Comisión Nacional de Estadística, que preside y dirige D. Domingo Espino, ha publicado un resumen de datos del curso académico de 1928 a 1929. De este trabajo tomamos las siguientes informaciones:

«El movimiento feminista de Cuba tiene su máxima expresión y potencialidad, en estos momentos, en la Universidad Nacional; allí es donde la mujer ha alcanzado más importantes y renovados triunfos, donde mejor ha probado su robusta mentalidad y los nobles y levantados empeños que persigue. En el curso de 1925 a 1926, las mujeres matriculadas en nuestro primer centro docente representaban una proporción del 12 por 100; en 1926 a 1927, del 15 por 100; en 1927 a 1928, del 23 por 100; y en 1928 a 1929, del 22 por 100. El total de mujeres graduadas representaba en 1925 a 1926 una proporción del 17 por 100; en 1926 a 1927, del 18 por 100; en 1927 a 1928, del 21 por 100, y en 1928 a 1929, del 20 por 100.

»Revelación de un esfuerzo intenso y perseverante es el hecho de que se haya mantenido el porcentaje que corresponde al número de mujeres matriculadas en la Universidad Nacional, porque hay que tener en cuenta que la cifra total de las matrículas experimenta los aumentos consiguientes; y comparando la de 1925 a 1926, que era de 4.582, con la de 1928 a 1929, de 6.352, se observará que el aumento de matriculadas fué en ese último año de 1.750;

pues bien, la proporción de mujeres matriculadas en 1925 a 1926 era del 12 por 100, contra el 22 por 100 registrado en el último curso académico.

»La Pedagogía es, naturalmente, el campo preferido por la mujer. Del total de matriculadas en el curso académico de 1928 a 1929, un 54 por 100 ha seguido esos estudios; un 14 por 100 los de Filosofía y Letras; un 8 por 100 los de Farmacia; un 4 por 100 los de Medicina; un 3 por 100 los de Cirugía dental; un 3 por 100 los de Ciencias Políticas y Sociales; un 2 por 100 los de Derecho civil; un 1 por 100 los de Ciencias fisicomatemáticas; un 10 por 100 los demás estudios que se cursan en la Universidad Nacional, y que no se particularizan en este resumen, porque la proporción de cada uno de ellos es inferior al 1 por 100.

»Otro elemento de difusión de la cultura es la Escuela del Hogar, institución admirable, dirigida por una notable educadora, que ha merecido los elogios más entusiastas de caracterizadas personalidades en Cuba y en el Extranjero.»

Dr. Navarro Fernández, Arenal, 4

LOS APALEADORES DE MUJERES

EN el silencio de la avanzada noche llegaron hasta mi escritorio, donde trabajaba, unos infantiles gritos angustiados.

—¡Papá, papáito!... ¡No pegues a mamá!...

Luego, ecos de disputa, reniegos de varón airado, ruido de carreras, de golpes, y, dominiándolo todo, claro y distinto, el estridente clamor de la vocecilla infantil. Se hizo pronto el silencio, y pude continuar trabajando.

Al día siguiente, el portero me informó del caso. En estas jaulas de diez pisos, que usamos por viviendas en Madrid, estamos los vecinos en completo aislamiento, y no sabríamos de nuestras vidas y oficios si no fuese por este celoso funcionario que llamamos portero. Gracias a sus noticias pude saber quién era y qué era el apaleador.

Era un hombre de honor, era todo un caballero, hasta noble le parecía a mi confidente, porque sus apellidos, no vulgares, iban precedidos de las partículas *de* y *del*... Pertenecía a un Cuerpo del Estado, y en las cartas que le dirigían, antes del «Señor don» había abreviaturas de su excelencia o ilustría. Y, además, en la solapa de su chaqueta lucía de constante un botoncillo rojo, representativo de alguna condecoración... Era hombre de morigeradas costumbres; acudía puntualmente a su oficina; regresaba a su hogar a horas fijas; solamente de noche se permitía ir a uno de los más nombrados círculos de Madrid, y al volver, en la madrugada ya, no podía conciliar el sueño sin darse el placer sádico de torturar a su mujer. Ya ésta había prevenido al portero, cuando pocos días antes se instaló la familia en el piso, de que no se hiciese caso de estos ruidos nocturnos. Refería yo el suceso de este hombre de honor en la tertulia de un café, e interrumpió mi relato uno de los concurrentes, fiscal en uno de los Juzgados municipales de la corte.

—¿De qué se asombra? ¿De qué se maravilla?

—¿De qué? —gritó—. Este mal clásico, viejo, rufianesco y donjuanesco de apaleador a las mujeres, crece como espuma. Antaño, no había apaleadores sino en el bajo pueblo, donde se cree que la mujer es una propiedad del marido, una cosa inferior, estúpida y rebelde, que sólo a palos puede tenerse dominada y sometida; pero hace tiempo que comparecen, no de tarde en tarde, ante el Juzgado en que yo actúo, apaleadores de la clase media, de la burguesía adinerada, jóvenes bien, personas conocidas, aristócratas, hombres de honor, en suma. Es una perversión moral o una degradación fisiológica que se extiende en nuestra sociedad, dicen los médicos y los sociólogos que conocen el caso.

Si asistiérais a la vista de uno de los juicios de faltas—prosiguió—, os conmovierais, no ya el recuerdo de la sevicia pasada, sino la tortura

Fundación del Premio "Revista Cosmópolis"

Debemos a nuestros lectores una explicación relativa al premio convocado para el año 1929. Diversas circunstancias, entre las que figura en primer término la ya bien notoria de los cambios y modificaciones sufridos en la vida interior de esta Revista, han aplazado más de lo que quisiéramos la resolución de este asunto. Por otra parte, el escrupuloso cuidado con que hemos querido proceder en esta ocasión, rodeando el Concurso de todas las apetecibles garantías de seriedad, ha contribuido también a que no hayamos podido dar hasta hoy a nuestros lectores noticias concretas.

Hoy nos place comunicar que se ha constituido el Jurado que ha de fallar entre las novelas presentadas y que optan al premio de 5.000 pesetas ofrecido por COSMOPOLIS. Lo forman los ilustres escritores

D. Pedro Sáinz Rodríguez,
D. Dionisio Pérez y
D. Cristóbal de Castro,

a quienes la dirección de COSMOPOLIS se complace en enviar el sincero testimonio de su gratitud por el honor que nos hacen dignándose aceptar la designación, dando con ello a los concursantes las máximas garantías de imparcialidad y acierto. Esos tres nombres preclaros son, en efecto, la mayor prueba de que el Concurso ha de ser fallado con inteligente escrúpulo y con innegable sinceridad.

En el número próximo publicaremos la lista de las obras recibidas, añadiendo las noticias concretas que con relación a la fecha del fallo y de entrega del premio podamos adelantar a nuestros lectores.

a que se somete nuevamente a la pobre mujer. El marido, cínico, asombrado generalmente de que la Justicia se inmiscuya en la intimidad de su hogar y le regatee sus derechos de amo, acusa a la apaleada implacablemente, llegando a revelaciones de afrenta y obscenidad... En cambio, la apaleada niega siempre, disculpa siempre, se acusa a sí misma, increpa a los

guardias, a los serenos, a los vecinos que actúan de testigos... Más de una vez defiende al marido y acepta y proclama su derecho a apalearla... Ya lo aprendió de niña... Igual hizo su padre... Jamás se ofreció ocasión en que las pobres mujeres muestren tan al desnudo sus almas acobardadas y sufridas de vasallaje y esclavitud...

¿Qué otra cosa podrá declarar la mísera mujer en aquella tortura del juicio oral? El marido la mira siempre, siempre, como si la conminara con la próxima paliza. Terminada la vista, dictada la sentencia, la pobre mujer habrá de volver al hogar y encontrarse allí a solas con el marido de duro corazón. Y he aquí que yo, fiscal, sólo puedo pedir que se imponga una multa al apaleador. Y más de una vez, dictada la sentencia, escuchamos a la pobre mujer romper en llanto: «No habéis condenado a este hombre cruel—se nos dijo un día—, ni a mí, torpe mujer, que no he sabido domarle, sino a nuestros hijos, que no comerán esta semana...»

¿Qué hacer, entonces, para contener esta creciente barbarie, ante la que cierran los ojos nuestras feministas? No debiera haber Tribunales para niños, sino más ampliamente Tribunales para el hogar; no jueces y fiscales y escribanos, ateniéndose a una ritualidad inexorable, sino Consejos tutelares con libertad de juicio y de iniciativas, con capacidad para imaginar cómo quitar la máscara del honor a estos hombres de la clase media y de la burguesía adinerada y de la aristocracia, con estudios y con carrera y con posición social, que llevan en el corazón una bestia bravía... Y luego, a esta resurrección de salvajismo habría que oponer penalidades bárbaras también. La degradación pública, la pena de Talió, el ludibrio colectivo, la afrenta social, la puesta en picota—ahora que los periódicos, libres, son como picotas alzadas no en una plazuela, sino en toda la nación—, serían más eficaces ante el mal. Imaginad la ejemplaridad que tendría coger a este vecino mío, a este hombre de honor, que no se enternecía ante el gemir angustiado: «¡Papá, papáito, no pegues a mamá», y encerrarlo en una jaula, como en Morería, y pasearlo de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo con un cartelón en que se hubiera escrito: «El excelentísimo señor de Tal y de Tal, Gran Cruz de cual, bestia cobarde que apaleaba a su mujer».

DIONISIO PÉREZ

A LOS FOTÓGRAFOS ESPAÑOLES

COSMÓPOLIS desea recibir fotografías de actualidades, deportes, costumbres, monumentos y paisajes de todas las regiones españolas.

Abonará, en las condiciones acostumbradas por este género de publicaciones, todas las que publique, reservándose el derecho de unir las de diversos fotógrafos para ilustrar artículos que hagan sus redactores o colaboradores.

Las fotografías deberán venir acompañadas de un texto conciso y claro.

DEL «FOLKLORE» CUBANO

P O R

G A S T Ó N D E M O R A



LA Habana—la hermosa capital de Cuba—tiene en su Cementerio de Colón una magnífica necrópolis. Se halla emplazada en terrenos elevados. Son numerosos y muy bellos los monumentos sepulcrales que se contemplan en esa ciudad de los muertos. Las tumbas se ven, casi siempre, cubiertas de flores. Estas ofrendas demuestran que los que en ese lugar «duermen el eterno sueño» han dejado seres que los recuerdan con amor y ternura.

Entre los espléndidos monumentos que exornan el Cementerio de Colón, hay uno muy sencillo y severo que representa a una «joven madre con un niño entre los brazos». Ella murió al tener su primer hijo, que también falleció casi al mismo tiempo que la madre. Cuando ocurrieron las dos muertes, acaeció otra desgracia en la propia familia: una hermana de esa «joven madre» murió al dar, igualmente, a luz su primer hijo. Estas tristes coincidencias, y la circunstancia de pertenecer las dos jóvenes madres a una de las familias más distinguidas de la buena sociedad habanera, de su *high life*, familia de noble prosapia y de excelente posición económica, produjeron dolorosa impresión, provocando un vivo sentimiento de lástima tamaño desgracia, lamentando todos el fin prematuro de las dos jóvenes madres y de sus respectivos vástagos.

En el andar de los años observóse, por cuantos visitaban el Cementerio de Colón, que el monumento que representa a «una joven madre con un niño entre los brazos» casi desaparecía bajo una verdadera montaña de flores, y que alrededor del sepulcro siempre había una gran multitud de gentes de todas las clases sociales y de todas las razas que conviven en La Habana. Y esas gentes, unas de pie, otras de rodillas, otras sentadas en torno de la tumba, con las cabezas descubiertas los hombres, y las mujeres en actitud recogida y reverente, toda esa gente silenciosa parecía adorar la imagen en mármol de la «joven madre con el niño entre los brazos». En horas matutinas y en horas vespertinas, un tropel de hombres y mujeres se encaminaba hacia el monumento, y lo rodeaban, concentrando en él las miradas, llenas de unción.

Y cuando se hablaba con esas desconocidas personas acerca de los motivos por los cuales reverenciaban el monumento simbolizador de la «joven madre con el niño entre los brazos», se oían estas exclamaciones, que brotaban, naturalmente, del alma, espontáneas, fervorosas, cordiales: «Amelia la Milagrosa» nos ha curado. «Amelia la Milagrosa» nos ha consolado en nuestras aflicciones. Hemos hablado con «Amelia la Milagrosa», y aquí venimos a rendirle homenaje y adoración. Aquí venimos a traerle flores y a manifestarle nuestra gratitud y nuestro cariño.»

Así, en tales términos, se expresaban esas buenas gentes. Su afluencia a la tumba llegó a ser tan grande, que se adoptaron disposiciones para impedir esa procesión constante que interrumpía el tránsito dentro del

Cementerio; y hasta el decano de la Prensa habanera, el *Diario de la Marina*, en una edición de la tarde que a la sazón publicaba, hubo de ocuparse en el asunto, pidiendo que cesasen esas manifestaciones, esas peregrinaciones, negando toda significación milagrosa a los hechos atribuidos a «Amelia la Milagrosa» por gentes exaltadas, ofuscadas, alucinadas, acaso presas de delirio colectivo, agregando, si no recordamos mal, el citado periódico, que no había más milagros que los calificados de tales por la religión católica, apostólica y romana.

* * *

¿Quién era esta «Amelia la Milagrosa» que tan honda emoción llegó



a producir en buena parte de la población habanera, y qué milagros eran esos que en el pueblo la hacían tan querida y reverenciada? ¿Cómo se formó esa leyenda? ¿Cuál fué su génesis? Aquí entramos de lleno en lo que pudiéramos llamar «cosas del folklore cubano». Todos los pueblos tienen su *folklore*. Nosotros también. A este dominio pertenece lo que relatamos, que hemos recogido y conservamos en nuestra memoria. En vida fué—ya lo hemos dicho—una joven dama, de abolengo aristocrático, de buena posición económica, dechado de todas las virtudes. Muerta prematuramente, en edad harto temprana, cuando todo le era propicio, cuando todo le sonreía, cuando todo lo tenía, la juventud, la belleza, la felicidad, el amor, el bienestar, el afecto de todos, y muerta al poner en el mundo un nuevo ser, que apenas vivió, esa desgracia consintió a lo mejor de la sociedad habanera, que perdía a una dama de la más perfecta distinción. Algún tiempo después de tan llorada

pérdida, que enlutó hogares hasta entonces venturosos, ocurrió un hecho singular. Procedente de un pueblo del interior de la provincia de La Habana, en el que ejercía el oficio de «lavandera a mano», vino a la capital de la República una mujer de edad madura, que no sabía leer y escribir. Era, pues, una analfabeta completa. El autor de estas líneas la conoció, y con ella habló algunas veces. Vió en la pobre lavandera un ser lleno de bondad y rectitud, humilde y cordial, pero de una inteligencia escasa y de absoluta ignorancia. Un día esa mujer fué a un asunto de su oficio de «lavandera a mano» a casa de una familia respetable, a la cual le prestaba el servicio de lavarle la ropa. La señora de la casa le dijo a Nica—así se llamaba la lavandera, o por ese nombre, o mote, o apodo se la conocía generalmente—que la esperase en la antesala. Allí se sentó Nica. La mampara que separaba dicha pieza de la sala se hallaba abierta, y la lavandera, mirando para ese lugar, vió un retrato grande, que colgaba de una pared. Atraída por el cuadro entró en la sala, y lo contempló fijamente. De tal modo en esto tenía concentrada la atención, que no advirtió que la se-

ñora de la casa había entrado en la sala, y que, sorprendida de ver allí a Nica, se quedó detrás de ésta sin decir ni hacer nada. La señora oyó que la lavandera conversaba en voz alta con el retrato, haciéndole preguntas y dándole contestaciones. La señora la creyó loca o chiflada. Y para sacar a Nica de su abs-



tracción, le tocó en el hombro, dirigiéndole esta pregunta: «¿Conoce usted a la persona cuyo retrato contempla? —Sí, le contestó la lavandera; con ella hablo casi todos los días—. Al oír esta respuesta, la señora le dijo al punto: —Usted está equivocada. Este retrato es el de una joven señora que murió hace años al tener su primer alumbramiento. Usted la ha confundido con otra parecida. —No, le replicó la lavandera; no estoy confundida. Este retrato es el de «A...» Ella es mi guía espiritual. Ella misma me ha comunicado su vida y su fin temprano. Ella se me aparece casi todos los días desde hace años. Yo la veo porque soy *vidente*. Yo la oigo porque soy *médium auditivo*. Yo curo a infinidad de enfermos, inspirada por ella, y los curo sin llevarles nada, sin pedirles nada, sin aceptar de ellos nada. Ella me ha dado esa misión, y yo la cumplo con amor y devoción. Y a todos ellos les digo que amen y reverencien a «A...» Que es ella la que realiza el milagro de curarlos. Que le pongan flores a su sepulcro en el Cementerio de Colón, junto al monumento que la representa con su niño entre los brazos.

* * *

La señora de la casa, estupefacta con el discurso de la infeliz lavandera, quedó presa de honda emoción. Se preguntaba si lo que acababa de ver y oír era cosa de una demente, de una lunática o de una persona cuerda. Cuando el marido de esa señora regresó a su casa, se enteró de lo ocurrido, y, en su escepticismo, se encogió de hombros; pero la cosa le pareció bastante curiosa, y se dio prisa en comunicar lo que había pasado, cuanto acababa de saber, a un su amigo, familiar muy allegado a la joven madre, cuyo retrato había provocado el incidente de que hablamos. El familiar corrió apresuradamente a casa de Nica, y ésta, apenas lo divisó, le dijo: —Yo esperaba su visita. De ella estaba prevenida por mi guía «A...». Ella se encuentra en este momento a mi lado. ¿Quiere usted hacerle alguna pregunta? —Dígale, exclamó irónicamente el pariente, que me dé una prueba convincente de su identidad. —Dice mi guía—repuso la médium—que usted le pregunte lo que le plazca acerca de cualquier asunto sólo conocido por ustedes—. Varias preguntas se formularon, y a todas contestó satisfactoriamente el «espíritu guía». El familiar quedó completamente persuadido de la realidad del fenómeno.

La fama de la médium Nica se propagó rápidamente por toda la ciudad de La Habana. La pobre, la humilde casa en que vivía, se llenaba de gente todos los días, principalmente los de fiesta. Pasaba el tiempo lavando a mano y evacuando consultas. Curaba únicamente dando «pasos magnéticos» y recomendando diferentes aplicaciones de agua. Y a todos los enfermos les decía siempre lo mismo: «Yo no soy quien curo. Es mi guía, mi buena y santa «A...». Ella realiza una misión por mi conducto. Ella es una hermana espiritual mía. Llévadle flores allá, al Cementerio de Colón, al monumento que la representa, joven y bella, con un niño

entre los brazos.» Y la gente acudía en tropel a la necrópolis a reverenciar a «Amelia la Milagrosa», hasta que ciertas disposiciones impidieron, dentro de ciertos límites, que continuasen las piadosas peregrinaciones. Todavía hay quienes visitan el monumento y lo cubren de flores. Todavía hay gentes que contemplan reverentemente el sepulcro de la «joven madre con el niño entre los brazos». Si la mejor sociedad habanera la recordará siempre como uno de sus ornamentos más preciados, en el recuerdo de infinidad de gentes perdurará, como una tradición que se transmitirá de padres a hijos, esta «Amelia la Milagrosa», que por la *mediumidad* de la pobre lavandera a mano, Nica, remedió o alivió tantos dolores, confortó tantos infortunios, infundió tanta fe y tanta esperanza. Habrá sido realidad, o ensueño, o sugestión, o fantasía, o exaltación—cuanto se quiera—lo que hemos relatado.

El espíritu científico negará todo eso. Para la Ciencia, sólo es verdadero lo demostrable y demostrado. Teniendo esto en cuenta, incluimos nuestra historia entre «las cosas del *folklore* cubano». Así lo hacemos, porque no tenemos la autoridad de un Chesterton, el insigne pensador y publicista católico inglés, para incluir entre las realidades posibles los fenómenos que parecen contrarios a las leyes conocidas de la Naturaleza. Así lo hace ese gran escritor con las historias de los duendes o «aparecidos». De ahí el que pongamos la nuestra, la de «Amelia la Milagrosa», bajo el amparo del *folklore* cubano. Hacemos bien no creyendo sino lo que se ha visto y oído; pero no olvidemos las palabras dirigidas por Jesús al apóstol Tomás: *Bienaventurados, dijo el Cristo, los que no han visto y han creído*.

Habana, abril de 1929.

NOTAS BIOGRAFICAS

GASTÓN MORA, abogado y escritor cubano.

Antes de la guerra de Independencia fué juez de La Habana y miembro de la Junta de gobierno del Colegio de Abogados de esa capital, y editorialista de *La Lucha* y *El Criollo*.

Después de la guerra fué electo juez de La Habana. Ha sido subsecretario de Justicia en el Gabinete del gobernador militar Wood; delegado suplente a la Convención Constituyente, y letrado consultor del Ayuntamiento de La Habana. Fué también subsecretario de Gobernación del presidente Estrada Palma.

Ha sido editorialista del *Diario de la Marina*, de *El Mundo*, de *El Comercio*, de *Heraldo de Cuba*, de *La Discusión*. Lo es de *El Excelsior*. Tres trabajos suyos, titulados *Tocqueville*, *Nécker* y *El fracaso de un profeta*, se han reproducido en la gran obra *Evolución de la cultura cubana*,



editada por el Gobierno del presidente Machado. Un artículo suyo, titulado *Raymond*, hablando de la obra de este nombre, del célebre físico inglés Oliver Lodge, artículo publicado sin firma en *El Mundo*, de La Habana, y que fué reproducido en *El Diluvio*, de Barcelona, lo reinsertó, en uno de sus últimos libros, el ilustre polígrafo español Mario Roso de Luna.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Príncipe de Vergara, 42 y 44.
Teléfono 53742.—Apartado 33.—Dirección telegráfica y telefónica: "Cosmópolis".

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España, Portugal y América: Un año, 12 pesetas; un semestre, 7 pesetas.—Francia y Alemania: Un año, 20 pesetas; un semestre, 11 pesetas.—Demás países: Un año, 30 pesetas; un semestre, 17 pesetas.



DELEGACIONES EN MADRID:

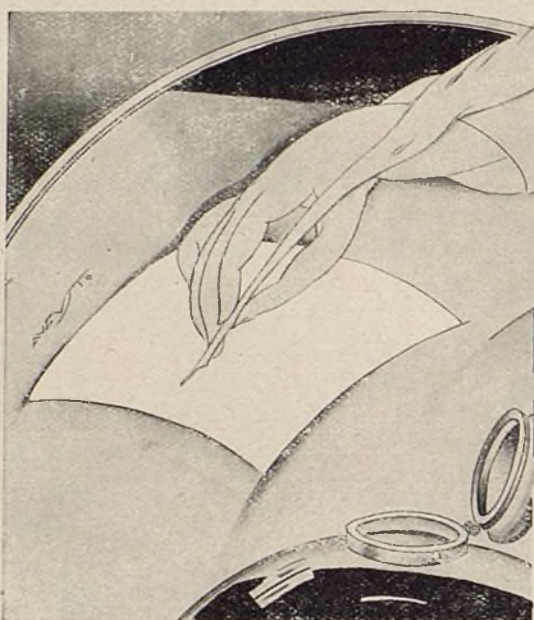
Puerta del Sol, 15, Librería Fernando Fe; Plaza del Callao, 1, Librería Renacimiento.

DELEGACIONES EN PROVINCIAS:

En Barcelona: Ronda de la Universidad, 1, Librería Barcelona.—En Sevilla: Campana (junto a Sierpes), Librería Fe.—En Cartagena: Isaac Peral, 14, Librería Fe.—En Buenos Aires: Florida, 251.



Bebé Daniels en la opereta cinematográfica "Dixiana".



NUEVAS CARTAS A LAS MUJERES

NUNCA LA LIBERTAD HA DESTRUIDO UNA VIRTUD

En la futura organización familiar que predicamos, hecha de independencia, de individualidad exaltada, de absoluto respeto a la personalidad, sin concesiones, no ya a la tiranía, sino al principio mismo de autoridad, ¿desaparecerá la virtud? No hay miedo: el amor no se pierde. Es inmortal. La virtud no desaparece. Es indestructible y se adapta a todas las formas exteriores de vida. Nunca la libertad ha destruido una virtud. Muchas han perecido a manos de la necesidad, que es la forma más dura del cautiverio. Fijémonos en la que primeramente se presenta a la imaginación cuando se habla de modificaciones de esta índole: la castidad en la mujer. ¿Creen ustedes verdaderamente que porque la mujer soltera tenga el derecho de abrir y cerrar la puerta de su cuarto sin intervención ajena ha de ser más o menos fácil de rendir? No por cierto. La virtud es estrictamente personal, mejor diría constitucional, y no tiene nada que ver con la vigilancia a que se la somete. La mejor guardada de las vírgenes pierde su castidad, no en cuanto se le abren las rejas, sino en cuanto flaquea su voluntad. No hay barrera exterior que defienda lo que la voluntad no guarda. Don Juan entra en el claustro porque la Celestina le da una llave, pero don Juan no rinde la noble voluntad de doña Inés en la soledad propicia y libertina de su quinta... y eso que está ayudado por el amor. En el mito antiguo, imaginado por hombres que estaban más cerca que nosotros de la naturaleza, y por lo tanto de la verdad, las más fieramente castas de las mujeres eran las libérrimas Amazonas. Y la más vigilada, cohibida, ahorrada y secuestrada de las hembras modernas es la prostituta profesional.

No, no; por la virtud no hay que temer. Cuando la mujer sea completamente libre por ley y por costumbre, se entregará al hombre que la sepa enamorar como ahora se le entrega, exigiendo todas las bendiciones de una religión, si es creyente de veras en alguna; con todas las garantías de juez, testigos y registro civil, si es amiga del orden y quiere asegurarse las ventajas sociales y morales de la legalidad; con apasionada y limpia generosidad, si a ello le incita lo generoso y limpio de su espíritu; con sensualidad grosera y villana, hasta en el más correcto de los matrimonios, si a ello la lleva el matiz especial de su temperamento; con facilidad liviana o venal, si es venal o liviana... Su natural virtud, aumentada con la gracia de su educación, será su defensa única en el mañana libre, como lo fueron en el ayer esclavo, como lo son en el hoy inquietante, incierto y si se quiere desequilibrado.

Y como la virtud de la castidad, todas las demás cualidades humanas: la abnegación, el altruismo, todas las virtudes cardinales y teológicas para hablar el lenguaje del Catecismo, ¿qué harán sino lo que han hecho siempre, es decir, mudar de forma para adaptarse a las mudables necesidades? La más eficiente de las amas de

casa modernas no sabe hilar, habilidad infinitamente necesaria no hace más de un siglo, y no por ello se considera menos capacitada para regir su hogar que su hilandera bisabuela, puesto que en cambio sabe coser a máquina.

Al antiguo recato temeroso, sustituirá la mujer el pudor advertido y consciente; al virginal temblor de sensitiva, la no menos sensible serenidad de quien sabe, puede y quiere defenderse; a la sumisión irracional de quien ignora, la razonable condescendencia de quien ha aprendido. Ya no hay mujer que se desmaye en una situación apurada, y el ataque de nervios como arma femenina en la lucha contra la tiranía del varón, ha pasado a la historia. Y, sin embargo, no hay hembra que deje de salirse con la suya en la más arbitraria de sus pretensiones si así se lo ha propuesto... Como no habrá varón que, si se lo propone, deje de dominar y engañar a la más sutil, avisada, instruida y equilibrada de las conscientes mujeres futuras... Porque mañana como hoy, y hoy lo mismo que ayer, emplee el arma que se emplee, y reine la forma de derecho que se crea más justa, el triunfo ha sido, es y será siempre y únicamente de la voluntad. En toda relación humana, vencerá—como ha vencido desde que el mundo es mundo—el que más inflexiblemente sepa querer, y en la relación especialísima entre varón y hembra que se llama amor, se impondrá siempre el que menos ame... Precisamente porque ya hemos quedado en que el amor es estado morboso y anormal (aunque tan natural), fiebre que ha menester la naturaleza para realizar sus fines inexorables. Y todo estado anormal fisiológico, lo primero que debilita, trastorna y deshace es la voluntad.

La tragicomedia del amor no ha de suprimirla el triunfo del feminismo. En la más justa y plena igualdad ante la ley y la costumbre, como en la más absurda y tiránica de las desigualdades, el hombre y la mujer seguirán siendo el uno para el otro fuente primordial de gozo y de pena. Y seguirá considerándose dichoso el que, amando, logre correspondencia, y desdichado el que reciba en pago de su amor, desamor u olvido. No existe ni existirá jamás fórmula ni mágica ni científica que suprima el duelo inevitable del que sigue amando cuando ya no le aman, duelo fatal, puesto que de la fiebre de amor, uno de los enfermos inevitablemente sana antes que el otro, y deja con ecuanimidad cruel abrasarse al que hasta ayer fué su compañero en la dolencia inefable.

Pero este mal, si ha de sufrirse, se sufrirá sin amalgama impura de amargas bastardas, sin conflicto económico, sin lucha de miserables intereses, sin sórdida tragedia de abandono y deshonra. La mujer desamada lamentará su ilusión perdida, pero no tendrá que seguir comiendo el pan de misericordia que le otorgue el desamor de un marido, administrador de sus bienes y dueño legal de su existencia y subsistencia. No tendrá que vivir humillada bajo el mismo techo con el hombre que lleve su ilusión a otra puerta. No tendrá que mirar el resplandor de gozo que ha encendido en los ojos del amado, o la sombra de inquietud que ha tendido en su frente la inquietud de otro amor. No se verá obligada a respirar en la carne y en la ropa del

hombre que duerme a su lado y se sienta a su mesa el perfume de la otra mujer...

Y la infiel..., es decir, la que se curó antes, no tendrá, por las mezquinas consideraciones de dinero, de respetabilidad social, de posición prestada, de dignidad reflejada y postiza a que la sujeta su actual condición de satélite, que sufrir e imponer las torturas de la unión material de vidas e intereses, en el tedio insufrible de la indiferencia o en la degradación insoponible de la infidelidad mal disimulada.

Roto el lazo esencial, rota la unión. Desatado el nudo de amor, desatado el vínculo de coexistencia. Con lo cual, aun en los casos, afortunada o desdichadamente poco numerosos, de una gran pasión, la herida curará más pronto, vendrá antes el olvido, y el doliente podrá, en cuanto sane, rehacer normalmente su existencia, o en la serenidad tan grata de una salud perfecta o en la dulce inquietud de una nueva fiebre, y la llaga no correrá el peligro de envenenarse con la casi inevitable gangrena del desprecio o del odio.

¡Los hijos! ¿Qué será de ellos si el lazo se desata fácilmente y el nido se deshace o no se forma? Tampoco hay que dar a esta cuestión la trascendencia trágica que en realidad no tiene. El hijo y la madre están durante la primera edad de la criatura atados por lazo biológico tan fuerte, unidos por tan inevitable, ineludible, natural dependencia, que no habrá arreglo externo de sociedad capaz de separarlos; por el contrario, cuanto más se afirmen la independencia económica, la libertad, la dignidad humana de la mujer, cuanto más se perfeccionen su cultura y su refinamiento espiritual, más profunda y conscientemente sentirá su realza de madre y se dará cuenta de sus deberes para con el hijo. No habrá madre libre que no crie al niño. Ni mendigará, desde el momento en que pueda bastarse y bastarle, ayuda del hombre que fué su amor para el sostén del hijo que será su orgullo. Con noble altivez reclamará, es seguro, el exclusivo derecho y el deber personal de sustentadora. Si el padre, por amor, quiere asociarse a la obra, ¿quién duda que ella consentirá en hacerle sitio con ilusionado regocijo? Pero nada más. Y si no, ¿qué puede importar? En una sociedad organizada con arreglo a la moral profunda de la naturaleza, honra, nombre y sustento han de venirle al hijo por la madre. Por lo tanto, la relación de ella con el padre, no tendrá para el hijo, en la nueva ley que han de hacer las mujeres, la tremenda importancia y la significación que les dan las absurdas leyes actuales. La madre tendrá al hijo junto a sí aún más íntimamente que ahora, mientras el hijo la necesite... Después... ¿hay razón alguna para que ni hembras ni varones vivan en la colmena familiar, atados por la cohabitación con los progenitores a un pasado que en su vida, aun toda futura, no ha de servirles más que de rémora? El adolescente debe vivir entre adolescentes, en comunidades bien organizadas que le libren del gregario egoísmo familiar y le preparen, mediante la inevitable lucha entre iguales, a alcanzar el supremo triunfo individualista, la afirmación, el perfeccionamiento, el desenvolvimiento pleno de su personalidad.

G. MARTINEZ SIERRA

Los rosales de don Miguel de Mañara

POR
A. HERNÁNDEZ - GATA

Va usted a Sevilla? Pues le pido un recuerdo. No se asuste. Ni nazarenos de cartón, ni abanicos, ni yemas de San Leandro. Va usted a traerme algo que apenas ocupa lugar: una rosa. No sonría usted antes de tiempo. Se trata de un talismán fragante y no puede ser ni de esos rosales aventureros que abrazan hasta las copas de los árboles en el Parque de María Luisa, ni de los jardines del Alcázar, ni de ningún huerto, ni de ninguna reja. Ha de ser cogida en los rosales plantados por Mañara en el patio del Hospital de la Caridad.

* * *

No haría falta ir bajo el influjo de la leyenda de Mañara para sentir, apenas se traspone la puerta del Hospital de la Caridad, que se penetra en un ámbito de renovaciones difíciles. La lápida grita desde el umbral del templo el arrepentimiento exasperado del fundador, que, tras dar goce a su carne en los días juveniles, dedicó lo mejor de su vida, cara al cielo, a mitigar los dolores de la carne doliente, y quiso ser enterrado donde todos, al entrar, pisasen sus despojos. Ni el mismo Murillo, tan suave, logra sonreír en esta iglesia de retablo magnífico, toda ella con relentes de tumba, donde impera la formidable y putrefacta pintura de Valdés Leal. Y el visitante, aun cuando una hermanita de la Caridad se le acerque con suave sonrisa entre las tocas, comprende bien que dos ángeles trágicos—el Dolor y la Pasión—van a ser sus guías.

Magnífica obra espiritual es este edificio, erigido con los bienes terrenales de Don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, vivificado con sus bienes espirituales, y mantenido luego, al través de muchas generaciones, por la piedad de Sevilla. Hermano mayor hasta su tránsito de la fraternidad que temiera admitirle en su compañía, Don Miguel fué su luz más activa, y tras devolver al caudal de la caridad sus riquezas y trocar en pura humildad el orgullo de su prosapia, alzó la generosidad de los otros, moviendo con su ardiente ejemplo hasta a desconocidos como aquel Francisco Gómez de Castro, cuya dádiva superior a cincuenta mil ducados constituyó la certeza de acabamiento de este edificio, cuyas piedras y cuya alma han conservado el tiempo y los hombres. Pan, lecho, cuidado para todas las enfermedades, por repugnantes que sus dolencias sean, hállese aquí a cualquier hora del día o de la noche. A nadie puede preguntársele de dónde viene, sino cuál sufrimiento, cuál escasez lo traen. En las vastas salas, rostros ya casi de la Muerte, sufrimientos en los que el cobijo pone vagos relumbres de arco iris, grupos de

parias unidos en torno al alimento dado sin mengua siquiera una vez, y prestos, ávidos de libertad, para marchar de nuevo hacia los ásperos caminos del mundo, pasman el alma y le dicen, de pronto, el terrible secreto del *Eclesiastes*, olvidado casi siempre y con mayor lenidad aún en esta Sevilla, pagana hasta en sus más cenicientos transportes, hecha toda para el *Cantar de los Cantares*.

La losa bajo la cual, contra su voluntad, ya no están los restos del fundador, llevados a lugar más honroso por designio de los hermanos, os da, desde el umbral, la presencia vibrante de Don Miguel, cuya palabra sigue embalsamada en breves exhortaciones poéticas, en las cuales—salvo en los dos versos últimos de un soneto, admirables—el espíritu férvido de la inspiración se sobrepone a la mediocridad de la rima. Y sus retratos, su reliquia, la espada—símbolo de su acción—, el cubierto con que comía—símbolo de cotidiana servidumbre—sitúan al visitante en el tronco mismo donde las ramas se bifurcan para florecer y diverger en historia y leyenda. Dos Mañaras se nos ofrecen, y es fuerza elegir a no preferir uno de nuevo en ideal tronco que uniera el nacido de la tierra al cielo, por encima de la dispersadora fronda. En el recinto saturado de espíritu, la pugna entre la historia, dictada por la fe religiosa y sostenida por muchos doctos, contra la leyenda creada, según se dice, por los poetas y sostenida y multiplicada por el pueblo, excitan la imaginación del visitante.

La leyenda ha pretendido y casi logrado, fuera de las zonas de la erudición y la fe, identificar la figura del fundador de «La Caridad» con el burlador sevillano. Sabido es que a esta figura, gran imán de poesía, se suman las hazañas del convidado de piedra y de otros héroes de la misma vena, mitad desenfrenados gozadores mitad escépticos o crédulos desafiadores de las potencias de ultratumba. Apartándose de la casuística discusión de si Mañara fué o no modelo originario de la figura de Don Juan, pretensión fácilmente rebatible merced a la cronología, cabe discutir si fué uno de los varones en quienes, por su conducta, fausto, arrojo y poderío con la mujer, pudo reconocerse una encarnación incompleta en el análisis más cabal en el examen somero, del mito. No importe si los años de extravío fueron siete o más; si la historia—floreceda de leyendas, en dirección mística, por otra parte puede rebatir errores de fecha y errores de sitio. ¿En qué vida no existen rincones secretos donde puedan caber todos los pecados? Sin las propias palabras del héroe, la leyenda no habría podido surgir. La intui-

ción, el instinto intelectual, nos dice la imposibilidad de haber echado «porque sí» sobre estos hombros viriles que cargaron cuerpos lacerados la capa libertina de Don Juan. Sería demasiado arbitrario.

Cada carácter específico para plasmar en la conciencia colectiva exige insinuaciones lentas y el troquel poderoso del arte; pero luego se reconoce por el mismo signo. Ese arte, que lo plasma, no encierra todos sus rasgos, mas sí el poder de evocarlos: así, ante cualquier soñador altivo de arrebatada y generosa locura, decimos: Un Quijote, y en otros casos un Oteló, un Hamlet, un Tartufo. Examinados cada drama o comedia de Don Juan, desde la de Tirso a la inesperada de Arnold Bennet, observamos que sin el receptor de la conciencia popular ante la magia del nombre genitor, las aventuras de cualquiera de ella y aun de todas juntas, no bastarían para crear figura de tal jerarquía maléfica. Nada de extraño, pues, tiene que se atribuyan a Don Miguel aventuras ya aplicadas a otros, como la del Arcediano de Carmona. Basta una coincidencia, una sospecha para que toda la figura adquiera luz de certidumbre. La lenta estratificación de rasgos y episodios entresacados de vidas, separadas por distancia y tiempo hasta formar un arquetipo literario, se ejemplariza en el hecho de que en cierta crónica navarra del siglo XII la investigadora colombiana Doña Mercedes Gabrois ha encontrado huella de un galán raptor de una monja en parecidas circunstancias a las imaginadas por Zorrilla en su *Tenorio*. Basta una palabra, una anécdota, para sugerir la totalidad de la figura en su luciferiano dinamismo de prostituidor de virtudes. Ha nacido Don Juan de una especie de vanidad funesta de la mujer. Amor de condenación, placer doloroso fuera de la égida divina, el burlador entra en la perversión femenina a modo de levadura atractiva y nefanda. ¿Qué mujer no está pronta a creerse capaz de suscitar una pasión de delito capaz de atropellar todas las leyes del Cielo y de la Tierra? Bastan una sombra, la pluma de un sombrero, el tintinear de unas espuelas, un beso, un desdén, la presión de una diestra, para reconocerle o inventarle. Ni sus facciones ni su nombre importan: aun cuando se oculte, ellas saben que es incomparablemente bello y se llama Don Juan.

¿Anacronismos? ¿Imposibilidades? La opinión, hembra, no se para en obstáculos. La poesía está llena de invenciones que parecen recuerdos, y Don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, con su primor de caballeresco pegadizo y su santidad maravillosa, no puede engañarla. El aserto de los interesados en presentar a un Mañara ejemplar desde la iniciación de su vida y de que a absurdas invenciones de Merimée y de Dumas se debe la creación de la conseja, desmentida con copia de datos por el malogrado erudito gallego Víctor Sáid de Armesto en su obra ya clásica sobre *La leyenda de Don Juan*. En realidad, cuantos documentos se conocen acerca de la vida de Don Miguel de Mañara, dejan un vacío de época juvenil, al cual él mismo se refiere concretamente en uno de sus escritos en forma expresa, ajena a toda desorientadora anfibología y apta para contener el arrepentimiento de los más culpables arrebatos de pasión. La obra clásica del padre Cárdenas, cuyas dos rarisímas ediciones antiguas tenemos a la vista, se titula *Muerte, Vida y Virtudes del Venerable Caballero Don Miguel Mañara Vicentelo de Leca*, y fué publicada meses después del fallecimiento de Mañara, acaecido en mayo de 1679, a los cincuenta y dos años de edad. Su autor no oculta desde el primer capítulo la admiración fervorosa que la santa conducta y la muerte

del fundador de «La Caridad» le inspiraron. Tanto es así, que hubo de añadir la *Protesta preliminar*, advirtiendo que cuando en la obra se llama a Mañara santo, dicho epíteto no prejuzga lo que la Iglesia puede enjuiciar acerca del gran varón cuyos hechos relata. La subversión que supone el enumerar la muerte antes de la vida es ya muy expresiva para calibrar el valor y tendencia de la obra, reimpresa por la Hermandad de la Caridad, con apéndices encaminados a desmentir la leyenda libertina de Mañara, en 1903. Esta obra, al igual de las publicadas por Don Blas Rufo, por Diego Ortiz de Zúñiga y de los capítulos que en otras de índole no monográfica se dedican al excelso varón, nada incontrovertible revelan. La boda con Doña Jerónima Carrillo, la muerte de ésta; su acción cuando fué, al tocar los seis lustros como representante del Rey, a la Corte, esclarecidos están cuanto lo permite la distancia, mas no día a día, de modo que puedan negarse antes de esta edad, ya de razón plena, tumultuarias exaltaciones juveniles. Que episodios contenidos en la compilación de leyendas publicadas por Antonio de Torquemada, en Salamanca, y en la famosa del *Niño Diablo* y de *Lisardo el Estudiante* después, se le apliquen, y que un poeta, con visible hipébole lo pinte «acuchillando a contrarios, estrangulando Celestinas, siendo tentación de mujeres, pesadilla de padres, tormento de maridos, burla de la justicia, encarnación del escándalo y forma viva del cinismo», nada



demuestra. De todos modos, hasta para el fervor católico, habituado a las revelaciones del Camino de Damasco, el Mañara pecador y rescatador de pecados es más comprensible que el santo que tiene por peana una burguesía holgada y piadosa. Románticamente quizá, una santidad sin tentaciones nos produce la misma decepción que un mar sin olas.

Que por modos calumniosos se haya hecho del caballero sevillano uno de esos Atilas de la guerra sexual, par de las descendientes de Lilith en el opuesto bando, sería raro poder de la mentira. Las construcciones espirituales, aún más que las materiales, necesitan cimiento. El Don Juan y la mujer fatal, los dos grandes vengadores, los dos grandes inmolados, cumplen un destino social: el de verdugos de los reos condenados a pagar a la sociedad los inmensos crímenes que en nombre del Amor se cometen. Si fué Don Miguel renuevo de esta estirpe satánica, sólo puede inquirirse la fe que en la erudición o en la poesía se tenga. De la erudición, que en lo relativo al estudio de vidas acumula datos y datos de horas vulgares y deja otras, expresivas, profundas, herméticas y saturadas de precipitados de vida, desconfiamos; en cambio, tenemos a la poesía por la mejor brújula para guiarse en los dédalos de lo incierto. En el mismo folleto de *Homenaje*, publicado por la Junta de Rectificación, el Sr. Ibarra y González achaca a Dumas el haber tomado hartito al pie de la letra esta frase de Don Miguel: «Más de treinta años dejé el monte santo de Jesucristo y serví loco y ciego a Babilonia y sus vicios», y, basándose en la palabra treinta, y sin relacionar esta frase, que pudo, aislada, constituir mero tropo, pero que unida a otras de igual sentido y a las del testamento y el epitafio cobra significado especial, lo aléctico de Latour, quien, en su biografía de Mañara, triunfa, con una simple compulsación de fechas del constante equívoco de identificarlo con el Don Juan legendario, sin detenerse a precaver la posibilidad de que algo del héroe popular, creado ya, o por lo menos, en camino de plasmación, se realizase en la persona del caballero de Sevilla, en un lapso más o menos breve de su juventud.

Según confesión propia no hubo hombre más malo en el mundo; y si la medida de su acción culpable está en su obra de arrepentimiento, fuerza es creer que no se dejó arrastrar al calificarse por las corrientes superlativas. Sus divinizadores, que repudian por ajenas varias leyendas, se allanan a atribuirle otras mencionadas antes y después junto a diversos nombres, cual son las de haberle querido ahogar el demonio, en figura de marrano, estando en el Convento de San Pablo de la Braña, la del paso del arroyo crecido de la Monclova y el hundimiento, en Ecija, de una casa donde no habían querido darle albergue. La intercesión divina, brusca, según suele mostrarse a los varones que en repentino paso dejan la senda del error, protege a Mañara. ¿Al Mañara siempre bueno, piadoso, cumplidor de los deberes cristianos? La poesía sonríe, incrédula. Pero basta buscar la dimensión profunda del inflamado testamento y meditar en la frase «Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre del mundo» para caer en duda. Duda que se acrece al pensar en el casuismo de tono y de habilidades dialécticas impuesto a la discusión al reducirla a una disparidad anacrónica y a una identidad insostenible; y al comprobar que la frase mal comprendida, según Latour, por Dumas, dice textualmente así, no en el *Discurso de la Verdad*, sino en el maravilloso Testamento, penetrado todo él de un acento ardido de sinceridades, directo y, por lo tanto, nada anfibológico en forma ni en espíritu: «Serví a Babilonia y al demonio, su príncipe, con mil abominaciones, soberbias, adulterios, juramentos, escándalos y latrocinios, cuyos pecados y maldades no tienen número, y sola la gran sabiduría de Dios puede enumerarlos, y su infinita paciencia sufrirlos y su infinita misericordia perdonarlos.»

Cárdenas dedica a la juventud de Don Miguel apenas tres páginas, menos aún que a cualquiera de sus proezas pías; y de su matrimonio sólo hace mención para realzar el desasimiento temprano de Mañara de las vanas gracias del mundo. Narra y loa la vida de un santo de su fe, y su pluma no quiere mancharse en contar tentaciones y caídas. Toca el milagro a menudo y, sin embargo, quita a su héroe, aparte del

fulgor demoníaco sobre el cual es grato ver flamear después de la consagración de llamas la clara luz de Cristo, los adornos estéticos jamás repudiados por la religión. Sabido es que las vías de Dios son múltiples e inesperadas, que su voz y su mano pueden tocarnos en todos los minutos; mas antes que ver al gran caballero, irritado por el decomiso vulgar de unos jamones, detener sus pasos coléricos al mandato de una voz suasoria de templanza llegada a su corazón desde el Cielo, nos place suponer su primer contacto con la elección divina en el legendario seguimiento al través de las calles sevillanas, a la hora aguda del crepúsculo, de una dama que, refugiándose en la Catedral, se destoca y muestra al galán tenaz, en lugar del rostro, la calavera igualitaria a donde van a parar todas las bellezas de la carne y las audacias del pensamiento.

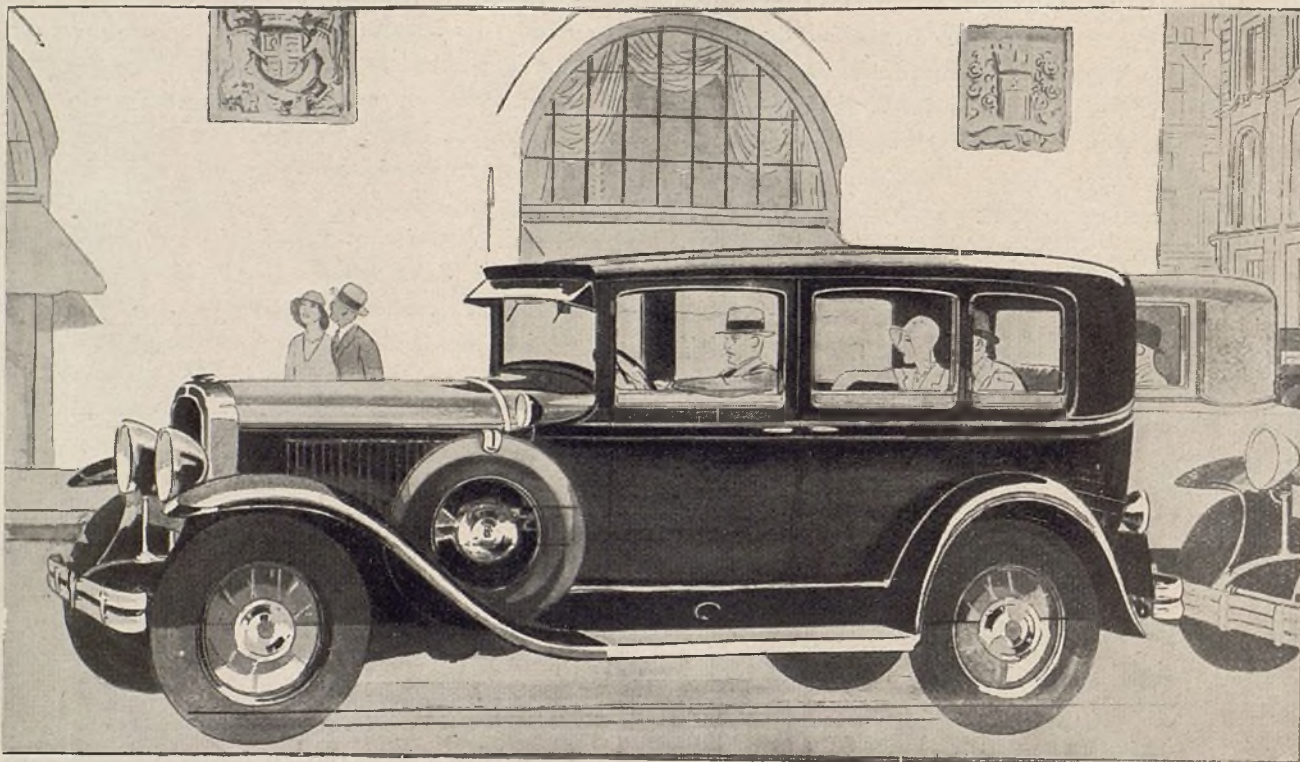
Esta y otras leyendas—mariposas de la poesía popular viva—han ido, según se ha dicho, a posarse en la gran figura del fundador del Hospital de la Caridad. Pero ¿casualmente? ¿Arbitrariamente? Lo dudamos. La leyenda no es jamás invención, sino ensanchamiento del círculo de posibilidades, embellecido, perfeccionado, no importa si hacia el bien o hacia el mal. Y, mejor que al hecho fútil y vulgar que reseña Cárdenas place, deber tan importante conversión a un suceso de milagro bello, es decir, de comprensión súbita, hermana, por ejemplo, de la que cuajó en el Duque de Gandía a San Francisco de Borja. Que faltan datos históricos de la juventud de Don Miguel, es indudable. Sin estos años de vida tempestuosa, de tributo terreno a las fuerzas del mal, el tono arrebatado del testamento, el del *Tratado de la Verdad* y, sobre todo, la frase escrita por él mismo para su propia lápida, tendrían un incomprendible regusto a jactancia o soberbia poco en armonía con quien había de dedicar a la humildad y a la caridad los bienes mejores de su ser. Y no sabemos si a la misma Iglesia conviene más representárselo varón pecador tocado en un momento y ya para siempre de activa santidad, o palabrero exagerado y hombre cuya vanidad le lleva hasta hinchar sus propios pecados al borde mismo de la tumba.

La atenta lectura del libro de Cárdenas y la de las reglas de la Caridad, impresas con la perfección propia del gran Ibarra, legada a su viuda e hijos, así como el examen de su ilustre genealogía—¡oh injerto italiano inevitable y gustoso!—, del inventario de sus pingües bienes y de la autoridad que, apenas ingresado en la Hermandad, cobró Don Miguel de Mañara, acrecen el río de la leyenda con afluentes, abstractos cada uno en sí, más concretos y poderosos si en haz se reúnen. No puede el capricho de un escritor arraigar una fábula, como no pueden los asertos más tenaces que lucidos de la admiración condicional desarraigarla. A las dudas antedichas, selladas por la suprema certidumbre que caballero tan esforzado en las luchas contra la soberbia fuera, en el momento de las voluntades últimas, escapar de la llamada por San Agustín, torre de evangélica perfección cuyo cimiento es la humildad, puede añadirse otras aún: Si era ejemplar su vida, ¿por qué quisieron darle muerte en la calle del Ataúd, donde, según Cárdenas, la voz divina, advirtiéndole, lo libró del peligro? ¿Y por qué el temor de que «los avasallara con su imperio» cuando presenta su solicitud de ser admitido como hermano de la Caridad donde había caballeros de los principales de Sevilla y es rechazado una primera vez? ¿Y por qué en la pregunta número 19 de la Información *Ad perpetuam*, para obtener en Sevilla y pueblos comarcas testimonios de la santidad de Mañara, se dicen estas palabras: «... y en los años de su mocedad y antes de su conversión...»? Las interrogaciones podían encadenarse, numerosas, Mirando los retratos del fundador y el porte de su estatua, y el tono de sus escritos, no se comprende la obstinación del grupo empecinado en quitar de la existencia del gran caballero una caída, clásica en la hagiografía según se sabe, que realza la cumbre alcanzada en el final de su existencia.

Largo rato permanecen los ojos contemplando los retratos del hombre en quien el mito demoníaco de Don Juan pudo cobrar o recobrar raíz humana. Héroe moderno, Don Juan no aparece en ninguna de las Mitologías, y su fuerza es tal, que Júpiter, Proteo y Eros, juntos, no



Instálese cómodamente
en los mullidos almohadones del Buick



En pocos metros queda parado el Buick por sus magníficos servo frenos de expansión interna

*...emprenda el viaje sin miedo a la
fatiga ni las molestias*

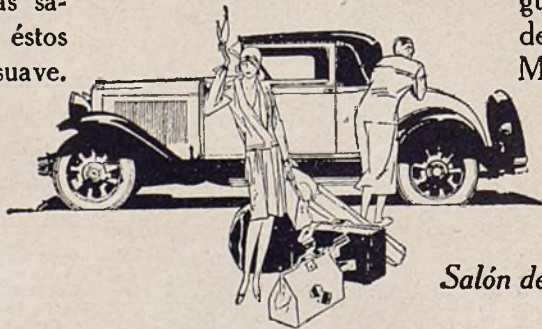
VEA usted con qué facilidad corona las cuestas con sólo pisar el acelerador; el motor Buick —de fama mundial desde hace años— funciona con absoluta regularidad y en silencio, desarrollando gran potencia.

Cualquiera que sea el estado de la carretera, la magnífica suspensión del Buick con ballestas semielípticas y amortiguadores hidráulicos evita todas las sacudidas y golpes por bruscos que éstos sean, haciendo su marcha cómoda y suave.

Observe cómo se ha extremado Fisher en sus carrocerías: las líneas rectas y airoas, el conjunto todo es de una elegancia indiscutible. Su interior tiene todos los detalles que exigen las personas de gusto más refinado.

Entre los coches modernos, el Buick, construido desde hace veintiséis años por los ingenieros más expertos de General Motors, es el 6 cilindros «tipo» de los automóviles de lujo.

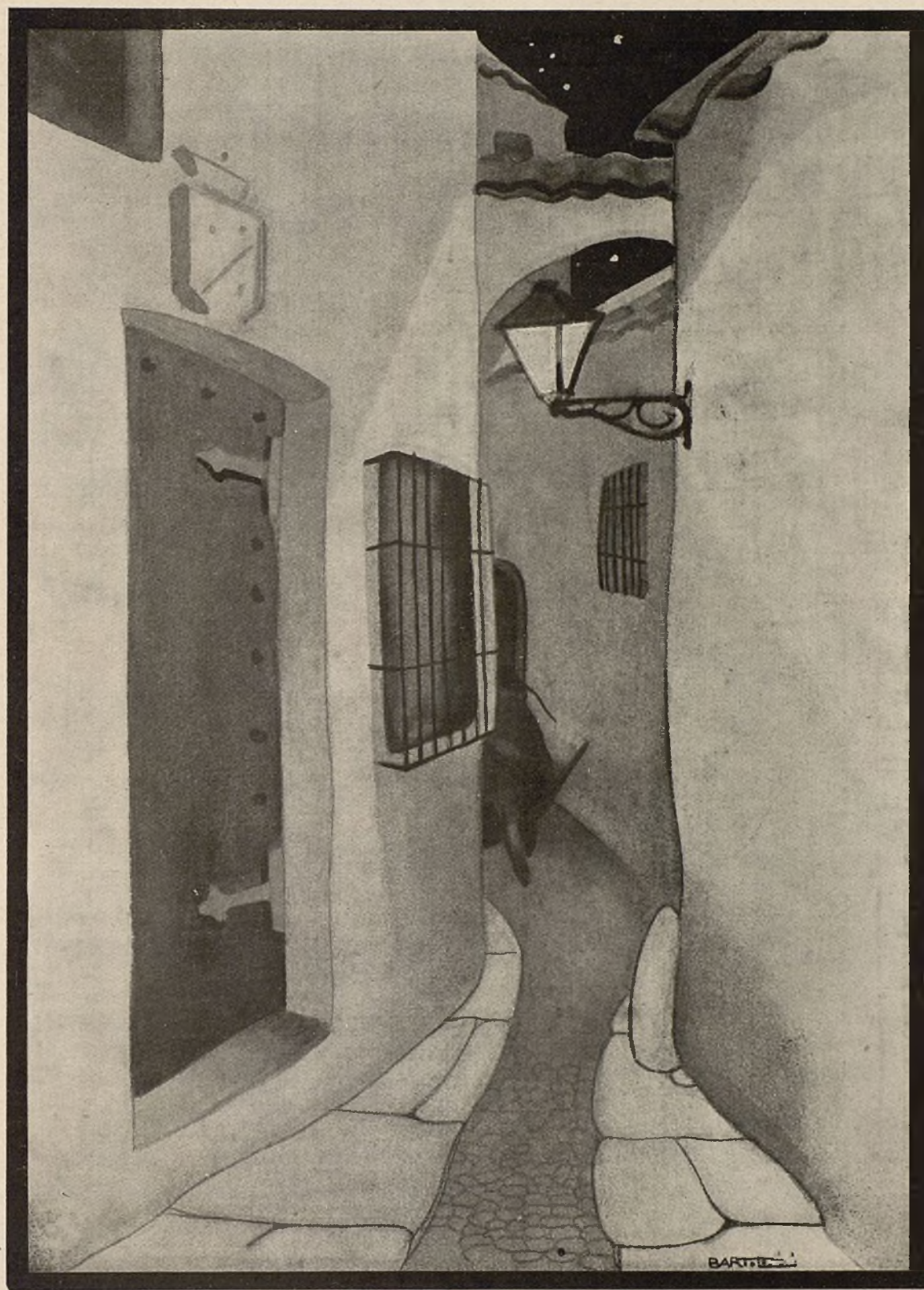
Véalo usted en el salón de exposición del concesionario más cercano y pídale una prueba, que le dará cuando guste. También le explicará las facilidades de pago que le ofrece la General Motors Peninsular (Sección de Créditos).



Salón de exposición en Madrid: Pí y Margall, 11

BUICK

GENERAL MOTORS PENINSULAR, S. A., MADRID



nos darían por completo su esencia. En el primer retrato de Murillo, su gran amigo, la teoría del intersexualismo, hoy tan en boga, parece ganar otro argumento: bello andrógino, nada hace suponer en él las virtudes futuras. Se explica en este rostro femenino la tendencia de la mujer a admirarse a sí misma y a enamorarse, por espejismo, de sus rasgos propios traspuestos a otro sexo. En las demás efigies las facciones viriles se imponen: frente voluntariosa, ojos a la vez de acción y de ensueño, nariz de proa, judaica, casi en su trasunto de pico de ave carnicera. Y, acaso, movidos por el poder de la leyenda o por una incitación ajena a extrañas sugerencias, ya tenga la diestra en ademán de leer o persuadir y la siniestra sobre la calavera, se nos antoja que, por entre los seráficos oros del santo multiplicador de limosnas, los ángeles complejos del Don Juan se insinúan. Esta dualidad hace que la figura donjuanesca, tan extraña hasta en sus vetas desnudas de aleación, se ensombrezca más en su conjunción mañaresca.

Tan inaccesible es Don Juan, que desde el frailecico de la Merced acá, nadie ha podido unificar en una acción suficiente sus múltiples cataratas de seducción, de dominio, de frenesí de los sentidos, de resistencia de la carne. Sin la preexistencia del mito en el lector y espectador, la comprensión de cualquiera de las obras cuyo protagonista es Don Juan serían incomprensibles. Lo que el burlador hace o dice desde Tirso a Molière, desde Molière a Bataille, desde Bataille a Lenormand, no basta. Pero el público, alma femenina, abrasada y poseída ya de antemano por la leyenda, completa, profundiza, levanta. Ante los rasgos fisonómicos de Mañara, como ante los de cualquier Don Juan, se para atónito, incomprensivo... Para comprender a Don Juan es preciso estar en la zona de su flúido; el hombre no lo está casi nunca y, en cambio, la mujer lo está casi siempre por temor o por esperanzas tácitas. Don Juan no necesita ser excepcional en la apostura, en la hermosura, pues el espejo donde se mira lo perfecciona por modo insuperable.

No es raro que la belleza de Mañara no impresione al contemplador de sus retratos; algo hay, sin embargo, en su porte de ese magnetismo superior para ablandar la virtud de la mujer a la belleza apolínea o dionisiaca. Así como después de su conversión halló en el espíritu fuerzas sobrehumanas, en las que se conservan intactas las excelencias humanísimas del señorío, de la audacia, de la magnificencia, esas mismas luces, abillantadas por tonos sulfúreos, debieron prestar a su juventud atractivo irresistible. Si la leyenda triunfa, nada en la iconografía, desde el retrato juvenil de Murillo a los postreros, impide que sobre la cabeza y los hombros de Don Miguel, cuyo de caballeresco se lo añade el mito, la pluma y la capa aventuras del libertino—pluma y capa que han vestido más de una vez al propio

Lucifer—cayesen de manera perfecta.

Pero lo que da individualidad única a la figura de este burlador, apartando sus dos personalidades antagónicas de ese anverso y reverso de tantas existencias de santos en las cuales una mitad significa movimiento, pecado, y la otra estatismo, o al menos acción tibia, es que el mismo ardor dinámico que lo poseyó en el mal lo posee en el bien. De su generosidad y poder suasorio habla el Hospital; de su gusto suntuoso, el esplendor del templo ornamentado, además de por Murillo y Valdés Leal, por el escultor Pedro Roldán y el tallista Simón Pineda. Caballero del bien, conserva su tizona, no la decorativa, la de símbolo, sino la que tuvo muchas veces agarrotado el puño entre la cazoleta y sabe el camino de las entrañas; y ni aun en los trances de cargar a un enfermo, de alzar del suelo a un pobre andrajo humano, la suelta, por si es preciso combatir. Su santidad es casi militar—puro estilo español—, y hasta en los retratos últimos percíbense, sobre los labios, dejos del

amante, que hasta cuando quiere rogar habla con imperio. En la cantera hispánica, tan rica en ejemplares de excepción, Mañara, lo mismo envuelto en su capa de ladrón de honras, que pasando, taciturno e inflamado de lástima, por el pasadizo que unía sus habitaciones privadas a la iglesia de la Caridad, ofrece por igual el atractivo de su gran figura al historiador y al poeta.

Poetas numerosos han acudido ya a la cita, y, empero, creemos que todavía don Miguel aguarda su resurrección por el arte. Cronistas y comentaristas han removido los archivos; falta aún la obra orgánica donde se reconstruya su historia y se integre su leyenda. Un novelista sevillano de alta prosapia, Ricardo Majó, trabaja con entusiasmo en la biografía novelesca del héroe. Con él hemos recorrido las calles de Santa Cruz, donde, en las noches encapotadas, parece que lo vamos a tropezar; con él hemos levantado ecos antiguos en el callejón del Ataúd y hemos reposado en esa plaza de Doña Elvira, maravilla única, estanque de tiempo, en cuyo fondo, quieto y traspasado de luna, aire de siglos, se guarda amortajado por un silencio de calidad maravillosa.

Con él, luego de una larga y meditativa visita al Hospicio y Hospital de la Caridad, agobiados de miseria y de grandeza, hemos salido al patio, ya claro del azul optimista de Sevilla, y hemos tocado uno a uno los rosales que, según la tradición, plantó con sus manos, ya amorosas del todo, es decir, premiadas con el don de transmutar en belleza plena hasta los errores más tristes del Mundo y de la Carne, D. Miguel de Mañara Vicentelo de Leca. Son ocho. Según los amigos del Mañara santo desde la cuna, cifras de ocho ensueños del amor de D. Miguel; según los poetas, alegorías de ocho pecados transformados en incensarios paganos por generoso encantamiento. Cada primavera, rosas violetas se encienden en esos rosales; ofrendas a la santidad del hombre que, como no quiso renunciar a su acero, quiso, tal vez un momento siquiera, en su entrega total a las miserias dolientes, dar a sus ojos y a su olfato un regusto de las paganas



gracias. En esta mañana de abril se concebía profundamente a Dios viendo jugar la luz en la hoja homicida y en las hojas suavísimas y efímeras en torno a las cuales una abeja adivina zumbaba sin atreverse a libar. El poeta piensa: «No es posible que, mujeriego y andaluz, las flores, las mágicas celestinas de Sevilla, no interviniesen seductoramente en más de una de sus aventuras»; e interpreta: «Y porque entró hombre y no santo en la zona de lo divino, dice la leyenda, su acero y sus rosas perduran.»

Después de hallar bajo las piedras sahumadas de incienso de la Catedral a la dama de la guadaña, quien, por tener ya borrada la nariz de su rostro, para nada necesitaba perfumes, D. Miguel de Mañara conoció a otra dama, menos adusta y mil veces más bella. Dama Piedad, por quien guardó la espada y para quien sembró los rosales que de año en año alumbran este patio, al cual sale del hospital con el alma encogida, y en el cual, otra vez, poco a poco, se empieza, sevillanamente, a sonreír.

—He aquí, señora, la rosa pedida. ¡Vierais con cuán temblor la cortó la monjita, linda y trémula bajo su estameña azul y el lino albo plegado en torno a su cabeza, donde las alas no eran sugeridas por el blanco de las tocas, sino por el negro de los ojos! No creáis al botánico si afirma la imposibilidad de que esos rosales los plantara el caballero de la viva limosna hace tres siglos. A diario suceden milagros, y para verlos basta poner a los ojos el reflector del alma... Del rosal más alto de Mañara es la rosa. Ponedla sobre vuestro cora-

zón, y veréis cómo se acelera su latir. Os la traje dentro de un libro, y su huella ha quedado en las dos páginas, apasionándolas. El rojo no se decolora, y el aroma trasciende todavía, a pesar de haber pasado un mes. Agradecédmela, porque he sentido impulsos de hacerme el olvidadizo y conservarla para mí. El recuerdo de la gran caridad de D. Miguel me lo impiden. Aquí os van, pues. Yo quedo transido de su perfume.

A. HERNANDEZ CATA

SE DICE DEL AMOR Y LA MUJER...

Como las mujeres nos gobiernan en realidad, cuide-mos de hacerlas perfectas: mientras mayor sea su inteligencia, mejor seremos guiados. De la cultura del espíritu de las mujeres dependen la sabiduría y la prudencia de los hombres.—*Sheridan*.

Sé bella si puedes, prudente si quieres; pero considerada es preciso que lo seas.—*Beaumarchais*.

La mujer es una flor que no da su perfume sino en la sombra.—*Lamennais*.

Las mujeres pueden hacer algo mejor que practicar las artes: inspirarlas.—*Váltour*.

¿Qué seríamos si la mujer no tuviera para nosotros la piedad de la mentira?—*Anatole France*.

El casamiento tamiza las ambiciones de los jóvenes a través de la criba de la realidad.—*Marcel Prévost*.

En amor, poseer no es nada; es en darse en lo que consiste la felicidad.—*Dumas, hijo*.

Las grandes enfermedades del alma, la renuevan; luego las convalecencias del espíritu no son menos encantadoras que las del cuerpo.—*D'Annunzio*.

Si escucháis a una mujer maldecir del amor, es que advierte que sus encantos se pasan.—*Diderot*.

Las mujeres no tienen amigas; tienen rivales.—*Condinet*.

No hay cortesana que mienta tanto y tan bien como la esperanza.—*Alfred de Vigny*.

Nosotras vemos venir la vejez en el rostro de nuestras amigas.—*Mary Lafon*.

El amor es la historia de la vida de las mujeres; es un episodio solamente en la de los hombres.—*Madame de Stael*.

Cuando una joven tiene una debilidad pública, todo el mundo la perdona con el corazón y la condena con los labios.—*Alfred de Vigny*.

La parisiense es una adorable amante, una esposa casi imposible, una amiga perfecta.—*Leon Cozlan*.

El pudor en las mujeres es posible que no sea más que el sentimiento de la imperfección.—*Dumas*.

Es el amor el que nos inspira las grandes acciones y el que nos impide realizarlas.—*Dumas*.

El casamiento es un libro del que no vale sino el prólogo.—*Dumas*.

LA MUERTE DEL ALMIRANTE

BREVIARIO HISTÓRICO

(20 DE MAYO DE 1506)



HARTO más triste que el morir pobre y desconocido, sin haber gustado los triunfos de la vida, porque el medio ambiente no le consintiera a un hombre ser galán de la veleidosa Fortuna, tengo para mí que es el apartarse de los caminos del mundo, entre la indiferencia general, luego de haber sido personaje insigne.

Al fin, aquel que en toda la jornada de su vida no halló camino llano, ni vió el sol limpio, ni tropezó con una flor que le acariciase las plantas, sino que todo fué negrura para los ojos, desaliento para el ánimo y guijarros crueles para los pasos, no puede comparar, y se resigna con su sino, pensando que tal era el desdichado reparto que le tocó al nacer, y estando conforme con Calderón en que

*el delito mayor
del hombre es haber nacido.*

Por esto, los favoritos en desgracia, aunque de muerte natural acaben, y no por la mano del verdugo, como antaño solía acontecer con los más de ellos, tienen más penosa agonía que un pordiosero de la ciudad o un bracero del campo.

Cristóbal Colón, si primero peregrinó por las Cortes europeas, entre la burla y el escarnio de las gentes doctas, y aun en España lloró lágrimas de rencor y desaliento, hubo, al fin, una época en la que saboreó todas las dulzuras de la admiración y de la gloria.

Dió medio mundo al otro medio, y, con él, la riqueza y el porvenir de muchas generaciones. Una tierra de promisión, sobre la que cayó toda la rapiña y truhanería de los viejos continentes, y fué el comedero de todos aquellos que, no teniendo bastante con su plato, metían las uñas en el del vecino.

Murió quien le tendiera la mano, quien únicamente no creyó que sus presentimientos eran desvaríos, y desde aquel mismo punto y hora desencadenáronse sobre el viejo Almirante todas las tempestades de odio y envidia que desde hacía tiempo rugían en su torno.

Aquellos postreros años de su vida arrinconado en Valladolid, como el viejo casco de una nao que ya no puede hacer travesía, transcurrió pensando sólo en el castigo de quienes le habían hecho caer en desgracia del rey.

Era hombre enérgico, y no estaba en su alma, entera y fuerte, el perdonar con oraciones a los que le habían vejado con injurias y malas obras.

Continuamente pedía esta gracia al olvidadizo soberano, y con tan obstinada insistencia, que Fernando V, que nunca le tuvo muy buena voluntad, llegó a tomarle verdadero enojo, y acabó por no leer sus ventativas instancias.

Tal desvío laceró profundamente el corazón del famoso navegante, tanto que hízole dar en el lecho ya sin fuerzas para proseguir sus pretensiones, que era más de éstas, a las cuales aferrábase tercamente como un niño a un capricho. Aún enfermo esperaba que habría de

escucharle y hacerle justicia la reina Doña Juana, que por el entonces venía con rumbo a España.

Pensó en salir a su encuentro hasta Laredo; pero no le fué posible, y hubo de conformarse, harto a pesar suyo, con enviar allá a su hermano Bartolomé, portador de una carta.

Las consoladoras promesas de la hija de Isabel la Católica fueron el postrero consuelo que hubo Colón. Pero, para su mal, no llegaron

a cumplirse, ni en el castigo de los que le hicieron daño, ni en atenderle con el decoro a que se creía merecedor, como quien pone medio mundo por joyel de una corona.

Veía su olvido presente, y le comparaba con el esplendor y predicamento lejanos, y éranle los cansados ojos caudalosos manantiales de amarguísimas lágrimas.

Pensó, mirando tanta soledad, que su fin venía por la posta, y se ocupó sólo en el arreglo de sus negocios terrenales y en la salvación de su ánima.

Ante el escribano Pedro de Hinojosa reformó el testamento que otorgara en Sevilla el 22 de febrero de 1498, y dió valor legal a un codicilo ológrafo que escribiera en Segovia el 25 de agosto de 1505.

He aquí enumerados algunos extremos de dicho documento:

Pasaba el mayorazgo a su hijo Diego y a los herederos varones. Faltando éstos, a su hijo Fernando, y a la muerte de éste, a los herederos varones de su hermano Bartolomé.

El jefe de la familia habría de firmar «El Almirante».

Una décima parte de las rentas apartaríase todos los años para ser repartida entre los parientes po-

bres... Fundaba una capilla, y la dotaba de una pequeña renta para misas.

Colégese de esto, que si bien Colón acabó sus días abandonado por los reyes y olvidado del mundo, no murió tan pobre como ha propalado la leyenda.

Cumplidos que fueron estos deberes de orden civil, procuró por los bienes de su alma, que, según los que se tienen por bien enterados, parece que son salud y descanso para la otra vida.

Solía entretenerse en piadosas pláticas con el padre Gaspar de la Misericordia, y de esta manera consolaba su abatido espíritu, pareciéndole más firme cuanto menos le faltaba para abandonar los senderos de la vida.

Confesóse, y no queriendo que la muerte le pillase desprevenido ni aun en el vestir, púsose el sayal de San Francisco, y la esperó con la misma serenidad y fortaleza que si fuese cosa grata y bienhechora. Llegó el 20 de mayo, día en que la Iglesia celebra la fiesta de la Ascensión, y agonizó fervorosamente con aquellas palabras que dicen: «En tu mano, Señor, encomiendo mi espíritu.»

DIEGO SAN JOSE



UN MONUMENTO QUE NO SE

CADA día, cuando acudimos a la redacción de COSMÓPOLIS, cruzamos una de las más bellas y poéticas plazas de Madrid. Forma el cruce de dos amplias vías modernas: las calles de Lista y Príncipe de Vergara. Tiene en su centro un jardín circular con bellos árboles, rodeando un espacio libre, no sembrado de césped, que muestra en medio un monolito, afincado en la tierra. Moviéndonos la curiosidad y preguntamos al guarda del jardincillo qué utilización tenía aquel bloque de granito medio soterrado, y el guarda, mostrando un poco de asombro ante nuestra ignorancia, contestó:

—Esa es la primera piedra del monumento que no se inaugura... Un monumento a Simón Bolívar, el libertador de América. Sé yo esto porque asistí a la solemne ceremonia con que se puso esa piedra. Vino aquí el general Primo de Rivera con otros ministros; vinieron muchos señores, enfundados en uniformes recamados de oro y plata, quienes, según gentes del público que los conocían, eran embajadores y ministros residentes en España de las Repúblicas que llaman bolivianas... Se pronunciaron discursos. Primo de Rivera dijo que alzando este monumento, España recobraba para su historia a este señor Bolívar, que era uno de los más grandes españoles, tan grande o más grande que Napoleón, etcétera, etcétera, que mi flaca memoria no retiene más. Y, después de la inauguración, cuando creíamos que iban a comenzar las obras, he aquí que comienzan a pasar los días y los meses y los años y nadie se acuerda de esta primera piedra, que está aquí estorbando y que afea la plaza y descompone este jardín tan bonito. Hasta hay quien cree que era la señal para hacer un útil subterráneo y fué al alcalde a pedirle que adelantaran la obra.

En efecto, la locuacidad del guarda ha despertado nuestros recuerdos. En esta plaza tan bella, donde se alza un espléndido palacio y unos lindos hoteles, y que ha animado con su tráfico la instalación de la Compañía Editorial Ibero-Americana, y donde se realizan nuevas construcciones, y que en breve será uno de los más animados lugares del hermoso ensanche madrileño, el Gobierno español y las representaciones de los Gobiernos de Venezuela, Colombia, Panamá, El Ecuador, Perú y Bolivia consagraron con un acto público y solemne la reconciliación de España con su hijo Simón Bolívar, el más grande español del siglo XIX, asistido, sin duda alguna, de un designio providencial para realizar una obra inevitable e inexorable, para la que el Estado español no tuvo la comprensión que hubiera sido necesaria.

* * *

Habíamos olvidado ya el asunto; nos habíamos acostumbrado a mirar con indiferencia el monolito asomado

a flor de tierra en medio de un redondel de arenisca, como si estuviese en un pequeño desierto, cuando he aquí que encontramos en *La Esfera* un artículo de nuestro compañero Dionisio Pérez, en que plantea esta cuestión desenfadadamente.

* * *

Hace poco tiempo—dice este escritor—, la ciudad francesa Boulogne-sur-Mer exaltó con el homenaje de un monumento y de solemnes fiestas la figura del hispanoargentino San Martín. Recientemente, el día 4 de



VENEZUELA

INAUGURA.—BOLÍVAR EN MADRID

junio, se conmemoró en Wáshington el centenario de la muerte del mariscal José Antonio de Sucre, lugarteniente de Bolívar y vencedor de la batalla en Ayacucho; victoria que estuvo repercutiendo en la política española hasta el término de la Regencia del general Espartero. Los discursos pronunciados aquel día cercano en el palacio de la Unión Panamericana de Wáshington fueron perifoneados a toda América y se confundieron en alas de la radio con los discursos que se pronunciaban en Quito, donde la República de El Ecuador había congregado representaciones de las otras cinco nacionalidades bolivianas. Sin informaciones de América con espíritu español y ordenadas por reporteros españoles, no sabemos aún

qué han hecho, qué han dicho en loor del prócer enaltecido los representantes de España en Wáshington y en Quito, así como los de La Paz, Caracas y Bogotá, donde también se ha conmemorado la fecha centenaria del asesinato de aquel libertador. Forzoso es recordar que hace poco tiempo también, el 21 de mayo, se ha inaugurado en Francia, en el lugar donde se librara la batalla de Valmy, un bello y suntuoso monumento, coronado con una estatua de Francisco Miranda. Ya Francia había escrito el nombre de este guerrillero venezolano, todo él alma española, en el Arco del Triunfo, al lado de los generales del Imperio. Nosotros, en cambio, no hemos podido devolver a la tierra maternal sus despojos. Le prendimos y le metimos en un calabozo en el Arsenal de La Carraca, o en su jurisdicción penal. Murió allí, y no se sabe dónde le enterraron. Acaso en una monda impía se confundieron sus restos con los de los delincuentes que le dimos por compañeros. En Valmy, un gran orador, Painlevé, ex ministro de la Guerra, ha proclamado que «por sus hechos, por su valor, por su fidelidad inquebrantable a una causa peli-

grosa, como por los infortunios de su destino, Miranda debe sobrevivir en la memoria de los hombres...» Y esto es nada, si se advierte que la Unión Panamericana está organizando ya desde Wáshington, en una labor de captación, la conmemoración del centenario de la muerte de Bolívar, acaecida en un hogar español el 17 de diciembre de 1830.

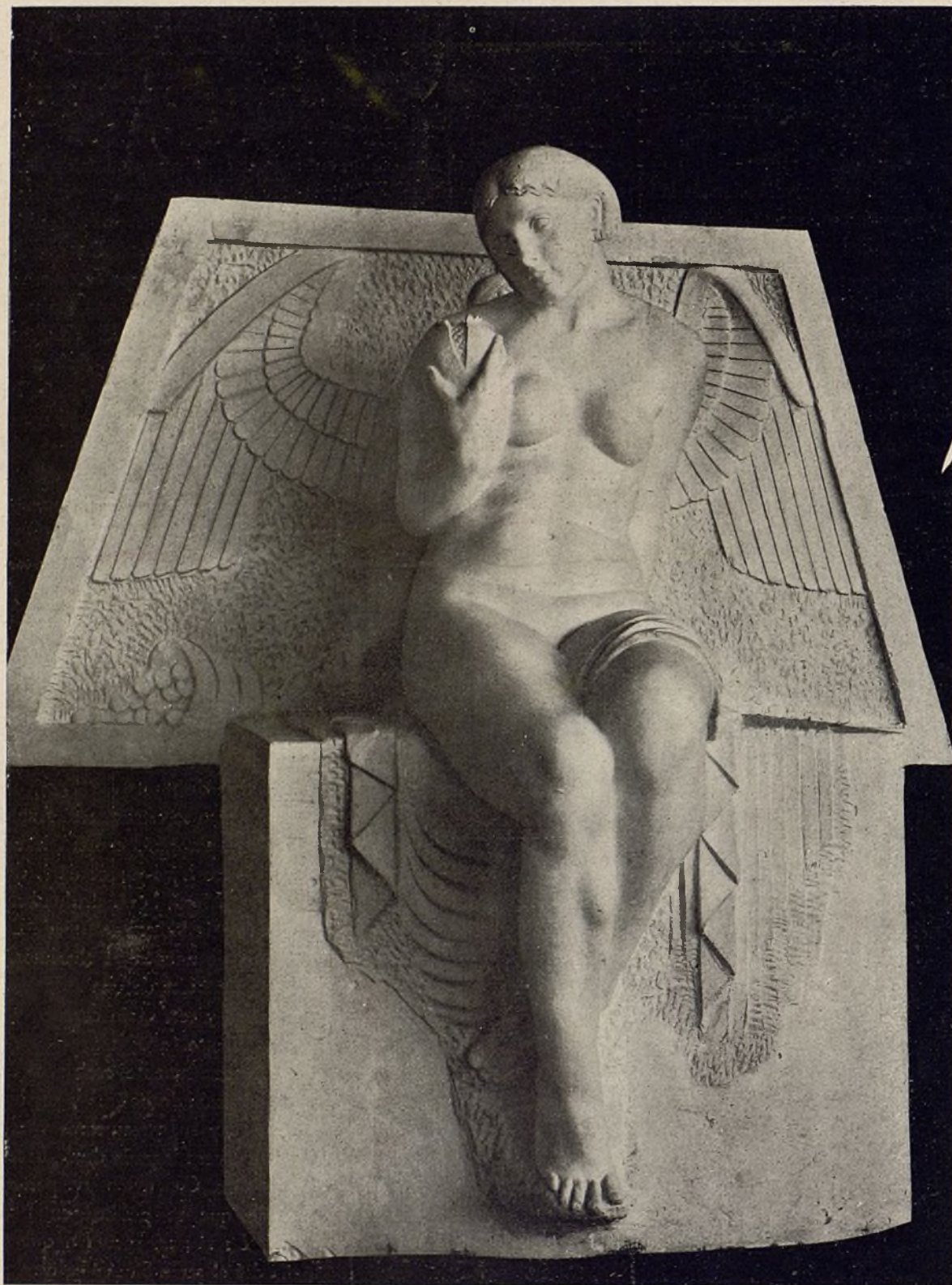
En el día mismo de 1930 se estremecerá América entera; vibrará, voceará, perorará, cantará himnos, proclamará la titanía de sus hijos y recordará, desde Francisco Miranda a José Martí, la muchedumbre de los gloriosos caudillos que la libertaron, no de España, sino de los virreyes, de unos reyes absolutos, de los escribanos, curiales y rúbulas de una Administración ciega y sorda, sin corazón y sin entendimiento.

Afortunadamente, creíamos que la españolización de Bolívar y sus lugartenientes, y sus precursores y seguidores era cosa lograda desde hace algunos años. Con razón, un periódico hispano que se publica en Nueva York, *La Prensa*, recuerda que «España dió el ser a Simón Bolívar, y le forjó el carácter y le educó el espíritu, para permitirle cumplir su inmensa misión histórica...» En lo que ya no anda tan acertado aquel leal intérprete de los sentimientos hispanoamericanos es en suponer que España rivalizará con las más apasionadas Repúblicas americanas exaltando la memoria de Bolívar y perpetuándola en el monumento que se inaugurará aquel día en Madrid...

Ciertamente, hace años ya, en 1922, cuando yo recogí en *A B C* una iniciativa de los españoles residentes en Caracas, se pensó en alzar un monumento en Madrid que simbolizara la reincorporación de Bolívar



BOLIVIA



COLOMBIA

a nuestro amor y a nuestras glorias históricas. Se constituyó—¿cómo no?—la correspondiente Comisión de improvisados bolivarianos, se prorrateó el gasto posible y se celebró un concurso, al que acudieron numerosos escultores y arquitectos. Un Jurado dió su fallo y encargó de la obra al artista señor Marín, cuyo proyecto pareció grandioso, lleno de espíritu y digno de la representación del Libertador que, extendiendo el brazo con una clara expresión de paz, cabalgaba en la cima truncada de una pirámide. En la base aparecían, en símbolos de grata novedad, España y las Repúblicas que deben su existencia a Bolívar: Colombia y su desmembración, Panamá, Perú y Bolivia, Venezuela y El Ecuador.

Se puso la primera piedra, con solemne ceremonia, a la que asistieron representaciones del Estado español y de las Repúblicas americanas, en un lugar apacible de la urbe madrileña, en una plaza toda serenidad y reposo que llaman de Salamanca, y cruzan dos hermosas vías: las ca-

lles de Lista y Príncipe de Vergara. Puesta la primera piedra, el escultor comenzó a esculpir los bloques de mármol italiano. Quedó concluída la figura de España; quedó concluída la hermosa imagen de la República de El Ecuador; se preparaba ya el bronce para el Libertador y su caballo; pero los días pasaban, los meses se sucedían, y a manos del escultor no llegaba el dinero prometido. Fué preciso suspender la compra de monolitos y dejar en escayola las representaciones de las demás Repúblicas; fué necesario abandonar el amplio estudio alquilado y recluir las figuras en más modestos locales, y ya llegó un momento en que fué imposible seguir adelante. Y he aquí que Bolívar, el Libertador, apenas reespañolizado, anda de limosneo por España, mientras Francia rinde apasionados homenajes a los generales San Martín y Miranda, y mientras la Oficina de la Unión Panamericana de Wáshington prepara para el 17 de diciembre, en honor del español Simón Bolívar, la más grande, ruidosa y apasionada apoteosis que se haya hecho a hombre alguno en la Tierra.

¿De quién el abandono? ¿De quién el olvido? Se organizó aquel concurso posiblemente, casi seguramente, con carácter oficial en un acuerdo admirable de España con Venezuela, la nación más adinerada del orbe, que ahora acaba de recoger toda su Deuda, y aun le queda una enorme suma de oro en sus cajas, adhiriéndose a este acuerdo las demás Repúblicas bolivianas. Bien ve el lector que esta acción conjunta significaba, encarnaba una política: esa misma política que practica con mayor éxito y más grande tesón y más fervorosa y exaltada fe la Unión Panamericana de Wáshington, que está desespañolizando a América.

Ese día 17 de diciembre de 1930 parecía como una cita familiar en que había de reconstituirse la familia hispánica, disgregada en contiendas civiles y unida ahora para enaltecer todos los descendientes con igual orgullo, al abuelo glorioso que dió la fórmula definitiva de la hispanidad.

Así, creyendo *La Prensa*, de Nueva York, que España no había olvidado la hora de la cita, y que preparaba la inauguración de su monumento, ha escrito estas palabras ejemplares: «Nuestras conmemoraciones, por esto, adquieren ya un tono, una ley, una pátina que les da—cada vez más—el carácter de celebraciones comunes. Y al reverenciar la memoria sagrada de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de Martí..., es el alma vibrante de la raza entera—única e indivisible ya—la que se arroja en el altar de sus tradiciones sin rival, para recordar a nuestros grandes héroes—a todos, a todos...—en sus triunfos y sus derrotas, en sus aciertos y desaciertos, en la sangre que derramaron y en la que hicieron derramar—sangre de hermanos—; prodigiosos obreros todos, con sus

dolores, con sus alegrías, con sus vidas, de la gran fusión espiritual a que llegó ya la estirpe inmortal que les hizo—a todos, a todos...—grandes, heroicos, inolvidables...»

Los españoles que allá, en Nueva York, han escrito estas cálidas palabras, ¿sentirán desfallecer su españolismo cuando, en rendimiento a la verdad, se vean obligados a borrarlas?

* * *

Hay en este suceso algo tan grave como el aspecto político que queda señalado en el artículo citado. Llamamos sobre este aspecto la atención del ministro de Instrucción pública y Bellas Artes. Una Comisión que presidía el ministro residente de España en Venezuela, y que por sus actos y sus palabras parecía avalada por el Gobierno de Venezuela, anuncia un concurso para la erección del monumento a Bolívar en Madrid. En reiterados actos, en la constitución de una Comisión en Madrid, que presidía el alcalde de Madrid y que celebraba sus reuniones en el Ayuntamiento, en la colocación solemne de la primera piedra se evidencia el acuerdo que existía en este asunto entre los Gobiernos de España y Venezuela.

Eran estas palabras y estos hechos máxima garantía para que los artistas acudieran al concurso y para que el premiado se entregara con alma y vida a la ejecución del proyecto. Por vía oficial recibió este artista la primera cantidad que debía percibir para la adquisición de materiales, para el alquiler y preparación de locales adecuados, para la contratación de obreros auxiliares...

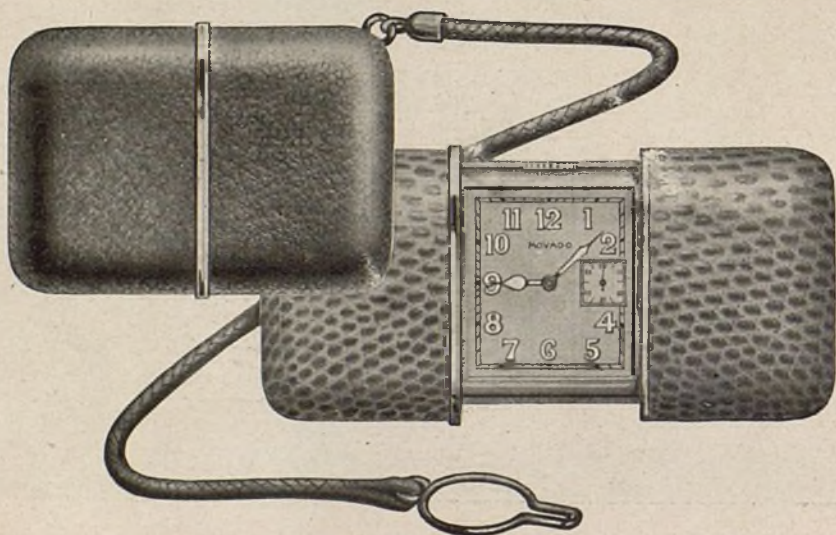
Luego, por causas que se desconocen, los bolivarianos sienten desfallecer su entusiasmo y abandonan al artista, abrumado de compromisos y desentendido de toda otra labor. Aunque este artista fuera rico, aunque el daño material no tuviera las consecuencias graves de ocasionar la ruina de quien fió en promesas y contratos que parecían tener las máximas garantías de seriedad y de seguridad, no podría justificarse, ni explicarse siquiera, semejante conducta.

Hay, sin duda, algo en este asunto que importa esclarecer. Venezuela estaba dispuesta—según declaraciones que hizo en Madrid a varias personas el ministro residente, Sr. Cárdenas—a aportar toda la cantidad que fuese necesaria para que pudiera realizarse la iniciativa de la colonia española residente en Caracas, que anhelaba ver erigida en una plaza de Madrid la estatua del Libertador, como prueba de una reconciliación histórica que es absolutamente necesario consagrar, si España ha de unificar su pensamiento con las Repúblicas instauradas en los territorios de nuestros antiguos virreinos. No se puede suponer que la suspensión de las obras del monumento obedezca a una modificación de este criterio.

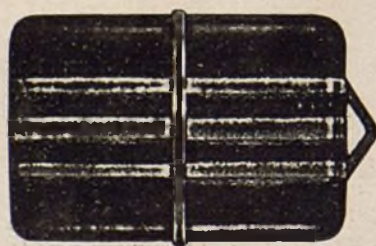


PERÓ

Durante muchos años, desde 1922 singularmente, la colonia española de Caracas hizo gestiones en Madrid para que se difundiera su deseo de querer perpetuar y enaltecer la memoria de Bolívar en Madrid. El distinguido diplomático que en aquella época representaba a Venezuela en Madrid no ocultaba su interés para que se viese satisfecho el deseo de la colonia española en Caracas. Sería necesario que la Asociación de Escultores y Pintores o la de Escritores y Artistas, o el Círculo de Bellas Artes, dejando a un lado el aspecto político y diplomático de la cuestión, estudiaran el caso y vieran la necesidad de plantear el asunto, desde el punto de vista puramente artístico. En Francia, por ejemplo, la Asociación de Artistas hubiera reclamado inmediatamente el cumplimiento de un contrato que aquí se deja incumplido de aplazamiento en aplazamiento. En realidad, no se trata del caso personal del Sr. Marín, sino del caso de un artista español cuyo derecho y cuya dignidad y cuyos intereses materiales deben amparar sus propios compañeros.



ermeto MASTER



ermeto NORMAL



ermeto BABY

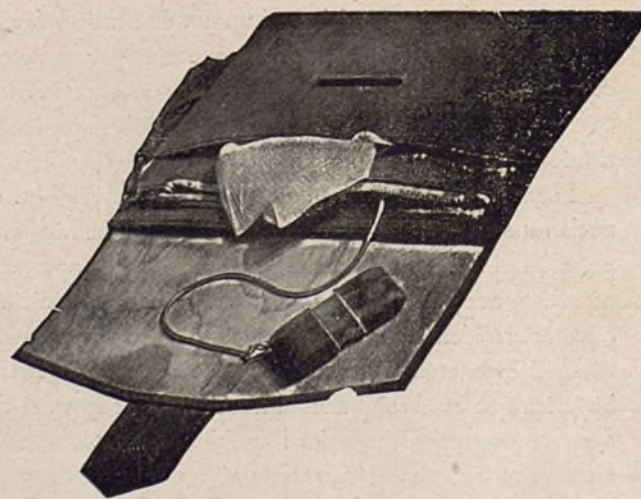
DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
JOYERIAS Y ESTABLECIMIENTOS
ESPECIALIZADOS EN RELOJES FINOS

AGENCIA GENERAL:
HERMÉTICA, S. A.
Galería del Comercio, 55
LAUSANA (SUIZA)

ermeto

MOVADO

EL MOVIMIENTO DEL RELOJ *ermeto*,
DE UNA PRECISION PERFECTA, AL
ABRIGO DE LOS CHOQUES, DEL POLVO
Y DE LA HUMEDAD; ES EL RELOJ IDEAL
DEL HOMBRE Y DE LA MUJER DEL SI-
GLO XX, DEPORTIVO, ELEGANTE Y
PRACTICO.



Progresos

Una espléndida

de Cuba

autovía de turismo

CARRETERA central se la llama en Cuba; dijérase la con propiedad una autovía de turismo; uno de los más bellos, variados y sorprendentes caminos que pueden recorrer los automóviles en el mundo. Autovía, como deben ser cuantas se proyectan en España, construida por el Estado; de paso libre para todos; con carácter de obra nacional, no de empresa industrializada que resucite los peajes y portazgos, características tributaciones de la Edad Media.

Esta carretera admirable cruza la isla de Cuba de Oriente a Occidente: desde Santiago de Cuba a Pinar del Río. Dijérase que crea una unidad económica nacional que no existió hasta aquí. El automovilismo podrá ahora prestar a Cuba el servicio de un progreso incalculable, teniendo un camino abierto a su circulación por donde transportar las mercancías y los productos de todas las comarcas. En breve caminos vecinales y auxiliares afluirán de todos los puntos de la costa a la carretera central. No habrá nación en la tierra que posea mejor red de comunicaciones.

Esta carretera central ha sido inaugurada el 25 de mayo por el Presi-



La cúpula del Capitolio.

dente de la República que la imaginara y por el secretario de Obras públicas, doctor Céspedes, que la ha construido, con perseverancia digna de toda loa. La comitiva oficial recorrió el trozo que une a las provincias de Matanzas y Santa Clara, cruzando desde aquella capital los pueblos de Limonar, Coliseo, Jovellanos, El Perico, Central Tinguaro, Colón, Los Arabos, Cascajal, Mordazo, Amanacas, Santo Domingo y Villaclara. En todos estos lugares el entusiasmo popular se mostraba con apasionadas demostraciones. Arcos de triunfo, banderas flameando al viento, inscripciones, vítores, músicas, recepciones, discursos... En Colón, el Casino Español expresó el sentir de nuestra colonia en dos grandes carteles: «España se une a Cuba para rendir homenaje a

los hombres que han hecho realidad la carretera central...» «La carretera central empequeñece las distancias y engrandece el valor de Cuba...»

No interesarían a los lectores de COSMÓPOLIS otros detalles de la inauguración. Hubo en Villaclara espléndido y suntuoso banquete con discursos que reflejaron, como era lógico, la situación política de la isla y el valor político que se atribuye a esta obra de la carretera, fundamen-



EN LA CARRETERA CENTRAL.—Al hacer el trazado los ingenieros respetaron dos hermosas palmeras, que cercaron con verjas y dedicaron, en una sencilla inscripción, al Presidente de la República y al Secretario de Obras públicas, señores general Machado y Céspedes.

tal para la economía cubana.

La crisis del azúcar, de difícil evolución, a lo que parece, va imponiendo la disminución de las plantaciones de caña y la creación de otros cultivos; pero estas otras producciones, que aquí llaman menores: frutas, hortalizas, averío, industrialización de granjas exigen facilidades extraordinarias de acceso a los mercados consumidores y a los puertos de embarque. Así, la evolución de la agricultura cubana, en que tanta fe y tantas esperanzas se ponen, hubiera sido imposible sin esta admirable carretera central, obra afortunada que, como los dones del cielo, dará ciento por uno. Así se ve justificado el exaltado júbilo que ha acompañado a la ceremonia de la inauguración.

No se puede, en realidad, contemplar desde España este espectáculo hermoso del progreso de Cuba sin recordar que esa obra de la carretera central

—o del ferrocarril central, ya que en aquella época no había automóviles que dieran a las carreteras la eficiencia que hoy tienen—fué un ensueño y un ideal de muchos patriotas, cubanos y españoles. Se ha escrito alguna vez, y ciertamente con razón, que sólo la pertinacia con que España se



Bella perspectiva de la carretera central.



Un trozo de la carretera central festoneado de palmeras reales.

resistió a crear un régimen viario perfecto bastaba para justificar que se le arrebatara la soberanía sobre la colonia. Ni aun después de la paz del Zanjón, después de aquella desaprovechada lección de la guerra, se decidió España a poner en fácil comunicación las ciudades importantes de la isla, cuando menos. Se iba por mar desde La Habana a Matanzas, a Puerto Príncipe, a Santiago, mucho más fácilmente que por tierra. Basta contemplar un mapa de Cuba para advertir que la que hoy se llama triunfalmente carretera central es una necesidad imperiosa, inexcusable, vital de la economía cubana.

Cuando en 1895 estalló la última guerra, se dió cuenta España del grave error que había cometido manteniendo aislados los pueblos unos de otros. Hubo que improvisar las trochas y los senderos; hubo que someterse a las condiciones de la guerra en plena Naturaleza, como en regiones inexploradas, vadeando los ríos sin puentes, cruzando los bosques, abriéndose paso con los machetes, convertidos en hachas de leñadores; hundiéndose en el fango de las marismas no desecadas; entregando a la Muerte más hombres picados de mosquitos que heridos en las batallas...

El Alcázar de Segovia

Es el Alcázar segoviano la más lucida y bella representación del castillo-palacio. Las características de ambos se encuentran perfectamente manifestadas y constituye realmente un edificio tipo, ejemplar único y magnífico para el estudio de esta clase de monumentos arquitectónicos.

Alfonso VI lo elevó sobre ruinas visigodas o romanas. En 1258 padeció un grave hundimiento la vieja fortaleza y ordenó su reconstrucción Alfonso X el Sabio. Fué residencia real de varios monarcas durante la Edad Media: Doña Urraca, Alfonso VII, Sancho III y Alfonso VIII; numerosas tradiciones y realidades históricas de los reinados de Alfonso X y de Sancho IV viven unidas a estos muros. Doña María de Molina penetró en esta fortaleza venciendo las dificultades que los nobles oponían al Gobierno de Fernando IV. Enrique II, Juan I, Enrique III, Juan II; Enrique IV le dedica especial protección, y a su iniciativa se deben los artesonados de las salas de las Piñas y del Tocador de la Reina, la continuación de las esculturas de los reyes y toda la rica alfargia de la sala del Pabellón. El reinado memorable de Enrique IV vió desenvolverse algunos de sus hechos en aquellos lugares; el Alcázar quedó en poder del infante Don Alfonso hasta que, muerto éste, le recuperó Enrique IV, nombrando alcaide a Andrés Cabrera.

En 1525 le visitó Carlos V; en 1548, Felipe II, entonces príncipe, y en 1562, siendo ya rey, haciéndose por su orden las dos galerías del patio y la escalera principal, trazadas por Mora, el discípulo de Juan de Herrera; se revocó el dorado de los techos y se completaron los bustos de los reyes, encomendándose los letreros e inscripciones al cronista Garibay, pintándolos Hernando de Avila, Baltasar Ordóñez y Juan Lagarto. Durante este reinado sirvió de prisión al famoso Montigni, que poco después pereció de trágica manera en Simancas. Felipe III visitó la regia mansión repetidas veces; después, trasladada la Corte a Madrid, se dedicó a arsenal de guerra y prisión de Estado. Cautivos estuvieron en sus calabozos el marqués de Ayamonte, el duque de Medinaceli y el famoso ministro Riperda, después de su caída. Carlos III instaló allí el Colegio de Artillería, que se inauguró el 16 de mayo de 1764.

Durante la guerra de la Independencia sirvió para alojar prisioneros. De 1814 a 1823 volvió a su antiguo servicio de Colegio de Artillería, y desde 1823 fué destinado al servicio del Colegio General Militar. En 1840, una vez más volvió a instalarse el Colegio de Artillería, y permaneció hasta el día 6 de mayo de 1862, me-

morable y triste fecha, en que un terrible incendio destruyó en gran parte el edificio. Sólo quedaron en pie los muros y las torrecillas, quedando destruidos los capiteles y los magníficos artesonados interiores casi totalmente. Lentos y difíciles fueron los preparativos para lograr comenzar la obra rectora. Transcurrieron veinte años, y, por fin, recaudándose fondos de diversas entidades, en 1882 se iniciaron los trabajos de restauración, que no terminaron hasta 1890, dirigiéndolos los arquitectos Bermejo Arteaga y Odrizola, que consiguieron realizar una reconstrucción bastante exacta y acertada del primitivo Alcázar, que desde aquella fecha fué utilizado como Archivo General Militar.

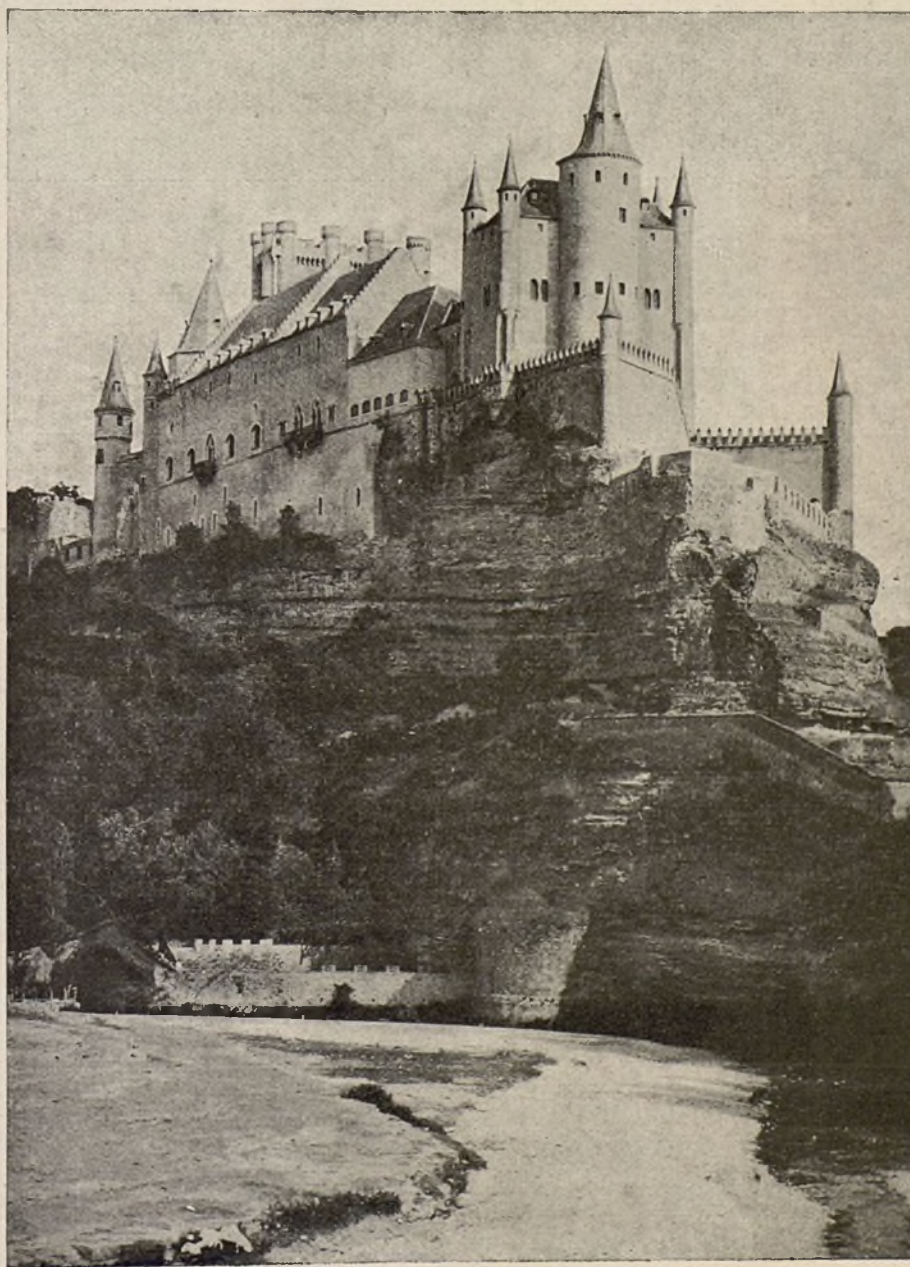
Desde el siglo xv era ya famosa la riqueza del Alcázar segoviano; un escritor viajero, Rosmital, nos relata, admirado, las maravillas que encerraba, elogiando sus dos patios de alabastro, los pavimentos de piedra, los salones de oro, plata y azul, uno de los cuales tenía 34 estatuas de oro puro representando a los reyes de España sentados en sillas.

Su disposición general es bastante complicada e irregular y sigue la cúspide de un cerro que avanza entre dos fosos naturales como la proa de un navío. El apacible río Eresma y el bullicioso arroyo Clamores baten los peñascos que le sirven de asiento. Al frente, una enorme torre señorial o de homenaje, de Juan II, defiende la parte más accesible; su construcción es de planta rectangular, con dos órdenes de ventanas con rejas, defendidas las superiores por garitas con saeteras. Al pie de esta torre se encuentra la llamada galería de los moros, y sus habitaciones oscuras y lóbregas acaso sirvieran de calabozos. Detrás existe un patio y una escalera de tipo clásico, obras ambas de los arquitectos de Felipe II Gaspar de Vega y Francisco Mora, de quien son las cubiertas empizarradas, tan características de las torres. (1590.)

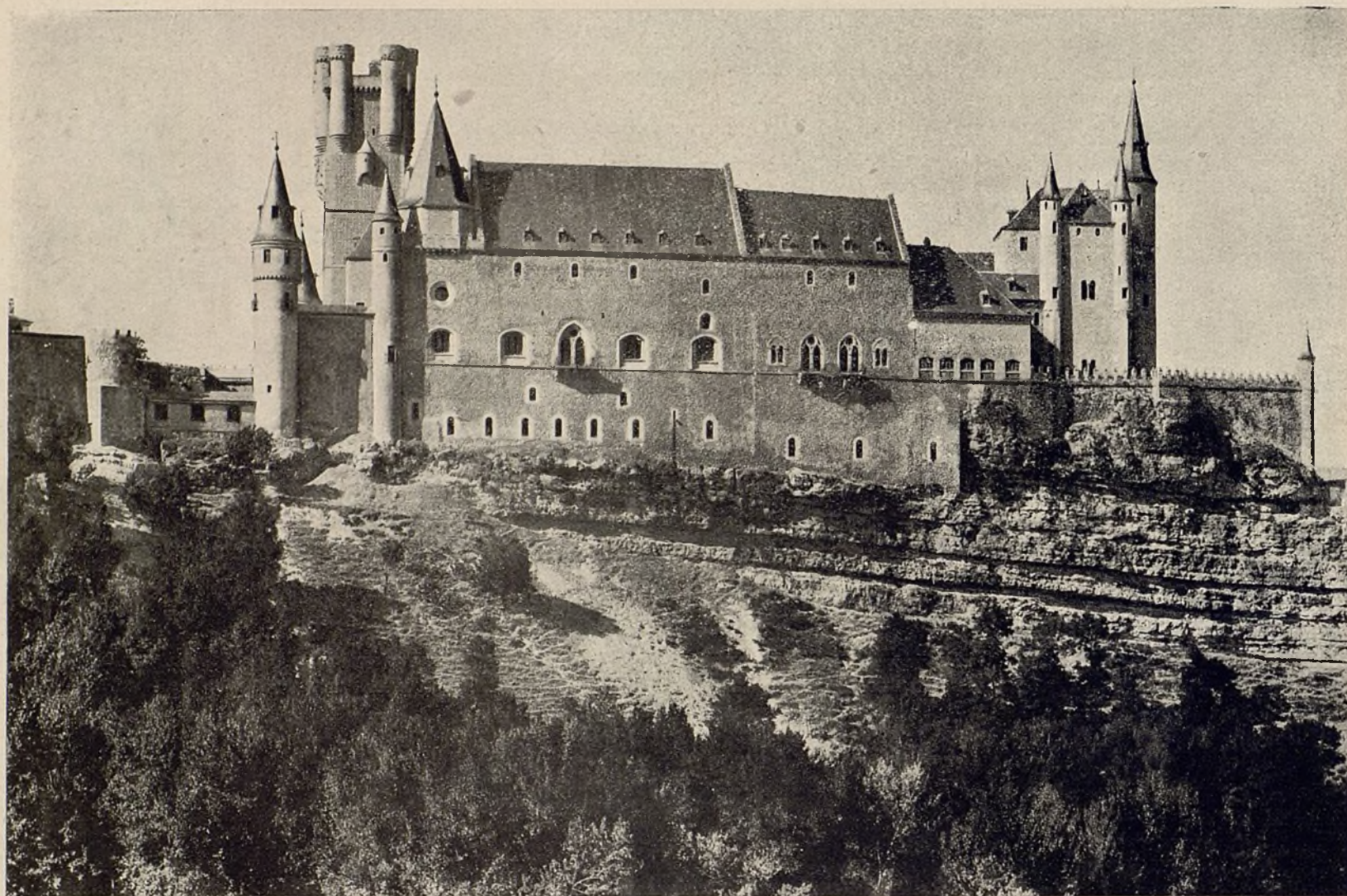
A los lados del patio estuvieron las habitaciones reales, y en el punto más avanzado de la proa se eleva una torre de vigía.

Lo más suntuoso del Palacio fueron las salas y aposentos de la parte norte: seis piezas, la capilla y otras cuatro habitaciones al interior. Después del terrible incendio que padeció todo el edificio en el año 1862 sólo quedaron de aquella antigua riqueza y esplendor restos de los frisos, de piedra. Sin embargo, lo desaparecido lo podemos conocer por los dibujos de un artista, Avrial, que han sido publicados, hace ya algún tiempo, por el crítico de arte y actual ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, don Elías Tormo.

La Sala de la Galera, lla-



Vista del Alcázar de Segovia desde el Arroyo de los Clamores.



Vista del Alcázar de Segovia desde el Parque.

mada así por la semejanza de su techo con la quilla de un navío. En ella lucieron su ingenio, realizando primores, los maestros de alfargia del siglo xv, matizando de púrpura y azul, y derrochando oro en los artesonados. Una inscripción que se conserva nos dice que es obra del año 1412, en tiempo de Catalina de Lancáster, realizada por el vecero de Arévalo, Diego Fernández. En los entrepaños se encuentran colocados los retratos de los que fueron directores e inspectores de Artillería, y también el de don Pedro Velarde.

Otra sala muy curiosa e interesante es la llamada Sala del Solio, del Trono o del Pabellón, que se encuentra a la derecha de la anterior. Era el lugar destinado para recibir a la Corte los Reyes. Cuadrada, con un friso de un raro estilo góticoflamígeromahometano, y una cúpula de lazo. Una inscripción se refiere a la fecha de su construcción, en 1456, por orden del monarca, Enrique IV, por el maestro Xad-el-Alcalde. Los sitiales del trono fueron labrados en tiempo de la reina Isabel II. Desde una de las ventanas de esta torre se cayó el infante Don Pedro, hijo de Enrique II.

La Sala de las Piñas recibe este nombre por la especial forma de su artesonado. Es de estilo gótico y fué hecha en el año 1451, siendo príncipe el futuro rey Enrique IV.

La Sala de los Reyes es rectangular, y posee una decoración gótica y una techumbre del Renacimiento. Antiguamente estuvo dedicada a servir de biblioteca del Colegio de Artillería. En un friso alto se encuentran las estatuas de los reyes de España, que no eran de oro puro, como decía en su relación viajera por España en el siglo xv el famoso escritor Rosmítal, y que fueron mandadas colocar primeramente por Alfonso X, y después fué continuada la serie de los monarcas españoles por mandato de Felipe II. Las inscripciones correspondientes se encargaron al cronista Garibay, y fueron pintadas por Hernando de Avila, Ordóñez y Lagarto.

La Sala del Cordón es una estancia larga y estrecha. Destácase en sus paredes el cordón franciscano. Fué construída según manifiesta la inscripción conservada en 1458. Parece ser que era el lugar destinado para servir de despacho al rey.

El Tocador de la Reina, destinado al personal uso y aseo de la soberana, es una obra del siglo xv, cuadrada y pequeña.

La capilla antigua, con tres bóvedas de crucería, también sufrió considerablemente por el incendio; especialmente perdióse en él un excelente cuadro de Carducio.

El Alcázar segoviano conserva su carácter militar y ofrece en su conjunto una perfecta visión de una antigua y típica fortaleza española. La fachada principal mira al Este, y en ella destaca la torre de Juan II, tan característica, coronada por adarbes y cubos de defensa. Las demás torres, especialmente las cubiertas por pizarras, y el foso que rodea toda la construcción, dan una impresión que, unida a la del paisaje del campo de Castilla, severo y pleno de belleza, constituyen incomparable emoción estética.

Los recuerdos históricos se suceden, evocándose los más memorables de los acontecimientos ocurridos entre sus muros. Alfonso X el Sabio, reunió Cortes en el Alcázar en 1258, y ocurrió por aquella época el derrumbamiento de parte de la techumbre, quedando muertos varios caballeros y heridos otros, naciendo de aquí la tradición de que Alfonso X, ensoberbecido por su saber, cometió la herejía de decir que, de consultarle a él el Creador, hubiera hecho de otro modo el mundo, lo que motivó la reprensión de Fray Antonio de Segovia. Y estando durmiendo el monarca se desencadenó una gran tormenta, y uno de los rayos atravesó el techo, poniendo en peligro la regia existencia, no aplacándose los elementos hasta la confesión, contrición y arrepentimiento del monarca. En 1383, en tiempo de Juan I, se reunieron las Cortes que admitieron la reforma del cómputo de años, tomándose como punto de partida el nacimiento de Cristo. Jorge Manrique, el famoso poeta, fué en este Alcázar huésped de los reyes. Los Reyes Católicos lo habitaron en diferentes ocasiones; Felipe II allí celebró sus nupcias con Ana de Austria. El 16 de mayo de 1764 fué inaugurado solemnemente el Colegio de Artillería, pronunciando el discurso inaugural el padre Antonio Eximeno, de la Compañía de Jesús.

Gótico en su exterior y mudéjar en su decoración interior, castillo y palacio, es el Alcázar de Segovia una de las obras más bellas del espíritu español.

(Fotografías y texto proporcionado por el Patronato Nacional de Turismo.)



La balada
de lacorza
doncella

NOVELA INEDITA

DE

Ramón María Tenreiro

El noble heredero del señorío de Tremesinde, hijo único de la viuda condesa, según costumbre de su fogosa mocedad, había pasado a caballo el día entero, con la ballesta al hombro, rodeado por su jauría de pachones y alanos, lebreles y podencos, galopando por valles y por montes, en la misteriosa y húmeda penumbra de las centenarias robledas de sus estados, bosques de extensión tan dilatada, que jamás había llegado a ver sus confines, aun cabalgando días enteros. Pero aquella vez, alguna bruja maldita debía haberle hecho mal de ojo al salir del castillo y cruzar por la aldea, pues en toda la jornada, por mucho que sus perros registraran los matorrales a derecha e izquierda, ni un triste conejillo había salido al paso para que pudiera empulgar la ballesta y darle gusto al dedo. Era como si la selva se hubiera quedado despoblada; y a la caída de la tarde, sin pieza alguna colgada del arzón de su silla, cansado el caballo, despeados y tristes los canes, que avanzaban fatigosamente caído el rabo y gacha la cabeza, el joven conde, abrumado de melancolía y fúnebres presentimientos, ni siquiera era capaz de dar con el camino del castillo, entre el sombrío laberinto de oscuros troncos y zumbadoras bóvedas gigantescas.

Juraría que jamás había recorrido aquella parte del bosque; todo le parecía nuevo entre la maraña del arbolado; nada le recordaba sus habituales veredas: eran robles aún más añosos que los que él conocía, de troncos más trágicamente retorcidos, de fronda más fosca. Grave silencio, aparte del lúgubre y elevado rumor del viento entre el follaje, pesaba sobre la selva; ningún eco de vida, ni mugidos, ni aullidos, ni gorjear de aves, ni volar de insectos; el bosque estaba envuelto en una opaca mudéz de encantamiento.

Tan rendido pareció el caballo, que acabó por echar pie a tierra y avanzar cautelosamente por el oscuro sendero, tropezando a cada instante en las tendidas sierpes de las desnudas raíces de los árboles. Iba poniéndose el sol en medio de deslumbradoras e inmóviles llamaradas

que incendiaban medio cielo y centelleaban con fulgores de rubíes entre el negro ramaje. No sólo había malgastado el día, sino que iba a cogerle la noche perdido en el bosque, sin saber por dónde dar la vuelta a su hogar. ¡Cómo él conociera a quien le había hecho tal desaguisado! ¡Ya cebaría con sus entrañas las famélicas traillas de sus canes!

Al avanzar a la ventura, cuando más sumido iba en sus pensamientos, de repente los perros, olvidada su fatiga, lanzáronse en frenética carrera, ladrando y latiendo. Al fondo de la umbrosa senda, saltando graciosamente de piedra en piedra con sus ágiles pies descalzos, avanzaba con airosa presteza una cenceña y grácil moza, vestida con pobres harapos de luto, trocados en oro por las ardientes rojece del ocaso. Traía una herrada en equilibrio sobre la cabeza, a pesar de sus brinco y rápido paso.

Más aún no había acabado de descubrirle el joven señor, cuando ella, lanzando un grito y dejando caer la carga de su testa, dió vuelta atrás y procuró huir con asustada celeridad. De nada la sirvió, no obstante, la fuga: en un punto estuvo cercada por los regañadores hocicos de los perros, cuyos colmillos la acometían sañudos por todos lados, destrozando su ropa, mientras ella, loca de terror, lanzaba al desierto bosque desesperados clamores de socorro.

El mancebo corrió como aún no había corrido nunca en su vida; llegó junto a la niña, que ya había rodado al suelo bajo

la furia de los enemigos asaltos; dispersó trabajosamente, a trallazos y patadas, a los enardecidos canes, que en modo alguno querían soltar su ya vencida presa, y, lleno de turbación y espanto, postróse de rodillas, al lado de la desmayada víctima. Las sayas, hechas jirones, dejaban ver la carne morena de las esbeltas piernas, y también, por la desgarrada camisa de cuello, asomaba un hombro, suave y redondo.

El condesito no sabía qué hacer; cogió en sus rodillas la cabeza de la zagala, cuyas gruesas trenzas se tendieron sombríamente sobre sus ricos arreos de caza; trémulo de ansiedad, temiendo que estuviera ya muerta,



acercó al de ella su rostro. Un blando suspiro que se exhaló lentamente de aquellos entreabiertos labios, manifestó al mancebo que aún moraba la vida en las tibias profundidades de aquel dulce pecho adolescente, cuyas tímidas gracias podíanse entrever por los rasgones hechos en camisa y justillo por los dientes feroces de los perros. Pudoroso respeto mantuvo lejos su mano del corazón de la desmayada, sin atreverse a comprobar si se habrían paralizado sus latidos. A falta de otro remedio, vertió tiernas palabras en sus oídos, regó su semblante con lágrimas, estrechóla repetidamente contra su pecho, y tanto hizo, que, por fin, la niña acabó por entreabrir los ojos, prorrumpiendo en congojoso llanto.

—Vamos, por Dios, no llores, mi vida—imploaba con angustia el galán—. Dime si te han hecho mucho daño esos malditos canes. Los he de matar a todos. ¿Dónde te han mordido? ¿Dónde te duele? Vamos..., levanta la cabeza, abre los ojitos... Deja que te los seque, y no llores más... Dime, dime, por la Virgen, dónde estás herida, dónde te sientes lastimada.

Pero la mozuela nada contestaba. Sólo vivía por los sollozos que sacudían violentamente todo su cuerpo, y, como náufrago a una tabla, se agarraba con crispado esfuerzo al cuello del joven señor, buscando sobre su pecho protección y amparo. El doncel, a cada instante más tiernamente emocionado, afligíase al no lograr calmar aquel convulsivo llanto, y no sabía lo que le ocurría al sentir, contra su persona, el jamás experimentado contacto de unos tibios y delicados miembros de mujer.

Finalmente, al cabo de muchas súplicas y no pocas caricias, la niña fué serenándose; sus sollozos se convirtieron en blando lloro; aflojó, sin desprenderse, la presión de sus brazos sobre los hombros de su libertador, y acabó por musitar, con voz quebrada, que nada le dolía; que no creía estar herida por haber llegado él a tiempo para salvarla; que no tenía otra cosa sino aquel susto tan grande... Y agotadas sus renascentes energías con el esfuerzo hecho para dominarse y hablar, y con haber evocado de nuevo la imagen del pavoroso instante, tornó otra vez a sus convulsas lágrimas, que vertió largamente sobre el jubón de su protector, mientras él le acariciaba, con respetuosa mano, pelo y cuello, hombros y espaldas.

Los perros, mantenidos a raya por las amenazas del señor, erizada la pelambre de los lomos, entreabierta la boca colmilluda, gruñían sordamente con el reprimido afán de destrozar la presa que les había sido arrebatada.

Gradualmente, las bermejas fogatas de los cielos, entrevistas a través del sombrío follaje, iban convirtiéndose en cárdenas brasas. Todo era paz bajo los árboles; hasta el propio viento, durante la agonía del sol, había depuesto gentilmente sus armas de combate.

Poco a poco, la zagala fué haciéndose por completo dueña de sí, en medio de los halagos del conde. Apartóse un tanto sobre la menuda hierba, y exclamó con voz triste:

—¿Qué pensará el señor de la niña que se deja acariciar por un desconocido al anochecer en el bosque? No fui yo quien tal consintió; fué el espantoso miedo de que estaba poseída lo que me arrojó en sus brazos.

El noble cazador, feliz y risueño, al verla ya repuesta y sin daño, procuró cogerle de nuevo una mano.

—No, no—exclamó ella al retirarla—. Ahora ya no estoy borracha de terror. Ya sé lo que hago.

—Desagradecida, casi estoy por azuzar de nuevo a los perros para que te vuelva el miedo—díjole él, chancero, con una gran carcajada.

—¡No hará tal! ¡No será tan malo! Bien veo en sus miradas que sólo por broma lo dice... Es que es mucha desgracia lo que me ocurre con los canes. No sé qué habré hecho, sin saberlo, a tales animales, que dondequiera que hay uno, y yo pase, ya sé que no me he de escapar sin que me ataque. Perdí ya la memoria de las veces que he sido mordida. La verdad, a mí me gustan todas las criaturas que crió Dios; pero no comprendo cómo hay quien puede rodearse de perros. ¡Aunque se perdiera la casta!...

El joven conde, sentado en el fresco césped a dos pasos de la rapaza, escuchaba con nunca sentida delicia la música de sus palabras. En su breve vida jamás había experimentado su pecho conmoción semejante. Parecíale imposible que en una pobre moza aldeana pudieran atesorarse todas las gracias que en la niña lo hechizaban. Jamás en criatura alguna

había observado aquella suavidad, aquella tierna blandura que trascendía de toda la persona de la zagala y parecía difundirse en torno suyo: dulce y suave la sobria escultura de su cuerpo ágil; dulces y blandos sus gestos y movimientos; suaves las facciones de su rostro, de sonrisa tan tierna y regalada; suave, tibia y acariciadora como plumaje de paloma, la piel de su cara y cuello, brazos y manos; suave su voz, verdadero halago del oído; suaves las risas de plata, que más de una vez había logrado arrancar ya de su garganta; pero más que nada, suaves las miradas de sus ojos serenos, benignos, mansos, melados; ojos de una tranquila expresión que no había encontrado jamás en mirada humana; ojos que derramaban paz por cuanto miraban, templaban las pasiones, adormecían los ánimos, y hasta semejaba que eran ellos los que inmovilizaban la brisa entre las ramas de los árboles, y convertía en dulces reflejos amarillos y verdosos las sangrientas hecatombes del ocaso. ¿Dónde, en qué rostro había visto él una mirada semejante? Por más que torturaba su me-

moria, no le era dado recordarlo. Y la niña hablaba y hablaba, trocado en ansia de charlar su anterior pánico.

Contóle al desconocido que vivía con su madre en una choza allí inmediata. El padre había sido carbonero, y nunca les había faltado pan para la boca mientras él había trabajado. Pero una vez él muerto, la más despiadada miseria amenazaba en el bosque a la vieja y a la niña, ya que ni soñar podían en irse a vivir a poblado. Con los frutos de un huertecillo y un corralejo, perdidos en mitad de la selva, iban procurando gobernarse. Entre las dos labraban las tierras y hacían todos los trabajos. Iba a la fuente cuando el señor la había encontrado.

—¿A la fuente?—exclamó con alegría el joven cazador—. ¡Con la sed que me ha atormentado toda la tarde! Sólo el hallarte me había hecho olvidarla.

—¿Tiene sed mi salvador?—dijo ella con sonora risa—. Pues haberlo dicho antes. Otras cosas no podré ofrecerle, pero ¡lo que es agua!...

Levantáronse con gozosa presteza juvenil. Recogieron la tosca vasija de madera, que nada había sufrido con la caída, y, seguidos de los gruñidores canes, fuéronse los dos camino del hontanar muy juntos y despacio. La selva entera, en aquella hora crepuscular, derramaba sus más dulces fragancias; invisibles madre selvas aromaban la oscura vereda; no se sabía dónde, entre las sombras, un parlero arroyo se deslizaba canturreando y envolviendo las cosas en velos de humedad y frescura,



Proveedores de la Real Casa



VINOS FINOS TINTOS
DE LOS HEREDEROS DEL
MARQUES DE RISCAL



NEUMATICOS
FORT
DUNLOP



Sociedad Española DUNLOP, S. A.
MADRID BARCELONA SEVILLA
Proveedores de las Reales Casas de España e Inglaterra



BIARRITZ

HOTEL DE INGLATERRA

De primer orden. Enteramente reformado
Situación espléndida

PENSIÓN DESDE 100 FRANCOS

EN LOS MESES DE AGOSTO
Y SEPTIEMBRE PENSIÓN DESDE 150 FRANCOS

ESTREÑIMIENTO

CURACION COMPLETA CON LOS



LAXANTES Y DEPURATIVOS: DOSIS: 1 Ó 2 GRANOS AL CENAR
SE EXPENDEN EN FRASCOS DE 25 Y 50 GRANOS EN LAS FARMACIAS,
DROGUERÍAS Y CENTROS DE ESPECÍFICOS

EN NUESTRO PROXIMO NUMERO:

LA DANZA VALENCIANA, por Llorente Falcó. Con fotografías de Barberá Masip.

ES PRECISO DEFENDER NUESTRA INDUSTRIA ENCAJERA, por Dionisio Pérez. Con fotografías de Enrique Blanco.

TOMÁS MORALES, EL POETA, por A. Valero de Bernabé.

LA ESPLÉNDIDA PLAYA DE LA LANZADA. Con fotografías.

EL AMOR AL LIBRO, por Alberto Insúa. Con dibujos.

y por todas partes, cerca y lejos, las flautitas de cristal de los sapos lanzaban melancólicamente su única nota argentada. Una amarilla luna, redonda y solemne, surgió entre los troncos y contempló con materna complacencia el lento caminar de los adolescentes, que avanzaban cogidos de las manos.

Llegados a la fuente, un cucharón de palo que iba dentro de la herramienta sirvióle como vaso al condesito. La niña, con levantados brazos, se lo sostuvo en alto para que bebiera; y así, a un tiempo el mancebo apagaba lentamente la sed de su boca con el agua de hielo que resbalaba por su garganta, y la de sus ojos con contemplar el rostro de quien se la presentaba.

Regresaron con toda calma, anhelando que no llegara nunca el instante de separarse. Se despidieron a dos pasos de la choza.

—Mañana, antes de puesto el sol, estaré en la fuente—prometió el joven señor al tiempo de marcharse.

—Pero sin perros—corrigió maliciosamente la zagala.

Las indicaciones dadas por la moza y el instinto de su caballo, sirviéronle para llegar a su castillo cerca de media noche. El caballo fué quien más puso en ello, porque el noble joven, ebrio de un delicioso licor que le llenaba de cánticos el alma prometiéndole venturas inefables, en todo pensaba menos en regresar a su casa. Sentíase muy feliz vagando sin rumbo por el bosque, a la luz de la luna, y lo único que habría deseado era volver atrás, buscar de nuevo la choza de la zagala y pasarse la noche de hinojos a sus plantas, recibiendo cálidos efluvios de vida a través de las manos que entre las suyas mantendría enlazadas, oyendo el sonido brizador de sus palabras, y, sobre todo, mirándose en sus ojos, en aquellos ojos mansos y dulces, que anegaban en indecibles oleadas de paz el alma de quien los contemplaba. ¿A qué se parecían aquellos ojos, Dios santo? No había criatura humana que tuviera aquella inalterable serenidad en su mirada; en ellos no se espejaba ninguna de las preocupaciones y sufrimientos que enturbian los ojos de los hombres. Por más que se esforzaba, no lograba recordar el joven señor otros ojos semejantes: puros luceros cuyos vagos destellos adornaban toda suerte de fiebres y afanes.

Como navegando en sueños por el lechoso mar de las neblinas plateadas de luna, cautivo en el hechizado orbe de sus fantasías, encontróse, casi sin pensarlo, a la puerta del castillo. Nunca había llegado a tales horas. Su madre y sus servidores lo esperaban acongojados. La señora lo estrechó ansiosamente contra su pecho; todos se quitaban unos a otros la palabra para hacerle cien diversas preguntas; pero él apenas correspondió a las maternas caricias, apenas contestó con monosílabos a lo que con tanta ansia deseaban conocer; su cuerpo estaba allí presente, pero su alma había quedado junto a la choza del bosque, presa de las miradas que en un punto habían transformado su existencia. Su madre lo contemplaba con previsor recelo. ¿Qué le había ocurrido en el bosque a su hijo de su alma que llegaba a tales horas con aire de sonámbulo, no sabía responder a derechas a lo que se le hablaba, y con beatífica sonrisa y dichosa mirada observaba ante sí no se sabía qué quiméricos espectáculos, invisibles para cuantos lo rodeaban?

Sumido en su contemplación, casi no probó bocado durante la cena, por su culpa retrasada; sólo a fuerza de trompicones logró guiar el rosario que se rezaba cada noche con toda la servidumbre; apenas tuvo un helado beso para despedirse de su madre antes de retirarse a descansar. Con un suspiro de satisfacción cerró la puerta de su estancia, y al verse

libre de todas las coacciones y molestias que le había producido la compañía de sus familiares, en vez de echarse a dormir, como hubiera requerido la fatiga de su larga cabalgada, fuese a la ventana, abriéndola en toda su amplitud para que entrara la luz lunar y el fresco aire de la noche y se llevaran tantas cosas como en aquel momento le abrumaban, y sentado en el poyo de piedra vecino al antepecho, perdida la vista en la brumosa extensión de los árboles del bosque, que hasta el propio castillo llegaba, estúvose hasta el alba contemplando el lento caminar de la luna llena por las plateadas praderas del cielo y pensando en lo bien que se dormiría en la casuca cuya humeante techumbre de ramaje le había mostrado al pasar la niña ya adorada.

Veíala castamente dormidita en su lecho, besada por la luna, guardiana de su reposo. Pero por grande que hubiera sido el poder de su imaginación acalorada, jamás habría podido ni soñar lo que en la selva se estaba desarrollando.

Pobre, callada y triste había sido la cena de la madre con la hija: unas berzas cocidas y un trozo de queso de sus cabras. No habían abundado en su colación, bocados ni palabras. Ambas, como en inescalable alcázar, se habían encerrado en la íntima esfera de sus pensamientos, esforzándose por mantenerlos desconocidos para la otra.

La madre cavilaba sin cesar en las tremendas dificultades de su existencia miserable. En el bosque era imposible no perecer de hambre en cuanto llegara el invierno; pero dejar el bosque, era locura siquiera pensarlo. ¿Dónde podría ir a parar, por las aldeas del contorno, que no las quemaran a las dos como brujas en cuanto descubrieran lo que había comenzado a sucederle a su pobrecita niña, como antes le había ocurrido a ella, y, antes aún, a su madre y a su abuela? Era una misteriosa maldición que pesaba, de madres a hijas, sobre las doncellas de su casta, desde las primeras rosas de la nubilidad. ¿Qué poder infernal había echado aquel castigo sobre su familia? ¿Cómo, a fuerza de residir en la selva, habían podido compenetrarse hasta aquel punto con la vida de sus irracionales habitantes? A toda clase de medios había se acudido para evitar

aquello, pero habían sido vanos todos ellos. Habían tenido la crueldad de azotar como castigo a la inocente víctima del mal, de atarla, de encerrarla. Todo inútil: cuando llegaba la luna llena, el fenómeno se producía sin que poder alguno humano lograra estorbarlo.

Tampoco habían conseguido que las gentes de la aldea dejaran de enterarse de lo que pasaba. Poco a poco había ido divulgándose el secreto, y la familia entera había sido despreciada, escarnecida y vejada como si hubiera caído sobre ella alguna deshonra irreparable. Tratábanlos como a gafos. Nadie les daba los buenos días si se cruzaba con ellos en algún sendero del bosque; todos se encerraban en sus casas si alguna vez osaban ellos bajar a la aldea, y no había quien se aventurara a internarse por la región de la selva donde ellos habitaban. Estaban aislados del mundo por una invisible barrera de ideas morales, y, gracias a ella, habían podido ir viviendo en triste paz, pues si alguna vez la habían franqueado las gentes de la aldea, especialmente los mozos, sólo había sido para venir a denigrarlas e insultarlas, apedrearles la choza y amenazar con quemársela, como si fueran en algún modo culpables de la desgracia que sobre ellas pesaba. ¡Injusticia más grande! ¿Qué hacía el Dios del cielo que tal no castigaba? Como que la víctima de aquel extraño mal estaba tan sin culpa, que ni siquiera de que lo padecía se enteraba. Lo que le ocurría pasaba como en sueños, como viviendo en otra vida, y nunca habría llegado a saber cosa alguna si los demás no se lo contaran. Ella, a su pobrecita



hija querida, no le había dicho jamás una palabra; y así, la pobre inocente, como con nadie sino con ella hablaba, era de esperar que no llegara nunca a conocer la enfermedad que la aquejaba. Sólo sabía ella que al día siguiente del ataque amanecía desmadejada y sin ánimos y tenía que pasarse durmiendo la jornada. Y era en aquella noche, la de la luna llena, cuando la incomprensible afección habría de asaltarla.

En tanto la niña no hacía más que pensar en el cazador que la había salvado de los colmillos de los canes. No osaba hablar de él por miedo a que su madre la riñera, ya que le tenía prohibido que oyera conversaciones de nadie; pero ni por un instante se le apartaba de la fantasía aquella imagen. ¿Es que un mancebo podía ser criatura tan atractiva y llena de gracia? En la vida lo hubiera imaginado. A ella sólo se le habían acercado los de la aldea, armados de hondas y picos y lanzando insultos espantosos, y siempre había temblado al oír ya el solo nombre de mozo. Jamás habría creído que pudiera ser delicia semejante la compañía de uno de aquellos seres a quien ella consideraba como peores que las bestias más feroces. Y al igual de lo que hacía el condesito, montado en su caballo, a aquella misma hora, también ella iba rememorando toda la entrevista, detalle a detalle; volviendo atrás cuando le parecía que algo se le había olvidado: recordó así cada palabra, cada sonrisa, cada ternura. Y era feliz con evocar de nuevo lo pasado; más lo era aún con la esperanza de lo que había de ocurrir después. Porque el mancebo le había prometido que vendría a verla al día siguiente. Y otros muchos después, hasta que consiguiera llevarla consigo para no apartarse ya nunca de su lado. El señor no la despreciaba: sólo tenía para ella, tan ruin y sin valor, palabras de cariño en los labios, amorosas miradas en los ojos y caricias en las manos. No la zahería y maltrataba como los rapaces de la aldea. Y ya quisieran ellos ser, como él, bonitos, pulidos y galanos; saber expresarse con aquella habla tan dulce que se metía hasta el alma; ir vestidos con trajes como los suyos, de rico paño, negro como el azabache; llevar aquellas botas primorosas, claras, brillantes, que casi le llegaban a la rodilla; derramar de toda su persona no se sabía qué cortesanos aromas, como los que debían exhalar los ángeles... De estos deliciosos ensueños, en los que casi iba quedándose traspuesta con los brazos en la mesa y la cara en las manos, vino a arrancarla la voz de su madre:

—Rapaza, ¿cómo no vas a acostarte, si te estás quedando dormida sobre la mesa?

—Ahora mismito voy, señora madre—respondió con susto la mozueta, alzándose presurosa y temblando de que su madre pudiera descubrir en su rostro los regalados pensamientos a que se había abandonado.

Dióle las noches con un rápido beso y la vieja la retuvo entre sus brazos y la acarició más larga y tiernamente de lo que solía hacer desde que la tenían afligida tantas desgracias. ¡Su pobrecita hija! Tan linda, tan bondadosa, tan propia para llevar la felicidad a cualquier casa, y apartada de todo humano contacto por aquella maldición que pesaba sobre su casta. ¿Qué iba a ser de la infeliz, Dios mío, qué iba a ser de la infeliz cuando su madre le faltara?

Cubrió cuidadosamente el fuego mientras la niña se acostaba, pero no fué a echarse a su camastro, sino que volvió a sentarse en su viejo sillón, dispuesta a pasarse en vela toda la noche. Quería ver si aquella vez por lo menos, manteniéndose ella despierta, lograba evitar lo que tanto la apesadumbraba.

Por el único ventanuco de la choza penetraban los azulados resplandores de la luna y creaban en el mísero recinto una atmósfera de misterio y hechicería, en la que destacaban lúgubramente las vulgares piezas ennegrecidas del moblaje aldeano.

La pobre mujer luchó bravamente largo tiempo contra el sueño, rezó rosario tras rosario, acudió a darse de cachetes y pellizcarse para mantenerse despierta; pero tal era su cansancio de las rudas tareas del día, vertía tan extraño sopor la penumbra lunar, que cada vez iba iluminando más la cocina, que no pudo defenderse por más tiempo y acabó por caer transida sobre el respaldo de su asiento, presa de un agitado sueño, entrecortado de ayes y suspiros.

No dormía así su hija, la cual, desde que había apoyado la cabeza en su áspera almohada de lienzo hecho en casa, estaba como aletargada, sin que ni el más leve alentar estremeciera sus entreabiertos labios.

Cautelosamente, por el ventanuco, comenzó a asomarse la blanca faz lunar; un pálido rayo de su luz iluminó una esquina de la negra piedra del fogón, arrancó reflejos argentinos de los platos del vasar, desli-

zóse después por la pared de ahumadas piedras, fué acercándose con astucia a la yacija de la niña. Esta, conforme iba llegando hasta ella la luz de la luna, iba perdiendo la paz de su sueño; se agitaba con creciente violencia, lanzaba ahogados gemidos como si el incubo la abrumara, temblaba en todos sus miembros como atacada de perlesía. Pero cuando el beso de la luna se posó en su frente, desnuda como estaba, plateada por el nocturno resplandor, se alzó rápidamente de su yacija; con los ojos cerrados, sin tropezar en cosa alguna por el mezquino suelo de tierra de la choza, llegóse hasta la puerta, descorrió con toda seguridad la tranca que la cerraba, abrió su única hoja. El aire fresco y aromado de la noche invadió la casuca, venciendo el ambiente ahumado y estadizo allí almacenado: la dormida doncella respiró profundamente, llenando con interminable delicia sus pulmones de todas las nocturnas fragancias del bosque. Dió un paso fuera del umbral hacia los encantados campos nevados de luna, pero ya no fué un descalzo pie de niña lo que

pisó la tierra delante de la puerta; una inquieta corza, trémula, viva, ágil y espantada, fué lo que salió por la puerta en delirante carrera, como si se escapara de una jaula; alejóse rauda, saltando con toda celeridad matorrales, troncos y peñascos; corrió desalada, como el vendaval por las ramas; después, ya más serena, triscó juguetona de mata en mata, mordisqueó la menuda hierba, sorbiéndose golosa las perlas del rocío, y, llegada a un manantial, bebió rayos de luna mezclados con la pura linfa de la fontana.

* * *

El día siguiente se lo pasó todo él durmiendo la doncella, y, tampoco la condesa, por mucho que él se lo suplicó, consintió que saliera su hijo de caza. Tuvo, pues, que quedarse en el castillo, desesperado, sufriendo fiero tormento al pensar lo que se figuraría la niña al ver que llegaban las horas de la tarde y no el galán a su lado.

Por eso, a la otra mañana fué al bosque no bien amaneció, antes de que se despertara su madre. Muy lejos del lugar adonde lo arrastraban sus anhelos, escondió sus armas en el hueco de un árbol y amarró fuertemente sus perros a unos troncos para que no siguieran acompañándolo. Los pobres animales, agitándose violentamente por romper las



correas que los aprisionaban y lanzando aullidos angustiosos, permanecieron en cautividad hasta que regresó él por la tarde. Hecho esto, aunque estaba aún muy lejos la hora convenida, fué a la fuente donde habían quedado citados, sin que le costara esfuerzo alguno encaminar allí sus pasos.

Tampoco la niña tardó en presentarse, que su corazón alerta oyó con alegría, entre la espesura, los pasos del caballo. También ella estaba apenada porque aquella estúpida soñolencia que una vez al mes la asaltaba le había impedido salir al encuentro del señor la primera vez que con él lo había concertado. ¡También había sido desgracia! ¿Qué diría de ella el condesito al ver que en tan poco estimaba el increíble favor que le hacía viniendo a buscarla? Hasta el instante de oír el trote del caballo había estado temiendo, llena de congoja, que nunca más había de verlo a su lado. Había sido como fugitivo sueño su felicidad de una sola tarde.

Por eso fué doblada la alegría con que salió al encuentro del condesito. La sonrisa de ambos, al descubrirse entre la enramada, fué como una primavera para el bosque; pareció que de repente se renovaban las constelaciones de flores de los campos y cobraban voces nuevas lasavecillas de los árboles.

—¡No olvidaste el camino para venir junto a mí, aunque ayer no me hayas hallado! —clamó ella alegremente, corriendo a su encuentro.

—¡También hoy me aguardabas, aunque ayer no haya venido! —respondióle él con no menor dicha.

Cogieron de las manos y estuvieron largo rato los ojos en los ojos, como arrobados, cautivos de la gran maravilla de descubrir cada cual en el ajeno rostro todas las magnificencias del universo.

Sentáronse en una peña musgosa bajo la cual nacía el agua. A sus plantas, en el misterioso hondón del venero sombreado por tupidos árboles, el cristalino líquido surtía burbujante por una quiebra del limpio suelo de roca; tendíase en brevísimo estanque, de cuyo borde se derramaban con alborozo las ondas, para correr después, cuesta abajo, todo risa de espumas, saltando de guijarro en guijarro a lo largo de su arroyada. Ambos mozos, ebrios de embeleso, hablaron casi tanto como el parlanchín torrente; pero, ¿quién podría decir de lo que hablaron? ¿Qué valor tendrían para nosotros, muertas, frías y clavadas en las páginas de este relato, como mariposas azules y doradas en la colección de un entomologista, las trémulas palabras que manaban vertiendo vida de sus labios y que a ellos se les antojaban tan llenas de sentido, que, de oírlas, abríanse ante sus ojos, mágicos mundos de existencia nunca antes sospechada?

Cada uno de ellos ardía en el afán de referir al otro todo lo que había sido su vida hasta aquel momento y en el de compenetrarse con cuanto había llenado las horas de su compañero. Al modo como sus cuerpos aspiraban a fundirse en uno por el camino de los brazos que se enlazaban y de las bocas que juntaban aliento con aliento, también las almas querían poner en común toda su historia, desde la propia hora en que había nacido su primer recuerdo, para que fuera uno solo su vivir en lo pasado como había de serlo en lo por venir. Refirió él largamente la vida del castillo; ella, la de la cabaña.

Y al tiempo que ponían en común sus dos existencias con ingenuas palabras, la naturaleza entera, en la gran pereza del mediodía, parecía suspender toda actividad para no turbar la calma de aquellos sus hijos privilegiados.

Pero cuando el condesito llegó a hablar de su afición a la caza, la niña no pudo menos de decir con triste acento:

—¿Cómo puedes encontrar placer en perseguir a los pobrecitos animales de Dios que viven pacíficamente en el bosque sin hacer mal a nadie?

Al joven señor jamás se le había pasado por las mientes semejante idea. Quedóse asombrado y no supo qué responder.

—¿No te horroriza escuchar sus quejas y ver cómo por tu culpa se derrama su sangre? No quiero pensar que estas manos mías queridas pueden hacer tal daño.

—No los mato por gusto, los mato para comer. ¿De qué iban a vivir sino mis gentes del castillo?

—Y ¿no hay otra cosa que comer sino la carne de esos inocentes? En toda la vida me nutrí más que de verduras y leche, huevos y queso, y ya ves que no dejo de estar sana.

—Pero las mesnadas quieren cosa de más fundamento y sustancia. Además, la caza, me tiene dicho siempre mi preceptor, es la escuela donde aprenden ardides de guerra los señores, para defender sus tierras si algún mal enemigo las invade.

—Pues persigue a las alimañas dañinas que destruyen en el monte a las bestezuelas mansas... Pero pensar que seas tú capaz de azuzar tus perros y disparar tus armas contra unas pobres criaturas, dulces y benignas,

que sólo huyendo pueden defenderse de quien pretende dañarlas; que te goces en dar muerte a unos infelices hijos de Dios, tan bonitos como no salieron otros de sus manos, en los cuales no hay más que gracia y donosura, ya estén en reposo o ya se muevan, ya corran o ya salten que viven con bendita paz y sin perjuicio de nadie por las praderas del bosque, mordisqueando la húmeda hierba y ramoneando los brotes de los árboles; que saben gozar como nadie de todas las maravillas de la selva, conocen las fuentes de más puras y delgadas aguas, los campos de hierba más fina y aromosa, los árboles que mejor cubren de los ardores del sol y las lomas que más resguardan del azote de los cierzos; envidiables seres que poseerían la más alta dicha terrena si no hubieran lobos ni hombres... Pensar que tú, tú, con estas manos que yo adoro, seas capaz de truncar una de esas preciosas vidas y convertir en quietud y fosquedad de muerte lo que antes era animación y presteza, candor y donaire...

Ves tú; no puedo contenerme; sólo de pensar en ello se me llenan los ojos de llanto.

El condesito la tomó tiernamente entre sus brazos, enjugóle con los labios el llanto.

—Pero, ¿qué quieres que haga, vida mía? —preguntábale angustiada—; ¿qué quieres que haga?

—Que vengas siempre como has venido hoy, sin armas ni perros, con las manos limpias de sangre; que sólo entres en el bosque para traerme la dicha de tu compañía, no para sembrar espanto y muerte entre las pobres bestezuelas que lo habitan.

El se lo prometió ardorosamente, jurándole que por ella renunciaba a cazar como renunciaría a todas las cosas del mundo, a su familia, a su castillo, a sus estados. Dejaría su vida de señor y se retiraría para siempre a la selva, compartiendo con ella su choza, para vivir, casi como hermanos, en medio de aquellos benditos animales de Dios que ella tanto adoraba.

Bajaron a la fuente para que la zagala se lavara sus lacrimosos ojos. Tenían sed, el calor del mediodía los había sofocado. La niña tendióse de bruces al borde del manantial, y, metiendo poco a poco el encendido rostro en las aguas, sintió, con delicia, como una máscara de hielo, el ascendente contacto del líquido por toda su cara, al tiempo que la linfa



sutil penetraba por sus abiertos labios e iba a refrigerarle boca y entrañas. Sus pestañas palpitaban en medio del agua, como mariposas que se ahogaran, y cuando lograba mantener abiertos sus ojos, en medio de mil reflejos e irisaciones, descubría, en el azulado fondo del manantial, la incesante danza de arenillas y pedrezuelas movidas por las surgientes aguas.

El señor no quiso ser menos, y al otro lado de la fuente debruzóse para beber y refrescarse la cara. Era delicioso. Poniendo de lado la cabeza, entre grandes carcajadas, lograban verse mutuamente a través de las aguas. Vistos así sus rostros en medio de confusos y titilantes resplandores, cobraban rasgos y colores desusados. No era una misma la zagala de la selva y la ninfa de la fontana. Pero a una y otra las adoraba frenético el joven caballero, y saltando sobre las ondas, esparciendo por todas partes el agua de que su cabeza estaba empapada, estrujó violentamente con infatigables besos el rostro chorreante de su amada.

* * *

Aquella vez y otras muchas, el uniforme y diverso murmullo del huidizo torrente acompañó con gravedad sus juguetonas palabras.

El condesito había renunciado por completo a la caza. Aunque permanecía días enteros en el bosque, salía del castillo sin perros y sin armas. Con el consentimiento de la vieja aldeana, que previsora y conocía que por allí podía venir el remedio de sus necesidades, pasaba, casta y gozosamente, jornadas enteras al lado de la niña, corriendo y brincando por los calveros del monte; encaramándose a los árboles para ver el ilimitado océano de copas de robles; durmiendo, a las horas de calor, regaladas siestas sobre la dulce almohada del tibio regazo de su amiga; escuchando gravemente sus charlas y adoptando todas las míticas ideas que había ido elaborando, solitariamente, el cándido cerebro de la rapaza. Como ella, llegó a vivir en un mundo de fábula; aquellos animales que ella veneraba, ciervos, gamos y corzos, no sólo los consideraba como hermanos suyos sino que creía descubrir en ellos, con ingenua inocencia, algo a modo de seres superiores, sabios, prudentes y bondadosos, a cuyo magisterio y guía debían someter sus pasos. Recorrían la selva por los caminos de los venados, bebían en sus fuentes, descansaban en sus reposaderos. Pero no lograban que les permitieran acercarse a ellos. Salían huyendo en cuanto veían la presencia humana.

—Lo hacen por ti—decía tristemente la niña—, que todavía les huelen a cazador. A mí siempre me dejaron que me aproximara.

Y cierto día, con lágrimas en los ojos, contóle la historia de un corzo que le había tomado tanto cariño que le comía en las manos y se dejaba besar y acariciar por la zagala. Todas las mañanas, no bien ella salía por la puerta de la choza, ya estaba el animalito esperándola y en todo el día no se apartaba de su lado. Los padres, no sabía la niña por qué capricho, estaban furiosos con aquella amistad y hasta la tuvieron encerrada semanas enteras para que no se fuera con su acompañante. Pero no bien volvieron a permitirle que saliera, dolidos de su tristeza y de sus lágrimas, halló siempre a su fiel corzo esperándola al pie del matorral donde solían encontrarse.

—Y ¿qué fué de él? ¿Cómo no anda todavía a tu lado?—preguntó con ansia el mancebo.

—Es que disteis una gran cacería las gentes del castillo—dijo tristemente la doncella—. Todo el bosque retumbaba fatídicamente con el galopar de los caballos, las voces de los monteros, el ladrar de las jaurías y el son de los cuernos y trompas de caza. En la selva reinó el más negro

pánico. En vano esperé a mi corzo desde entonces. Llena de dolor, imaginé mil veces destrozado por los dientes de los canes, al cabo de vertiginosa fuga en que habrá corrido hasta que ya no quedara aliento en su pecho ni pudieran sostenerlo sus patas. ¡Mi pobrecito corzo!—añadió después de dolorosa pausa—. Casi me daba besos con su hocico tibio y suave; igual que tú se me dormía con la cabeza en el regazo, y se estaba las horas muertas mirándome con unos ojos tan preciosos como nunca vi otros: serenos, dulces y mansos.

—¡Ya sé de qué son los tuyos! ¡Ya lo sé!—exclamó él cortando la triste recordación con alegres voces—. Desde el momento en que te vi por primera vez estuve dándole vueltas en la cabeza y no acertaba con ello.

—Pues dime de qué son mis ojos—dijo la niña, aún con melancolía.

—Si es cosa clarísima... ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

—Pero, ¿de qué son? Acaba de una vez.

—Tus ojos son de corza.

—¿De corza? ¿Qué cosas tienes! ¿Cómo puedes imaginar tal?

—Sí, sí; de corza. Igual dulzura, igual mansedumbre, igual timidez, como si estuvieras rodeada de enemigos y a cada instante te dispusieras para salir escapando. ¡Corcita, corcita mía! ¡Déjame besar tus ojos!

La niña se moría de risa.

—¿Y la boca? ¿También es de corza que tanto me la besas?

—No, no. La boca es aún mejor. Es mucho más rica todavía. Está hecha de guindas y cerezas, de fresas y granadas.

* * *

De este modo, entre halagos y ternuras, pasaban las dichas horas al lado de la fuente. El galán sentíase tan feliz que para él no había otra existencia que la que llevaba en el bosque. En el castillo, estaba siempre distraído y ensimismado; no hacía cosa con cosa ni respondía a derechos cuando le hablaban. Cuando no estaba en la selva, sólo le gustaba encerrarse largas horas en su cuarto para mirar por la ventana sus árboles.

A la condesa extrañábase grandemente aquel cambio. Su hijo no era el de antes: un chico bonachón, sano y risueño, para quien no había otro

amor que el de sus perros y caballos, ni otro placer que el de perseguir la caza por el monte y volver a la noche, sudoroso y rendido, con la cabalgadura cubierta de las piezas cobradas, para dormir como un bendito toda la noche. Jamás le había dado a su madre el menor disgusto. ¿Mujeres? A pesar de sus dieciocho años, para él era como si no existieran en el mundo. ¿Vino? ¿Juego? ¿Pendencias? De nada había que hablar. Nunca había observado en él ni la falta más pequeña. Por ello, era tanto más extraña la situación de aquel momento; había renunciado, de repente, a cuanto había constituido su delicia hasta entonces: sus perros, antes tan bien cuidados y atendidos que primero dejaría de sentarse él a la mesa que de llevarles en persona sus bien colmadas gamellas, sólo puntapiés y fustazos recibían ahora de él cuando osaban acercársele; sus armas, antes tan brillantes y cuidadas, yacían arrumbadas y cubiertas de polvo en el último rincón de su estancia. Ni ballesta ni cuchillo llevaba nunca consigo en sus diarias excursiones; y a los perros, lleno de cólera al pensar que alguno de ellos pudiera escaparse y acompañarlo, encerrábalos siempre en una bodega antes de sacar su caballo al patio. ¿Adónde iba, adónde iba, Dios santo? Contestaba con desabrimiento si su madre quería saber el objeto y rumbo de sus cabalgatas, y se ponía fuera de sí si alguna vez pretendía estorbarle la salida diaria. Ibase cada vez más temprano y regresaba más tarde, y para él era igual que lloviera o estuviera buen tiempo, que hiciera calor o hiciera frío. Una vez, aunque su



madre le suplicó casi de rodillas que se quedara bajo techado, púsose en camino en medio de una espantosa tormenta de truenos y rayos. Si alguna vez, por cualquier forzoso motivo, tenía que renunciar a su expedición cotidiana, permanecía cejijunto y silencioso en cualquier rincón del castillo, como si estuviera preso en su propia morada. Es que su casa no era ya su casa, ni su madre su madre. Jamás tenía ya para ella aquellos alborozados y restallantes besos con que antes le decía adiós cada vez que se iba de su lado, ni mucho menos le narraba al volver de sus correrías lleno de entusiasmo, describiéndole cómo se había apoderado de cada una de las piezas cazadas. Hosco, ceñudo, huraño, preocupado, vagaba ahora por el castillo sin cambiar palabra con nadie, ya por haber perdido el cariño a todos los suyos, o por llevar tal carga sobre su conciencia que temía que le brotara sola de los labios si hablaba. Suplicó primeramente a la madre que renunciara a aquellas solitarias cabalgatas; amenazó después con toda suerte de castigos; prohibióle, por último, salir sin quien le acompañara. ¡Inútil trabajo! El mozo colocóse en manifiesta rebeldía, y dijera lo que quisiera la condesa, al llegar la hora fijada bajaba a la caballeriza, ensillaba él mismo su cabalgadura, y salía de cara a la selva a todo el correr de su caballo.

Repetidas veces comunicó la buena señora al anciano capellán del castillo lo que con su hijo le venía pasando, y formularon mil hipótesis para explicárselo. También el eclesiástico hizo saludables reflexiones al mancebo, con el mismo éxito que su madre. No tardaron en comprender ambos que para corregir lo que hubiera de censurable en la conducta del mozo, fuera de su terquedad en alejarse de su casa, lo primero que se necesitaba era saber dónde se dirigía y qué objeto le llevaba. La condesa habló en secreto con el más antiguo y fiel de sus moneros y le ordenó que se apostara a la entrada de la selva a la hora en que solía salir el condesito y siguiera sus pasos sin que él lo notara. Hízolo así el veterano cazador; pero por dos veces, a pesar de su experiencia, perdió la pista de su señor en el bosque y tuvo que regresar a casa afligido y burlado. Pero la tercera, comprometido ya su amor propio en la empresa y avergonzado de los anteriores fracasos, supo cabalgar tras el mozo con tal habilidad, que llegó a verlo en la peña de la fuente en su coloquio con la pobre niña vestida de duelo.

Fijóse bien en ella, vió también la casuca en que habitaba, y como aquella parte del bosque le era casi desconocida, pues rara vez habían llegado hasta allí en sus cazatas, dirigióse hacia la más próxima aldea para adquirir noticias de la enlutada zagala de la selva cuya existencia nunca había sospechado. Las gentes del lugar le dijeron lo que es bien fácil imaginar, y el buen hombre regresó a la caída de la tarde hacia el castillo, aturdido y lleno de espanto: no sabía cómo anunciar a la señora condesa que su único hijo hablaba todos los días en una fuente de la selva con una especie de bruja o diablesa, que, cuando quería, podía transformarse en corza para vagar por los bosques en medio de las manadas de aquellos animales.

Aquella tarde, justamente, en la conversación de los enamorados, había una tristeza que jamás había enturbiado hasta entonces sus tiernos y gozosos coloquios. La niña había tenido aquella noche un sueño, que no quiso explicar, que la había dejado llena de melancolía y amargos presagios. Ya al llegar, había colgado del cuello del condesito, derramando congojoso llanto: temía que no iban a poder seguirse viendo, que no sabía quién iba para siempre a separarlos, y no hacía otra cosa sino estrecharse contra el pecho de su amado, murmurando entre lágrimas:

—¡Aún eres mío! ¡Aún no han logrado arrancarte de mis brazos!

El mancebo no sabía qué hacer para consolarla. Era inútil que le

jurara una y otra vez la eternidad de su cariño, que no consentiría que nada ni nadie jamás los apartara. La niña lloraba y lloraba. Era ya noche oscura cuando montó el conde en su caballo y aun entonces la zagala, corriendo hacia él, como en un delirio, abrazóle vehementemente y le conjuró, con ardorosas frases, para que se quedara con ella en la selva, no regresara más a su castillo, de donde, si en él entraba, nunca más había de salir para visitar a la niña del bosque que lo adoraba.

Por fin, el jinete, lleno de emoción, tras inacabables caricias y juramentos apasionados, dejando a la zagala medio desmayada en brazos de su madre, había arrancado de la puerta de la casuca con gran trabajo. A punto había estado de dejar que regresara solo el caballo, como si él hubiera rodado por algún despeñadero del monte, y quedarse para siempre en lo escondido de la selva con su zagalilla idolatrada. Aunque, bien mirado, no era esto lo que él codiciaba: lo que quería era llevar a su pobre niña al castillo, como legítima esposa, y que su madre y todos la conocieran, le cobraran cariño y acabaran por comprender el gran acierto que había tenido el mozo al elegir por compañera de su vida a una criatura en quien se atesoraban tantas bellezas, virtudes y encantos.

En ello iba pensando, al compás del lento paso de su caballo, que buscaba con seguridad entre las sombras el ya familiar camino, y, a fuerza

de cavilar, llegó a parecerle realizable aquel proyecto. Comprendió que lo primero que tenía que hacer para lograr tal triunfo era cambiar plenamente de conducta. Tenía que vencer la hostilidad que se apoderaba de él al hallarse frente a sus gentes, mudar su modo de proceder con su madre, mostrarse como siempre cariñoso, buscar ocasión en que revelar entre caricias lo que le retenía tantas horas en el bosque, y, como ella era buena y lo adoraba, no dudó un instante de que en cuanto la condesa acabara de comprender que para él no podía haber otro amor sino el de aquella niña, y en cuanto supiera lo que valía la doncellita del bosque, que, a pesar de sus rústicas vestiduras, acabaría por aprobar aquellos amores y consentir en recibirle como esposa de su hijo único.

Con tales pensamientos, íbansele trocando en placenteras las impresiones que le había producido el estado de ánimo de la niña; poco a poco sintióse henchido de esperanza, y si había comen-

zando caminando al lento paso que se le antojaba llevar a su caballo, acabó por espolearlo para no retrasar su entrada en el castillo.

Pero lo recibieron con lúgubre gravedad caballerizos y moneros. Arriba no encontró, como de costumbre, a su madre haciendo labor entre sus doncellas y dueñas, y al preguntar por ella, dijéronle que había tenido que retirarse enferma a su dormitorio dando orden de que nadie, ni aun su hijo, entrara a molestarla. Y no bien dadas las gracias a Dios, tras una cena fosca y silenciosa, en la que sobre todos pesaba grave preocupación, el capellán condujo solemnemente al joven señor hasta su estancia, donde le dijo que quedaba detenido, de orden de la condesa, por causas que más tarde le serían explicadas. Sin querer oír sus súplicas, fué sin pronunciar una palabra más, cerrando ruidosamente por fuera los cerrojos de la cámara.

* * *

Al otro día, cuando fueron a llevar el desayuno al prisionero, encontraronlo caído al lado del lecho, con ojos de loco, presa de fiebre intensísima y delirando a gritos. La condesa constituyóse al punto a la cabecera del enfermo, el cual, durante muchas semanas, estuvo entre la vida y la muerte, con la cabeza totalmente perdida, sin conocer a nadie, sumido en una postración de cadáver, o aullando como energúmeno, batiéndose en la cama y pronunciando incomprensibles frases. Juventud



y fortaleza acabaron por alcanzar victoria, y una mañana, al cabo de innumerables días de mal, después de haber hecho al enfermo los remedios más raros y haberle ofrecido a todos los santuarios del país, la madre tuvo la indecible satisfacción de poder mandar que levantaran de la cama y sentaran en un sillón delante de la ventana a su hijito adorado. No se sostenía en pie, ni para hablar conservaba fuerzas, y como un difunto, estaba amarillo y esqueletado.

La salud de su cuerpo fué rehaciéndose antes que la del espíritu, pues el restablecimiento físico significó para él abandonarse por completo en brazos de dulce melancolía, que le hacía verter día y noche, en la soledad, irreprimibles lágrimas, trayéndole a cada momento ante los ojos la imagen adorada. Siempre la tenía presente: contemplaba sus lindas facciones, resonándole en los oídos sus risas y palabras, y, sobre todo, a dondequiera que dirigiera la vista, creía descubrir el resplandor de aquellos lindos ojos, dormidos y pacíficos, que se habían adueñado de su alma.

La condesa y sus servidores no sabían qué hacer para dominar aquella pasión de ánimo. No había cantor ambulante, bailarín, bufón o volatinero que pasara a diez leguas del castillo que no tuviera que venir para entretener al joven señor con sus habilidades y gracias. Pero nada le interesaba, y los juegos que requerían mayor destreza a los chistes que significaban ingenio más grande, apenas lograban iluminar su rostro con una sonrisa helada.

Mas fué haciendo su labor el tiempo, la juventud y la robustez recobrada. Un día, el mancebo tuvo fuerzas para abandonar su cámara de enfermo y recorrer el castillo de sala en sala; otro, pudo bajar al patio y halagar con cariñosa mano en las caballerizas a todos sus caballos; ya entonces, como antes de su pasión desdichada, no se apartaban un instante de su lado sus fieles canes, que durante su enfermedad habían ido invadiendo uno tras otro su estancia.

Finalmente, llegó un día en que lograron vencerlo de que saliera a dar un paseo a caballo. Seguido de dos de sus fieles monteros, internóse algún tanto en la floresta. Fué como un renacer. Al punto estuvieron otra vez despiertos todos sus instintos de cazador, no bien respiró el aire, húmedo y denso, cautivo bajo las bóvedas de los árboles. Galopó alegremente tras la primera pieza que sus perros levantaron, y, una vez vencida,

le hundió en el flanco su cuchillo de monte para rematarla. Regresaron al castillo con los caballos de los servidores cargados de caza. Su madre lo recibió felicísima:

—¡Hijo mío, hijo mío—dijole la condesa, abrazándolo entre lágrimas—, me haces tan feliz como si por segunda vez nacieras! ¡Bendito sea Dios que consintió que llegara yo a ver hora tan grande!

Desde aquella fecha, el mancebo reanudó su vida de siempre, rodeado de su escolta de cazadores y monteros. La condesa estaba encantada. De que volviera a caer en su antigua pasión por la bruja de la selva no había peligro alguno, ya que aquellas mujeres habían sido arrojadas del país por los servidores del castillo, los cuales les habían arrebatado su pobre rebaño, les habían arrasado su huertecillo y prendido fuego a la cabaña, obligándolas a marchar hacia remotas comarcas. De nuevo resonaban, pues, alegremente, por las espesuras del bosque, los latidos de los perros, las voces de los cazadores y el galopar de los corceles, prestando inquieto ambiente bélico a aquel mundo umbrío, donde tanta paz y reposo venían reinando desde muchos meses antes.

Pero aquéllo no eran cacerías, sino pequeñas escaramuzas sin importancia. A fines de noviembre, el padrino y tutor del condesito fué a pasar unos días en el castillo de su hermana, y en su honor organizóse soberbia cazata. No se dispuso la fiesta en la parte del bosque más próxima al castillo por estar más castigadas las bestias que lo habitaban por las corre-

rias cotidianas; acordóse dar la batida en remotos cuarteles, muy poblados de caza, por hacer mucho tiempo que nadie los visitaba. Y en el centro de aquella lejana zona organizóse un suntuoso campamento, con todas las posibles riquezas y comodidades para que los hidalgos cazadores pernoctaran.

El noble pariente traía consigo dos hijos de la edad del condesito y ante ellos quiso lucir éste sus habilidades. Durante el primer día de caza esforzóse por exceder a todos en actividad, valor y destreza, y, en efecto, cuando se reunieron a la caída de la tarde, vióse que las más hermosas piezas habían sido muertas por sus manos.

Bulliciosa y alegre fué la cena del campamento, delante de las tiendas, al lado de mugidoras fogatas: en ellas asaron algunas de las bestias recién muertas para que hicieran compañía a los ricos y abundantes manjares llevados desde el castillo. No escaseaban los vinos, conducidos hasta allí en barriles y corambres. La luna llena, que se alzaba mansa y serena por el cielo de gasas, iluminaba con reflejos de plata lo que no era teñido en oro por el resplandor de las hogueras. En torno, leguas y leguas, tendíase la adormecida selva bajo la dulce claridad lunar; pero allí, junto a la trémula danza de las llamas, todo era estrépito y confusión, clamores, vocerío, como en delirante aquelarre: gentes que comían vorazmente,

cantaban, jugaban, disputaban o se tendían en tierra envueltos en sus mantas; montones de reses muertas sobre charcos de sangre; gruñidores canes que se cebaban ruidosamente con el sangriento bandullo de la caza que iba siendo desmenuzada...

El joven conde, al igual de los otros señores, no fué parco en trasegar a su estómago los añejos vinos que su madre había enviado, y con el entusiasmo de su triunfo de la jornada y el calor de las bebidas y manjares baladroneó largamente sobre sus cinegéticas hazañas.

De pronto gritó alguien:

—¡Un corzo! ¡Un corzo!

—¿Dónde?—interrogaron cien voces.

—Andaba como acechando por detrás de las tiendas. Ahora debe huir hacia el arroyo.

—¡Dejádmelo a mí, que quiero coronar con él mi jornada!—gritó alegremente el condesito.

Y se alzó con presteza de la mesa, derribando el asiento en que estaba sentado y la copa que

tenía delante; cogió rápidamente sus armas, silbó a sus perros, montó de un salto a caballo.

—¡Os lo traeré dentro de un instante! —gritó, metiendo espuelas al caballo—. ¡Busca!, ¡busca!, ¡busca! —ordenóles a los perros de su jauría, que, latiendo de impaciencia, olfatearon por un instante hierbas y matas, detrás del campamento, para partir después como flechas, con alegres ladridos, no bien estuvieron seguros del rumbo que llevaba la presa codiciada.

No tardó en convertirse en franca persecución lo que al principio había sido carrera vacilante. Los perros corrían y corrían, tan tendidos que parecían una cinta ondulante, animándose con sus latidos para redoblar su esfuerzo. A unos veinte pasos de distancia, al atravesar por una clara del bosque, el mancebo creyó ver ante ellos la redonda grupa galopante de un corzo. Aguijó su caballo y azuzó a los perros para que la presa no se les escapara. Fué entonces un desenfrenado galopar sin término. El joven conde bajábase cuanto podía sobre la cabeza de su caballo para que no tropezaran con la suya las ramas de los árboles. A cada instante, bajo la fronda, pasaban vertiginosamente de la oscuridad más profunda a ser iluminados por fugitivos destellos lunares. Y por aquel caleidoscópico mundo de luces y sombras, arrastrábase velozmente, con ritmo de fiebre, la trágica fila del perseguido corzo, la furiosa jauría, el caballo y el caballero. Jadeaba la fugitiva bestia, jadeaban los canes entre su latir



colérico; jadeaba el corcel tras ellos. Aquel gigantesco respirar acongojado, por dondequiera que pasara el trágico cortejo, iba llenando de inquietud la selva dormida antes.

Y así, tiempo y tiempo, entre la espesura y por los calveros del bosque. Ante los calenturientos ojos del mancebo pasaban como relámpagos fantasmas de troncos, matorrales y peñascos. No sabía dónde se hallaba ni ánimos tenía para calcularlo. Todo era correr y correr como por los laberintos de una pesadilla. Algunos de los perros, rendidos, dejábanse caer a un lado de la vereda, descansaban un momento y tornaban a su delirante persecución con nuevos ánimos. De vanguardia llegaba siempre el jadeo mortal del corzo, cuya fugitiva sombra veía el caballero cada vez más cercana.

Llegó un punto en que el agotado caballo, blanco de sudores y espumas, no fué capaz de dar un paso más y rodó a tierra como cadáver. Alzóse rápidamente, con una maldición, el joven conde, y con sus armas en la mano pretendió seguir a pie la quimérica fuga del corzo y de los



canes. Apretó el paso, al observar que el latido de persecución de la jauría se trocaba en salvaje ladrar de victoria. ¡Ah! ¡Ya era suyo!

Apresuróse, por ver si lograba impedir que destrozaran al vencido. Más de pronto se detuvo como si se le hubiese cuajado la sangre. ¿No eran de garganta humana aquellos espantosos ayes que sonaban en medio de los ladridos de los perros?

Corrió locamente, gritando también él, herido de no sabía qué sospecha espantable.

Al manso resplandor lunar, en un claro del bosque que creyó reconocer, vió en confuso montón a la enfurecida jauría gruñidora ensañándose con el inanimado cuerpo del vencido. Apartó con gran trabajo a los canes. Ya sin vida, arrancada a dentelladas la carne de su cuerpo, que no era más que sangrientas llagas y piltrafas, la niña del bosque yacía al pie de la fuente que había prestado protección a sus amores.

RAMON MARIA TENREIRO

“NOSOTROS”

JOSÉ PINAZO ha alcanzado con este cuadro, pintado por encargo de Mr. Huntington para la Hispanic Society, de Nueva York, el sentido justo de lo expresivo en lo pictórico. La ponderación, la transparencia y la gracia son en *Nosotros* las teológicas virtudes de excelencia.

La constante inquietud que ha sido en Pinazo acicate y acierto a un mismo tiempo, le ha llevado a este dominio claro y sereno de sus propias facultades en sazón de madurez. De ahí nace precisamente esa dimensión de *profundidad* que la crítica señala unánimemente en *Nosotros*, que es, además, en colorido y técnica, un primor de acierto.

La pintura de Pinazo, por lo mismo que se ha liberado de todo pretexto, ha convertido, con maestría, los pretextos en categorías. Llega, de este modo, a estilizar sin apartarse, no obstante, del puro rigor de la definición. Así, en *Nosotros*, el pretexto familiar se eleva a síntesis de región y la armonización colorista adquiere caracteres de pintura mural.

Para conseguir estos resultados con la serenidad clara y concisa con que los consigue José Pinazo, a quien, con cierto sentido, tan renacentista como clásico, podríamos llamar maestro pintor, es preciso haber largamente mareado con rigor la propia inspiración y poseer una sensibilidad pictórica capaz no sólo de aprehender el espectáculo circundante, sino de sensualizarlo y reducirlo a su exacta expresión decisiva.

El buen tono, la gracia discreta con que Pinazo disciplina, encauzándola en normas, su levantina exuberancia temperamental son una buena lección de arte y, sin duda, la razón en virtud de la cual ha logrado este valenciano colorista e imaginativo—alcaloide valencianista, idea platónica del valencianismo, por decirlo así—someter a dictamen conciso y a ley rigurosa el frenesí del color y el delirio de la luz.

Su última obra, en la que resplandecen y atraen estas

cualidades máximas, representa en la evolución total del arte de Pinazo un momento feliz. Aquel en que el artista, en plena posesión de sus propios medios y consciente de cuál es la *misión* y cuál es el *sentido* de su arte, ahinca en lo pretérito para lanzarse, seguro de sí mismo, a la avidez ignota del futuro.

RAFAEL MARQUINA



BIBLIOGRAPHIA MEDICA CHIRURGICApublica **TODO** cuanto se edita en el **MUNDO MEDICO CIENTIFICO**

PUBLICADAS: NUEVE MIL FICHAS



Todo este montón de libros, folletos y revistas profesionales se contiene en una sola ficha de "Bibliographia Medica Chirurgica".

Los suscriptores de esta revista ahorrarán dinero comprando las obras que necesitan en

C. I. A. P.

donde pueden adquirirlas al contado—con descuento considerable—y a plazos en condiciones ventajosas.

Administración y Suscripción: Principe de Vergara, 42 y 44 (C. I. A. P.)

El Consejo científico de "Bibliographia Medica Chirurgica" está integrado por

Dr. León Cardenal, Dr. Sebastián Recasens, Dr. Manuel Márquez, Dr. Leonardo de la Peña, Dr. Antonio García Tapia, Dr. Gregorio Marañón, Dr. Florestán Aguilar, Dr. Angel Pulido, Dr. Jose S. Covisa, Dr. B. Navarro Cánovas, doctor Teófilo Hernando, Dr. Gustavo Pittaluga, Dr. Francisco Bécares, doctor E. Suñer, Dr. César Juarros.



**MAQUINAS
DE
ESCRIBIR**

CONTINENTAL

PORTATIL Y DE OFICINA

Compárese el trabajo de la MAQUINA CONTINENTAL con cualquier otra marca y se convencerá que es la mejor y más completa de las máquinas de escribir. Pídala a prueba a los agentes exclusivos

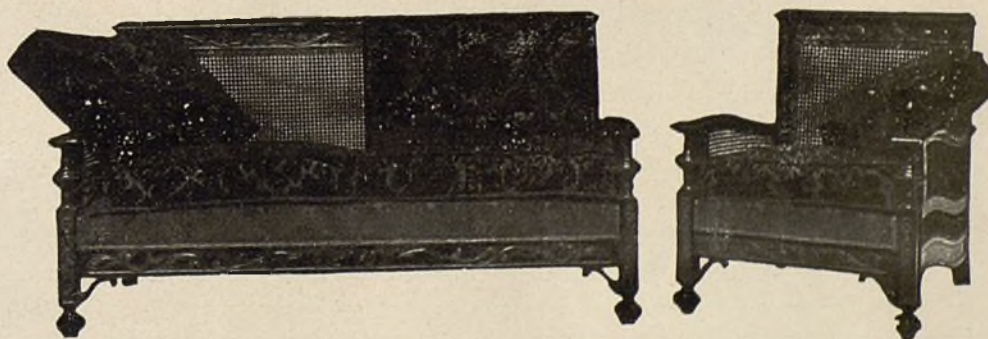
FERNANDEZ, LANGA Y C^a, S. L.**Pi y Margall, 18.-MADRID****Muebles prácticos para oficinas**

PIDAN PRESUPUESTOS PARA INSTALACIONES COMPLETAS

ACCESORIOS PARA TODA CLASE DE MAQUINAS

**G A O N A**

MUEBLES DE LUJO ECONOMICOS

**TAPICERIA****DECORACION
Y PROYECTOS****MADRID - HORTALEZA, 71
TELEFONO 10568****CAMISERIA****NOVEDADES***Rivero*

10, CARRETAS, 10

M A D R I D

TELEFONO NUM. 16399





Para los bellos días de sol nada más elegante que esta sombrilla, primorosa labor de tul y encajes.



La duquesa de Noailles viste en estos momentos un abrigo de muselina negra, adornada de pliegues de diferentes anchos. Su sombrero de encaje negro lleva un fondo de terciopelo del mismo tono.

La señora Cousi Deschamps va muy elegante con este encantador vestido de marroquí azul estampado de blanco. El sombrero de paja azul descende por los lados y va adornado de un pequeño lazo blanco colocado a bastante altura.

La duquesa de Brissac ha elegido para algunas de sus visitas este lindo traje sastre, de satén negro, que completa una blusa en muselina de seda blanca. El gran sombrero es en paja negra.

Traje en muselina estampada, negro y verde, acompañada de un abrigo de terciopelo verde, adornado de un gran cuello de muselina estampada. A su lado un encantador vestido de encaje verde, adornado por detrás, de tres "panneaux" en forma y de una capucharde cruzada por delante.



Un traje de muselina negra, adornado en las caderas por un volante que forma un pico delante. El tajo del vestido es muy amplio. Al lado un traje de muselina blanca, enteramente cubierta de pequeños volantes a partir de las caderas. Gran "godel" delante.

LA celebración de la Pentecostés fué en Deauville una exposición de magníficas elegancias, y las dos cenas de gala del restaurante des Ambassadeurs nos han mostrado radiantes toilettes y regias alhajas. Se veía mucha muselina estampada, naturalmente, pues nada podía estar más en su lugar que la gracia de esos vestidos largos, de capas flotantes que convienen admirablemente al marco del elegante restaurante. He advertido una tendencia muy marcada hacia los encajes, y la novedad de los trajes largos enteramente cubiertos de volantes me ha parecido verdaderamente interesante. ¿Constituye esto una indicación para la temporada próxima? Lo ignoro, pero he advertido sobre las muchachas muy elegantes algunos vestidos en encaje claro, blanco o color de oro, rayados de volantes minúsculos que resultan de una vaporosidad perfecta. En general, los motivos recortados me aparecen muy simplificados y las faldas son muy amplias a partir de las caderas. En fin, detalle digno de ser señalado: los guantes largos se encuentran hasta tal punto en mayoría, que una mujer de brazos desnudos resulta un tantico *démodée*.





Un encantador traje de muselina florida sobre fondo claro, cuyo cuerpo va adornado por delante de pliegues minúsculos y muy drapeado por detrás. Al lado una suntuosa capa de armiño cuyas bandas han sido incrustadas con exquisita maestría.

Una magnífica capa en "lamé" verde y oro, llevada con un turbante parecido, adornado de una torcida de tul. El bajo del abrigo va adornado de "renard argente". Al lado un abrigo de raso blanco enteramente incrustado de bieses y adornado de "renard" blanco.

Los abrigos de noche han sido en las fiestas de Deauville de una asombrosa diversidad. Estaban en gran mayoría, naturalmente, las casaquitas y la mayor parte de éstas estaban hechas en terciopelo o en *lemé*. En cambio, algunas elegantes, deseando precisamente distinguirse de las demás, habían adoptado las capas, muy ceñidas a los hombros, o aliguitos *trois quarts*, con los bajos extremadamente irregulares. Algunos formaban largos picos y venían a unirse, completamente al bies, por delante. A fin de subrayar bien este movimiento, una gran franja de *renard* bordeaba el abrigo todo alrededor.

El armiño continúa siendo la piel elegante por excelencia para los vestidos de noche. Se la divide en estrechas bandas, y he visto incluso algunas capas cortas por delante cuya cola en punta caía más bajo que el vestido por detrás. Este lujo no estará, naturalmente, permitido sino a un reducido número de privilegiadas.



A la izquierda, vestido en "shantung" blanco. El cuello marinero es en tela gruesa verde oscuro.—A la derecha, pijama de playa. La blusa en "shantung" blanco, el pantalón en "shantung" azul marino, la chaqueta en azul rey de la misma tela.

La elegancia en Deauville

Divagación trascendental

EPITALAMIO

PRINCIPIO de verano. Esta es la hora lánguida y ardiente en que la joven Primavera, vencida, se enlaza al fin con el rojo paje del Estío. Pórtico abierto a todos los desbordamientos floreales, en los dorados dominios del sol. Y el mundo se prepara a formar parte de este cortejo nupcial incomparable, adornándose con sus mejores galas, preparando sus mejores fiestas, inventando fantasías y ornamentos nuevos con que enriquecer su presencia.

¡Comienzo del verano! Perspectiva de una teoría de elegancias sin fin. Los balnearios, centros del lujo, donde en busca de la salud se va a perder el dinero; las playas, renacimiento de las más audaces pagánias; las delicias del *weekend* a través de campos, de valles, de adustas montañas. Todo cuanto de radiante tienen los panoramas y de seductor presenta la tierra. Y para ese conjunto, durante meses y meses, infatigables manos han laborado rápida e incansablemente desde los centros productores de la moda, en el afán de crear nuevos esplendores—cada vez más caros—con que satisfacer el más extendido, el más intenso de los deseos humanos: lucir, figurar...

Alrededor de este deseo se crean, y se han creado desde largos



A la izquierda, trajecito en hilo azul claro, adornado de una capita. El chaleco es en linón blanco.—A la derecha, traje hechura sastre, en hilo "grege". La blusa, cuyo cuello puede ir a voluntad cerrado o abierto, es en crespón naranja.

La elegancia en Longchamps



La señora Denain llevaba en las carreras este vestido en crespón de China azul marino. El cuerpo va adornado de blanco. El sombrero es de fieltro azul marino.

siglos, bellas industrias, artes y oficios, acaso los que sostienen mayor número de seres humanos. De la profundidad de los talleres, sastres, modistas, sombrereras, zapateros, orfebres y toda la red sutilísima de industrias accesorias, sin las cuales las anteriores no podrían subsistir, laboran febrilmente. ¡La Primavera!, ¡el Verano!, estaciones placenteras y ociosas en que se puede saborear despacio la alegría de vivir. Cada año se renueva este idilio entre la princesa azul y el paje bermejo, y cada año es acogido con igual explosión de alegría, con idénticos extremos de ilusión. Y es que en los festejos de estas bodas ideales el mundo privilegiado goza sus momentos mejores. Son seis meses de placeres renovados, y varios en que las bellezas mismas de la Naturaleza parecen esforzarse en presentar los fondos y los marcos más seductores. Oro y zafiro de playas, esmeralda de campiñas, cumbres diamantinas de montañas siempre nevadas... Todo parece imaginado por el mismo artífice que crea después los pendientes, los broches, los brazaletes suntuosos de las bellas. El aire limpio tiene la transparencia brillante de la luna de un gran escaparate. Y la aspiración suprema consiste en ser uno de los modelos que se exhiben en las vitrinas de esa gran exposición en que rivalizan los lugares más bellos del mundo...

LA NOCHE Y EL DÍA

Una de las más diabólicas invenciones de nuestro siglo se encierra en estas palabras: «el restaurante nocturno». No hay que confundir. Aparentemente, el restaurante nocturno ocupa el mismo lugar que aquel en que celebramos nuestros almuerzos a pleno día; pero, sin embargo, ¡qué diferente! La luz del sol les da a las cosas un aire familiar. Nuestro afán de lujo tiene necesariamente que contenerse en unos límites modestos. Ciertamente, como decimos anteriormente, son de rigor los trajes de seda; pero sus hechuras tienden a la simplicidad, las alhajas son sobrias y escasas, y el sombrero que durante la comida conservamos sobre nuestros cabellos, parece el signo del dinamismo de nuestro tiempo. Se com-

prende que inmediatamente después de la comida saldremos a la calle a continuar nuestras actividades ordinarias, y que de la calle, de nuestras compras y recados, veníamos un momento antes.

¡Qué diferencia con ese instante reposado de la cena de gala! Todo está expresamente preparado para ella. Las largas horas de *toilette* minuciosa la han precedido. La elección en nuestro guardarropa fué lenta y complacida. El perfume, que durante el día ha de ser discreto y disipado, puede y casi diremos que ha de ser, necesariamente, capitoso e intenso en la noche; las alhajas discretas cuyos resplandores desaparecerían a la luz del sol, se convierten en magníficas bajo la luz artificial, y adquieren todo el esplendor de una fantasía oriental. El peinado que permanecía oculto bajo el sombrero, puede presentar su nota original, coronando nuestra cabeza con hallazgos interesantes que hagan aún más expresiva la belleza del rostro; eso cuando no queramos ocultar los cabellos bajo un turbante de preciosos *lamés*, de tul, de encaje, que envuelva y aureole la frente de un prestigio misterioso



La señora Pierre Levic llevaba este abrigo en terciopelo marrón. Traje de crespón de China estampado con dibujos amarillos sobre fondo marrón.



Elegante sombrero en paja marrón; la copa va adornada de raso drapado.

La condesa Arnaud de Bertier con un elegante traje de crespón de China negro. Le acompañaba de un sombrero en "paillason" brillante negro, adornado de raso rosa.



El mismo sombrero de la izquierda, pero visto de frente, para señalar la caída del ala derecha.

de vampiresas cinematográficas...

La noche es el dominio embrujado de las verdaderas reinas del lujo. Se puede ser, en efecto, elegantísima, casi más elegante, durante el día; pero ese luminoso esplendor de aves quiméricas sólo puede darlo el encanto soberano del nocturno.

Para él se imaginan, en efecto, las más rutilantes fantasías.

* * *

Las terrazas de los grandes casinos, ya tengan por fondo el lago melancólico bañado por la luna, y que es como un engarce de ónice para las luces multicolores que filtran los vitrales o que caen de las *serres*; ya se levanten a la orilla del mar, para atenuar la sinfonía bárbara del oleaje con los ritmos añorantes del *jazz-band*, en que banjos y guitarras sueñan con los crepúsculos lentos de la plantación o los paraísos convencionales de un Hawái de sombras azules, o bien la montaña negra y solemne, no son sino un vario *bouquet*, en que flotan y oscilan, libres al viento, las floraciones milagrosas de la muselina estampada o las ramas tembladoras de los encajes de color. Todo lo vaporoso, lo

aéreo, lo frágil, se ha imaginado para este momento. Figuraos lo que es el paso, a través de las mesas iluminadas, de una de esas capas de *lamé* coloreado por el fondo de sedas del tejido, y coronada como de un penacho soberbio por uno de esos cuellos de armiño o de *renard* que envuelven misteriosamente la silueta. Cada mujer así ataviada es una inquietante novela exótica, y puede creérsela capaz de todas las aventuras amorosas y de todas las seducciones inexprresables de la «mujer fatal», aunque en el fondo no sea sencillamente sino una elegante que pasa.

Dejada caer la capa negligentemente, con estudiado resbalar sobre los hombros, maquillados con todas las reglas del arte, ¿qué variedad de bellísimos trajes pueden hallarse debajo de ella? La muselina, ligera como un velo de humo coloreado, toma las fluctuantes tonalidades del iris. Y como continúa en *crescendo* la boga de los encajes de colores, podemos asociar su presencia con la imagen de verdaderas vestiduras de espuma, teñidas de poniente, con que la mismísima Afrodita ha cubierto a sus predilectas.

Ved ese modelo que cruza por delante de nuestros ojos, ya habituados a los esplendores que nos hará ver la noche iluminada de las terrazas. Es de *taffetas* estampado. El brillo glaseado de la tela, su rigidez tan bien calculada, da a cada movimiento la lenta gracia de una porcelana de Copenhague.

Contemplad esa fantasía de encaje negro—color amado de la noche—sobre un fondo de *satin* rosa pálido, que atenúa su severidad y deja una impresión de transparencia pagana.

Más allá, apoyada con indolencia en la balaustrada, interrogando acaso el arcano nocturno, la eterna «desencantada» de todas las fiestas, de todos los placeres del mundo errante. Lleva un traje de tonalidad simbólica y atormentada: vuela y crespón romano rojo oscuro, color que conviene a las bellezas morenas, a las cabezas de expresión dramática.

Por fin, con vuela negra y encaje crema se ha formado un modelo encantador, que reúne todos los requisitos de la suprema elegancia. El contraste de los encajes crudos con la vaporosidad de la vuela es de los más afortunados que puede encontrar la fantasía de un modisto.

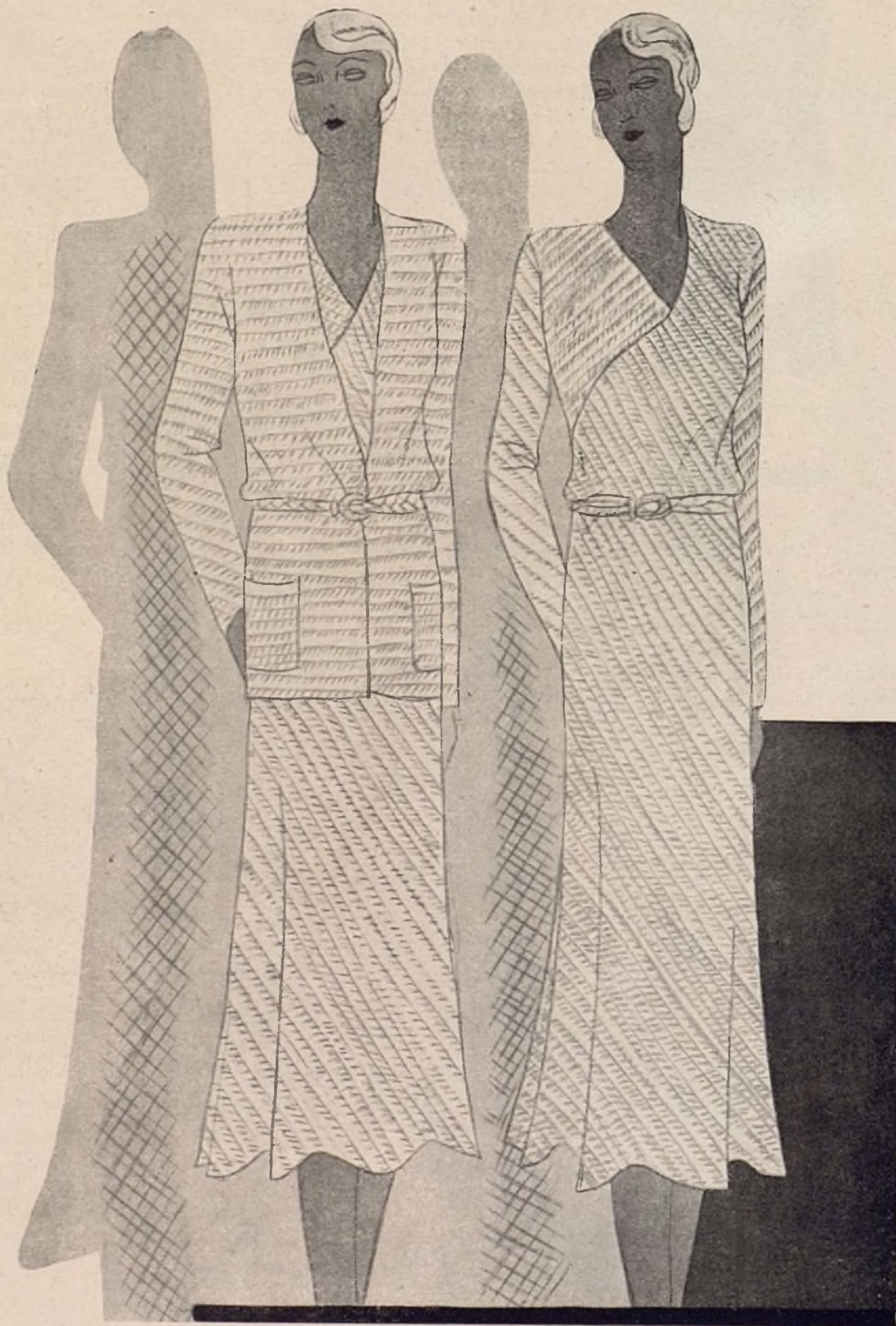
ALGO SOBRE SOMBREROS

Es curioso recordar la evolución que ha sufrido el sombrero en estos últimos cinco años. Los primeros tiempos de la postguerra invadía el mundo un afán de severidad. Parecía todavía el reflejo de las angustias pasadas, el desvío hacia lo suntuario y lo inútil; de entonces viene este dominio del fieltro, que parece destinado a continuar indefinidamente sobre nuestras cabezas, por lo práctico, lo cómodo, lo lógico de su uso. Pero ni siquiera durante el verano o la primavera, estaciones más propicias a la inventiva y la variedad, se nos consentía otra cosa que formas sencillísimas, sin más variaciones que la altura de la copa. Algunas pequeñas y aun grandes industrias francesas se arruinaron a consecuencia de este prurito de sobriedad. Las plumistas pusieron el grito en el cielo: los adornos de todas clases habían tenido una baja considerable; pero, a pesar de los esfuerzos de las casas de modas por restablecer un tanto el gusto por lo superfluo, no se consiguió nada, o casi nada.

La evolución ha venido muy lentamente; pero ahora parece que va de veras. To-

davía no nos inclinamos hacia el excesivo adorno, que sería incompatible con los hallazgos de buen sentido de nuestra época moderna; pero las formas van de día en día adquiriendo fantasía; los materiales se hacen cada vez más ricos y preciosos, y la estación de las supremas elegancias nos presenta una interesantísima variedad de sombreros que armonizan, por su ligereza, su buen gusto, su vaporosidad, con esa tendencia aérea, ligera y policroma que informa la moda actual en todas sus fases.

Las pajas transparentes, en sus infinitas variedades; los encajes de paja y de crin, en negro o en color, han irrumpido en una oleada excesiva el escenario de nuestras preferencias. Hay que ponerse ya un poco en guardia contra ellos, y podemos decir a este respecto algo de lo que dijimos al referirnos a los trajes de fondo oscuro y lunares blancos: to-



Conjunto de "sport" en punto de Pic Picelle casi blanco. El cinturón va cerrado por un lazo azul marino. Los pequeños "godets" de la falda van ligeramente planchados.



Traje y abrigo de crepón de China azul pastel.

das las elegantes tienen uno, pero pocas se los ponen ya. Los materiales de construcción de estos sombreros son muy costosos, lo que parecía en un comienzo ponerlos a salvo de caer en la vulgaridad; pero el ingenio de los imitadores no tiene límites, y la rafia, el encaje encerado y otras variedades económicas han emprendido la batalla, obligando al elemento verdaderamente *chic*, que abomina de cuanto se hace común y corriente, a arrinconar magníficos cascos que habían costado muchos cientos de francos.

Naturalmente, hay otros elementos que salvan todavía de la banalidad a nuestros bellos sombreros transparentes, y éstos son la originalidad de las formas, en algunas de las cuales se toca deliciosamente lo extravagante, sin llegar a caer en ello; pasaje delicadísimo que sólo puede orillarse teniendo un perfecto buen gusto, a salvo de mixtificaciones.

Sobre las dichas combinaciones a que puede llegarse en esta clase de sombreros, y a las mezclas y armonías verdaderamente encantadoras y graciosas a que se presta, tenemos aquí unas creaciones para las que se ha empleado la vasta lira de los materiales de construcción modernos. Qué lejos ya aquellos tiempos en que sólo se admitían las pajas duras opacas, las alas rectas y cortas, la cinta de terciopelo o de falla, rematadas con una hebilla, en la que había una rebuscada tosquedad! Todo es ahora leve, complicado y exquisito. Las alas no sólo toman decididamente la tendencia—ya iniciada con varia fortuna en temporadas anteriores—a ampliar sus bordes, sino que saben recor-

tarlos, plegarlos, variarlos, con arreglo a la coquetería más refinada, envolviendo así las cabezas en una especie de nimbo coloreado del efecto más seductor. Ved, por ejemplo, esa capelina en crin de seda. Los días de luz más ardiente quedan vencidos por la suave sombra que proyecta sobre los ojos, dándoles misterio y encanto ese ala discreta. El *paillason*, que nunca desaparece del todo en estos terrenos, forma encantadores modelos, que contrastan de un modo a un tiempo brusco y armonioso con la cinta de terciopelo, que sencillamente—tampoco excluimos ahora lo sencillo, siempre que no suponga descuido o sequedad—constituye todo su adorno, con un grupo de flores de terciopelo y seda en tonos pastel.

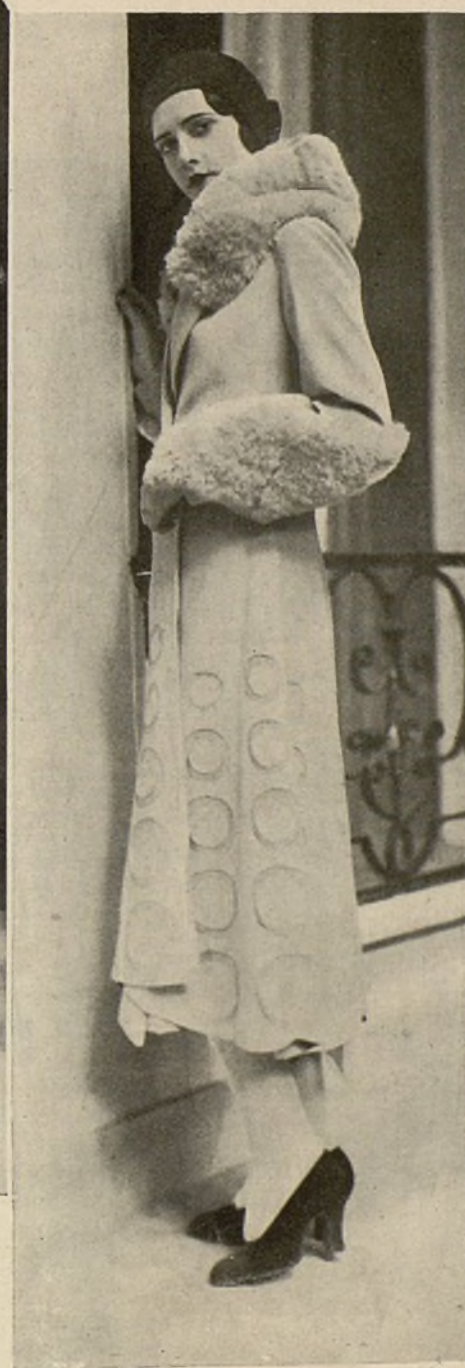
Para las partidarias de formas recogidas, más propicias para el té crepuscular o el concierto clásico en el Casino, tenemos dos *serre tete* encantadores: uno, que evoca lejanamente las tiaras fastuosas de las princesas rusas, que han puesto de moda juntamente los bolcheviques y las novelas audaces de Mauricio de Kobra; otro, que nos habla una vez más de la preferencia a evocar el casco de aviador y las mitológicas hazañas de los caballeros del aire.

MAÑANAS EN EL MAR

No; en realidad no es acertado el hablar sólo de las mañanas. El moderno veraneo en las playas comprende junto al mar todo el día y la mayor parte de la noche. Una elegante que se precie de serlo, al encaminar sus pa-



Encaje negro sobre fondo de salín rosa pálido.



Crepón romano. Recortes en raso.

(Foto Llopis.)

sos hacia la arena dorada y el horizonte verde, debe pensar lo primero en sus pijamas, en sus «matelotes» y en sus trajes de baño. No es sólo la playa, con ser esto bastante; es también la canoa, el balandro, el «yachting», todos los embriagadores deportes del mar, aun, si cabe, más varios y más emocionantes que los de la tierra.

Las primeras firmas de la costura dejan un margen extensísimo de sus creaciones destinado a los trajes de baño. Los más emocionantes desfiles de modelos que se llevan a cabo en Biarritz, en Deauville y en el Lido—nuevo paraíso del bañista—están dedicados a esta leve indumentaria, con la que deberemos cubrirnos todo el día si aspiramos al *chic* supremo.

Con este motivo, cada playa se convierte en una divertida mascarada quimérica. El baño de mar, el baño de sol, la gimnasia, el *cocktail*, el *flirt*, la danza, no tienen otra indumentaria: pijama o maillot, y para las fiestas náuticas, para los grandes o pequeños *larges*, el trajecito de marinero que haría palidecer de envidia a nuestras coristas de hace cuarenta años.

En el Lido—todos lo sabemos—se ha llegado a ir en pijama a las fiestas del Casino. Pijamas fastuosos, naturalmente, que nada tenían que envidiar en su orientalismo opulento a las más bellas *toilettes* de Sheherazada, pero pijamas al fin. Claro está que sobre este vestido un poco audaz, y que dejaba un recuerdo demasiado vivo de *boudoir*, para cubrir las apariencias, llevaban las elegantes un sombrero, un gran sombrero, como el que pudieran lucir con el traje más correcto, un bolso, unos guantes, una sombrilla... Algo así como esos negros ingenuos a los que les parece haber entrado en el seno de la más refinada civilización sólo con ponerse unos puños postizos y un sombrero de copa.



Vuela negra « encaje crudo ».



«Taffetas» estampado. Mlle. Marcel Perrey.



Vuela y crespón romano rojo oscuro.

LAS TARDES

Las tardes veraniegas carecerían enteramente de personalidad si no fuera por los tés benéficos. El dotar de un aire de *garden-party* benéfica cualquier *picnic* estival, les quita toda relación con fiestas análogas del invierno. El verano es un tiempo esencialmente dedicado a la beneficencia. Todo deriva en caritativas tómbolas.

Pero el auto nos ha dado otro soberano recurso para llenar esas horas del día, esas horas «puente» entre las libertades de la playa y las mundanidades del Casino. El auto, en efecto, nos ha traído la pasión vagabunda y divina del *week-end*. Por larga, por profusa y complicada que parezca una carretera dedicada a los usos ordinarios, nunca lo será bastante si se extiende

ante los afanes errabundos de un veraneante. El automóvil ha creado un género de elegancias, que le pertenecen por derecho propio, como ha creado una serie de matices psicológicos enteramente nuevos. La psicología de las velocidades, de los horizontes, de las inquietudes, más aguzada que nunca, más lanzada que jamás hacia lo desconocido..., que no tarda mucho en conocerse.

La mujer que no posee un automóvil, muere de deseos de poseerlo. La que, ya conseguido su objeto, no puede complementarlo con un equipaje lo más adecuado y lo más complicado posible, queda tan descontenta como si lo del automóvil continuase siendo un sueño. Unas cosas traen fatalmente las otras, y esto ocurre desde que el mundo es mundo, y no hay que extrañarse mucho de ello.

El abrigo de cuero, los guantes con botón irradiante en el dorso, última creación para las vueltas; el gorro con orejeras y otros primores indispensables en el viaje, se hacen innecesarios y hasta ridículos en el *week-end*. Esta elegancia automovilista de la excursión corta, es lo más parecida posible a la elegancia de las calles, pero sin llegar a confundirse con ella, lo cual no tendría ninguna gracia. Así, pues, usted, señora, puede llevar sin inconveniente alguno en su paseo vespertino este elegante modelo de crespón romano, con recortes e incrustaciones en satén, o este otro traje de crespón de China azul pastel, con su *complet* haciendo juego, y esto será adorable, no solamente metida en el automóvil, que para mayor *chic* puede guiar usted misma, con un airecillo indiferente, como de quien está curado de espantos, sino que será irreprochable más tarde, cuando descienda ante el albergue de moda o el restaurante mundano enclavado en la carretera, y se siente en la mesa para merendar entre un grupo de amigos, que han dejado, como usted, sus autos a la puerta, y para los que no pasará desapercibido ningún detalle de elegancia.

LOS NIÑOS

¡No nos olvidemos de ellos, por favor! Los niños deben merecer todas nuestras simpatías. Nada tan primoroso, y nada tan difícil, como la verdadera elegancia infantil. Más que ninguna, debe estar hecha de naturalidad, de comodidad y de sencillez, y con todos estos elementos, que no siempre se encuentran reunidos—ni aun aislados—en un traje de persona mayor, el conjunto debe resultar irreprochable y poseer esa cosa, más difícil que ninguna, y que la belleza infantil es lo que primero reclama: la gracia.

¡Cuidado, sobre todo, con el adorno! Un exceso, por pequeño que sea, resultará en seguida de un efecto pesado y contraproducente. Las hechuras en las que se observa una extremada obediencia a los dictados de la moda, dan por resultado igualmente una afectación sumamente desagradable. Nada más triste que esas pequeñuelas que por la falta de discreción de sus mamás, en vez de niñas parecen mujercitas en miniatura. Además, no debéis olvidar la influencia que en el carácter del niño tiene su indumentaria. Es uno de los puntos más delicados y que mejor deben cuidarse en el estudio de la psicología infantil.

* * *

En este tiempo, ¡a qué felices combinaciones de elegancia discreta y sobria no se presta nuestra fantasía! Los colores vivos, las telas vaporosas las hechuras gráciles y sueltas, destinadas a dejar a los movimientos toda su soltura y su natural encanto, son otros tantos motivos de acierto para los encargados de engalanar a los pequeñuelos. Los vestiditos de batista, sobre los que se aplican flores recortadas de pañete en colores, los crespónes adornados de bieses y vainicas, las lanillas, toda la gama de tejidos pueden servir para nuestro objeto, siempre que sean lisos y frescos y que su tonalidad sea alegre, clara y suave.

* * *

Ved un modelo de abrigo, que presenta la encantadora novedad de estar inspirado en la línea dominante de los de las personas mayores, conservando, sin embargo, todas esas preciosas cualidades que hemos recomendado como esenciales e indispensables para la niñez. Es en ese tono de amarillo limón, tan alegre para el contraste con el azul profundo de los bellos días, y presenta en la espalda un movimiento de esclavina que le da ligereza y lo relaciona con las elegancias dominantes del momento.

Ved más allá, concebido conforme a los modelos clásicos, un traje de linón de hilo, rosa pálido y blanco. La insolita sencillez de su hechura, así como el material en que está confeccionado, le dan las dos cualidades esenciales de que hablábamos más arriba: es práctico y sencillo, y al mismo tiempo perfectamente gracioso e infantil. El contraste armonioso de esos colores pálidos con los cabellos vaporosamente rubios de una nena, serán su mejor ornato y su más afortunado hallazgo.

Por último, para completar el vestido anterior, tenemos un abriguito de franela blanca, la tela por que no pasan años ni modas. Tan *chic* es ahora la franela y se presta a combinaciones y confecciones tan dichosas como hace treinta años, cuando residía en ella el trono de las elegancias

veraniegas. Es un tejido suelto, flexible, de una caída y de una tonalidad muy agradables. Si hacemos al niño disfrutar—en la medida que ellos pueden—de nuestros deportes náuticos, para el *yacht* o la canoa, este abrigo de franela, adicionado de una boina blanca, será la *tenue* ideal. Y, por el contrario, como abrigo de vestir, para las fiestas infantiles del Casino, resultará igualmente irreprochable si se le acompaña de un sombrero de fantasía como el que acompaña a la fotografía. En los trajes de niños es conveniente buscar el mayor número de aplicaciones posibles. No debe ocupar demasiado sitio el guardarropa infantil, sobre todo el guardarropa de lujo. Lo contrario constituye un error, que tiene repercusión en la formación moral de las criaturas.

Para los más pequeños, en las horas de libre juego de la playa, no hay necesidad de indicar la conveniencia de vestirlos con la menor ropa posible y disponer ésta en su forma más sintética. Si las personas mayores se contentan con una numerosa variedad de *maillots*, ¿cómo no recomendar lo mismo para los niños, que de este modo habrán encontrado la fórmula perfectamente higiénica para recibir durante la mayor cantidad de horas posible un reconfortante baño de sol y de iodo? Si para alguien es recomendable sin discusión ese semidesnudo de las playas, no cabe duda que será principalmente para ellos.

LA CLAVE

Los periódicos mundanos publican en estos días gran cantidad de modelos admirados en las reuniones hípias inglesas y francesas. Los enormes sombreros, las faldas amplias, los guantes largos de color oscuro, las altas sombrillas, nos transportan a los cuadros románticos de Winterhalter, cuando retrataba lánguidas damas del Segundo Imperio en los jardines de Francia. Hay modelos, en efecto, que parecen directamente inspirados en las gracias de cisne de la Emperatriz Eugenia. Y esto es como la clave revelada de un gran misterio. Porque, efectivamente, nos preguntábamos cuál era la inspiración y cuál era el propósito ulterior de la moda actual. La inspiración acaba de dárse nos en estas siluetas del 70. El propósito, feminizar la moda, llevándola a una de sus épocas de mayor seducción. Los largos tirabuzones, las capelinas, los escotes redondos, las faldas pomposas, nos transportan al tiempo suspirante de la crenolina. Pero todo esto, que resulta de mágica evocación en un hipódromo, el deporte que más ha conservado la elegancia de otros tiempos, ¿cómo resultará a la hora de montar en el automóvil y de tomar el *cocktail*, con gran estrépito de *jazz-band*? Esos modelos, que nos admiran en los museos, no pueden disponer sino de una existencia muy transitoria. Están muy bien como recuerdo, como homenaje, como capricho... Pero ¿osarán los modistos continuar en su revisión de elegancias pasadas, tan profundamente anacrónicas en una época como la nuestra, que tiene su sello propio y no se parece a ninguna, ni puede aceptar modelos que no le estén perfectamente adecuados? Y en el caso de que ellos se atrevan a intentar la revisión de esos modelos, ¿les seguiremos fiel y dócilmente las mujeres?

¿Imagináis a Margarita Gautier escribiendo a máquina en una oficina o a Mimi Pinson haciendo ensayos de bacteriología en un laboratorio?

Es que—me diréis—la moda no se crea para las estudiantes o las mecánicas. La moda es el dominio de las afortunadas y de las ociosas. Y yo os digo que la moda es para todas las mujeres, para todos los momentos, y que dislocarla aún más de sus principios relativamente lógicos, no conduce sino a convertirla en una desconcertante mascarada.



CASA PASSAPERA FUERTES

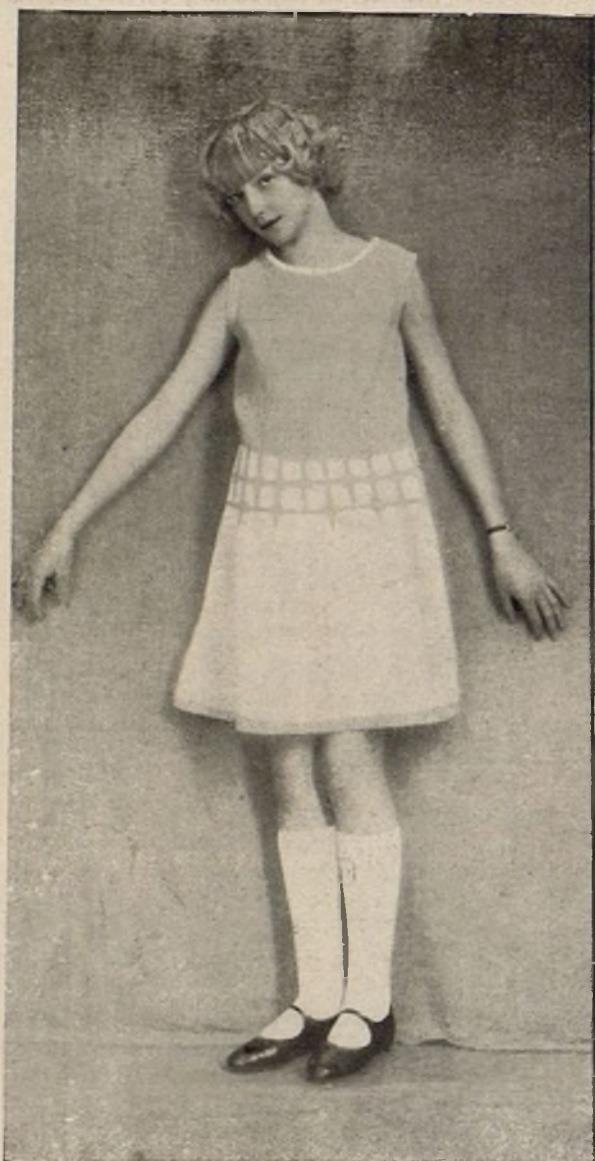
Adela

Vestidos

Abrigos

Sombreros

Génova, 19 MADRID Teléf. 33125



Abrigo de lana amarillo claro.



Traje en batista de hilo rosa pálido y blanco.

(Foto Llopis.)



Abrigo en franela blanca.

UNA TORMENTA EN EL HIPODROMO DE ASCOTT INICIA LA RUINA DE LA MODA ACTUAL :: :: ::

Como si los elementos quisieran tomar parte en la protesta que suscitaba al más elemental buen sentido la tendencia de resucitar en la moda las siluetas antiguas, incompatibles con el espíritu libre y dinámico de nuestro tiempo, en Inglaterra, durante la reunión hípica de Ascott, donde, como en Auteuil o Longchamps, de París, las damas presentan sus elegancias más atrevidas y los modistos lanzan sus modelos más «epatantes», se desencadenó súbitamente un terrible huracán, que, barriendo el hipódromo, constituyó una verdadera catástrofe para las elegantes, dispuestas a lucir, y en cierto modo a imponer, las últimas creaciones de la moda.

La mayor parte de las que asistían a esta célebre manifestación hípica habían dejado imprudentemente en su casa paraguas e impermeables, puesto que el sol, a pesar de algunas nubecillas, brillaba en todo su esplendor y el calor era sofocante.

Apenas cayeron unas gotas de lluvia, cuando el aire tomó tal violencia que sembró el pánico en derredor. Vestidos



(Foto M. Orrios.)

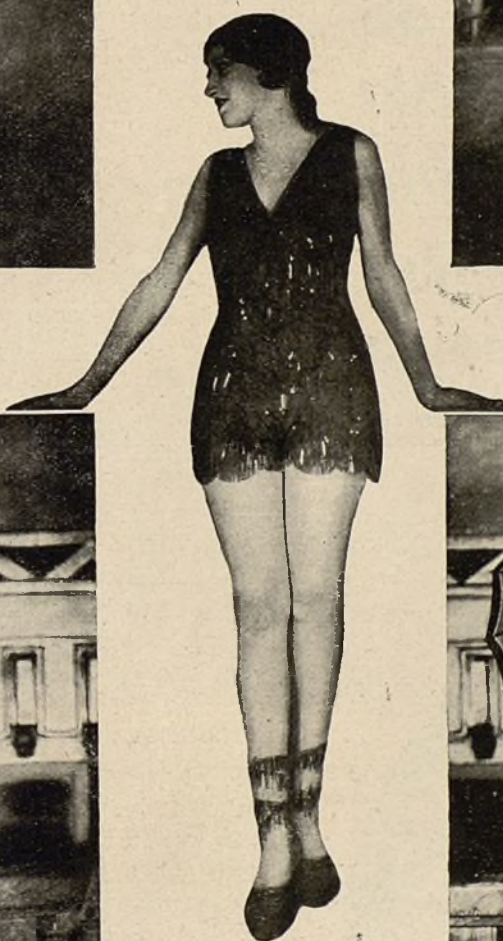
de batista, de tul, de muselina, de crepón, se convirtieron rápidamente en guñapos indescritibles. Las mujeres corrían, cegadas por el viento, en dirección del «stand», buscando un refugio y tropezando unas con otras aturridamente. Las que habían adoptado para su «toilette» la falda larga eran las más dignas de compasión. La lluvia pegaba a las piernas las telas ligeras, y muchas, enredándose en sus amplios vestidos, cayeron sobre el barro. Una dama que lucía un espléndido traje azul y blanco, víctima de un ataque nervioso, empezó a revolcarse en un inmenso charco enlodado, arrastrando en su caída al marido, que intentaba socorrerla. Todo eran gritos, lágrimas y lamentos.

Muchas fueron las que, guiadas por el doble deseo de ver las carreras y poner en salvo sus vestidos, se habían subido las faldas por encima de la rodilla, de tal modo, que en un decir «amén» la moda sufrió una transformación sensacional. Parecía como si la tormenta hubiera decretado, entre el fragor de los truenos, la muerte irremediable de la falda larga...

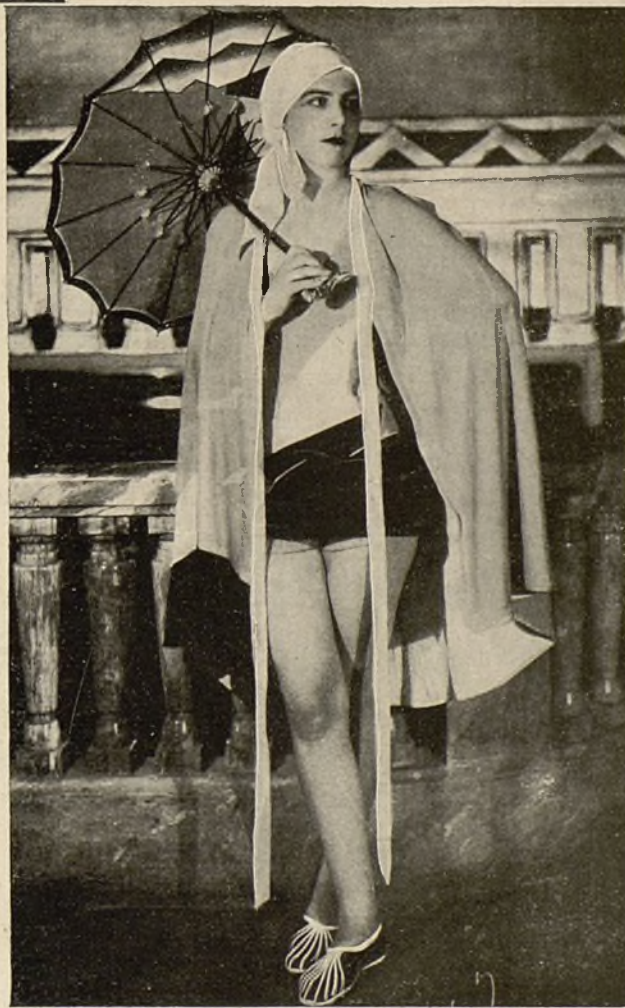
Digamos, por nuestra parte, que los periódicos del Extranjero que consignan lo sucedido no dejan de revelar cierta satisfacción.



**En
las
playas**



EL maillot hace un último esfuerzo ante la innovación del pantalón o *divided skir*, con que las elegantes yanquis quieren aparecer en la encantadora playa de Miami y quieren invadir las playas europeas. En cambio, en Europa no tiene gran aceptación la moda yanqui de mostrar la espalda completamente desnuda.



ELEGIR BIEN

Vd. se perjudica a si mismo si compra una Maquina de Escribir antes de examinar la *nueva Royal Portable*. Mas elegante, mas comoda, mas rápida, mas robusta y aun mas pequeña.



ROYAL TYPEWRITER COMPANY, INC., NEW YORK

Consultorio de belleza

ROSALINDA

Para las grietas de las manos puede hacer el siguiente preparado y dárselo por las noches: agua de rosas, 7 partes; glicerina, 1 parte, y tanino, 2 partes. Es conveniente el que, una vez esté todo mezclado, la guarde durante unos días en un frasco bien tapado. Dése polvos Freyo tono rosa antes de ponerse el colorete.

MARY

Los polvos suelen arañar los dientes; es mejor use una buena pasta. Las fricciones con agua de colonia Flores del Campo la sentarán muy bien. El agua con unas gotas de amoníaco pone el pelo suave y hace que se conserve el ondulado.

M. L. O.

No es el caso para desesperarse. ¿Quiere usted escribirme dándome más detalles? No me atrevo a aconsejarla sin estar en antecedentes. Usando el Sudoral puede usted bailar sin ningún temor.

UNA RUBIA TEÑIDA

Lo siento muchísimo, señorita; pero me es imposible complacerla. ¿Cree usted, sinceramente, que yo puedo darla la solución al problema que me plantea? Mi opinión es que pida consejo a una persona más autorizada que yo. Para todo lo demás que se relacione con este Consultorio, estoy a su disposición.

DOS FEAS

Pueden darse un poquito de glicerina un rato antes de depilarse las cejas. Muchas veces estriba en la clase de pinzas que se usan el dolor que produce el depilárselas. Cuanto más lejos quedan las cejas de los ojos, más grandes parecen éstos. Una cara ancha no puede estar bien con unas cejas excesivamente finas. Sí, señoritas, pueden usar Humo de Sándalo para sombrearse los ojos. Quedan muy bonitos.

UNA CONSULTANTE

Debe usted tener en cuenta que nuestra Revista es mensual y que se contestan las consultas por turno riguroso, y, además, que disponemos de muy poco espacio para el Consultorio. No hemos recibido su primera carta; por eso no se ha contestado a sus preguntas. Espero volverá a escribirme indicándome lo que consultaba.

MARIBEL

Tratamientos de belleza "Misterio"

Son los únicos con los que conseguirá usted, señora, resultar mucho más hermosa, pues quitan años, presentándose en sociedad con una cara encantadora. Informes en la perfumería del autor. San Onofre, 6, Madrid. Teléfono 18463.

CONSEJOS UTILES

PARA LA ADQUISICIÓN

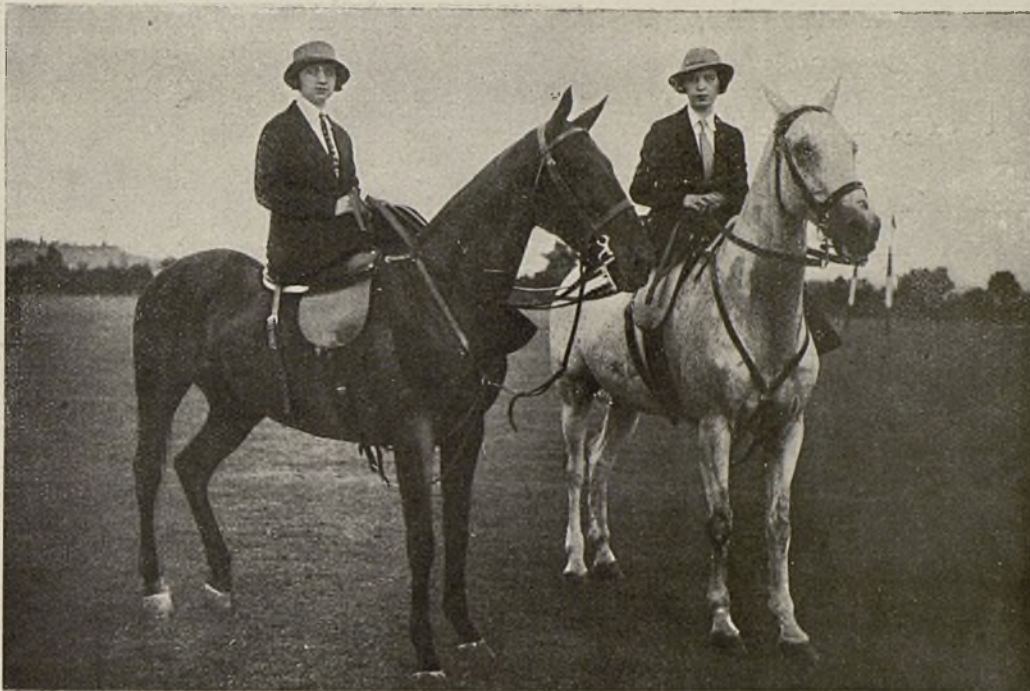
de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sa, grado Corazón, Purísima, etc., y relojes, tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo 29, Madrid, de gran confianza. Teléfono 12646.

En el Real Club de Puerta de Hierro

UN DEPORTE NUEVO EL "GYMKHANA"

EL *gymkhana* es al polo lo que el *black-bottom* al baile, lo que el *cocktail* a la bebida, lo que el *jazz-band* a la música: un deseo de romper las «formas» ya monótonas en fuerza de ser antiguas, un escape para la fantasía de los jugadores.

En España no habíamos visto este juego hasta que el ya ilustre deportista don Manuel Penche tuvo la ocurrencia, recientemente, de organizar



Señoritas Tacón y Marquesa de Villatorcas, clasificadas en primero y segundo lugares en la carrera de palos en línea.



El Marqués de las Nieves y María Rosa San Miguel en el juego de la muñeca.

un *match* en Puerta de Hierro, en el que tomaron parte los más diestros de los jinetes y las amazonas de más alta lacurnia. El Jurado lo componían el señor Penche, como juez de campo, y los comisarios duque de Fernán Núñez, conde de Velayos, D. Julián Olivares y D. Horacio Echevarrieta.

El primer tiempo consistió en un *Bending race* (carrera de zigzag por entre palos colocados en línea). Actuaron aquí: S. A. R. D. Alfonso de Orleans, el duque de Fernán Núñez, el conde de Elda, los marqueses de Valdesevilla, Vega de Boecillo, Centellas y Alginet; los condes de Velle y Yebes; el mayor Simmons; los Sres. Bárcenas, Echevarrieta (H. R. y J. A.), San Miguel (don Justo), Urquijo e Ibarra, y el capitán Penche. Venció el duque de Fernán Núñez.

Repitióse el mismo juego después para amazonas. Tomaron parte en la prueba

SS. AA. las infantas doña Beatriz y doña Cristina con la Marquesa de Laula y Lucía Alvarez de Toledo.



Fotos Marín.

SS. AA. RR. las infantas doña Beatriz y doña Cristina, la señorita de Alvarez de Toledo, la marquesa de Villatorcas, la del Sobroso, la señorita María Rosa San Miguel, la marquesa de Laula, las señoritas Gabriela y María del Carmen Maura, y la señorita Matilde Tacón. Ganó el premio la marquesa de Villatorcas.

La segunda prueba consistió en la llamada *ball and basket race*. Aquí cada amazona tenía que recoger, al galope de su caballo, las seis bolas colocadas sobre los palos, y volver al punto de partida para depositarlas allí. Verdaderamente heroico fué el comportamiento de SS. AA. doña Beatriz y doña Cristina en esta prueba.

Siguieron luego otros certámenes, como *Aunt Sally* y *Musical chaires*, de lo más pintoresco, divertido y arriesgado.

Total: que el *gymkhana* adquirió ya carta de naturaleza en España, y está, apenas nacer, tan a punto de ser un *castizo*, como el polo o el golf.

UNA NOCHE EN EL RITZ

LA verdadera *season* madrileña no tiene lugar, desde luego, en invierno... Ni siquiera es primaveral. Cuando suena el organillo en San Antonio de la Florida y en el Prado es cuando, en realidad, se abren los salones madrileños, y las orquestas húngaras o americanas ponen la su gestión de su ritmo bajo las frondas de los jardines aristocráticos.

La época de las verbenas es, en suma, la misma de las grandes fiestas mundanas, y dura, con el encanto de todo lo que ha de terminar, hasta el momento de la dispersión veraniega. Aparte de los bailes en las residencias particulares y de alguna fiesta organizada en el Club de Puerta de Hierro, los lunes del Ritz ofrecen, semanalmente, una de las notas más brillantes de la vida mundana.

Tienen toda la animación y el atractivo de una fiesta de sociedad, con el aliciente de un cosmopolitismo muy simpático. Al hacer la reseña de una noche de gala en el Ritz no tendríamos que apuntar esa lista de nombres que,

invariablemente, fatalmente, se repiten en cada fiesta aristocrática.

En la concurrencia del Ritz se admite cierta «mezcla» agradable. (¿Acaso no vivimos en la época del *cocktail*?...)

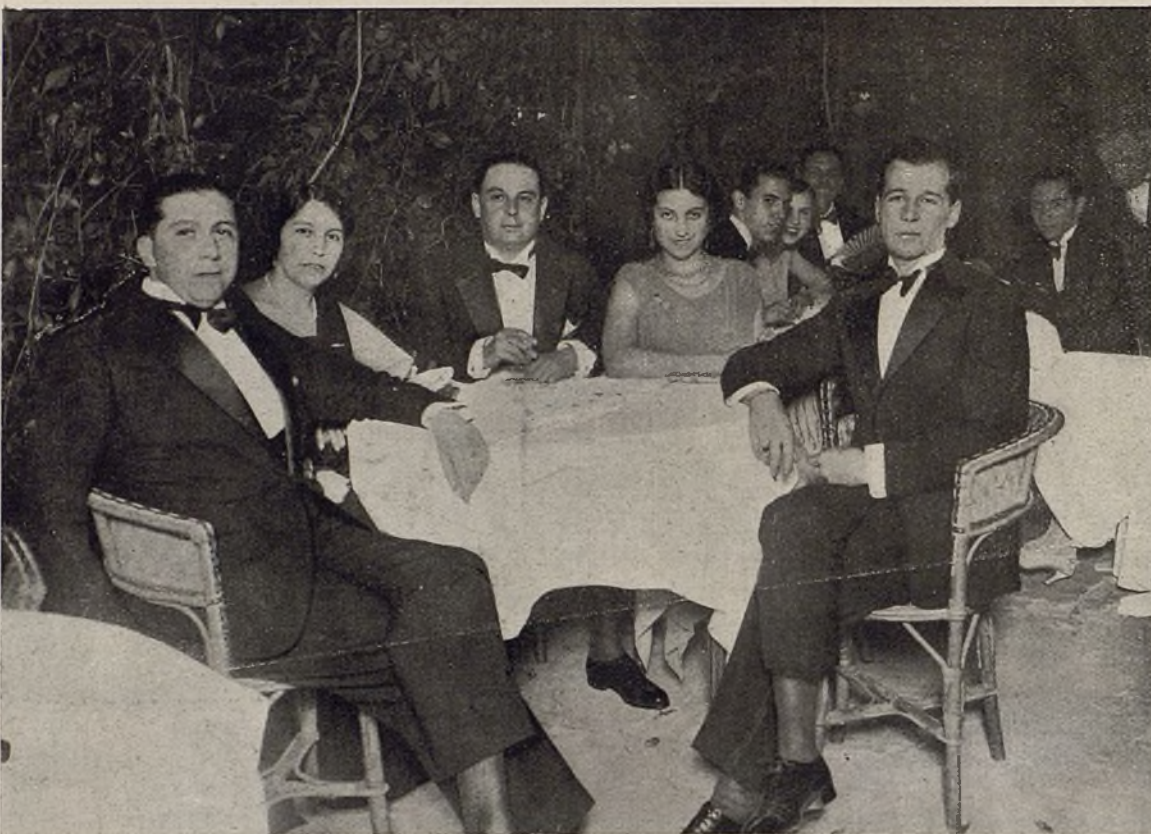
Junto a las bellezas conocidas que ostentan los títulos españoles más históricos y sonoros, entre la juventud atrayente de una burguesía dorada, admiramos la hermosura de alguna de nuestras actrices, como, por ejemplo, Isabel Faure, y vemos también a la extranjera. Sí, esa extranjera tan sugestiva, de paso por España, que ha contemplado, en el espacio de unos meses, y con la misma sonrisa, las pirámides de Egipto y las procesiones de Sevilla; esa extranjera estilizada, enigmática, que pasea por el mundo entero su elegancia muy moderna, su elegancia de «cubierta de Vogue»...

Los lunes del Ritz marcan un período interesante en la historia de la vida social madrileña. Es el primer paso hacia un cosmopolitismo más total.

A las fiestas en los hoteles han sucedido los bares, en que se toma el aperitivo al mediodía y al atardecer. A los bares ¿sucederá el *cabaret*, no como aquí se entiende, por supuesto, sino la *boite de nuit* al estilo de París?...

Es muy probable.

En la vida social moderna se multiplican las ocasiones de verse unos a otros a todas horas y



La mesa de los señores de Trevilla.



La mesa del Ministro de Gracia y Justicia, Sr. Estrada.



CRÓNICA MUNDANA



Un grupo animado en que se destaca la sonrisa de la Marquesa de Tenorio.

triunfa la confraternidad, la «camaradería» entre distintos sexos. ■■■

En esto, sobre todo, se distingue del Madrid de hace cincuenta años, en que, según afirman nuestros padres, escandalizados de la independencia actual, los muchachos sólo veían a las muchachas de lejos, en el paseo del Retiro, y desde los palcos del Real...

¡Ah!, ciertamente, los tiempos han cambiado, y el Madrid de los saraos, de la duquesa Angela y de Kasabal, el Madrid en que la juventud aristocrática bailaba en los importantes salones isabelinos los vales de Strauss, en nada se parece a este Madrid inquieto, moderno, de las «juergas flamencas» trasplantadas a los palacios, de Puerta de Hierro y Sakuska, y de esos bailes que se prolongan, en el Ritz, hasta que la luz policromada de los farolillos empieza a palidecer...

* * *

En breve espacio de tiempo las fiestas se sucedieron:

En la Embajada de Alemania, en la residencia suntuosa de los señores de Mora, en la finca de los marqueses de Aranda; todas ellas con asistencia de S. M. la Reina y las infantas.

Merece capítulo aparte la iluminación de los jardines, verdadero alarde de arte y buen

gusto, en que se advierte la influencia de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona.

Particularmente el parque de los marqueses de Valdeiglesias, que dieron el último baile de la temporada, ofrecía un aspecto mágico, de belleza casi irreal.

Bordeando las avenidas, ocultas entre arbustos, suspendidas en la arboleda, centenares de lámparas de cristal, llamadas «dados» por su forma triangular, esparcían una luz suave y misteriosa en extremo.

El agua de los surtidores cambiaba sucesivamente de matiz, y la luz indirecta de un foco bañaba poéticamente una amplia pelouse color de esmeralda.

Magnífico escenario para la emoción poética y aun... para el amor.

¿No es prodigiosa esta época de evolución constante, de indudable refinamiento estético, en que se inventa... hasta el claro de luna?...

KIM



Duquesa de Santángelo, Marqués y Marquesa del Mérito, Marqués y Marquesa de Monistrol, Marqués y Marquesa de Mariño, Marqués de las Nieves.

MUEBLES * POYMAR

APARICIO-MENENDEZ S. EN C. CARRETAS-10 ENTREPURO

Crónica

LA
FIESTA
DE LA

FLOR
EN
MADRID



Puesto de las Condesas de Casals, Finat y Solterra (en el Banco de España).



Puesto de la Vizcondesa de San Enrique (en la Gran Vía).



Señoritas aristócratas que postularon en el puesto de la Marquesa de Urquijo.



Puesto de la Marquesa de Torrelaguna y señora viuda de Lamarca.

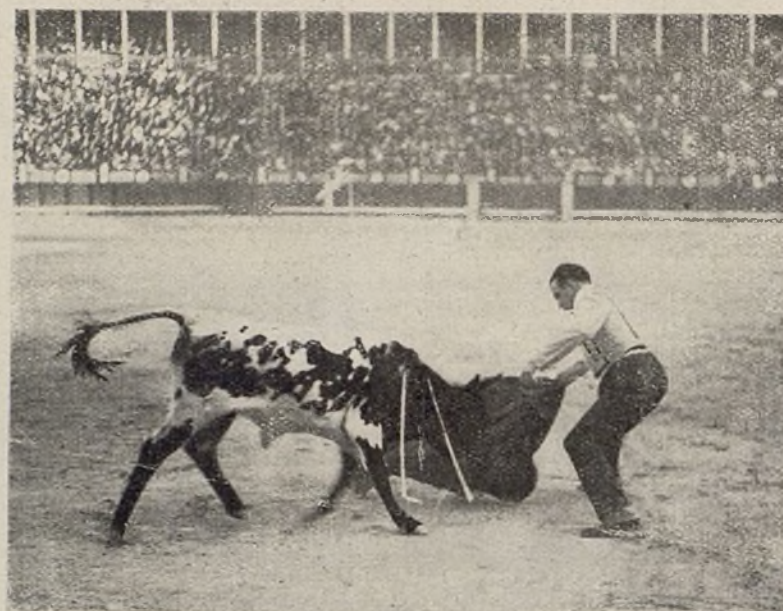


Puesto de la señorita Mercedes Castellanos (en la plaza de Colón).

Fotos María.



Las aristocráticas señoras que presidieron la becerrada celebrada por el Real Aero Club.



El famoso aviador Jiménez pasando de muleta a su becerro, en la fiesta taurina organizada por el Aero Club.



En la residencia de los Marqueses de Bellamar, el insigne escritor Federico García Sanchiz, con la distinguida concurrencia que acudió a oír la primera charla de su viaje a bordo del "Zeppelin".



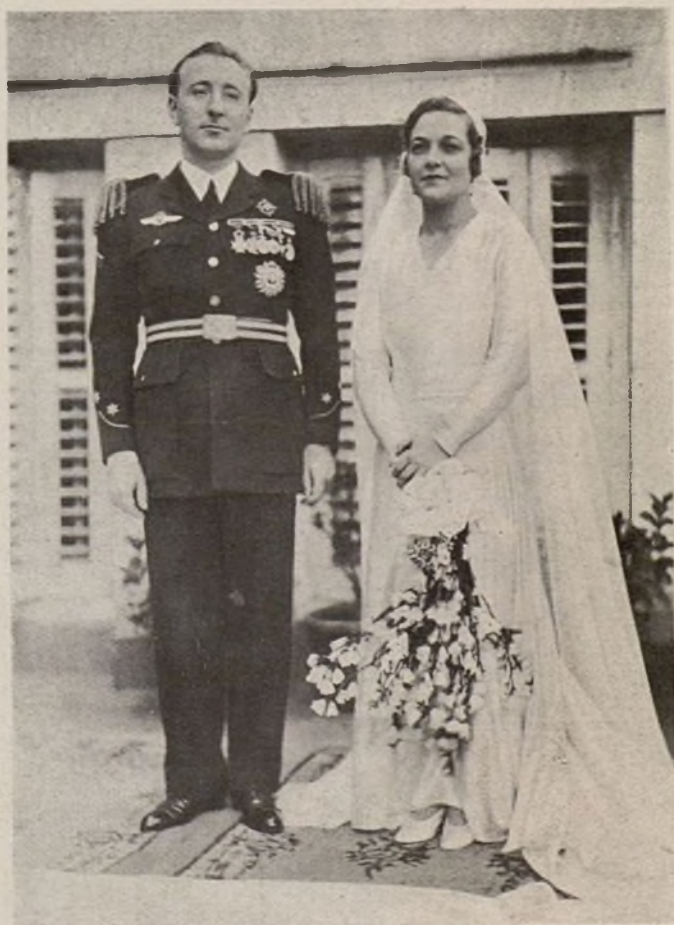
María Insúa, hija del ilustre novelista D. Alberto, y D. David Ortiz-Montijano, cuya boda se celebró en la iglesia de San Ginés.



La señorita Dolores Urcola y Díez Ulzurrun y D. Alfonso Ozores y Saavedra, cuya boda se ha celebrado en San Fermín de los Navarros, apadrinada por Sus Majestades.



La señorita Paloma Falcó, Condesa de Castel Moncallo, hija de los Duques de Montellano, y el Marqués de Manzanedo, hijo de la Duquesa de Santoña. La boda, celebrada en San Antonio de los Alemanes, ha sido apadrinada por Sus Majestades los Reyes.



La señorita Pilar San Miguel y Martínez Campos, hija de los Marqueses del Cayo del Rey, y D. Juan Antonio Ansaldi y Bejarano, hijo de la Vizcondesa de San Enrique. La boda se celebró en San Fermín de los Navarros.



La Condesa de Guevara y D. Eduardo Espinosa de los Monteros, cuya boda se ha celebrado en la iglesia del Cristo de la Salud.



La Habana.—La distinguida señorita América Losada Pérez, y su Corte de Amor, en su boda con el señor B. A. Alvado, que ha tenido lugar en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, de aquella capital.

La señorita Lilia Beatriz Arizón y Mayor y el Conde del Castillo del Tajo, cuya boda se celebró en la iglesia de San Jerónimo el Real.



Fotos Marín.

Los Juegos florales celebrados en Segovia

Organizados por
el Centro Segoviano de Madrid

Los Juegos florales en Segovia, a beneficio de la Bolsa de Trabajo del Centro Segoviano de Madrid, resultaron extraordinariamente concurridos.

Habíase adornado el teatro por empleados de la Real Fábrica de Tapices de Madrid y por los más reputados floristas de la corte. Era la reina de la fiesta la señorita Manolita Carretero, y su corte, las señoritas Sofía Vera, Paquita Serrano, Lolita Torre Ajero, Paquita Tablada, Paquita Parareda, Fuencisla Entero, Maruja Carrasco, Teresita Blanco y la señorita Magacini, entre otras.

Comenzó el acto con un discurso, de lírica



La reina con su Corte de Amor.



Desfile de la reina y su Corte desde el Ayuntamiento al teatro del Duque.

salutación, del presidente del Centro Segoviano, D. Eugenio Tarragato, explicando el motivo de la fiesta y su idealidad y terminando con párrafos referentes al exaltamiento del segovianismo.

Se leyó el resultado del Concurso literario. Entre los agraciados figuran: D. José López Lezcano, por su *Soneto a Segovia*; el maestro compositor Font, por su *Rapsodia de aires populares segovianos*; el Sr. Barbero, por su trabajo sobre *Relieve de Segovia en la historia religiosa de España*; el Sr. Martín Sánchez, sobre *Producción agropecuaria*; la señorita Concha Peña, sobre *Estudio artístico de los castillos segovianos*; los Sres. Gargollo y Martín, sobre *Turismo*; el Sr. Tello, sobre *Fundación del Monasterio del Parral*; el Sr. Torre, sobre *Cuentos de costumbres segovianas*; y otros

Magnífico aspecto que ofrecía el escenario del teatro del Duque durante la celebración del acto. En el centro la reina, señorita Manolita Carretero, y el catedrático don Mariano Quintanilla.

Fotos Marín.



que sentimos no recordar en este instante.

Se interpretó por la Masa Coral de Segovia, bajo la dirección de D. Pedro González, y después por el maestro Font, la *Rapsodia de aires populares segovianos*.

El mantenedor, que lo era el catedrático don Mariano Quintanilla, pronunció un discurso referente a la *Evolución de la idea del patriotismo*, glosando frases de Renán sobre el pasado y el futuro de la Historia; se detuvo en destruir lo que calificó de sensiblería patriótica; fustigó el caciquismo, como enemigo del patriotismo verdadero; ensalzó los fines que el Centro Segoviano de Madrid persigue, haciendo, en fin y en resumen, un detenido estudio sobre la evolución de las ideas de la decadencia de España.

Después de la fiesta hubo un banquete al aire libre en el paseo del Salón, donde concurrieron más de quinientos comensales.

El *Día de Segovia* fué de imperecedero recuerdo, y los excursionistas no bajaron de dos mil.

En la Casa de España en Roma

*Recibimiento hecho al
nuevo Embajador de Es-
paña en el Vaticano, don
Emilio Palacios.*



*Inauguración de la Exposición de cuadros del pintor Her-
menegildo Estevan, Secretario de la Real Academia Es-
pañola de Bellas Artes de Roma.*

*Visita del Embajador, Sr. Palacios, a
la Exposición Estevan.—De izquierda a
derecha: RR. PP. Doménech, Pou,
Cordillo; Sr. D. Antonio Reina, Exce-
lentísimo Sr. D. Manuel Múltedo, don
Francisco Broch, D. Alfonso Muñoz Ro-
catallada Viñaza, Excmo. Sr. D. Justo
Gómez Ocedin, el expositor, Hermene-
gildo Estevan; Excmo. Sr. D. Emilio
Palacios, Sr. Banda de la Bermeja,
RR. PP. Saturnino López y Benito
López.*



UNA EXPOSICIÓN EN ESTOCOLMO

FUE inaugurada por el Rey Gustavo V, y con la asistencia de la Familia Real, la Exposición de Estocolmo, de Artes Industriales y Decorativas e Industrias Caseras. Los más grandes talentos de Suecia han sido invitados para aportar su concurso, y no cabe duda que reúne todo aquello que el país puede presentar actualmente para ayuda del embellecimiento del hogar y del bienestar de la vida moderna. En cada uno de sus diferentes ramos, los objetos expuestos demuestran el alto grado de desenvolvimiento de la técnica sueca en la aplicación práctica de las artes decorativas e industriales.

Muchos de los objetos expuestos están incluidos en la categoría de artículos de lujo; pero, en general, se puede decir que se ha propuesto, en grado especial, satisfacer las necesidades de los hogares modestos.

La situación de la Exposición es una de las más favorables que se puede imaginar, a orillas de la bahía de Djurgårdsbrunnsviken, a unos veinte minutos del centro de la capital, y en el sitio donde estaba en tiempos el Parque de los Ciervos, de la Real Familia. El paisaje ha conservado en todo su belleza natural y su encanto histórico.

La arquitectura de los pabellones se distingue por una gran sencillez en la construcción y por la pureza de sus líneas, y los agradables colores del



El Rey de Suecia en el momento de la inauguración de la Exposición.

hospitales modernos, etc. Los últimos adelantos en los medios de locomoción y de transportes tienen también su sitio preferente, en especial la instalación de vagones de ferrocarril, como coches-cama, instalación de autobuses, de automóviles y de buques. Una de las secciones más interesantes es la especial de turismo.

Se ha construido una ciudad-jardín, donde se pueden admirar habitaciones modernas, de la ciudad y del campo, para todas las clases sociales, desde el piso más modesto y la casa rural más pequeña, hasta la villa verdaderamente lujosa.

Por todas partes hay una variada riqueza de flores, que presta una alegría acogedora al visitante, y, por las noches, inmensas fuentes luminosas proyectan sus cascadas de brillantes colores, inundando la Exposición.

La Dirección se ha preocupado de organizar toda clase de atracciones, y así hay un Paraíso de Niños, para la distracción de los pequeños; diariamente se celebran conciertos, bailes, etc.; fiestas de canto, en las que intervienen notabilísimos coros; hay un acuario con colecciones muy completas de pescados, tanto de agua dulce como de agua salada. Otro atractivo para el visitante será la Exposición Agrícola, que tendrá lugar del 19 al 24 de junio.

Apartar los atractivos de la Exposición, un viaje a Suecia ofrece verdaderos encantos en todos los aspectos turísticos. Estocolmo está calificada como una de las ciudades de verano más hermosas del mundo.

Formada sobre las islas del poético lago Malaren, corriendo las callejuelas de sus viejos barrios, se encuentran aún las huellas de su pasado: soberbios portales medievales, el Palacio de la Nobleza, el Palacio Real y la iglesia de Riddarholmen.

Verdadera metrópoli del norte, el sello de modernidad se revela, en su vida cotidiana, en sus encantadores barrios modernos, repartidos por toda la población y en sus soberbios edificios.

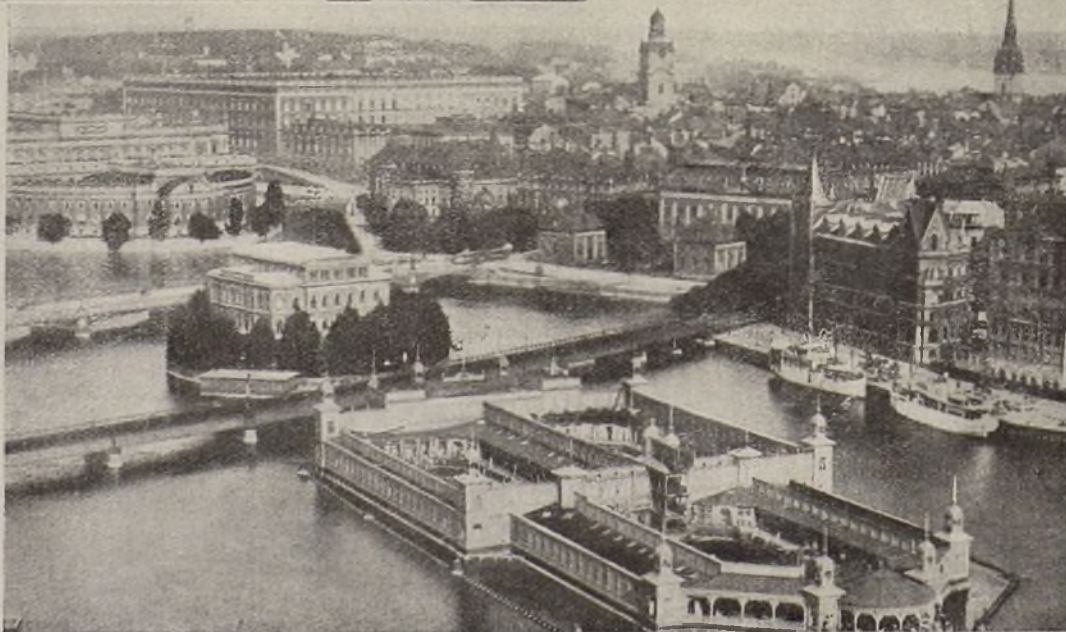


Vista parcial de la Exposición y panorámica de Estocolmo.

decorado interior contribuyen a dar al conjunto un aspecto de fiesta muy atrayente.

Las industrias de artes decorativas constituyen un ramo muy importante en las especialidades expuestas. En su sección se ven las mejores y más modernas producciones suecas de cristalería, cerámica, hierro forjado, platería, bisutería, estaño, encuadernación, artes gráficas, etcétera. Los textiles tejidos a mano subrayan las profundas tradiciones del pueblo sueco, y los fabricados, como tapices, cortinas, etc., han sido adaptados a las necesidades de la vida moderna.

Las artes industriales comprenden muebles para todos los usos domésticos, utensilios de cocina y objetos decorativos en cuero y metal. Hay también una sección especial para locales de uso público, como son muebles para habitaciones y halls de hoteles, de oficinas y de almacenes, de



EXPOSICIONES DE ARTE

"SHUM"

LA Exposición de obras de este artista ha vuelto a recordarnos la terrible fatalidad que pesa sobre él. No ignoran sin duda nuestros lectores que gime tras las rejas de una cárcel hace ya algunos años. En la soledad de la ergástula "Shum", como se ve, mantiene en activa vivacidad sus capacidades estéticas y procura darle a su cautiverio una noble emoción de arte.

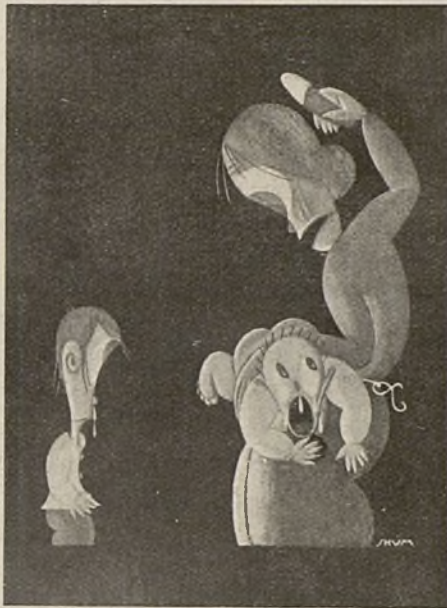
Ya por estos motivos únicamente resultaría siempre interesante una Exposición de "Shum". Pero, además, le prestan interés las cualidades intrínsecas de su arte, la sutileza de su intención, la emoción idealista con que sabe decir a los hombres libres, por medio del arte, su palabra de solidaridad.

Los valores positivos que se descubren, sin necesidad de recurrir a extremos hipérboles ni a forzados argumentos, en el arte de "Shum" procura las mejores razones y quizá las más persuasivas para propugnar una vez más por la libertad de este hombre, víctima de una serie de fatalidades, y de cuya altura espiritual, no abatida ni en la desgracia ni en el infortunio, da cabal idea esta noble perseverancia en el cultivo de las bellas artes.

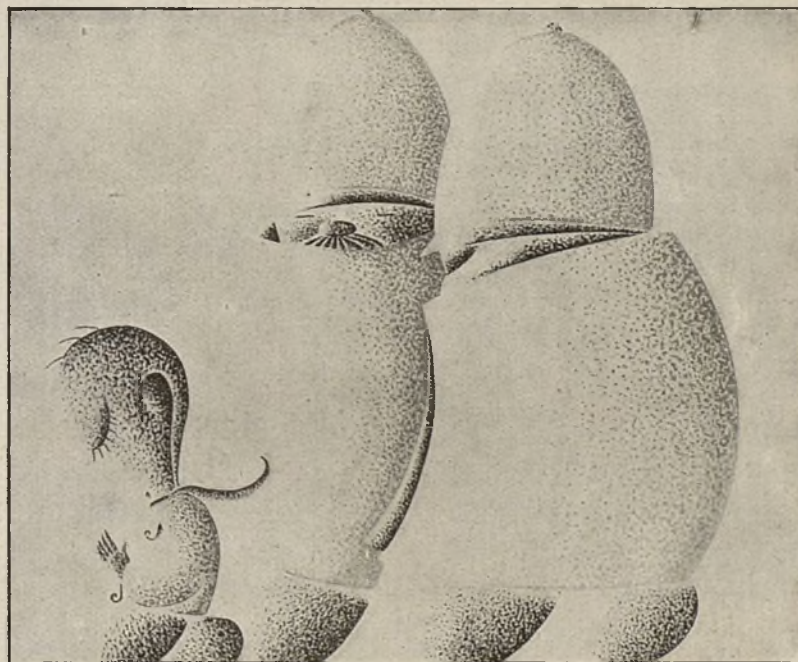
Actualmente podría quizá—y sería una buena obra—aplicársele con un poco de buena voluntad el beneficio de la amnistía, y de este modo se pondría a "Shum" en condiciones de pulir y reforzar su arte con nuevas aportaciones espirituales y con la frecuentación y trato de las corrientes artísticas hoy imperantes en el mundo. Porque "Shum" tiene una personalidad artística, original y propia, perfectamente definida y susceptible de llegar a culminaciones que, aunque sospechadas, están ahora dañadas por el riesgo terrible de una imposibilidad. Rescatando al cautivo ganaríamos un artista y habríamos cumplido, cada uno en nuestra esfera, un imperativo deber de humanidad, de generosidad consciente ayudando a la marcha ascensional colectiva hacia el mejoramiento de todos.

Vale la pena insistir en este aspecto, ahora que la reciente y elogiada Exposición de "Shum" vuelve a hacerle actualidad. No es necesario repetir todo lo que, a propósito del caso "Shum", se ha expuesto ya en reiteradas ocasiones. Pero nunca estará de más la insistencia en favor de quien sabe dar muestras tan convincentes y bellas de una gran delicadeza espiritual.

La Exposición de "Shum", rica en obras sugestivas y bien logradas, llena de interés por sus sugerencias y realidades, ha constituido un gran éxito. En cierto modo este feliz suceso es como un plebiscito a su favor.



Razonamiento.
Gouach color por "Shum".



Las malas compañías, dibujo por "Shum".

ESTEBAN VICENTE

QUISIÉRAMOS ante todo manifestar, frente a las obras expuestas por Esteban Vicente, nuestra inicial impresión de respeto. El respeto que debe sentirse ante las nobles tentativas aun no cuajadas, y que delatan, con inequívoca evidencia, una decorosa y digna sinceridad. Sin duda, este artista, con toda buena fe, se adscribe voluntariamente en la falange combativa de los avanzados. En la actualidad, y a juzgar por su reciente Exposición, no puede aventurarse aún juicio definitivo. Si está claro y preciso el impulso, todavía es débil y vacilante la trayectoria. A cada paso se advierten las vacilaciones, las caídas, las desorientaciones. Pero el arco tenso está siempre dispuesto a lanzar con renovado impulso idéntico la nueva flecha.

Son precisamente esas sinuosidades involuntarias con que se dibuja la órbita actual en las actividades artísticas de Esteban Vicente las que nos imponen ese respeto que merecen las cosas que están en pleno período de formación.

De momento sólo podemos decir que con Esteban Vicente continúa la tendencia de los que, unas veces por temperamento y otras por ardor teórico, se sienten afiliados a las más extremas y avanzadas tendencias. El hecho en sí no tiene estéticamente razón para el reproche, ni basta, solo y escueto, para el diti-rambo.

En el umbral de se mundo caótico, todo él todavía en formación inquieta y ardorosa, le conviene a Esteban Vicente ante todo saber si la tendencia a que se lanza con ímpetu juvenil y jubiloso responde fielmente a los dictados de su temperamento. Esta es, en definitiva, la piedra de toque. No basta el talento, capaz de todas las adaptaciones y asimilaciones, para producir, en pintura, las grandes obras de arte. Insobornable, soberano y decisivo el temperamento, debe imponer las cardinales orientaciones básicas. Todo lo que se haga contra el propio temperamento resultará pictóricamente baldío y estéril.

No podemos precisar todavía, según este criterio, una opinión concreta en relación con las obras de Esteban Vicente. Se advierte en ellas inseguridades que, tomadas como definitivas, podrían extraviarnos por muchos caminos. La posteridad se los abre a Esteban Vicente con cierta prodigalidad, contra la cual debe él mismo defenderse hasta encontrar aquel sendero que, por la propia y recia seguridad con que lo recorra, comprenderá que es el suyo. De este modo podrá afianzar el interés y la esperanza que desvelan en el contemplador imparcial sus obras actuales.



DOS ACUARELAS
DE ESTEBAN

Fotos C. I. A. P.



ROLDÓS-TIROLESES S.A.



¡Españoles: Deportes

La Exposición de Barcelona, a tono con la época inquieta y febril en que ha surgido, rinde su tributo a los Deportes con el Estadio más hermoso que ha conocido el mundo. El Estadio de la Exposición de Barcelona ofrece las perspectivas más admirables y evoca los estadios clásicos de tiempos remotos. El fútbol y las carreras de toda índole tienen en él la máxima exaltación; el boxeo, la esgrima y la gimnasia cuentan con pabellones especiales. Hay, asimismo, pistas especiales para tenis y piscinas para juegos acuáticos y concursos de natación y en su vasto recinto pueden situarse más de sesenta

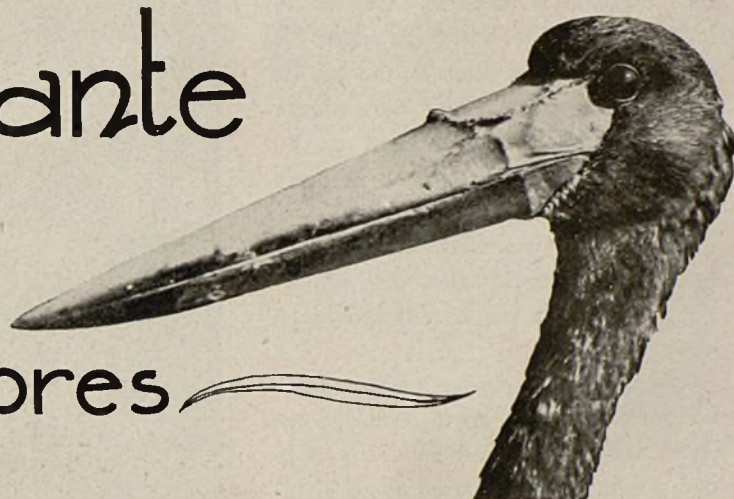
mil espectadores. El Estadio de la Exposición de Barcelona representa el impulso juvenil de nuestra época

Barcelona es la ciudad española que reúne más atractivos para el viajero. Monumentos artísticos, entretenimientos de toda índole, rasgos típicos, playas admirables... Una sola característica de Barcelona bastaría para hacerla la ciudad de todos preferida: el clima. La agradable temperatura de Barcelona permite gozar sus bellezas con entero bienestar y hace que el viajero aplaze el regreso indefinidamente.



VISITAD LA EXPOSICION DE BARCELONA

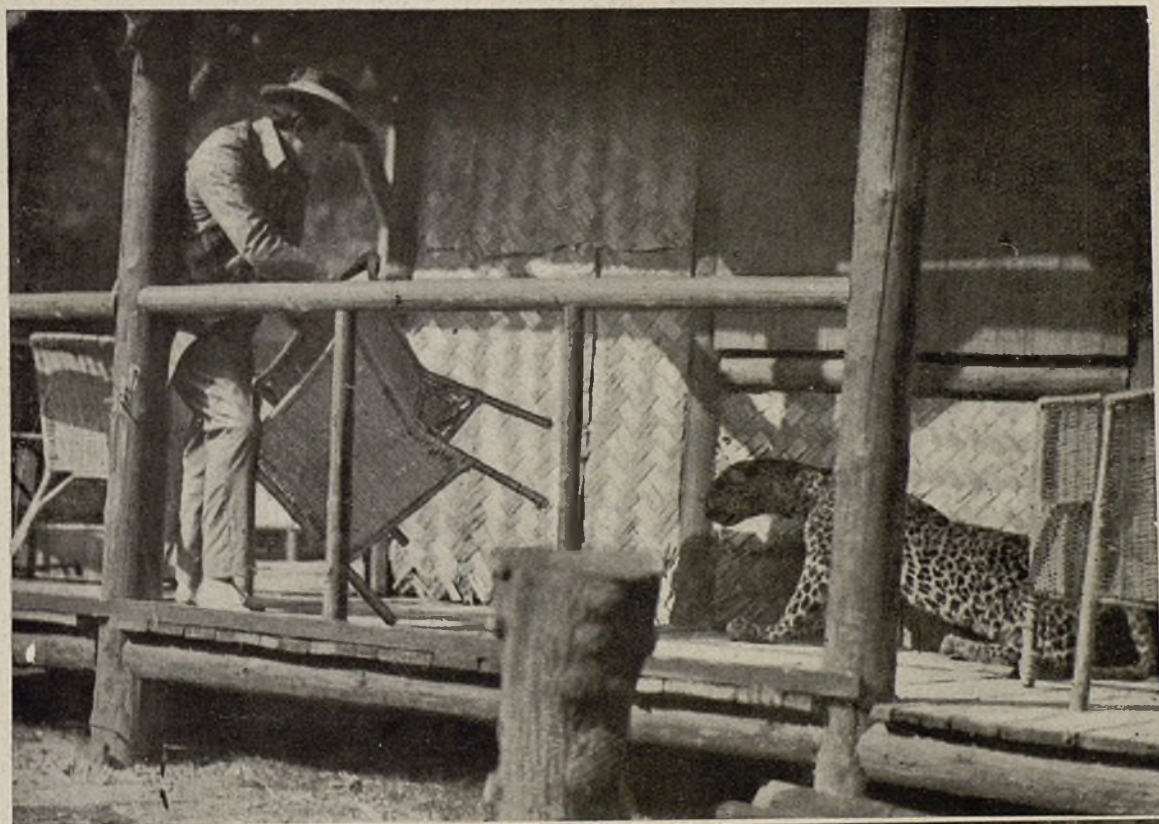
El hombre ante sus hermanos inferiores



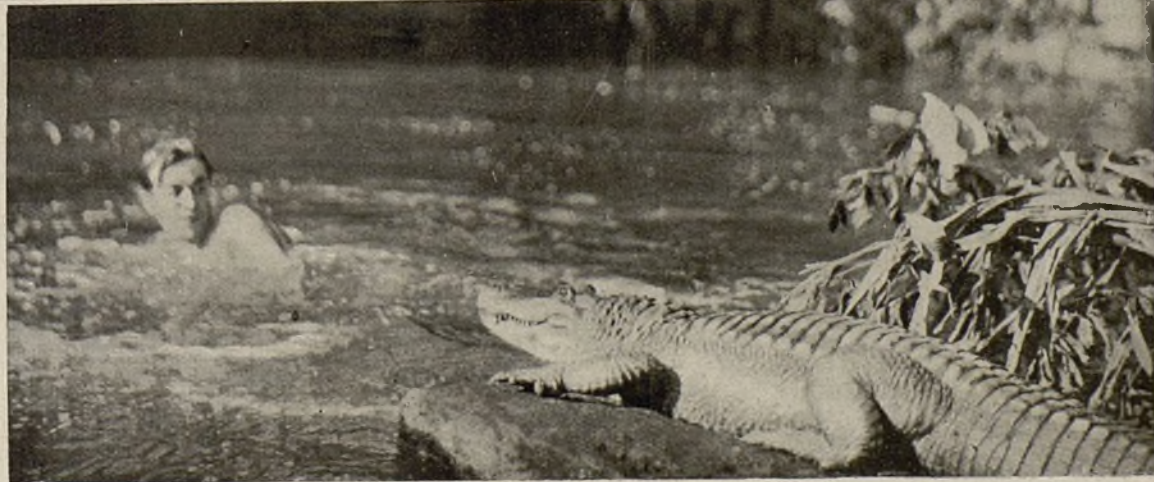
EL prodigioso progreso de la fotografía puesta al servicio de la cinematografía, ha prestado un singular concurso a todas las ciencias naturales. Las exploraciones científicas enviadas a las regiones de climas extremados, al Ecuador o al Polo Nor-

que los fotógrafos de cada expedición proveen a los naturalistas, biólogos, geógrafos, geólogos, entomólogos, etc., es tan abundante y variada, que durante muchos años los expedicionarios pueden proseguir sus estudios como si no hubieran abandonado la región explo-

rada. Claro es que, mezclándose en estas expediciones a la severidad científica de los profesores la fantasía y la inventiva de los artistas, se están produciendo efectos prodigiosos que asombran en los "cines" al candoroso público y que amenizan los estudios de Historia natural con la emoción del drama y aun con la alegría de la comedia. Díjese que estos artistas han llevado lo trágico y lo cómico a la vida sorprendente de las fieras escondidas en los bosques vírgenes. Ved el caso de esta pantera introducida en



te, o a los bosques vírgenes de América y de África, representaban antiguamente un enorme sacrificio para las naciones que las organizaban y era muy limitado el provecho que se obtenía de ellas. En la actualidad estas expediciones representan un espléndido negocio. De cada una de ellas se han obtenido numerosas películas cinematográficas que, reproducidas por todas las pantallas del mundo, producen una enorme cantidad de dinero. Además, la documentación gráfica de



¿Cómo ha podido la fotografía sorprender a esta pantera que asalta la casa del colono europeo o a este caiman que acecha al nadador?...

una noche de luna en la casa del colono europeo que, sorprendido, ha de defenderse con un sillón de mimbre de factura europea, o el de ese nadador que, bañándose gozosamente en un río, advierte acechándole en la orilla un caimán monstruoso.

No se concibe cómo han podido hacerse estas fotografías. Sin embargo, la sensación de la realidad es en ellas absoluta.

No menos sorprendente para el público de los "cines" es la reproducción de escenas de convivencia del hombre con animales monstruosos como el hipopótamo, fácilmente domesticable y que llega a servir y a obedecer a su dueño con la lealtad de un perro. Y no menos curiosa es la fotografía que sorprende al osezno entregado a juegos que parecen inspirados por un chiquillo revoltoso. Este acercamiento y este enamoramiento del hombre de los encantos de la naturaleza es uno de los mayores servicios que ha prestado la cinematografía al progreso humano.



Sorprendido en la selva el explorador por el hipopótamo, que busca refugio en la corriente del río, intenta defenderse con un débil palo... Es frecuente este innecesario ademán de defensa en cuantos europeos se adentran por los valles de la Guinea española...



El osezno, entregado a sus juegos como un chiquillo...



El hipopótamo llega en su domesticidad a la mansedumbre y lealtad del perro...

Crónica cinematográfica

Nos disponíamos a estudiar la situación creada al cinematógrafo español y sus industrias incipientes por la aparición del cine sonoro y el empeño de los productores yanquis de hacer en los Estados Unidos películas habladas en todos los idiomas, cuando recibimos una crónica muy interesante sobre la artista Bebé Daniels, cuyo retrato damos en la página 11, que nos parece adecuado prólogo para la campaña que nos proponemos emprender en defensa de la creación de una industria cinematográfica hablada en español, para la que parece que han fracasado los nobles intentos que alentaron un día reciente a la Sociedad de Autores Españoles. Como prólogo de esta campaña, nos parece adecuado el artículo y las notas que hemos recibido de Hollywood.

BEBÉ DANIELS TIENE MIEDO

Bebé Daniels acababa de apearse de su Rolls Royce, a la puerta del único *bungalow* que se

hallaba en los estudios R. K. O., que es el camerino de la «estrella». Como siempre que tropezaba con algún amigo que habla español, me saludó en mi propia lengua y me detuvo. Charlamos, como tantas otras veces. Bebé sabe hacerlo con bastante finura y amenidad para que uno no se percate de que la conversación es un ejercicio de español, al cual le gusta entregarse de cuando en cuando para perfeccionarse en el idioma de su familia materna.

—Por fin, ¿cuándo se decide usted a hacer una película en español?—le pregunté a la artista, a quien constantemente procuro animar a que enriquezca con su voz y sus atractivos el repertorio de cintas hispanoparlantes.

—Todavía no. Tengo mucho miedo—me respondió muy significativamente la principal «estrella» de las películas Radio.

No me dijo Bebé cuál era la razón de que tuviese tanto miedo. Lo único que agregé, para dar más alcance a sus palabras, fué una mirada y una sonrisa que, para cualquiera que la co-

nozca bien, querían decir claramente que no tenía deseos de entrar en explicaciones.

Sin embargo, para quien esté bien enterado de lo que pasa en torno a los estudios en relación con el cine hispanoparlante, es bien fácil adivinar, por lo menos, algunas de las razones a que pueda obedecer el temor de la—desde otros puntos de vista—valiente Bebé Daniels. Las intrigas que entorpecen las actividades relativas a las películas de habla española bastan para explicar que se muestre miedosa cualquier «estrella» que tenga algo que perder.

Tanto es así, que, en vez de preguntarle a Bebé Daniels por qué no hace una película en español, debíamos entrevistar a las «estrellas» que las hacen e interrogarles: «Pero ¿qué necesidad tiene usted de exponerse a que le molesten todos esos despechados que no saben juzgar un esfuerzo en pro del cine hispanoparlante sin basarse en su propia conveniencia material?»

La mayor dificultad que encuentran los productores hollywoodenses, en su afán de abaste-



Una interesante escena de la opereta cinematográfica "Dixiana", en la que toman parte Jobina Rawbston, Robert Woolsey, Bert Wheeler, Everett Marshall, Bebé Daniels y Joseph Cawthorn.

cer la demanda del mercado de habla española, no es la escasez de artistas de esta lengua—vengan ellos de donde vinieren—, sino la sobra de conflictos creados por el exceso de aspirantes a cada uno de los puestos a que da lugar la producción de cada película.

Resuelta ya la forma en que el cine hispanoparlante ha de hablar—porque los exhibidores de todos los países de la Raza piden películas en que se sigan las normas de dicción del teatro—, los ineptos recurren ahora a la patriotería.

Cada vez que se trata de hacer una película en nuestra lengua, los que no consiguen trabajo—que forman mayoría—, conceptuándose representantes de su patria, acusan a la Empresa de rechazar a los actores de la correspondiente nacionalidad.

En realidad, los productores prefieren a los que consideran más idóneos, lo mismo en el cine sonoro que en el silencioso. Si los mejicanos figuran en los estudios en mayor número que la suma de todos los pelicularos de los demás países de habla española, no es porque los productores busquen deliberadamente artistas mejicanos, sino porque el noventa por ciento—tal vez más— de la gente hispanoparlante que vive en Cinelandia procede de Méjico.

Pero la realidad y la lógica son lo de menos para el egoísta que ha movido todos los resortes disponibles para lograr un papel y que no lo ha conseguido. Para él, lo que se impone es recurrir a todos los me-

Este bonito traje de "chiffon" amarillo rameado fué elegido por Betty Compson, artista de la Radio Pictures. Un sombrero amarillo de paja fina, adornado con encaje, y zapatillas de raso del mismo color, completan la elegante "toilette".



Betty Reeklaw, artista de Radio Pictures, una de las hermosas muchachas que toman parte en la opereta de la pantalla "Dixiana".

dios imaginables para desquitarse de la derrota. La Empresa resultará así enemiga de los artistas que procedan del mismo país que el quejoso. Y el autor de la adaptación española será acusado de la misma hostilidad. Y el director de escena, lo mismo. Y los actores que hayan obtenido los papeles, también.

Y la acusación no se limitará a circular por los corrillos en que se ventilan los desechos de la vida hollywoodense, sino que será recogida por periodistas poco escrupulosos y lanzada a los cuatro vientos sin la menor comprobación. Sobre todo cuando los mismos periodistas que la propalan han estado buscando vanamente algún sueldo en relación con la película de que se trate o cuando lo buscan en alguna otra película, y, para ello, creen conveniente levantar la voz.

Ni tampoco se conforman los derrotados con que sus quejas y calumnias circulen por toda la Prensa de la Raza. Hasta los Consulados han de ser instrumentos que ayuden a buscar el codiciado desquite de interés meramente individual. Sobre todo cuando los mismos cónsules o vicecónsules, que rebajan la representación de su patria hasta semejante nivel, han pretendido o pretenden sacar algún provecho personal de las mismas actividades cinematográficas. Porque hay



Nadine Dore, artista de Radio Pictures, que con su hermosura adorna una de las escenas de la opereta cinematográfica "Dixiana".

que tener en cuenta que muchos de los representantes consulares de habla española en Cinelandia reciben remuneración tan mezquina por su trabajo oficial, que se ven obligados a recurrir a otros medios para poder atender a sus necesidades fundamentales, y una de las ideas que primero se les ocurre a tales funcionarios es ofrecerse a los estudios para colaborar en la producción hispanoparlante, no sin mencionar muy sugestivamente la ventaja de que, colaborando ellos, la película no tendría nada que temer de la censura en sus respectivos países.

Recientemente, sin embargo, se ha registrado un caso extraordinario, que tal vez acabe de una vez por todas con la vergonzosa extralimitación que se venía notando en las relaciones de los Consulados con los estudios de Hollywood; y ese caso se debe al digno y sensato cónsul de Méjico en Los Angeles, D. Alfonso Pesqueira, quien, por ser de la misma nacionalidad que la inmensa mayoría de la gente de habla española de Cinelandia, es el representante consular a quien más molestias suelen infligir aquellos que creen que los Consulados en Cinelandia son algo así como agencias de colocaciones.

Parece ser que algún incidente de interés secundario—en el que, dicho sea de paso, no había tenido parte el Sr. Pesqueira—dió lugar a la

creencia, infundada, de que alguien quería usar el nombre del Consulado mejicano para fines particularísimos. Enterado de ello el señor cónsul, se trasladó inmediatamente a los estudios de que se trataba y aclaró, de una vez por todas, que lo único que le importaba a él, como cónsul, era que no perjudicase a Méjico la película que allí se estaba filmando, y que la forma literaria, el reparto y demás zarandajas peliculeras quedaban por completo fuera de su jurisdicción; con lo cual el incidente quedó satisfactoriamente solucionado.

Con unos cuantos aciertos como el del señor Pesqueira, no tardarían en quedar eliminadas las principales dificultades con que tropieza la evolución del cine hispanoparlante en Hollywood.

Y entonces, si vuelvo yo a preguntarle a Bebe Daniels cuándo hará una película en español, tal vez me responda ella con palabras más prometedoras que las que, hace pocos días, me dijeron sus carnosos labios: «Tengo mucho miedo.»

BALTASAR FERNÁNDEZ CUÉ.

Bebe Daniels encuentra manera de lucir su expresiva personalidad en esta película, cuyo argumento se desarrolla en el romántico 1840, en la ciudad de Nueva Orleans.





LOS TEATROS



CUANDO aparezca este número de COSMÓPOLIS, hallaráse en un período de calma la temporada teatral. Esta calma, más aparente que efectiva, no se presta a los comentarios periodísticos, a pesar del interés que tienen la formación de compañías y los preparativos que hacen las Empresas en la época veraniega para la temporada que se avecina. También ésta es la época en que los grandes autores, o los llamados grandes autores, disponen su labor futura, aprovechando los ocios estivales para sus trabajos escénicos, y valga la paradoja de asociar aquí estos términos opuestos de *ocio* y *trabajo*. Unicamente cabe en este artículo una noticia-resumen de lo más importante que se puede registrar o señalar en la temporada que ha transcurrido, temporada en la que merece mencionarse la glorificación de que ha sido objeto el inolvidable maestro Giménez, que, caído en plena lucha, vivió en la última época de su existencia esa humilde y silenciosa tragedia del artista, que artista en todo lo es, tanto en su vida como en sus obras.

Gracias al laudable empeño de un músico joven, entusiasta y decidido—el joven maestro Moreno Torroba—, hemos visto convertida en ópera la zarzuela de Giménez titulada *La Tempranica*, obra genial, inspiradísima e insuperable, en la que había puesto su entusiasmo y su cariño el gran compositor, que murió pensando en la mencionada zarzuela.

* * *

Como si el escenario del teatro Calderón se hubiese convertido en lugar de revisión de valores musicales y en sitio de conmovedor recuerdo de personalidades admiradas en otros tiempos, hemos asistido en el citado teatro al estreno de la zarzuela de Luceño y Teodoro San José, titulada *El abanico de Su Majestad*.

Cariñoso y benévolo el público con la obra que citamos, se registró la noche de su estreno un episodio verdaderamente conmovedor. Nos referimos a lo sucedido cuando, al reclamar el público la presencia de los autores, se adelantó un actor, que lleno de emoción, decía que los así reclamados por el aplauso de todos no podían aparecer en escena por hallarse en aquel momento junto al lecho del maestro San José, que gravemente enfermo—más por dolencias del alma que



Maria Teresa Montoya en "La mujer desnuda".



En otra escena de "La mujer desnuda".

por males de su cuerpo—, quién sabe las horas de emoción que pasaría aguardando la noticia que le diera cuenta de lo que ocurría en el teatro donde se estaba representando su obra.

* * *

Demos aquí fin a la nota triste de que adolecen estas primeras cuartillas, escritas para contar lo ocurrido en dos obras de distinta índole, pero de igual significación ante el romanticismo de la crítica y el público, que viendo en ellas la historia, toda la historia de dos artistas, tienen que lamentar que las glorias pasen tan pronto, tan pronto...

Claro está que esto que decimos no se refiere concretamente a *María la Tempranica*, que ya hemos dicho que, siempre fresca y airosa, no envejece, y, por consiguiente, no puede morir, como no puede apagarse el recuerdo del gran maestro Giménez, cuya persona-



Una escena de "El abanico de S. M."

lidad en el género lírico nacional no se debe discutir.

* * *

Y ya que hablamos de música y de obras de teatro musicales, debemos fijar nuestra atención en el joven maestro José Sama, cuyos últimos estrenos en diversos escenarios de Madrid han hecho que el público lo haya recibido como una esperanza del arte escénico. Su última obra, titulada *Los hombres cabales*, ha confirmado el éxito que obtuvo en el teatro Fontalba con su otra obra, *El mesón de la Florida*. Espere-mos a ver si en sucesivos estrenos afirma su personalidad artística, cosa que realmente esperamos, porque siempre es de desear que aparezcan valores que continúen la gloriosa historia de nuestra escena.

* * *

Pródiga la última parte de la temporada en beneficios y en homenajes tributados a las figuras más destacadas del teatro, ha sido también causa de que se pongan de manifiesto las simpatías de que disfrutaban aquellas mismas figuras. ¿Para qué decir que una de las que más aplausos y lauros obtuvieron fué la admirable actriz María Teresa Montoya, feliz cultivadora del repertorio benaventiano y genial intérprete del teatro extranjero? Con la reposición de *La Malquerida* colocóse a la cabe-



El maestro Sama.

za de todas las actrices contemporáneas, haciendo del teatro Alcázar el teatro de la verdadera moda, por donde ha desfilado todo Madrid para aplaudirla y testimoniarla su admiración y su afecto.

* * *

Escrito y compuesto este artículo, llega a nosotros la noticia del fallecimiento del maestro San José, que no tuvo vida suficiente para saber lo ocurrido en el estreno de su zarzuela, *El abanico de Su Majestad*. Tristes y dolorosos sus tiempos últimos, había sufrido en ellos los reveses y desengaños que reserva la vida a los que se sobreviven. Músico en sus tiempos el maestro San José que figuró brillantemente en aquella generación de compositores que florecieron en los tiempos de Chapí, vivió abandonado en sus últimos tiempos por las Empresas y por los libretistas de fama. Un periodista generoso—don Joaquín Aznar—le ofreció las columnas de *La Libertad* para que escribiera crónicas de erudición musical, siendo estas crónicas los únicos ingresos con que contaba el maestro San José, cuya mejor necrología la hizo el propietario de la casa que habitaba. Este filantrópico señor mandó una corona a su desventurado inquilino, que durante tantos años había vivido en aquel modesto piso de la ya casi destruída plaza de los Mostenses soñando con una gloria que nunca obtuvo.

JUAN LOPEZ NUNEZ.



Una escena de "Los hombres cabales".

Fotos Orrios.

Don Pedro Sáinz y Rodríguez, a la Argentina

Ha marchado a la Argentina, en estos días, don Pedro Sáinz y Rodríguez, con propósitos que responden totalmente a su altura intelectual, a su labor cotidiana de profesor y a su grande, extraordinaria cultura. Don Pedro Sáinz y Rodríguez constituye hoy en España una de las figuras de mayor relieve, así en la Cátedra de Bibliografía en la Universidad Central, como en el periodismo y el libro. Discípulo de Menéndez y Pelayo, continuador de la ingente obra del maestro, el Sr. Sáinz y Rodríguez sigue llenando con su labor constante, cada vez más densa, de erudición, las lagunas dejadas por el ilustre montañés.

Al par que empuja su obra personal, su obra de crítica y bibliografía, D. Pedro Sáinz y Rodríguez lleva a buen término otra obra no menos grande, profunda y de inusitada transcendencia: la que realiza desde la C. I. A. P., con D. Manuel L. Ortega, dirigiendo la sección literaria de esta Empresa. La amplísima ideología de la C. I. A. P.; su sentido universal indiscutible; sus secciones eruditas; sus publicaciones selectas populares; su mirada constante a los pueblos, a la literatura de allende el mar, es obra que realiza D. Pedro Sáinz y Rodríguez, colaborando con otra firme personalidad: la de D. Manuel L. Ortega.

Ahora ha marchado a la Argentina D. Pedro Sáinz y Rodríguez, y lo ha hecho, contra lo frecuente, con el deseo de conseguir una mayor compenetración entre los pueblos de habla española de uno y otro con-



D. Pedro Sáinz y Rodríguez.

tinentes. Y ello, sin sentido pedante profesoral, sin deseo de poner cátedra en la Argentina, sin la pretensión, en ocasiones ridícula, de enseñar...

Con motivo de este viaje, el alto personal de la C. I. A. P. festejó el otro día, en el Hotel Palace, a su Director literario, con un banquete. Sentáronse en la mesa presidencial, con D. Pedro Sáinz, D. Manuel L. Ortega, Director-Gerente de la mencionada Empresa; D. Dionisio Pérez, D. Antonio Ortega, D. Vicente Valero de Bernabé, D. César Juarros y D. E. Giménez Caballero.

A los postres, ofreció el banquete D. Dionisio Pérez, quien expuso con sencilla, pero elocuente oratoria, la personalidad doble de D. Pedro Sáinz, como bibliófilo y escritor y como editor. Afirmó que don Pedro Sáinz, junto con D. Manuel L. Ortega, señalaba en España el advenimiento de un nuevo tipo de editores, que dan al escritor, por consiguiente a la cultura, toda la importancia que requiere.

Contestó D. Pedro Sáinz, agradeciendo las palabras de D. Dionisio Pérez. Se limitó a exponer esquemáticamente los propósitos de su viaje, los cuales implican, a grandes rasgos, un mayor entendimiento entre España y América, apoyado exclusivamente en el libro.

El acto fué sobremanera cordial.

Por nuestra parte, auguramos y deseamos a don Pedro Sáinz y Rodríguez el éxito que le corresponde por su egregia significación hispana.



Fiesta íntima con que los jefes de secciones y de talleres de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones obsequiaron al Sr. Sáinz y Rodríguez, antes de su partida para la República Argentina.

EL TEATRO EN

EL ARTE NEGRO

EL EXTRANJERO



De dónde proviene la boga y el prestigio que en los últimos años ha alcanzado el arte negro? La pregunta tiene, sin duda, peligrosa complejidad. Porque, según como se considere, el gusto por el arte negro puede ser juzgado como un afán de entonación o como un lamentable y ancestral impulso regresivo. En el fondo, e auge alcanzado por el arte negro obedece a que en él se ha conservado, como fuerza inicial y motriz, el ritmo.

Un ritmo que nos empeñamos en que sea el de nuestra época, algarero, frenético, estridente y audaz. Es decir que, en un momento de desorientación, cuando la época actual empezaba a analizarse a sí misma y nos era a todos preciso hallar un aglutinante, el arte negro nos lo dió cuajado en una expresión rítmica que por lo que tiene de no cuajada y de libérrima, se adaptaba perfectamente a la inquietud estética contemporánea.

Por eso las primeras manifestaciones del arte negro—en su aspecto espectacular—que pudo admirar el mundo civilizado se impusieron con rapidez y unánime rotundidad.

Al principio, bastó esta interpretación simplista; pero, a medida que, con reiteración feliz, se mantenía el buen éxito, el arte negro, en una reacción quizá inconsciente, pero certera, ha ido evolucionado—nos referimos siempre al aspecto teatral—en un sentido de adaptación a las modalidades, para él exóticas, de la civilización. Ha nacido con esto, junto al ritmo, una gracia. La primitiva naturalidad, desnuda y sin artificio, se ha ido haciendo más compleja. Asistimos a un proceso de transformación en el cual el arte negro, si corre quizá el riesgo de desnaturalizarse, obtiene, en cambio—con la inalterabilidad profunda de sus características esenciales—la ventaja de una mayor influencia.

Porque hay, evidentemente, un mutuo trasiego de valores, una fusión de cualidades y de tonos. Probablemente, el germen de una nueva modalidad espectacular.

En pocos años ha podido observarse la realidad de esta transformación.

Actualmente el público de París puede comprobarla por la exhibición de una



compañía teatral constituida única y exclusivamente por artistas negros. Si se la compara con las primeras *funciones negras* que el mismo París pudo apreciar, las diferencias saltan a la vista. La *selva* ha quedado lejos. La naturalidad intuitiva y violenta ha ganado maneras pulidas y comedidas. Vea el lector, en las fotografías adjuntas dos actrices negras en su camerino. La impresión es puramente europea, y jamás, como en esos momentos sorprendidas por el objetivo, la coquetería ha alcanzado mayor expresión de autenticidad.

Estamos pues apartadísimos—quizá en el extremo opuesto—de aquel salvajismo acentuado con que, hace algún tiempo irrumpió en los teatros parisienses Josefina Baker. La *selva* empieza a caracterizarse. La civilización no se resigna a perder la batalla. El arte negro, sin perder su ritmo y su fuerza, se pone a tono.

La evidencia de la adaptación se pone de relieve con atender tan sólo a la propia Josefina Baker. No hace mucho, a primeros del año actual, después de una gira por América del Sur, la Baker declaraba a un periodista francés:

“Mi mayor placer ha consistido en ser recibida en todas partes como francesa. En Montevideo, incluso he sido anunciada como la más bella *mujer negra de Francia*.”

Tanto en el hecho de que un diligente acierto reclamista haya considerado necesario y eficaz este *truco*, como en el gusto con que la Baker lo ha acogido se advierte, con decisiva fuerza sintomática, la realidad profunda de una profunda transformación. Acaso sea ésta también una señal de nuestro tiempo.

Acaso un mundo nuevo adviene al teatro, con innumerables capacidades hoy imposibles o casi insólitas. (Allá, en el foro, saluda sonriente el Sr. O’Neil, precursor triunfante.)

De momento, creemos que no es de lamentar esta evolución que no quitando, sino *acentuando* carácter, llega a este *maquillage de la selva* desde aquella naturalidad descoyuntada y salvaje con que alborotó el cotarro teatral, convirtiéndolo en selva, Josefina Baker que, para no ser interesante, ni siquiera es fea.

FARFARELLO



EL BALON INTERNACIONAL

EL FRACASO DE PRAGA

CALOR Y CANSANCIO



Los capitanes de los equipos con el árbitro que dirigió el encuentro.

LA VICTORIA DE BOLONIA

DOS TECNICAS DISTINTAS



Los directivos checos y españoles en el cambio de las flores antes de la pelea.

C oyo la pluma para brindar a los lectores de COSMÓPOLIS una impresión de los dos grandes partidos de fútbol jugados por el equipo nacional español en Praga y Bolonia, horas después de mi regreso de dichos países, adonde fui agregado a nuestra embajada deportiva con la representación de varias e importantes publicaciones españolas. Mis recuerdos, pues, no pueden estar ni más frescos ni mejor basados. Será la observación directa en la que me apoye.

Lo de Praga, el resultado adverso alcanzado por nuestros colores en la capital de Checoslovaquia, puede reputarse, sin paliativos de ningún género, como un fracaso. Sería injusto, sin embargo, calificar a los fracasados de ineptos y amontonar sobre ellos los motivos generadores de la triste derrota. El fracaso de Praga hay que buscarlo más allá de Praga, en

Una jugada durante el "match" Checoslovaquia-España jugado en Praga, y que perdió España por dos tantos a cero. Fotos Klauda.



las circunstancias que colocaron a nuestros defensores en situación de notoria desventaja antes del choque y en forzada desinflación ya dentro del choque.

Si comparamos el calendario deportivo de Checoslovaquia con el nuestro, caeremos inmediatamente en la cuenta de la desproporción que entre ambos existe. Unidas nuestras dos competiciones oficiales—la Liga y el Campeonato—, por cada partido que durante la temporada oficial corresponde jugar a un Club premier de Praga, tócale jugar tres a uno español, con desplazamientos largos y fatigosos además, de los que se ven libres los checos.

Esto trae por consecuencia, que la resistencia física de un equipier español esté más lógicamente resentida al terminar la temporada que la de un checo; mucho más si el equipier ha sido, por un derroche constante de energías, un raro ejemplo de regularidad en la victoria. Este

es el caso del *equiper* del *Athlétic* bilbaíno. Y no olvidemos que el fracaso de Praga se debió, casi en exclusivo, al derrumbamiento que en el segundo tiempo experimentó la línea de medios españoles, integrada en su totalidad por jugadores *athléticovizcaínos*.

Reconozcamos que es la línea media *athlética* una línea casi *bisofia* en lides internacionales. Excepto Roberto, ya más fogueado, Pichi y Muguerza son dos sólidos valores, pero dos valores jóvenes y aun sin experiencia, que han de encontrarse siempre con lógica dificultad ante la veteranía de los checos en esta clase de partidos. A esta falta de experiencia se unió el agotamiento natural de los tres *equipers* citados, por exceso de labor pasada. Con un maravilloso esfuerzo de la voluntad, esta debilitación apenas si se notó en el primer tiempo; pero enfriadas las energías durante el descanso, al intentar la reanudación se vió que el músculo no respondía ya al deseo. Precipitó el agotamiento dos factores más, no esperados y contrarios al ambiente y la costumbre de nuestra línea medular: el calor sofocante de la tarde y la dureza del terreno, torpemente calificado como campo de hierba.

Posiblemente que esos mismos tres medios, en época no tan avanzada y en terreno y clima más apropiados, hubieran dado un mayor rendimiento. Nunca, sin embargo, hubiesen llegado a igualar la técnica checa. Fueron dos técnicas distintas, opuestas, las desarrolladas por checos y españoles en el campo del Sparta; pero una—la checa—encontró a sus hombres en perfecto estado físico para realizarla, y la realizó con todo éxito, mientras que la otra—la española—apenas si por fatiga en sus ínteres pretes llegó a cuajar sobre el terreno.

Seguramente que la pelea hubiera sido más interesante si unos y otros hubieran dispuesto de las mismas energías para contrastar la calidad de su juego; pero como sólo había unos músculos dispuestos—los checos—, la pelea se redujo a una demostración bellísima.

He aquí cómo, a costa de un pasado español, Checoslovaquia podía mirar, después de su victoria, arrogante y confiada al porvenir.

«Con tal de que se gane a Italia, se puede perder a gusto en Checoslovaquia.» Esto era lo que decían muchos, ya pasado el tropiezo de Praga y en vísperas del choque de Bolonia. Y, realmente, lo que a nosotros nos interesaba era Italia; porque Italia fué la que, después de batirnos con armas desiguales en Amsterdam, se jactó imprudentemente de

su victoria e hizo mofa de nuestra derrota. Con Italia era, pues, con quien importaba saldar la cuenta, y la saldamos a nuestro favor, como era lo justo.

La experiencia sacada en la pelea de Praga movió a nuestro seleccionador, Sr. Mateos, a sustituir la línea intermedia del equipo español en su totalidad. Había que inyectar a nuestro *once* la savia de la experiencia y el elixir de la energía física. Y se eligieron tres hombres, que eran el conocimiento y el vigor en Peña y Prats, y el ánimo sereno, el deseo imperturbable, en Guzmán, el hombre que llegaba a la pelea con todos sus músculos bien dispuestos después del reposo. Y sobre todo esto, la convicción de que a Italia sólo por el entusiasmo se la podía ganar. Y por el entusiasmo se la ganó.

Nuestros once hombres fueron, en el estadio de Il Littorale, once llamas crepitantes, que sólo ante el huracán cederían en calentura y designio. Y el viento de Italia pasó, y las once llamas apenas si se estreñecieron.

Quizá no fuéramos justos si dijéramos que sólo la labor imponderable de los tres hombres citados forjó la victoria. Que también en el avance hubo sus oportunos y merecidos cambios; y si los medios fueron los que sostuvieron el sagrado fuego de la lucha, la defensa acertó a prenderse de nuevo el laurel sobre las sienes, y el ataque fué siempre la guerrilla que no supo volver la cara ni vacilar en el asalto ininterrumpido.

A nada pueden achacar los italianos su derrota que no sea a la evidencia de un juego español, que les fué superior en todo momento. Así lo reconoce la Prensa de Italia, después de bautizar, con cruel menosprecio hacia nosotros, como campeones de Europa a los «azzurri».

Todas las derrotas son dolorosas; pero mucho más debió ser para Italia ésta, que tiraba por los suelos todo el prestigio de una temporada internacional, en la que sólo las mieles del triunfo se gustaron. Los cuarenta mil espectadores del triunfo español quizá fueran injustos con los suyos al protestar ruidosamente de aquella cosa inesperada del fracaso. Injustos, porque cuando el contrario es de escasa calidad, es fácilísimo el jugar; pero cuando el contrario juega como lo hizo España entonces, con el reconocimiento sólo cabe la conformidad, la conformidad de reconocerse inferiores, aun a trueque de romper el más bello sueño de imperialismo deportivo.

Con el resultado de Bolonia estamos empatados en victorias con Italia. Saben ellos, y sabemos nosotros, que somos enemigos dignos unos de otros. Y que la partida aun no está decidida. Para Italia, más que una superioridad deportiva de raza, lo que se ventila siempre, frente a frente Italia y España, es una primacía europea.

Ya lo dicen los periódicos italianos: «Hay que ir a España por la revancha.»

Su obligación es venir a vencer, y la nuestra, esperar confiados en que la victoria sonreirá una vez más a los leones rojos. Simplemente, por merecerla.

RIENZI

Foto Gambini.



Los equipos español e italiano se cambian, antes del partido, en el estadio de Il Littorale, de Bolonia, los tradicionales ramos de flores, como prueba de cordialidad y nobleza en la lucha.

LA RAQUETA INTERNACIONAL

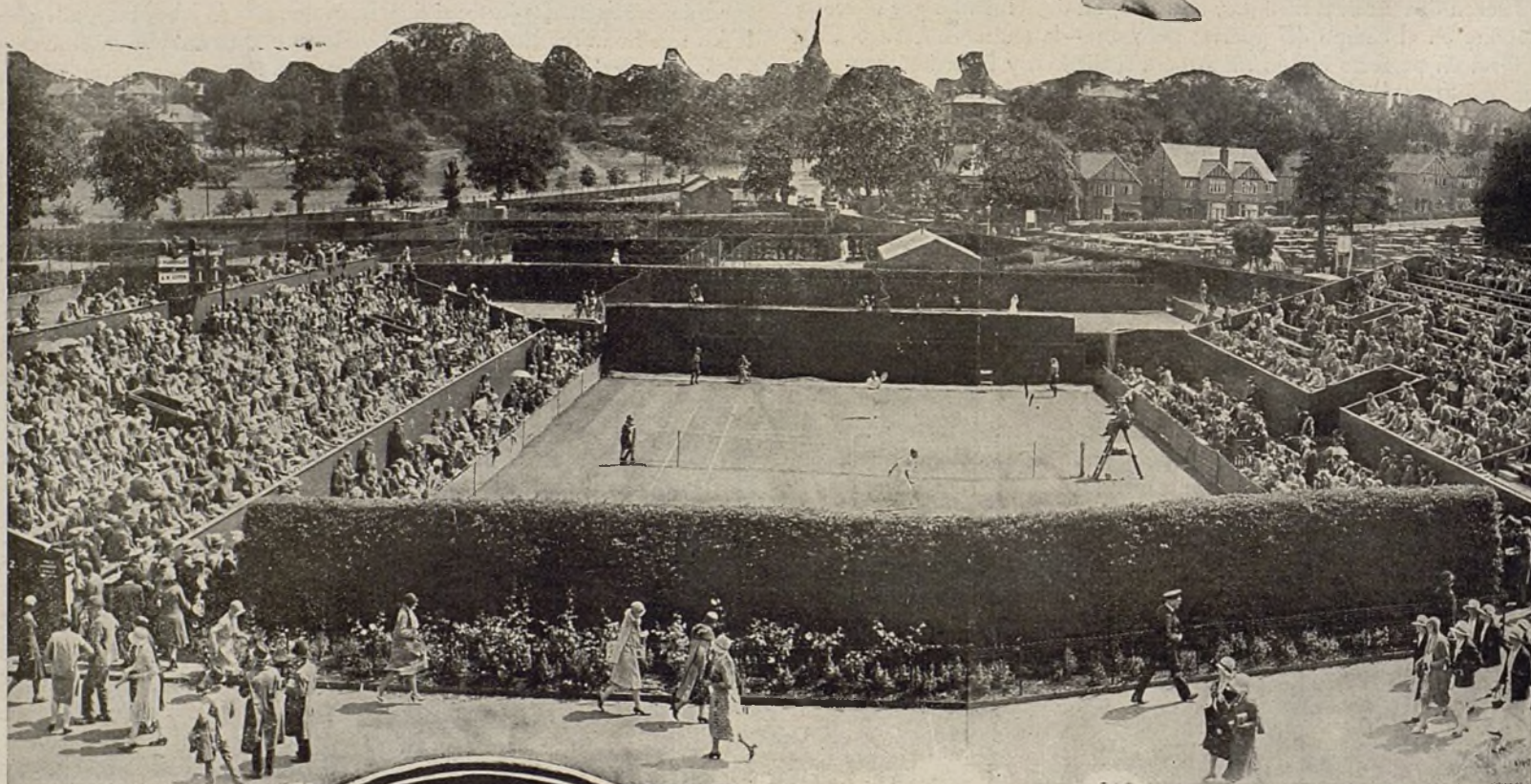
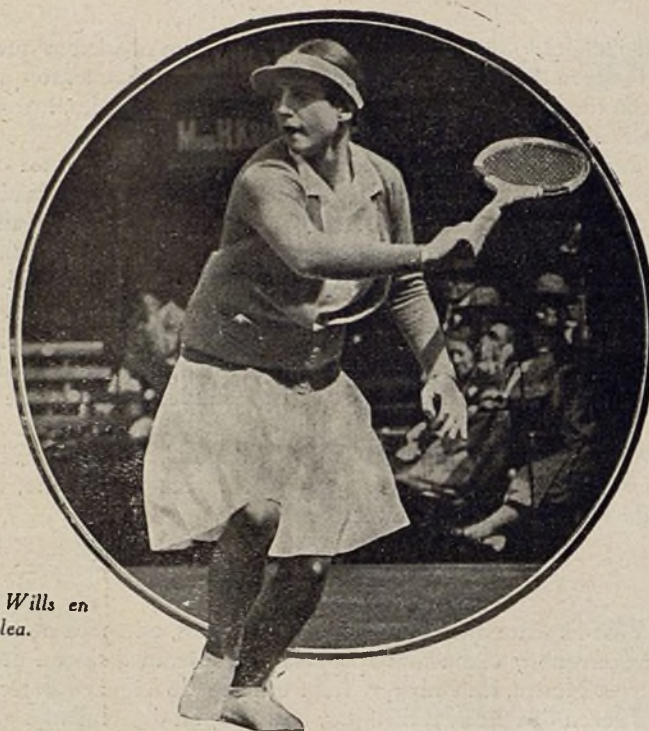
LAS FAMOSAS PRUEBAS DE WIMBLEDON

HELEN WILLS Y TILDEN

CONTEMPLAD los famosos «courts» de Wimbledon, la sorbona europea del tenis, en tarde de gran gala, durante la celebración de uno de los partidos correspondientes a sus anuales concursos internacionales.

La arena fina del «court» cruje bajo la breve zapatina de goma de Helen Wills; señala la huella rápida de Tilden, proyectada en

Miss Helen Wills en la bolea.



Un aspecto de los «courts» de Wimbledon durante sus anuales concursos.



El ex campeón mundial Tilden en un «drive».

«drive» tras la pequeña pelota blanca que cruza rauda. Saeta del mundo nuevo del músculo.

Como en años anteriores, Wimbledon ha sido la zona internacional de cita de las más famosas raquetas mundiales.

Junto a la elegancia de la Wills, el aire indomable, en ráfaga, de la Bennet. Frente a la sagaz maniobra de Tilden, el ímpetu latino de Cochet.

Todo al vuelo, todo al vuelo, como gritaba Ruben.

Elegancias, sonrisas, miradas raquetas y redondas balas blancas del «set.»

Es la vida nueva en la costumbre reciente. Aire libre, músculo y vida.

¡Alló! ¡Alló!



REGATAS A REMO

El torneo checo-slovaco-belga

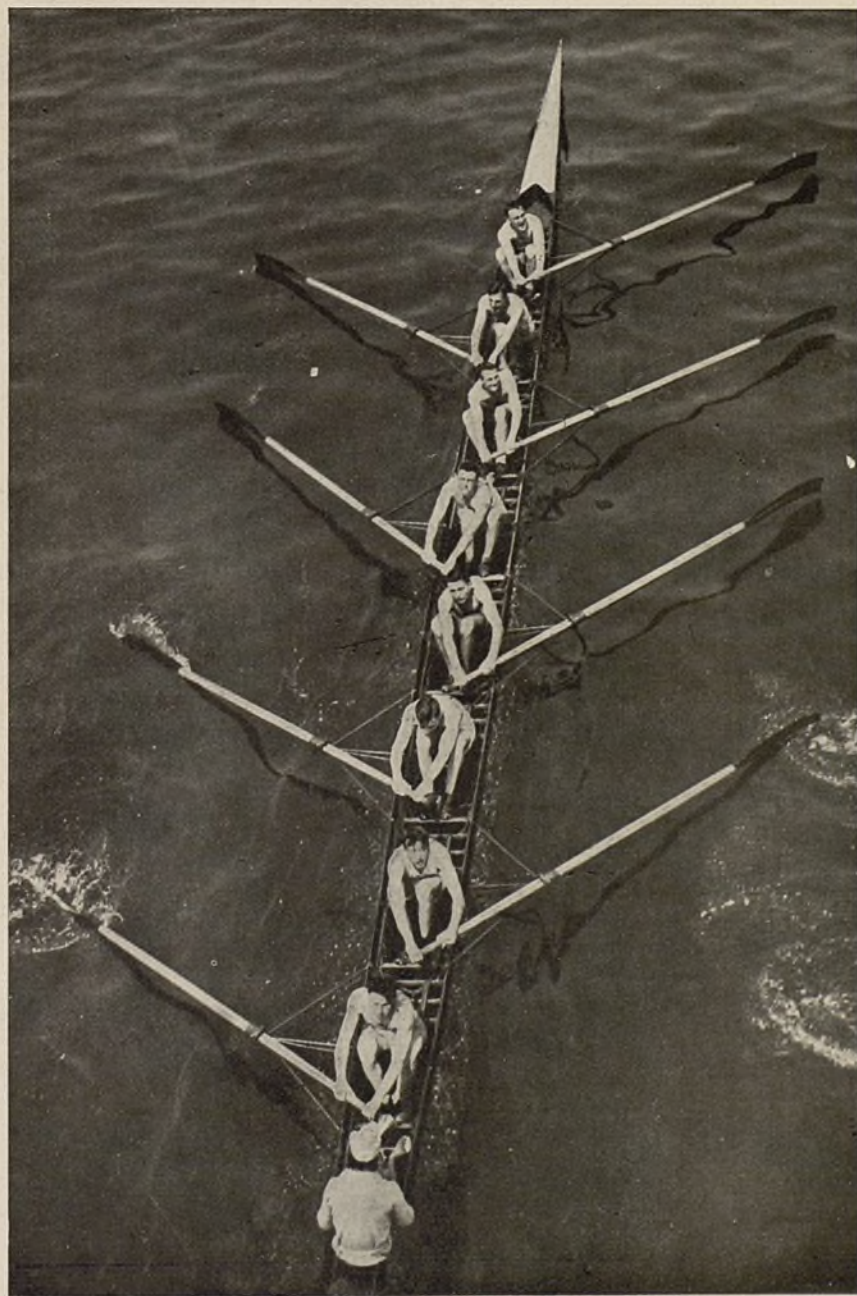
EL TRIUNFO ESLAVO EN EL VOLDAVA

EL viernes 13 del pasado junio los remeros belgas acudieron a las aguas del Voldava a recoger el reto que les había sido lanzado por los atletas del remo checo.

Miles de personas poblaban las verdes riberas del Voldava para presenciar la anunciada competición. Praga vivía una fiesta



La tripulación del "ocho" checo con timonel que venció en las aguas del Voldava al "ocho" belga.



El remero checo Vaissier, vencedor en la prueba de embarcaciones a dos remos.

más del músculo, a las que tan sincero culto rinde.

Una pelea dura, ardientemente disputada, fué la regata checo-belga, cuyo éxito se inclinó a favor de los eslavos.

Checo-slovaquia, país de tierra adentro, acertó una vez más, por el milagro de su disciplina y y su entusiasmo, a poseer a la victoria esquivada frente a otra nación que, como Bélgica, marcha a la vanguardia europea en las diferentes manifestaciones de los deportes náuticos.

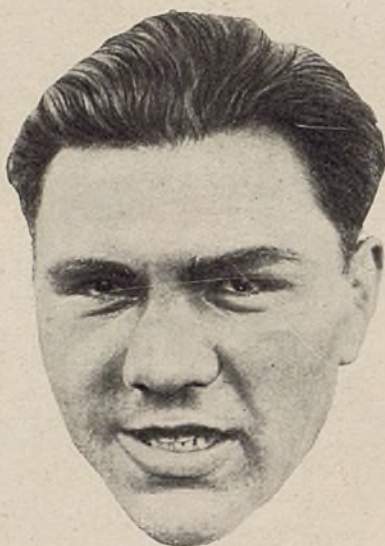
El "ocho" belga que fué derrotado por los checos, dispuesto para la arrancada.

VIDA PUGILÍSTICA

PARA los americanos, mejor dicho, para los americanos del Norte, la victoria alcanzada por el alemán Schmelling sobre el bostoniano Sharkey no ha sido todo lo rotunda y definitiva que exigía la calidad del título puesto en juego en Chicago entre dichos púgiles. Una victoria por descalificación por golpe bajo no es suficiente para convencer a los panamericanos del deporte de que la hegemonía del ring ha pasado mercedamente a manos europeas.

Es un pleito ya viejo el de la aspiración europea al título máximo de la *boxe*—siempre en poder de hombres de los Estados Unidos de América—y el del menosprecio americano hacia ese deseo constante del viejo Continente. El solo hecho de haber reconocido América el derecho a la *chance* d. un europeo—al igual que se admitió a Carpentier—es ya un título de reconocimiento, que en otros tiempos se hubiera considerado incluso como atentatorio a una superioridad consagrada incluso por la Historia.

Abandonado por Gene Tunney el título mundial, éste quedó a merced de hombres de ínfima calidad a la unánimemente reconocida en Tunney y Dempsey. El torneo entre aspirantes para señalar los finalistas que habían de disputarse el máximo trofeo arrojó dos nombres representativos de



Max Schmelling es el nuevo campeón de campeones actual.

Europa y América: Schmelling y Sharkey, y entre ambos ha sido la pelea celebrada en Chicago, concluida con una victoria de Schmelling, al ser descalificado por golpe bajo el bostoniano Sharkey.

Una victoria así alcanzada deja siempre en la duda la legitimidad del triunfo. Pudo ser un golpe desgraciado e involuntario que privara del triunfo al mejor. Quizá por eso la Comisión de Boxeo americana ha exigido de Schmelling una concesión de revancha en breve plazo al de Boston, que venga a ser como una clara y concluyente legitimación de victoria, o una oportuna y justa rectificación de valores.

Salga lo que salga de ese nuevo choque de entre los finalistas de Chicago, la realidad para el mundo del pugilismo no puede ser más que una: la de que, al fin, el título estereotipador de una supremacía ha cambiado de Continente; de que, por una vez, Europa, tan menospreciada siempre, es la fiel guardadora de un campeonato en el que la egolatría y la vanidad irreflexiva de los hombres ven algo más que la condición física de dos hombres: la pujanza y la fortaleza de dos mundos distintos que se transigen por diplomacia y se respetan por temor.

En el Hipódromo de la Castellana. El Gran Premio de Madrid



El Hipódromo de la Castellana momentos antes de la carrera.

Fotos Ciap.

"Játiva", del Marqués de Valderas, ganador del "Gran Premio Madrid".

Las bellas espectadoras lucen sus "toiletas" y comentan el final de la carrera.

EL DEPORTE DEL BALON



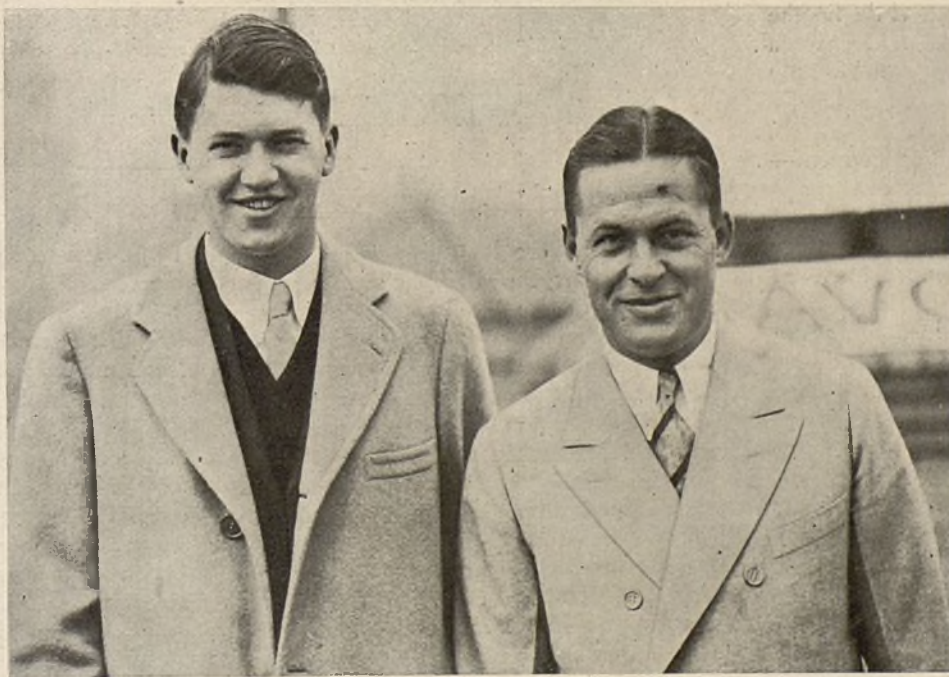
EN LAS PLA- YAS EUROPEAS



La ciencia médica aconseja este distraído deporte para ejercitarlo durante los baños de sol, habiendo sido acogido con extraordinario regocijo por los bañistas de ambos sexos.

EL GOLF

Bobby Jones, el favorito del público en el Concurso en que ha de disputarse la copa Walker, aparece aquí en compañía de Bonald K. Moe, el «bebé» del «team» americano (veinte años). Jones ha opinado acerca de él diciendo que llegará a ser un *incommensurable* jugador de golf. El mundo deportivo espera impacientemente el resultado de este Concurso. Nos anticipamos a su actualidad, espe-



rando que en nuestro próximo número podremos dar una amplia información gráfica de este suceso. Entretanto se conoce al vencedor, todos los deportistas ingleses discuten apasionadamente las calidades de los que luchan y hacen apuestas por sus predilectos.

La fotografía que ofrecemos a nuestros lectores es la primera obtenida de Moe después de pisar suelo inglés.

VIDA LITERARIA

LOS AUTORES Y LOS LIBROS

LA CONSTANTE RENOVACIÓN
DE ALBERTO INSÚA

A PENAS aparecida en las librerías la nueva novela de Alberto Insúa, *El amante invisible*, numerosos escritores le han prodigado sus elogios. Para nosotros ha escrito Alberto una breve explicación de su propósito, una confesión de su propio juicio sobre el libro que ya saborean numerosos lectores, y que representa y prueba, en suma, la constante renovación de este escritor singular. He aquí las líneas que escribe Insúa:

«No soy partidario de la autocrítica. Publica cada una obra mía, lo que me interesa, sin intimidarme ni desvanecerme nunca, es el juicio ajeno. Con frecuencia la diatriba me satisface más que el elogio.

Pero quiero y debo complacer al redactor de esta página de COSMÓPOLIS.

El amante invisible—como *El barco embrujado*, uno de mis libros predilectos—significa, en mi labor de novelista, un descanso del natural. No he sido yo nunca—creo—, ni aun en mis primeras novelas, un naturalista estricto. La realidad me sirvió de punto de partida, de vivero de tipos humanos, de almacén de caracteres. Con tales tipos y caracteres, «arrancados de la realidad», yo fantaseaba.

Ahora, con *El barco* y *El amante*, sólo he querido fantasear. Creí que iban a ser dos libros fáciles. Pero ¡no hay nada más difícil que soñar despierto! Cada una de estas novelas me ha costado un año...

El amante invisible es—me parece—un libro muy nuevo y muy viejo. Nuevo, por su forma actual, ultradinámica, cinematográfica. Viejo, por su fondo filosófico, heterodoxo, y por su «humanización» del diablo, que ya operaban los poetas trogloditas.

Mi diablo es mío. Eso sí, no es el de Goethe ni el de Hugo. Ni tampoco el de mi camarada Fernández-Flórez. Me ha salido un diablo muy simpático, un Lucifer magnánimo. He pintado un infierno delicioso. ¿Herejía?

Humorada y diversión, simplemente...—*Alberto Insúa.*»

Por su parte, el crítico literario de COSMÓPOLIS, E. Salazar Chapela, condensa su juicio en estas líneas:

«La nueva novela de Alberto Insúa, *El amante invisible*, ofrece, por de pronto, uno de los valores más importantes del género: el interés. Interés de asunto, auténtico, logrado con el poder de invisibilidad otorgado a su protagonista. Alberto Insúa ha tenido el tacto de conjugar un tema fantástico, inverosímil, con la vida real. Y ello hace que su novela no se volatilice en un cuento de hadas. Mitad realista, mitad idealista, *El amante invisible*, rueda lleno de interés, culminando, a trechos, en inesperadas situaciones. La técnica de su trama está lograda con la dosi-

ficación de aquellos elementos, los cuales no se estorban, antes bien se ayudan, apoyándose mutuamente.

Aparte esa categoría cierta, indubitable en esta obra, del interés, tiene el nuevo libro de Alberto Insúa el encanto de su prosa. Escueta, rápida, pero al mismo tiempo flexible y sensual, dicha prosa contribuye para que *El amante invisible* sea una novela moderna, nerviosa. Aquí está eludido lo accesorio, lo adjetivo, para ir directo al tema, operando con finísimas alusiones. Y por si ello fuera poco, esta obra ofrece, junto con su asunto, en extremo interesante, junto con su estilo, en extremo trabajado y novísimo, una cierta levadura política, que presta al gran libro,



Busto de Alberto Insúa,
por Jacinto Higuera.

de suyo, de Alberto Insúa, inquietud viva por los problemas sociales y políticos de Europa, particularmente de España.»

Entre otros juicios emitidos, nos parece digno de recoger lo que ha escrito un joven escritor, de espíritu muy moderno: Luis de Armiñán:

«Pasada la novela que llamaron psicológica, y aquella realista y cruda que pintaba en ocre y negro la calle y la vida, este oficio de narrador es cada día más difícil. Quiere el público verdaderos reportajes, cuyo interés sea arrollador. Insúa, que ha escrito *Maravilla* y *Las neuróticas*, ha sabido evolucionar con su época y escribir *El barco embrujado*, en el que el problema no es de un alma, sino de muchos corazones. Era el

novelista del amor. Es el novelista de todo lo inquieto con carne y sangre.

Actualmente, en España hay una idea dominante que nos quita la paz a hombres y a mujeres. En España y en todas partes, el porvenir está oculto por Dios sabe qué tinieblas, tan densas, que ni el mismísimo diantre sabe cuánto guardan. La incógnita y el diantre son base de la nueva novela de Insúa y del éxito que tendrá en los lectores.

El mundo está en manos enérgicas y duras. ¿En qué trozo de la tierra se ha fijado Alberto Insúa para su novela? ¿Fue España, Italia o los países de trágica leyenda e historia que parece pedir música vienesa para su letra? Es igual. En todas partes puede actuar Lupus y bendecir el arzobispo y especular Samuel.

Lo que ya es más difícil es que surjan Pandoro, Octavia y Lucifer; pero a éstos cada lector les otorgará un símbolo, y así serán siempre distintos y nuevos. ¿Qué quiso hacer de ellos? ¿Quién lo sabe! Octavia puede ser hasta la Vida y Pandoro, nada menos que el Hombre. El diablo es siempre el diablo.

Con *El amante invisible*, Insúa ha escrito su mejor novela, la más interesante y universal. El lector nos dará la razón, aunque nos la quiten los que de tal no tienen nada, porque es difícil a los del oficio sustraerse a su propia intención.

Es la novela de hoy y mañana. Reflejo de una época en la que el estilo no lo es todo, y la cultura ha de traslucirse tenuemente en la descripción y el diálogo. De movimiento, de inquietud y de vacío.»

MUJERES EXTRAORDINARIAS
de Cristóbal de Castro

HA accedido también este gran escritor a nuestro ruego, y ha escrito una página interesante, explicando cómo ha concebido su obra. Dice así:

«UN LIBRO DE MI TIEMPO

Síntesis. Rapidez. Amenidad. He aquí el propósito de este libro. Mejor dicho, de este período.

Quise ser lector antes que autor. Escribí sobre temas femeninos, porque siempre, como lector, me apasionaron. Hice, en vez de novela, crónica, porque, como lector, prefiero lo breve a lo extenso. Desdeñé la unidad, porque—también como lector—prefiero la variedad. Huí del tema único, solemne y trascendental, porque, como lector, me aburre lo trascendente y lo solemne.

He compuesto, pues, este libro según mis propias normas de lector un poco avisado, aburrido de las exclusivas de amor y de las novelas de análisis. El análisis y el amor han pasado a la histo-

ria. La literatura de hoy traslada sus reales a la síntesis y a los temas biográficos. Eso es, o quiere ser, *Mujeres extraordinarias*: literatura rápida, vivaz, amena, sintética. En dos páginas, una vida de mujer. En dos líneas, su perfil moral, intelectual o sensual...

TEOREMA Y DEMOSTRACIÓN

Tanto es así, que todos los retratos llevan, como cuño especial una palabra clave: Cleopatra, o la Magnificencia; Inés Sorel, o el Recogimiento; Lucrecia del Fede, o la Perfidia. El vocablo es como un teorema, y la semblanza, su demostración.

Otro propósito: el eclecticismo. Nada de someter el libro a la Virtud. Nada, tampoco, de entregarlo al Vicio. El Arte es esencialmente



Cristóbal de Castro.

amoral. Una Virtuosa genial, como una Viciosa inteligente, son diosas de este mismo Olimpo. Lo que interesa al escritor y al lector no es el Vicio ni la Virtud, sino sus proporciones e interpretaciones; esto es, su expresión literaria.

LA PELÍCULA SONORA

Mi libro, en suma, es esto, o quiere ser esto: una película sonora. Por eso, sus 70 heroínas desfilan en sus respectivos ambientes como 70 estrellas en sus escenarios respectivos. Hay muchedumbres, paisajes, monumentos, evocaciones de la Historia y decorados modernísimos. Cada heroína habla o calla, canta o escucha el cántico, en una plenitud natural, normal. Por eso el altavoz del estilo ni es apagado ni estentóreo: tiene «el medio tono», que basta.

Un maestro de la literatura y de la vida—Antonio Zozaya—ha dicho de *Mujeres extraordinarias*: «Es un libro admirable que deben leer todas las mujeres.» Y una temprana juventud de la vida y de la escena; Carmen Pomés, proclamada Reina de la belleza madrileña 1930: «Es el Plutarco femenino, que debíamos leer con asiduidad las mujeres.»

Entre ambos tonos—mayor y menor—va el medio tono de la obra—Cristóbal de Castro.

Completa esta información el juicio de nuestro crítico, expuesto en las líneas siguientes:

«Este libro de Cristóbal de Castro, *Mujeres extraordinarias*, constituye la más bella aportación para el conocimiento del alma femenina. Tramado este libro con figuras excelsas, arquetípicas, de mujeres, en él se ven, acusados y exaltados por las propias figuras, los rasgos típicos, esenciales, de las distintas especies de feminidad.

Aquí está la mujer escritora, la bacante, la mujer hogareña... Cristóbal de Castro ha recorrido la historia hasta el presente, hasta el momento actual, obteniendo de esta suerte una galería completa de retratos femeninos. Ninguna figura falta en su espléndida pinacoteca. Cada una asoma su doble perfil, físico y espiritual, sumerso en el ambiente propio.

Ahora bien: el interés de este libro, aparte sus valores de erudición y cultura propiamente dicha, está en su exactitud. Exactitud espiritual, obtenida por la sagacidad del gran escritor. Exactitud al presentar a cada figura casi cinematográficamente, con brevedad, pero por entero. Es un prodigioso don de síntesis. La pluma del artista recoge lo distinto, lo distinguido de cada tipo. Penetra en su mundo interior y extrae a flor de página aquellos rasgos que constituyen los resortes de un alma. Nadie como Cristóbal de Castro ha dado una visión tan perfecta de mujeres tan complejas como Cleopatra, Catalina de Austria, Inés Sorel, Santa Teresa, Madame de Maintenon, Ninon de Lenclos, Isabel Clara, las mujeres de Garcilaso, la Pompadour, Sofia Arnould, María Antonieta, Madame Vigée Lebrun, Hipólita Clairon, Teresa Cabarrús, lady Hamilton, la Emperatriz Josefina, la Condesa de Bureta, lady Stanhope, Isabel de Braganza, Lola Montes, Cristina Vulpius, la Condesa de Espoz y Mina, las mujeres de Byron, Madame Stael, Jorge Sand, las mujeres de Balzac...

Nadie como este gran artista, Cristóbal de Castro, ha sabido recoger en síntesis la vida y la personalidad de Concepción Arenal, la Avellaneda, Josefina Butler, Rosalía de Castro, Eleonora Duse, María Barkhiseff, Carolina Coronado, Gabriela Reuter, la Bushental, la Pardo Bazán, Sara Bernhardt, Ana Rostag, Cecilia Sorel, Juana Ibarboururu, Colette, Madame Curie, Cristabel Pandkutut, la Condesa de Noailles, Muriel Vanderbilt, Rut Tester, Betti Bytler, Madame Lenin.

Libro admirable, abundante de imaginación, firme de hechura, *Mujeres extraordinarias* arroja un coeficiente espléndido de vitalidad.—E. S. y Ch.

MOTIVOS Y LETRAS DE ESPAÑA

por Rufino Blanco-Fombona

ESTE admirable venezolano, compenetrado con el alma y el temple de España de tal modo que es en nuestras letras uno de los hispanos más intensamente representativos, nos dice de su libro reciente:

«¿Autocrítica? Cosa difícil, casi imposible. Autobombo sería más fácil. Autodenigración, también. ¡Pero autocrítica! Me limitaré a hablar de mi último libro, *Motivos y letras de España*, como hablaría de una corrida de toros: por el aspecto pintoresco. Naturalmente, a mí me gusta, y supongo que a los demás les guste asimismo. Creo que el lector de novelas de Ba-

roja, por ejemplo, quedará bien enterado del modo de novelar de este novelista; y que el admirador de Valle-Inclán pueda, junto conmigo, analizar los motivos de su admiración.

La mañana es fresca, a pesar de julio; podemos ir al Retiro o a Rosales, y allí, en nuestro banquito, con *Motivos y letras de España* en la mano, podemos oír el canto de los pájaros, respirar el perfume de las flores y leer, de cuando en cuando, alguna página del libro. El cerebro humano razona como el pajarito canta y como la flor aroma; y todo es acorde divino de la divina Naturaleza.

El sensual, el instintivo, se contentan con el trino y la fragancia; pero el civilizado siente la necesidad de añadir a la sensación en bruto de la Naturaleza la sensación que producen el arte y el razonamiento. Si todo es Naturaleza, esta última expresión de natura, trasmutada en arte y en pensamiento, es más noble, porque el hombre supera al pajarito y a la flor. Para los que así lo entiendan se ha escrito *Motivos y letras de España*.—R. Blanco-Fombona.»

Por nuestra parte, bastará agregar unas líneas para que el lector se dé exacta cuenta de lo que encontrará en este libro, en que Blanco-Fombona reúne una serie interesantísima de ensayos. Ensayos donde se transparenta, para beneficio del ensayo, el poeta, el novelista. Esto es: el artista. Nada se ofrece fría y fríamente en esta obra enjundiosa. Todo parece animado de un fuerte, inconfundible ímpetu artístico. Ello es sobremanera visible en los bosquejos, todos ellos lea-



Rufino Blanco-Fombona.

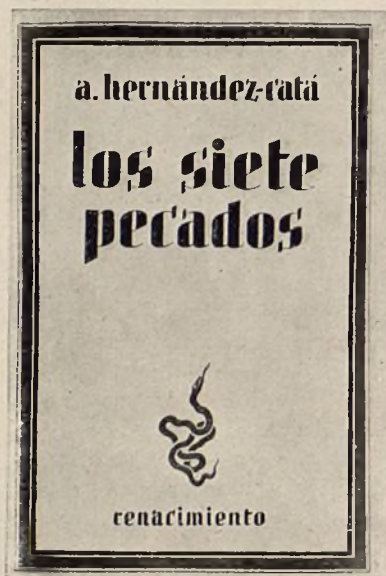
les, de escritores contemporáneos españoles. Aquí podemos contemplar a Azorín, a Pérez de Ayala, a Díez-Canedo, a Araquistain, a Baroja, a Valle-Inclán. El pulso firme de Fombona no puede titubear en la línea precisa, ni su probada probidad intelectual puede hacer alto ante lo que Fombona estime cierto. Sinceridad absoluta es el subtítulo propio de aquellas semblanzas. Pero también penetración, agudeza, ingenio. *Motivos y letras de España* es y no es un libro de crítica. Es, sobre todo, el libro de un escritor que medita sobre la obra de otros escritores con la misma amplitud y libertad con que pudiera hacerlo sobre cualquier elemento natural: el mar o el fuego. De ello se colegirá el encanto, con lo provechoso, por pedagógico, de este nuevo libro de R. Blanco-Fombona.—E. S. y Ch.

LOS SIETE PECADOS

por A. Hernández-Catá

BELLA página la que traza Hernández-Catá de la reunión de cuentos cobijada con el título expresivo *Los siete pecados*, que, como el vino añejo, muestra a cada reedición más gustosa y perfumada su madurez.

«¡Autocrítica! Bah, gacetilla benévola, a lo sumo, si se es fácilmente contentadizo, o malevola si se tiene la mala suerte de percibir la distancia que media entre la intención y la realización. En este caso malévola, porque, a pesar de sus varias ediciones, este libro ha sido rehecho



no sólo en la forma, sino hasta en el fondo, hasta en la resolución y planteamiento de algunas de sus narraciones. Y esto es signo de descontento.

Muchos cuentos de *Los siete pecados* han sido traducidos a varias lenguas. Ahora no son ya los mismos. ¿Mejores? Ojalá. En todo caso, puedo decir que he trabajado en ellos cual si se tratara de borradores y no de obras editadas y publicadas muchísimas veces.

La crítica me ha dicho con frecuencia que los cuentos son lo mejor de mi obra literaria; que por la variedad e intensidad de los asuntos y el modo de tratarlos, tengo parentesco con los grandes cuentistas. Me gustaría que la crítica no se equivocase; pero la autocrítica no me extraña. Quisiera, sí, ser un gran cuentista. Veo casi todos los asuntos, la vida misma, en geometría de narración breve. Por mi parte, sólo cuentos y novelas cortas, además de ensayos, poema y teatro, escribiría. En cuanto a *Los siete pecados*,

He aquí la divisa grabada en el pórtico de la biblioteca fundada en París con los libros que tenían los soldados norteamericanos al terminar la guerra: «Atrum post bellum, ex libris lux.» (Después de la afrentosa guerra, de los libros viene la luz.) Y esta divisa se repite en todos los membretes, portadas, documentos y sellos de la The American Library in Paris.

sí creo que están en ese libro algunos de mis cuentos mejores. *Hacia Damasco*, tal vez *Alquimia* o *El testigo*, me gustan casi por completo aún.

Y ¿ve usted cómo no pasa de gacetilla lo que salió para la meta difícil del *Nosce te Ipsum*? El

cuento se pliega como ningún otro género al ritmo apresurado de nuestra época. Y, cuentista de siempre, noto desde hace poco esa coincidencia de mi afición con la afición de los lectores. *Los siete pecados* van a arrostrar esta nueva prueba comercial sin miedo: Aunque fueron concebidos bajo el signo de Aries, a veces también Mercurio se acuerda de que tiene alas.—A. Hernández-Catá.»

NUEVOS RETRATOS

por José María Salaverría

TIENE esta autocrítica todo el valor de una confesión literaria, dicha en grata intimidad con el lector y acogiendo a la predilección que muestra por este gran periodista y escritor. He aquí la gustosa prosa maestra:

«UNAS POCAS PALABRAS...

Mis *Nuevos retratos* han producido tanta disensión, incluso tanto malestar, como mis primeros *Retratos*. También ahora, lo mismo que antes, no han faltado lectores que interpreten mis juicios en forma desviada. Tengo la desdicha, cuando me dedico a escribir semblanzas de escritores, de despertar disgustos a uno y otro lado, sin duda porque me falta el don de repartir las alabanzas y las censuras con una cierta cautela y habilidad; probablemente soy un retratista que usa el claro-oscuro con demasiada viveza (y con una falta absoluta de «viveza») cuando lo que priva aquí y lo que todos prefieren, se trate de mujeres o de literatos, son los retratos al pastel.

Cada día me convenzo más de que no es la verdad lo que ama y persigue el hombre: al hombre le gusta la mentira. Le gusta la conjetura, el error pintoresco, lo postizo, lo artificial, lo falso. Arrojen ustedes una noticia exacta a una tertulia de hombres inteligentes y ociosos y verán qué pronto desdeñan y arrinconan ese inmarcesible fragmento de la verdad eterna; dejen caer, en cambio, una noticia falsa, y todos se abalanzarán a ella para urdir todas las quiméricas combinaciones imaginables. Esto, que es común a la generalidad de los hombres, entre los intelectuales cobra todavía mucho mayor relieve. Y necesario será confesar que los intelectuales españoles se distinguen entre todos por la desconfianza, el miedo o el asco que le tienen a la verdad.

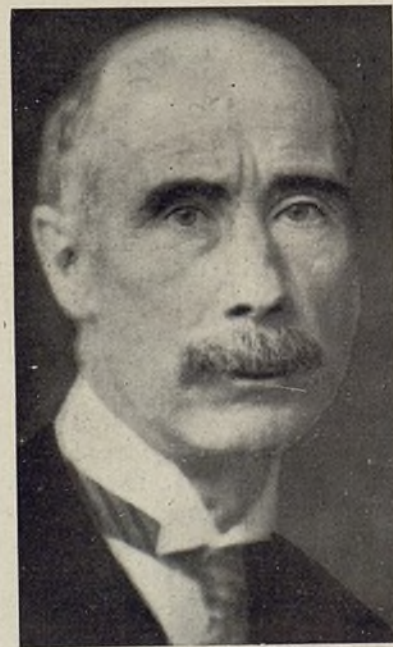
A este respecto sale un joven escritor exclamando: «¿Y para qué, después de todo, si aquí estamos al cabo de las cosas, si nos conocemos todos, si todos sabemos la verdad?» Pero con esta especie de filosofía de la resignación el mundo no habría ido a ninguna parte. Además, que no es cierto que nos conozcamos todos; por el contrario, éste es el país donde no se conoce bien a nadie. El país del fraude psicológico. El país en que menos se practica el arte de la caracterización. Situar una personalidad en su justo término es la cosa que menos se usa entre nosotros, un poco por impotencia, otro poco por cobardía y otro poco por esa natural inclinación del hombre del Mediodía a chapuzarse y estar a gusto dentro del embuste.

¿Por qué motivos profundos, aparte el motivo circunstancial del amor contrariado, llegó a matarse Larra? ¿Qué sabemos exactamente de la doble o triple psicología de Quevedo? ¿En dónde están las cartas, los cuadernos íntimos, las alusio-

nes y las anécdotas que nos revelen la vida interior y pasional de Espronceda? En cambio, ahí está Víctor Hugo: los franceses han trabajado sobre su personalidad con tal ahinco, con tan austero rigor y con tan valerosa curiosidad, que ahora podemos contemplar al grande hombre en toda su grandeza y en toda su pequeñez, hasta en los más grotescos pormenores de su vanidad o en sus más infelices episodios de alcoba.

Otro escritor me decía amistosamente: «No sigue usted un buen sistema; el sistema de usted no es práctico...» Pero con todo lo que yo he vivido, ¿acaso puedo ignorar los caminos que conducen a lo práctico, a lo inmediatamente benéfico? Es como si Retana se pusiera a ilustrarnos sobre el modo de escribir novelas que alcancen tiradas numerosas. Ya conocemos el sistema. Pero no se trata, naturalmente, de sistemas, sino de vivir y crear con arreglo a la propia fatalidad personal. Yo obedezco al imperativo de una fatalidad. Mi desgracia y mi orgullo es ser distinto. Aunque a todos mis contemporáneos les salga por una friolera la verdad, yo seguiré hasta morir (quieran los dioses no contrariarme nunca) fervoroso enamorado de lo verdadero y escribiendo desde un punto de vista aparte: desde el mío, desde el que yo creo cierto. José María Salaverría.»

José María Salaverría es el escritor rodeado del confort de su prosa. El escritor que gusta a grandes sorbos de todos los motivos de su temperamento: el ensayo, la novela, el cuento, el artículo. Salaverría ha encontrado, como pocos, en su literatura, la razón y fin de todos sus actos, la justificación de sí mismo, el propio apoyo. Todo en él se disuelve literariamente y logra aquella neutralidad hija de la intuición y la reflexión. Otros escritores asoman en su prosa orejas de político, o dientes ambiciosos de vida, o



José María Salaverría.

narices olfateadoras de mundo fuera, distantes de la palabra... Salaverría, no. Salaverría no concibe acaso otro mundo que no sea éste tan pequeño, pero tan grande a la vez, tan espiritual, de la literatura. Por eso, es inútil, cuando no vil, buscar en Salaverría intenciones secundarias, esto es, de segundo orden. Por eso es miopía ver o creer ver en un artículo de Salaverría, o en un ensayo suyo, o en un cuento, direcciones que no

ean las exclusivamente literarias. Todo es recto en Salaverría. Todo comienza y concluye ahí, en la palabra, sin otra ambición que la palabra misma, evidente y pura.

Este modo de ser de Salaverría se ve sobremanera claro en los ensayos que más pudieran despistar y aparecer tocados, manchados de personalismo; en sus retratos, en sus páginas destinadas a reflejar de cuerpo entero, en carne y espíritu, sus contemporáneos.

El ímpetu literario—o intelectual, de profesar la verdad, su verdad, a toda costa—ha inspirado este libro de escándalo, *Nuevos retratos*, donde Salaverría ofrece, con los retratos de Galdós, Gómez de la Serna y Ramón de Bastera, los retratos de su propia generación: Pío Baroja, Azorín, Manuel Bueno, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Ramón del Valle Inclán.—E. S. y Ch.

TU ERES LA PAZ y CARTAS A LAS MUJERES de G. Martínez Sierra

NEVAS ediciones de estas dos interesantísimas obras. Ambas escritas pensando en la mujer, en sus motivos espirituales. *Tú eres la paz* constituye en la producción de Martínez Sierra su obra de mayor empuje, contenido y construcción. Una obra donde el escritor delicado, tan suave, que es Martínez Sierra, ofrece tormentas del espíritu cubiertas por una leve película elegante. Buen gusto, ternura, sensibilidad, son las características de este libro, tan leído y releído por el público apacible de su autor.

Cartas a las mujeres es una colección de breves lecciones de sensibilidad. En ellas se combinan todos los motivos, así de la naturaleza como de la vida, para lograr un conjunto armónico de temas interesantes. Gregorio Martínez Sierra,



G. Martínez Sierra.

escritor blanco, muestra en este libro su conocimiento profundo, esencial, de la mujer. No son

estas cartas un tratado de psicología femenina. Son, por el contrario, una serie de temas poéticos, desarrollados con habilidad suma, escritos para la psicología femenina, para el alma femenina.

TEORIA DEL ZUMBEL por Benjamín Jarnés

UN breve párrafo basta a este notable autor para explicar la génesis y la calidad de su obra. No restamos, con mayores aclaraciones, valor a sus palabras:



Benjamín Jarnés.

Los lectores de COSMÓPOLIS conocen ya la génesis y evolución de mi última novela, *Teoría del zumbel*. (Véase el número 28, correspondiente a marzo de este año.) La novela surgió de una sencilla metáfora, no de la contemplación de ningún suceso trascendente; esto no se opone a que luego la novela pierda la sencillez de sus orígenes y adquiera esa trascendentalidad que ha señalado Luis Bello en *El Sol*. Decir «trascendente» no quiere decir que sea una maravilla; puede ser una mala novela, aunque, eso sí, ha pretendido serlo buena. «Trascendente» es—a mi entender—dar forma plástica a lo que en vez de «argumento» intento que sea un «pensamiento». El pensamiento es éste: Sólo las fuerzas vitales pueden modificar el destino de un hombre, sólo la carne y la sangre; nunca fuerzas sobrenaturales, aunque traigan la pretensión de venir en nombre de la divinidad, en nombre de toda tradición elaborada aparte de la vida. Los personajes de *Teoría del zumbel* son un reloj, un telegrama, un trompo; no este o aquel hombre o

esta o aquella mujer. El escaso lote de anécdotas incluido en la novela es sólo un pretexto para que el pensamiento pueda revestirse de formas donde la sensibilidad del lector pueda prenderse mientras su razón halla también su peculiar aliento. En ese número 28 de COSMÓPOLIS queda descrita la evolución de la metáfora inicial. Desde emboca—quise que desembocase—en lo más fácil de percibir por el lector, por el lector inteligente, al menos. Si el pensamiento se dispersa a veces por humorísticos remansos epidérmicos, la intención fué justamente ésa: atraer, seducir, si es posible, al lector distraído y hacerle tragar el anzuelo de la idea con el cebo un poco engañoso de la forma. En suma: lo que siempre debe intentar el arte. No sé si lo he conseguido. Tal vez lo consiga en mis otras novelas de ya inmediata aparición. Benjamín Jarnés.»

EL TACTO FERVOROSO por Juan José Domenchina

AUTOCRÍTICA.—*El tacto fervoroso* es un libro de amor. Un curso poético—pero nada melifluo—del curso del amor.

Huelga decir que no contiene madrigales al uso, trovadorescos, ni jaculatorias endechas. Es obra de hombre, y no engendro retórico de simulación académica. El hombre-poeta no ve en lo material nada pecaminoso: apenas ve algo material. La carne es espíritu.

Curso solar es, si no me equivoco, la parte más lograda y trascendente—relativamente trascendente—del volumen: intuición lírica—gravemente lírica—de la ineluctable y efímera trayectoria del amor. Amanecer, mediodía, atardecer y acabamiento del amor, sol humano—y divino—de este paisaje. Esos versos están llenos de paisaje. Y también de unción... bíblica. Hay en ellos frases tomadas del *Eclesiastés*.

El poema, en dísticos bisílabos y asonantados, con que se inaugura el libro, es lo más personal



J. J. Domenchina.

de cuanto he hecho. La manera de esos bisílabos, que detestarán y execrarán los preceptistas, es absolutamente mía.

En la fiesta llamada de la Federación, celebrada en París el 14 de julio de 1798, los tipógrafos concurren llevando un estandarte que mostraba en letras rojas este lema: «Imprenta, primera antorcha de la Libertad...»

Hay entre los poemas de este volumen uno que se me antoja arquetipo poético de mi técnica actual. Se titula *Luz abstracta*, y es un soneto. En él se encona tácitamente la más honda tragedia del poeta... y del hombre. La unicidad o realidad intransferible de algunos pensamientos y sentimientos: el fracaso de la palabra—*Juan José Domenchina*.

El breve texto merece, en justicia, una ampliación.

Antes con *La corporeidad de lo abstracto*, ahora con *El tacto fervoroso*, Domenchina afirma, acertando, su personalidad. Ya dijo Díez Canejo, en su prólogo al primero de estos libros: «En Domenchina, estos edificios, que son sus poemas, dicen a las claras que están hechos de materia dura. Lo que enamora al constructor no es la eufonía o la delicadeza; no es ni siquiera la energía o el vigor del vocablo. Es su verdad. Corporeizador de lo abstracto, no concibe otro cuerpo para que la abstracción se personifique, sino el cuerpo robusto en que cada miembro se llama por su verdadero nombre, por áspero o bronco que sea.»

Esto dice mucho de Domenchina, particularmente de sus poemas, los cuales se ajustan a la matemática del lenguaje. De los dos modos de expresión artísticos, la palabra y la imagen, Domenchina escoge el primero, subordinando su mundo lírico a los límites precisos, justos, del vocablo. Este procedimiento—o gusto de la palabra por la palabra, tomada etimológicamente, esgrimida a modo de imagen—condiciona un tipo de literatura, de la cual no se excluirá nunca, todo lo contrario, la razón y el razonamiento.

Y, efectivamente: los versos de Juan José Domenchina, así en *La corporeidad de lo abstracto* como en *El tacto fervoroso*, se cargan muchas veces de pensamiento e incluyen en su recinto verbal motivos que corresponden tanto al arte como a la lógica. A la lógica particular, lírica, de un poeta como Domenchina, cuyo concepto del mundo se colora bajo una luz «de madrugada indecisa» de tintas grises, mates, opacas. Acaso sea lo más bueno de Domenchina, aparte su originalidad de expresión, que arguye originalidad temperamental, este su prudentísimo término medio, sostenido con pulso firme, estético, entre el pensamiento y la lírica pura.—*E. S. y Ch.*

NUESTRO REDACTOR EN LA HABANA

Desea COSMÓPOLIS intensamente ser eco en España de la vida literaria, de la acción cultural y del progreso económico de las Repúblicas hispanoamericanas. Comenzando la organización necesaria para realizar este propósito, hemos confiado las informaciones adecuadas en la Isla de Cuba al distinguido escritor D. Rafael Pérez Lobo, director de la revista habanera *Cervantes* y redactor del diario *El País*, quien nos mantendrá en frecuente comunicación con los escritores, artistas y políticos cubanos.

NAUFRAGIO EN LA SOMBRA

por Valentín Andrés Álvarez

EL joven autor de *¡Taratá...!* acaba de publicar esta novela deliciosa, ingeniosa, precedida de un prólogo explicativo de su vida y su personalidad. Valentín Andrés Álvarez

lleva a esta novela sus puros valores literarios. Su capacidad descriptiva, su capacidad imaginativa, su sensibilidad moderna. Aquí están el novelista y soñador, el hombre de ciencia y el poeta, el ideólogo y el artista. Toda su obra ofrece, con su encanto imaginativo, puras alu-



V. Andrés Álvarez.

siones intelectuales o de pensamiento que denotan gusto particular por la idea. Esta mezcla de lo imaginativo y lo intelectual, evidente en *Naufugio en la sombra*, se comprende si se lee detenidamente el prólogo-biografía (autobiografía) de Valentín Andrés. Se ve por ese prólogo que Valentín ha pasado indistintamente y sin transición de la metáfora a las matemáticas y de éstas a la metáfora de nuevo. Escuchó a José Ortega y Gasset en la Universidad; a Canseco, a Blas Cabrera. Pero al mismo tiempo, o poco después, escribía *Sentimental Dancing*, una novela. Ahora, acaso no haya peligro de que Valentín Andrés Álvarez se desvíe por la Filosofía, la Astronomía o la Economía política. Sus dos últimas obras—*¡Taratá...!* (teatro), *Naufugio en la sombra* (novela)—señalan la línea recta de un temperamento definido, firme, en marcha.—*E. S. y Ch.*

Quitarme de leer es matarme.

MENENDEZ Y PELAYO.

SOR ALEGRIA

por el Dr. César Juarros

Es interesante siempre, y más en los días inciertos actuales, el advenimiento de los hombres de ciencias a la Literatura. Se duplica así el valor de la siguiente autocrítica:

«SOR ALEGRIA» ES UNA NOVELA CLÍNICA, ASPIRA A CONSTITUIR UNA VERSIÓN NUEVA DEL ALMA DEL HOSPITAL.

¿Autocrítica? ¡Nunca! Exposición somera de intenciones, sí.

En esta novela he pretendido, ante todo, dar

una nueva versión de la psicología del hospital. En mi sentir, los relatos anteriores, algunos de mérito literario indudable, pecaban de insinceros y tímidos. Describían ambientes falsos, convencionales. Acaso por carecer de una experiencia emanada de haber vivido la vida singular del internado.

El hospital, si es trágico alguna vez, lo es, antes que por el dolor físico de los enfermos, por efecto de bajas pasiones, que la pobreza y el padecer descarnan.

Se habla de la envidia de los cómicos, de la envidia literaria, del odio profesional de los médicos, y, sin embargo, en ningún otro lugar cruje la envidia y crepita el odio tan fuertemente como en los hospitales.

Sobre este fondo, muy cuidado, tallé el caso de un adolescente víctima de errónea educación sentimental. Arlanza busca el amor donde no puede hallarlo, sin ver que tiénelo cerca, a su alcance.

El vivero de amarguras representado por la desorientación sexual, constituye el tema más en orfebre trabajado, esquivando tercamente las descripciones de tono esmeralda.

Como aliño, abundantes anécdotas de absoluta realidad. Todos mis personajes sacaban cédula.

¿Estilo? Si por tal se entiende afán de construir bellos párrafos, *Sor Alegría* carece de estilo.

Lo que hay en ella es terco afán de que las palabras expresen con absoluta precisión la idea, y, más que la idea, transmitan fielmente la emoción sentida por el autor mientras escribía.

Sor Alegría es, ante todo y sobre todo, un bre-



viario de emociones no condimentadas. Al natural. Recogidas con minucia clínica y absoluta lealtad.—*Dr. César Juarros*.

NOTAS DE UN CONFINADO

por Luis Jiménez de Asúa

DE los libros de la Dictadura—contra la Dictadura, mejor dicho—aparecidos en estos últimos tiempos, éste documental autobiográfico, de Luis Jiménez de Asúa, *Notas de un confinado*, ofrece especial interés.

Se trata, por de pronto, de una obra personal, con motivos, datos y acusaciones personales.

donde el espíritu protestatario de Jiménez de Asúa expone en su clara injusticia las sinrazones de su exilio. Hombre de ciencia, se atiene el



autor de *Notas de un confinado* al rigor de la ley, por donde su obra cobra absoluta serenidad. Dice Jiménez de Asúa a este respecto, en su prólogo a la primera edición: «El manuscrito ha sufrido mi censura—contagio indeclinable en estos tiempos preventivistas y policíacos—, y de ella ha salido más esbelto, menos cargado de adjetivos y sin sombra de ira contra los que me deportaron.»

El libro de Luis Jiménez de Asúa se remonta, primero, a las motivaciones del destierro, para estudiar éste después, junto con el de otros compañeros de pena. Son éstos: Francisco de Cossío, Arturo Casanueva y Salvador María Vila. *Notas de un confinado*, discurriendo por la narración de los hechos, se convierte en su parte central en un libro de viaje, donde la agilidad descriptiva de Jiménez de Asúa expone con amenidad su salida de Madrid, su paso por Córdoba y Málaga y su arribo y habitación de Chafarinas.

La obra de Luis Jiménez de Asúa concluye con unos retratos de sus compañeros de exilio. En estos retratos, y como al pie de D. Miguel de Unamuno, destaca sobremanera simpática la figura de Salvador María Vila, estudiante para quien el destierro—con su novedad de viajes por tierras desconocidas, con su emoción de aventura peligrosa, romántica por tanto—se convierte en episodio encantador.

Notas de un confinado es un libro de gran interés. Primero, por Jiménez de Asúa, que coloca un tono científico en un tema que tanto, por razones que no hay que decir, se prestaba a la efusión de resentimientos, desprecios y anatemas; después, por los episodios, algunos muy curiosos, que nos revela.—E. S. y Ch.

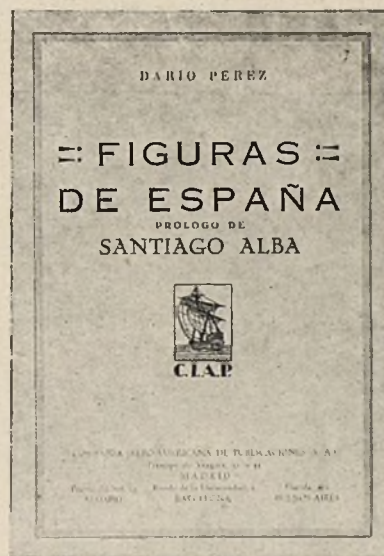
FIGURAS DE ESPAÑA por Darío Pérez

DARÍO PÉREZ reúne en este volumen figuras interesantes de la actualidad española: políticos, hombres de ciencia, periodistas, escritores, artistas. Toda una baraja de personalidades, compuesta por las de mayor interés, relieve y calidad.

El valor de un libro como éste de Darío Pérez

—aparte su prosa, su fina observación, su poder para recoger en breves páginas los rasgos esenciales de cada figura—es un valor, sobre todo, pedagógico. En un país como España, lo mejor de nuestras personalidades está como sepulto, ignorado. Alzar hasta la popularidad a esas figuras—Falla, Juan Ramón, por ejemplo—es obra meritoria, sobre todo si se realiza, como Darío Pérez en este caso, perfectamente.

Perfectamente: hay en estos retratos del escritor aragonés un poder de síntesis singularísimo y un tacto especial para enlazar, conjugando, en cada figura, la biografía, la obra y la personalidad personal... Hay en estos retratos todos aquellos rasgos irrecusables, sólo los irrecusables, para dar una impresión exacta, total, del hombre. Con el mejor sentido crítico—asentado siempre en la comprensión absoluta, en el amor—, Darío Pérez ofrece lo mejor de cada ejemplar hispano, y da por ello a su libro un tono nobilísimo, seria calidad cordial, espíritu firme. No importa siquiera que las figuras no



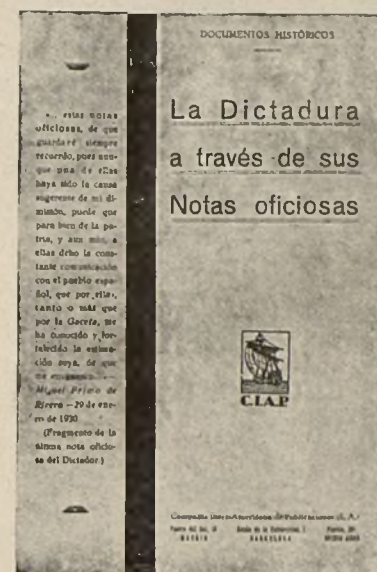
sean todas ellas de primera línea. El libro gana, por ello, variedad, y obtiene una mayor amplitud.—E. S. y Ch.

LA DICTADURA A TRAVÉS DE SUS NOTAS OFICIOSAS por Dionisio Pérez

DIONISIO PÉREZ, el gran escritor, ha realizado con este libro la más violenta crítica de la Dictadura. Crítica violenta, no por la actitud o por el estridentismo del gesto, sí por la fuerza cierta, definitiva, de su argumentación. «Por la boca muere el pez», parece se dijo Dionisio Pérez. Y reunió en un volumen, ordenadas, cuantas notas escribiera Primo de Rivera desde el 13 de septiembre del 23 al 29 de enero del 30. Eso sí, reunió aquellas notas para obviar con breves apostillas contradicciones, insensateces, injusticias, ingenuidades.

Por ello es *La Dictadura a través de sus notas oficiosas* el argumento definitivo contra la Dictadura. Argumento del propio dictador, de puño y letra del dictador, construido inconscientemente a lo largo de seis años y evidente ahora, por este libro, en toda su fuerza argumental, merced a la articulación y a las aclaraciones agudas del recopilador.

Acaso este gesto sencillo, tan escasamente espectacular, de Dionisio Pérez sea la cifra definitiva y como definitoria del temperamento de



este hombre. Argumentar, sin violencia de argumentación. Demoler, sin estruendo de demolición. En resumen: hacer sin apariencia, sin exterioridad vanidosa alguna, sin espectáculo. Cabe a Dionisio Pérez el honor—con el don—de penetrar diariamente en el público de España y América, filtrando su extraordinaria cultura, su visión clara de los problemas, su talento, su ingenio. Y ello de manera, por decirlo así, camuflada, consciente de su fuerza, pero inhabilitado por orgullo para hacer ostentación de la misma.

Muchos libros se han escrito sobre la Dictadura. Contra la Dictadura. Pero éste, tan sencillo en apariencia, de Dionisio Pérez es el más claro y el más decisivo asimismo como arma, como argumento. Es el libro que reconstruye íntegramente una etapa de la historia de España. Por consiguiente, el único libro de estos días que quedará, por insustituible, para el conocimiento de aquella historia.—E. S. y Ch.

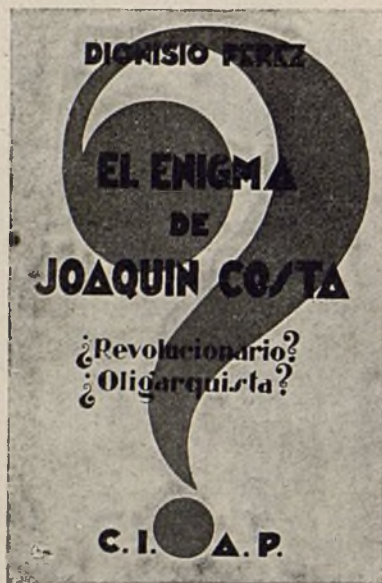
EL ENIGMA DE JOAQUÍN COSTA por el mismo autor

LA figura de Joaquín Costa aparece de nuevo, como una sombra, en el panorama político de España. Costa viene a ser, a veces, un argumento; en ocasiones, un programa; en muchos casos, una base donde apoyar actitudes y teorías. Sin embargo, la figura de Costa no ha sido estudiada todavía en su esencia y meditada en todas las dimensiones de su pensamiento. Puede decirse que hasta la aparición de este nuevo gran libro de Dionisio Pérez, *El enigma de Joaquín Costa*, la personalidad de Costa ha permanecido oscura, aunque no oscurecida. Es decir, ha permanecido enigmática.

A desentrañar este enigma, a evidenciar la auténtica envergadura de Costa, tiende esta obra de Dionisio Pérez. Por primera vez en España, frente a la figura del gran aragonés, hay un español que pregunta: ¿Revolucionario? ¿Oligarquista? ¿Disconforme? ¿Conservador?

Dionisio Pérez lleva a cabo su empresa con textos del propio Joaquín Costa, ateniéndose sólo a la evidencia del pensamiento de Joaquín

Costa. Se trata, pues, de un libro abierto a la duda, y escrito, por tanto, desde un punto riguroso, imparcial. Libro que despertará terribles



discusiones, porque no es un libro de partido. Libro que irritará acaso al ahondar agudamente en la entraña de uno de los espíritus más ejemplares de España.

Pero libro, de todos modos, y por eso mismo, sobremanera útil. Con el hábito (que no hizo nunca al monje) de Costa se han vestido últimamente muchos políticos de España. Hará un año, Primo de Rivera se proclamó como discípulo del maestro. Justo es que llegue la ocasión para Costa de que aparezca claro su pensamiento. Claro; es decir, en todas sus direcciones, en todas sus posibles dudas, en todas sus posibilidades de interpretación, recusación y aplauso.

Esa claridad necesaria, conseguida con la más firme independencia, se logra totalmente en la obra, por todos conceptos sustanciosa e interesante, de Dionisio Pérez.—E. S. y Ch.

Una fórmula suprema de humildad y de paz espiritual encontramos en el exlibris del novelista Julio Janin: «In angulo, cum libello.» (En un rincón, con un libro.)

TEATRO Y MUSICA

DOS MUSICOS

EN la música moderna española destacan con agudísimo perfil estas dos interesantísimas figuras: Gustavo Pittaluga del Campillo y Rodolfo Halffter. Ambos han obtenido últimamente, en el *Lycéum Femenino*, de Madrid, un éxito rotundo con sus composiciones. Ambos acaban de editar en París (Union Musicale Franco-Espagnole) dos obras abiertas a la sensibilidad moderna, cuyos valores de originalidad—así en los temas como en la construcción—se evidencian en los elogios con que ambas composiciones son acogidas por la crítica musical de España y del Extranjero.

Pittaluga y Halffter están sumersos en el momento y se producen, por tanto, de acuerdo con aquellas libérrimas normas de la literatura, la pintura, la escultura y la poesía nuevas. Ahora bien: temperamentos distintos, opuestos casi

siempre, Halffter y Pittaluga ofrecen aspectos diversos del arte musical. El primero, Rodolfo Halffter, lleva a sus composiciones un concepto puro miniaturista, por donde sus sonatas, estas deliciosas *Sonatas de El Escorial*, cobran el encanto de lo diminuto perfecto. Halffter dice de su misma música que se halla influenciada por Soler y Scarlatti. Pero, sin negar esta afirmación del compositor, hagamos a la vez una afirmación por nuestra cuenta: las *Sonatas de El Escorial* ofrecen una personalidad definida, propia, sin parentescos. Es la realidad de una música realzada con alegría, a veces con humor; pero sin extravagar nunca de la línea pura, y sometida siempre al más riguroso canon artístico.

Gustavo Pittaluga del Campillo se ofrece con cualidades distintas. Opuestas. Opuestas a las de Halffter. Aquí no es la miniatura, es la gran pintura mural. Decoración espléndida para muros de muchos metros. Pittaluga recoge en su música, purificada, la tradición musical española. Pero no recuerda por ello a Granados ni Albéniz. Algo, en ocasiones, a Falla. Su españolismo es la esencia del españolismo, y abreva allí donde discurre la más pura linfa racial. Pittaluga se complace en haber desnudado su



Gustavo Pittaluga.

españolidad musical de los tipicismos vulgares, siempre sin trascendencia, de la mala música de colorines regionales, particularmente andaluces.

Si Halffter representa el cálculo infinitesimal del pentagrama, Pittaluga es la poesía, el poema del pentagrama. Ambos músicos, en la mitad del camino que va de los veinte a los treinta, irrumpen en la vida musical con caracteres artísticos universales.—E. S. y Ch.

Ambos músicos han tenido la bondad de dedicarnos las líneas siguientes:

GUSTAVO PITTALUGA:

«LA ROMERÍA DE LOS BURLADOS»

Lo importante en el españolismo es su autenticidad: españolismo de *dentro afuera*, de tradición, de raigambre, desde Miguel de Fuenllana a Manuel de Falla; un españolismo que puede adoptar formas universales, porque sus calidades no están en la expresión externa de fórmu-

las españolas, sino en su más íntima esencia—frente al españolismo de *fuera adentro*, superficial, externo, que permite hacer música española a Lalo y a Glinka (y que, aparte otros valores cuyo análisis no cabría aquí, deja fuera de la órbita de la tradición a Granados y a Albéniz)—; música española, gran música española, con profundas cualidades características, que nace así del paisaje, de la tierra, de la esencia misma del suelo en que nace, desde el sensualismo desgarado de Andalucía, a la aridez escueta de El Escorial (de los árabes, al padre Soler; del *Amor brujo*, al *Concerto*).

La *Romería de los burlados* es un *ballet*, sobre un texto de Federico García Lorca y C. Rivas Cherif, escrito para la compañía de Antonia Argentina. Es un *ballet* español que pretende corresponder a aquella Andalucía. Ahora aparecen tres de sus danzas y el romance gitano en una transcripción de piano y piano y canto, respectivamente, en la que, como siempre, se queda uno con el escozor de tener que prescindir de muchas cosas que no caben, y le priva a uno del timbre en que fueron concebidos algunos trozos. El romance, para voz de contralto, se canta en el teatro con acompañamiento de guitarra.

Debo declarar que a mí me gusta todavía, aunque quede siempre el amargor (sólo perceptible por uno mismo, ¡afortunadamente!) de la distancia entre lo que uno se propone y lo que consigue.—Gustavo Pittaluga.»

RODOLFO HALFFTER:

«SONATAS DE EL ESCORIAL»

Propósito: Hacer música pura. Esto es, música estrictamente musical. Sin intenciones literarias o metafísicas.

Influencias: De Falla. Principalmente de su *Concerto* de clavicembalo. También de los clásicos españoles del siglo XVIII y de D. Scarlatti, el napolitano madrileñizado.

Otros datos: Estas sonatas están escritas en



Rodolfo Halffter.

El Escorial durante el año de 1928. Esto y mi admiración por la música del monje jerónimo escurialense fray Antonio Soler justifican el nombre que he puesto a mis sonatas.—Rodolfo Halffter.»

UN ILUSTRE PERIODISTA

ESTUVO breves días en Madrid el insigne periodista Adelardo Novo, director de *El Diario Español*, de La Habana. Sus amigos le agasajaron aquí con un almuerzo, al que asistieron numerosos escritores. Lamentamos no disponer en esta página de espacio suficiente para recordar los merecimientos de este escritor que



Adelardo Novo.

sirve el interés de España con una labor diaria, cuya eficacia no se estima por nuestros Gobiernos ni por nuestro público, que la desconocen. Es fácil empresa halagar a nuestras colonias, y servir sus pasiones exaltadas, y acompañarlas en los errores a que las inducen las informaciones tendenciosas y engañosas que el ministerialismo español difunde a través de agencias extranjeras. Se sirve mejor a España con la serenidad y con la firmeza con que Adelardo Novo acata la justicia, y muestra la verdad, y aquilata los sucesos, y depura los valores de nuestra política. En esta labor le ha amargado muchas veces la incompreensión con que la mayoría de las gentes se rinde más al halago de engañosas ficciones, que al austero conocimiento de la verdad. Sin embargo, al cabo de una dilatada labor, comienza a recoger el premio, con el homenaje que ha poco le rindieron los españoles residentes en Cuba y con el homenaje fraternal con que le expresaron su admiración y su afecto muchos escritores madrileños durante su breve estancia entre nosotros.

LOS CATALOGOS

HE aquí el número 603 del librero leipzigiano Karl W. Hiersemann. Sabido es que este gran acaparador de libros raros, antiguos y preciosos, sistematiza sus catálogos por materias. El 603 está dedicado a la navegación y a las empresas comerciales en las colonias, teniendo capítulos tan interesantes como el destinado a los piratas, corsarios y negreros. Entre los libros curiosos de este catálogo, señalemos *La mission de Phe nicie*, de Renan, París, 1864, que con sus atlas de planos y láminas coloreadas se ha hecho muy raro; el *Instrumentum hoc a Petro Apiano*, impreso en 1533; el *Usaige de l'astrolabie*, por Jacqui-

not, impreso en 1545; la *Tabulae eclypsiu*, 1514; el *Theatro naval hydrographico de los fluxos y refluxos y de las corrientes de los mares*, por Francisco de Seixas y Lovera (Madrid, 1688), valorado en 680 marcos oro; la *Flora de Filipinas*, del padre Blanco (Manila, 1877), valorada en 1.100 marcos, con otros muchos libros españoles. Lo más valioso del catálogo es una colección de veintiséis documentos originales fechados en El Pardo en 1576 y firmados por Felipe II. Se refieren a cosas administrativas de Nueva Granada. Están valorados en 9.000 marcos, y los acompaña el catalogador de la siguiente edificante nota: «Según toda probabilidad, los documentos provienen de uno de los Archivos de las Indias.»

—La revista *Tous les livres* recoge las cotizaciones que alcanzaron las ediciones de lujo de libros modernos en las subastas del Hotel Drouot, de París. Un *Tableau de la Boxe*, de Tristán Bernard, con encuadernación firmada por Pinard, cotizado en 750 francos, llegó a 2.000; un *Chéri*, por Colette, de 3.500, a 6.050; un *Sep dialogues des betes*, por Colette, de 750, a 2.250; *Les Croix de bois*, por Dorgelés, de 1.000, a 2.650; y en parecida proporción otros libros de André y George Suares, de Marcel Proust, de Paul Morand, de Louis Jou, de Rémy de Gourmond, de André Gide y otros. No se envanezcan, sin embargo, los autores. Los coleccionistas de estos libros modernos se disputan estos ejemplares, movidos no de la admiración a los literatos que concibieron estas obras, sino del deseo de poseer ejemplares únicos o rarísimos por el papel en que se estamparon, o por las ilustraciones originales que los acompañan, o por su encuadernación artística firmada. Así, por un ejemplar de las *Claudinas*, de la primera edición, se han pagado 1.350 pesetas.

EL CENTENARIO DE SUCRE

PARA prestar su colaboración en el programa para la conmemoración del centenario del mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, la Biblioteca del Congreso en Washington ha arreglado una Exposición de libros, grabados y folletos relacionados con Sucre. La Exposición fué instalada en unos estantes de uno de los grandes salones de Exposiciones de la Biblioteca, y quedó abierta al público durante varias semanas.

Están incluidos en la Exposición los siguientes libros: *Bolívar y la emancipación de Sudamérica*, *Memorias del general O'Leary*, edición en español, traducida del inglés por el hijo del autor, Simón B. O'Leary; *Historia de San Martín y de la emancipación Sudamericana*, por Bartolomé Mitre; *San Martín y Simón Bolívar. Glorifobia y Cochranismo póstumos*, por Juan Estevan Guastavino; *Bolívar et la Emancipation de les Colonies Espagnoles*, por Julio Mancini; *El crimen de Berruecos. Asesinato de Antonio José de Sucre, gran mariscal de Ayacucho*, por Juan B. Pérez y Soto; *El general Sucre*, por Carlos Peyre; *Cartas de Sucre al Libertador*, por Daniel F. O'Leary; *El Washington del Sur*, por Benjamín Vicuña Mackenna; *El asesinato del gran mariscal de Ayacucho*, por N. A. González (ecuatoriano); *El asesinato del general Antonio José de Sucre, mariscal de Ayacucho*, por Buenaventura Reinales, e *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del gran mariscal de Ayacucho*, por Antonio José de Irisarri.

Hay grabados, varios de la misma época de la revolución, de Bolívar, San Martín, Sucre y Francisco de Paula Santander. Hay también en la colección un ejemplar original de la gran hoja impresa *Ley fundamental de la República de Colombia*, impreso en Angostura por Andrés Bóderick en 1819, y un ejemplar del folleto *Mensaje del presidente de Bolivia al Congreso extraordinario de 1828*. Hay también un folletito con el título *Centenario de Sucre, programas de su celebración*. Caracas, 1895.

COMO SE RESPETA EN FRANCIA
LA BIBLIOTECA NACIONAL

EN la subasta celebrada en el Hotel Drouot, de una parte de la biblioteca portentosa reunida por el librero anticuario Eduardo Rahir, de que ya hablamos, un representante de la Biblioteca Nacional declaró su propósito de adquirir el ejemplar de la primera edición de *Le Devin de Village*, de J. J. Rousseau, que se ofrecía en venta. Este ejemplar tiene la siguiente dedicatoria: *Pour madame la marquise de Pompadour, de la part de son très humble serviteur J. J. Rousseau*. Estaba valorado en 50 francos. Al subastarse, un librero inglés, establecido en Londres, aumentó en 2.000 francos la propuesta del bibliotecario de la Nacional, y en la amplia sala estalló un clamoreo de protesta. El librero inglés no sabía que entre los aficionados y chararileros y anticuarios franceses existe la costumbre de no disputar a la Biblioteca ni a los Museos nacionales ninguna pieza que desean adquirir. La obra de Rousseau, con la curiosa dedicatoria, entregada a la disputa de los compradores, hubiera llegado, sin duda, a 400.000 francos. Y el librero inglés disculpó su inexperiencia pagando los 2.000 francos en que había encarecido la adquisición hecha por la Biblioteca Nacional.

LETRAS EXTRANJERAS

LORD BYRON
por André Maurois

ANDRÉ Maurois ha escrito con este libro la más perfecta biografía del gran poeta inglés. André Maurois—novelista en *Voyage au pays des articles*, biógrafo en *Disraeli*—es biógrafo y novelista a un tiempo en esta nueva obra: *Lord Byron*. ¿Qué es este libro? Una perfecta comprensión de la vida de un genio. Una perfecta exposición novelesca de la novela de un genio. Una espléndida novela, la propia vida de lord Byron. Arquetipo de vida romántica—esto es, apasionada, desbocada, trágica—, discurre esa vida por el libro de Maurois evidente en sus resortes, clara en sus motivos, comprensible en sus saltos. Lord Byron fué un trágico derroche de vitalidad, de sensibilidad, de pasión. Una gran locura del siglo pasado chocando con la salud, con la cordura inglesa. Esta cordura y aquella gran locura aparecen en el libro de Maurois claramente expuestas, hasta el punto de ofrecérsenos con la misma evidencia que la propia vida. Obra de solidísima documentación, sin duda de años de trabajo, el *Lord Byron*, de Maurois, se impone por su grave interés, por su belleza. Como biografía, como novela.

LOS ESCRITORES NUEVOS

CRITICA SINCERA

Es el mes de julio, y la calle de Alcalá se prepara—con la lentitud del crepúsculo estival—para ir poco a poco venciendo su bullicio a la calma silenciosa de la noche. El pavimento, los edificios y los mismos árboles, con su aparente frescura, despiden un vaho soporífero, con el que parecen desprenderse del calor que durante un día de interminable canícula han estado recibiendo. Las mujeres retocan constantes el imprudente brillo de la nariz, que han sorprendido al contemplarse en la luna de algún escaparate, y los hombres parecen caminar sedientos en sahariana peregrinación, deseosos de llegar a sus casas para humedecer sus gargantas y desprovverse de la ropa con que las leyes más elementales del decoro les hacen caminar.

Son muy pocos los que, como Luis Cortés, se arriesgan a sentarse en la terraza de algún café, milagrosamente resguardado del castigo solar por un amplio toldo de no inmaculada lona. Una vez acomodado deja sobre una silla la caja de pintura y espera paciente a que el camarero descienda hasta él su mirada, empleada en seguir los pasos, más o menos armoniosos, de una madrileña que "anda bien".

De vez en vez pasa rápido algún camión enorme que, deseoso de llegar pronto a su destino, parece próximo a deshacerse a su propia furia. Es uno de esos productos de la postguerra, que a menudo hacen temblar los cimientos de nuestras viviendas, lamentarse a los cristales de las mismas y suspender sistemáticamente todas las conversaciones en un radio de cincuenta metros a su alrededor.

Pero a pesar de estas molestias, Cortés tiene el hábito de sentarse todos los días, desde hace unos meses, en la misma terraza del mismo café, y es muy difícil que ellas basten por sí solas para hacerle salir de su rutina. Según su manera de pensar y de ser, cuando un hombre tiene una serie de rutinas como ésta en las que emplear las veinticuatro horas del día y se entrega a ellas con una formalidad ritual, puede considerarse feliz, y pedir más serían gollerías dignas de infelicidad en la tierra y de castigo en el más allá, que tanto teme.

Ya tiene ante sí un vaso de limonada helada—al menos bajo este nombre figura en la nota de precios—, y coge entre sus dedos una paja para entretenerse en desintegrar los pequeños cristales de agua turbia, considerando—aunque muy ligeramente, porque no lo recuerda bien—acerca de algunas teorías de física, como la del rehielo y la de cohesión entre las moléculas.

—Caballero. ¿Hago la suya?—le han interrogado bruscamente, y a su lado ha surgido una figura casi impalpable: un artista, "poco artístico" y nada decoroso por su vestimenta, que formula de nuevo la pregunta con la misma cara trágica con que diría: "Caballero. Es absolutamente indispensable que lo fusile con mi lápiz satírico y que me dé, en consecuencia, sesenta céntimos para comerme un cocido. La vida es tan cruel que impone estas pequeñas necesidades incluso a los privilegiados de espíritu".

Cortés se sintió rápidamente inclinado a la piedad y se dispuso a "posar", viniéndose a argumentos tan problemáticos como el de un compañerismo profesional que anudaba entre ellos sabe Dios qué supuestos lazos de fraternidad.

—Yo a usted lo conozco mucho—propuso el degenerado émulo de Miguel Ángel—. Sin embargo, no recuerdo en este momento su nombre.

—Yo soy Fernández—mintió Cortés.

—¡Ah, sí! Es imperdonable que no haya podido recordar en este trance el glorioso nombre de Pérez...

—De Fernández—corrigió benévolo nuestro héroe—. Siéntese si quiere; estoy contento y dispuesto a convidarle a lo que quiera.

Llamó al camarero y éste se acercó.

—¿Tomará el señor algo para refrescar?—preguntó al "ético" joven.

—No; precisamente vengo ahora de beber. Mejor tomaría un bocadillo.

—¿De qué lo desea el señor?

He aquí un problema al que no debía conceder importancia y que para él la tenía imponente. En la imposibilidad de comer uno de cada clase, recordó—pretendiendo conceder importancia a una señora que en aquel momento atravesaba la calle, y a la que supuso víctima de un atropello—los encantos de todos los manjares que hacía tiempo que no degustaba. Su amigo acudió en su auxilio, sacándole del apuro.

—Mi amigo lo desea, sin duda, de solomillo.

—Es cierto—ratificó éste—. No encontraba la palabra. Había desaparecido de mi idioma—pensó para sí.

Y cambiando de conversación, para que no se le hiciese muy larga la espera del aromático pisco-labis, la orientó por terrenos en que a menudo paseaba en sus charlas profesionales.

—Pues, sí, amigo; en la última Nacional vi su cuadro, y me gustó, francamente.

—¡Oh, por Dios!—le atajó Cortés, dispuesto a "metérselo en el bolsillo". Es usted excesivamente amable... Además mi cuadro estaba, como la mayoría de ellos, mal colocado; a mi lado me pusieron a un tal Cortés, que con su pretendida brillantez de color me lo echó abajo.

—Puede ser—corrigió adulador el advenedizo—que entre el público ignorante hubiera, en efecto, alguien que pensara lo que me dice... Pero los inteligentes, los que entienden algo, no pudieron dejar de comprender la superioridad de su obra sobre la del mamarracho de Cortés; el cuadro de éste era una verdadera desdicha: falto de luz, de color, de volumen, de dibujo, antipático de asunto... Crea, amigo, que aunque el fallo del Jurado fué, como siempre, contrario a la justicia, su obra no pudo quedar desestimada.

En aquel momento llegaba el bocadillo y Cortés se tranquilizó. Al paso que iba la cosa esperaba oír pronto comentarios poco agradables hacia su familia, y aprovechó la ocasión para despedirse de su "incondicional admirador".

—Bueno, querido; son las ocho y yo me veo en la precisión de abandonarle. Aquí le dejo cinco pesetas para que pague...

—¿La vuelta?

—No tiene importancia...

—Muchas gracias. ¿Me quiere decir su nombre, para dedicarle este pequeño apunte?

—Ah, cierto: Luis Cortés, a su disposición.

El artista desconocido se atragantó, tosió, pretendió balbucear algunas palabras y miró hacia el suelo, en el que parecía haber perdido algo. Cuando levantó su cabeza, dispuesto a aclarar, su amigo había desaparecido entre el bullicio callejero, que le pareció como una enorme carcajada de sobrenatural ironía.

ANDRES PACHECO PICAZO

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la Revista. Rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: "Para la sección Los escritores nuevos". Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS» CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de
Colaboración espontánea

Hemos recibido su trabajo y...

Tomás Cañas (Madrid).—Hacer un soneto es más difícil de lo que parece. Multiplique usted esa dificultad por tres, y verá las que no ha podido vencer en esta ocasión. Otra vez será.

M. R. M.—Pobres los versos y anodina la prosa. No nos sirve. Pero, en cambio, podemos—y queremos—darle un consejo. Los signos de puntuación son muy útiles en la literatura. ¿Por qué no prueba usted a usarlos con menos tacañería?

M. San Ildefonso.—Del fajo abrumador de cuartillas que nos manda se salvó "La catarata". Ya puede usted agradecerémoslo. Ha estado a punto de naufragar en el montón de lo que no nos sirve. Para otra vez le agradeceremos que sea más parco en sus envíos. Y ahora, a esperar turno.

Zacarias (Madrid).—No hemos podido pasar de la segunda línea de su "Estampa báquica". Honradamente, ¿cree usted que el asunto de sus cuartillas es el más a propósito para Cosmópolis? Piénselo. Y si vuelve a enviarnos algo, mándenlo escrito a máquina. Todos iremos ganando con ello: nosotros y usted.

Ceche (Madrid).—¿Conoce su familia sus aficiones "literarias"? Porque sospechamos que como su papá se entere, lo va usted a pasar mal. ¡Créanos! Y procure estudiar. Es cosa utilísima. Sobre todo a sus años.

Rand (Valencia).—No hemos podido leer sus cuartillas. Como su producción sea tan endiablidamente mala como su letra, no le arrendamos la ganancia, ni a la gramática ni a usted.

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de los originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas escritas por un solo lado, y las composiciones poéticas de sesenta versos.

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección "Hemos recibido su trabajo y...", en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.



José Caballero

AURORA

Cada mañana que nace
es para mí de año nuevo,
corre, vuela caballito
sobre la noche del tiempo.
Corre y vuela... Los vallados
se quedaron entreabiertos.
Cuando despunte la aurora
recibirás como un beso
sobre la crin, hecha llamas,
del que se dice sol lleno.
En el fondo nemoroso
perfilaban los abetos
sus altivos minaretes
vigilantes de los cerros,
y de la cumbre azotada
por las celliscas de invierno
descendieron los arroyos
a lamerles los cimientos
y recoger por el valle
las blancas puntas de espejo...
No te pares, caballito,
adelante, amigo bueno.
De las sendas milagrosas
los guijarros olvidemos
si las dora el sol que nace
con su brocha de cabellos.
Lo que se quiere se busca
sin reparar en desvelos,
y el ayer se va quedando
a la espalda del deseo.
Ofrendémosle piadosas
cantinelas de lo bello,
destocando yo la frente
relinchando, tú, soberbio.
Que el horizonte se tiñe
de rosicleres amenos
como esperanzas en arco
que nos disparan del cielo.
Una flecha te ha bordado
sobre la frente un lucero;
una flecha, que en la punta
enhebraba los anhelos.
Caballito, no te apures
cuando la cumbre tenemos
ya dispuesta a la sonrisa
de amanecer como nuevos.
No te pares, no te pares...
que si te paras, me muero.

JUAN ARROGUÍA HERRERA

Hay una nave...

Hay una nave en el puerto
de formas acaderadas.
En su vientre de madera
mis esperanzas se guardan
esperando el nuevo día
en que suelten sus amarras
y sople en besos de espuma
el céfiro de mil alas...

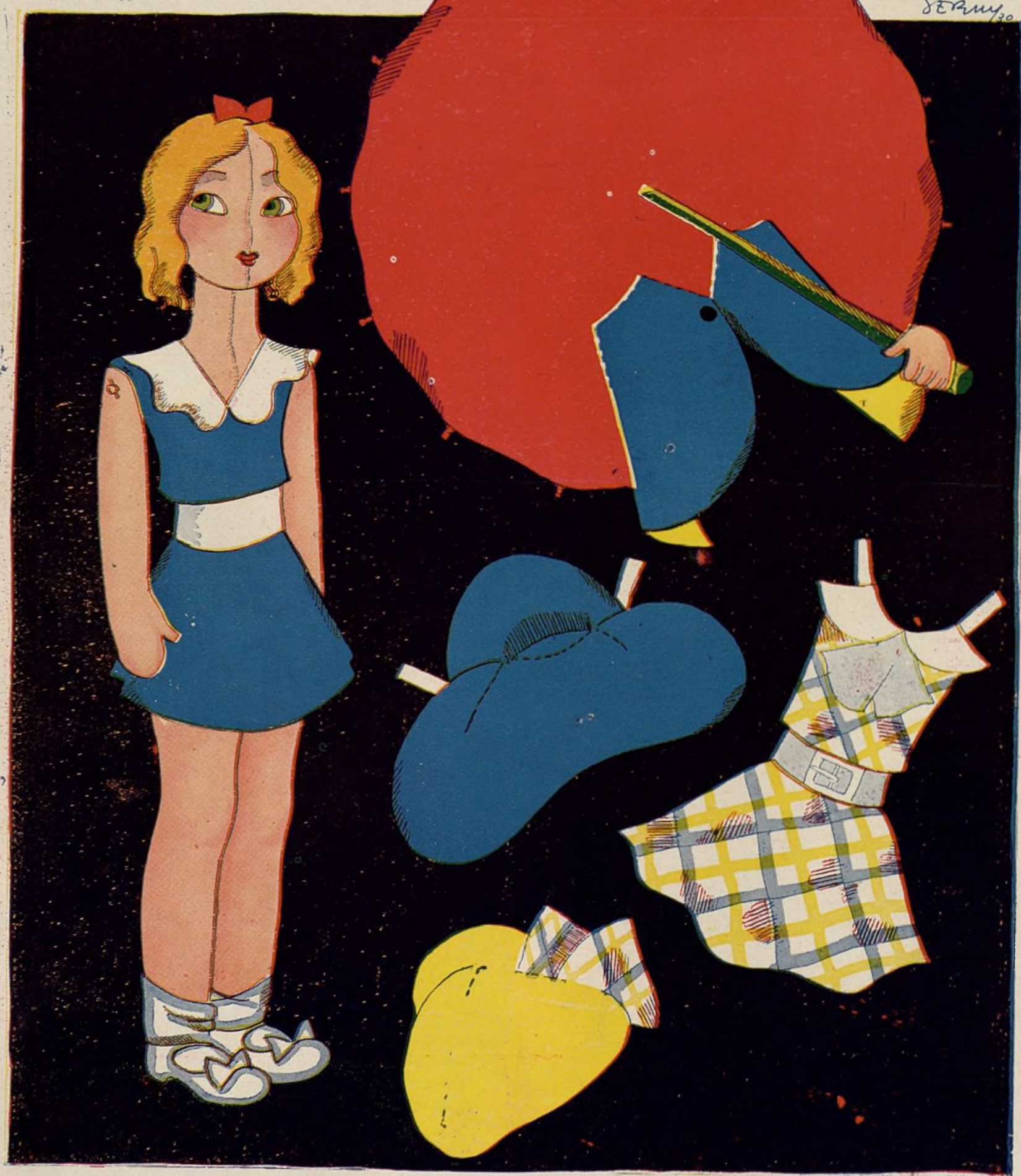
Y las velas orgullosas
se izaron desmelenadas
como cúpulas henchidas
como pechos de hembra brava.
De timón va mi destino...
A mares de fuego y plata
llevará su cargamento
donde una sonrisa aguarda.

Hay una nave en el puerto
sujeta con tantas trabas
que temo. ¡Temor ya viejo
que no ha de salir mañana!

A. SUJLS.



Sección
infantil
muñecos de Tijera



sección recreativa



Sección

LOS
MUÑECOS
DEL
PRESIDENTE

Infantil

I CUENTO

PUES, señor, este era el ropero del Presidente de la República de Villasopa del Plato.

Todo el mundo sabía que el Presidente era un hombre bueno, inteligente, con sombrero de copa y bigote. que todo su afán era crear centros de enseñanza para los obreros, hospitales para los pobres y jardines para que jugaran los niños al fútbol o al peón y montaran en bicicleta.

Como tenía que ir a reuniones, a comidas diplomáticas, a fiestas, a inaugurar puentes o barcos o carreteras, etc., etc., tenía un ropero con veinte trajes distintos, que colgaban de otras tantas cruces de madera.

Y allí, como en todo ropero de Rey, Duque o Ministro, había un pueblo de muñecos.

Cada traje era una casa; cada bolsillo una habitación; las aberturas de los bolsillos eran los balcones. Y así lo pasaban divinamente.

Los del traje de campo se saludaban con los que asomaban por la levita, y a veces iban de visita tan amigos y tan campantes.

—¿Cómo estás, amigo?

—Muy bien, Ayer estuvo el Presidente en el campo a inaugurar una presa de agua, y tengo mi casa muy agradable, oliendo a tomillo. Vente luego a merendar con nosotros, ya verás como lo pasamos bien entre aquel perfume.

—Iré, con mucho gusto.

Y pasaban la tarde oliendo el rico tomillo y la mejorana y el cantueso a que olía aún el traje.

Otras veces lo que pasaba es que el muñeco, la muñeca y los muñequitos que vivían en el chaqué atravesaban el ropero y se iban a casa de los que vivían en un traje a cuadros, que eran parientes, y les decían:

—Queridos: nos permitimos venir a pasar la noche con vosotros, aunque sea en los bolsillitos pequeños del chaleco, porque allí no se puede estar. Ayer estuvo el Presidente de Consejo durante siete horas, y como fumaron tanto, huele mi casa que da verdadero asco.

—Pues no os preocupéis. Pasad aquí tres o cuatro días, aunque sea, y todas las mañanas mandamos a los chicos a que huelan y nos avisen cuando se haya ido la peste.



Otras veces lo que pasaba era que venía un traje roto, por motivo de algún clavo del asiento o algún saliente del *auto*, y los que vivían en aquel traje iban preguntando en todas las casas que si el Presidente se había dejado el pañuelo de seda en el bolsillo, para arroparse ellos con él, porque les entraba frío por el rotito.

Todos tenían un gran afecto por el Presidente, porque si alguna vez no habían tenido tiempo de escapar y se los había encontrado en el bolsillo, los había dejado otra vez. Era para ellos un casero admirable, que no les molestaba con recibos ni nada. En fin, que le tenían mucho cariño.

Así las cosas, sucedió que el que vivía en el traje a cuadros, pasando revista una noche a sus habitaciones antes de acostarse, advirtió que el Presidente se había dejado la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta.

Se metió en ella, y estuvo revisando los papeles. Allí había un oficio firmado por el Presidente para comprar un automóvil inmenso, que llevara gratis a los niños al campo, para que jugaran. Y había dos o tres papeles más que demostraban lo bueno que era aquel Presidente de la República de Villasopas del Plato.

Pero entre todos aquellos documentos el muñeco vió otro que le hizo temblar de miedo; era una carta sin firma en la que se le decía al Presidente: «Con eso de que los obreros sepan tanto, ha hecho usted que las obras cuesten más caras, y los ricos están perdiendo. Y como yo estoy muy agradecido a los ricos, le voy a matar en cuanto tenga ocasión.»

El muñeco salió aterrado, y lo dijo en una reunión que se celebraba en la tapa de una sombrerera. Corrió la noticia entre todos los muñecos y todos estaban aterrados. Les parecía que se les iba a acabar el mundo. Decían:

—Son dos desgracias. La primera es la pérdida de un hombre tan bueno para todos. La segunda es que nosotros no sabemos dónde iremos a parar. Tal vez al Rastro. O tal

vez nos separarán, repartiéndose la ropa entre criados y parientes...

El caso es que en cuanto entraba el ayuda de cámara a por un traje para el Presidente, todos se tiraban al suelo como locos, llenos de angustia y terror, para que no les cogiera el asesinato en la calle.

No sólo lo hacían por miedo a sufrir daño ellos, sino por no presenciar crimen tan espantoso. ¡Y se daban unos golpes en la cabeza al caer al suelo!...

Luego se llevaba el criado el traje que fuera, y todos se volvían a sus casas. Y el inquilino de la casa que se habían llevado se iba a la casa de un vecino a llorar, pensando en que puede que a esas horas estuvieran atravesando su casita de un balazo con el Presidente dentro de la casa del monigote.

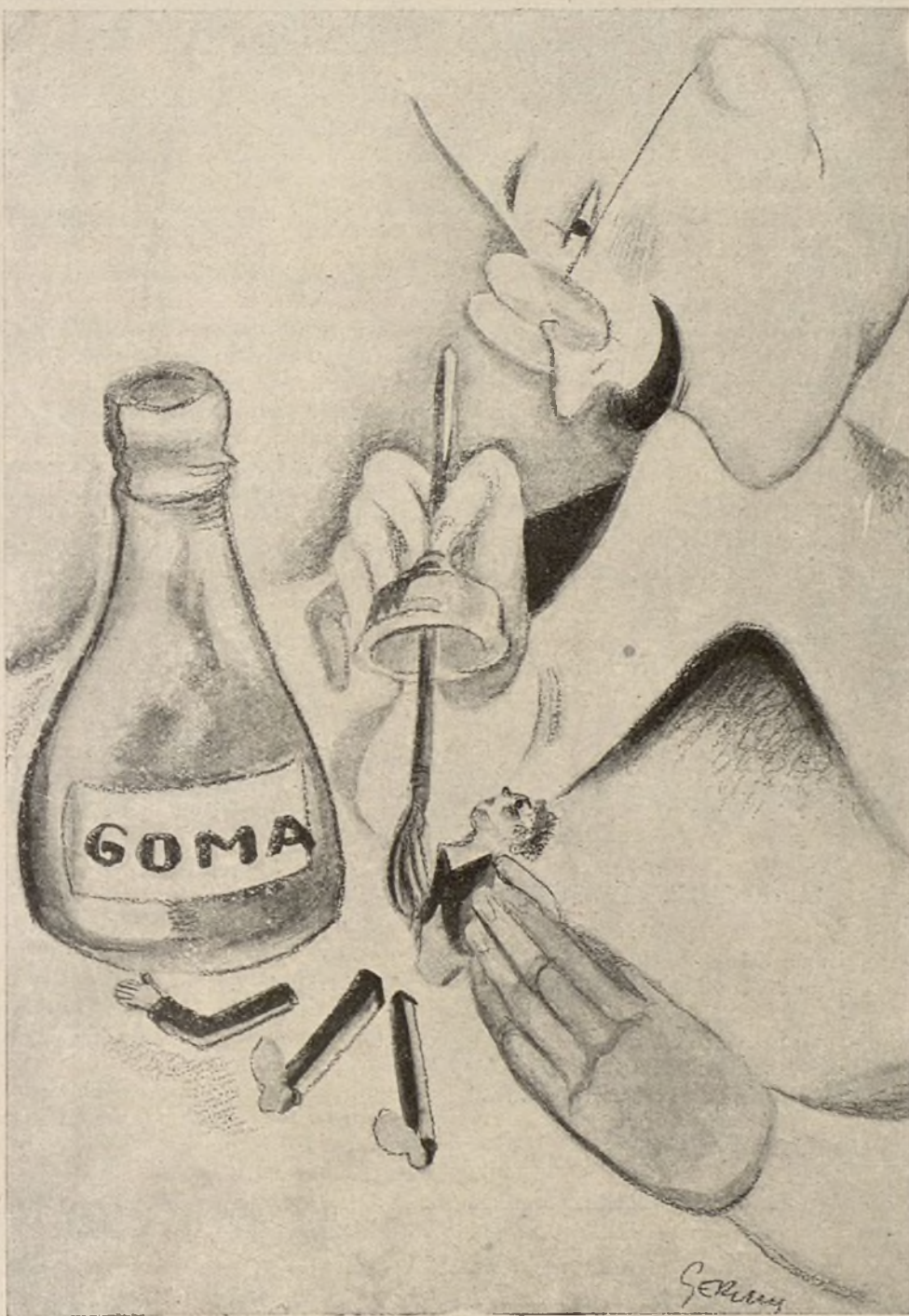
Pero un muñeco simpático, valiente, que vivía en la gorrina de mar que se ponía el Presidente para navegar, y que una vez no se quitó de su casa para que así le llevara el amo en la cabeza como a un grillo, fué y dijo a otros muñecos amigos:

—¿Sabéis una cosa? Que esto que hacemos no está bien. El Presidente es un hombre bueno, y es un hombre útil para la humanidad y para nosotros, y hay que defenderle.

—Sí, claro; tienes razón—decían los otros monigotes—. Pero... ¿cómo le defendemos?...

—Yo estoy dispuesto a todo—volvió a decir aquél, que por cierto se llamaba *Tenedorlín*—. Desde ahora, procuraré ir en la chaqueta que lleve el Presidente, y por lo menos le acompañaré.

En efecto, cuando entraba el ayuda de cámara en el ropero, y mientras todos los muñecos se arrojaban al suelo por si era su traje el que salía, *Tenedorlín* corría a los tirantes, que siempre se quedaban colgando de una silla. Se agarraba bien, y cuando el criado cogía el traje, y luego los tirantes, el monigote trepaba sin ser visto, y se metía en el bolsillo de dentro de la chaqueta, pero del lado del corazón, o sea el izquierdo.



Lo hizo varias veces, y siempre iba lleno de emoción. Y cuando volvía, se subía en la sombrerera y desde lo alto contaba a todos los vecinos del ropero sus sustos, sus angustias y su tranquilidad de conciencia.

Pasó, por fin, un día lo que tenía que pasar. El enemigo criminal se acercó al Presidente y le disparó un tiro en el corazón.

Cayó aquel gran hombre como muerto... y todos se extrañaron de que viviera aún... Fueron a curarle, y se encontraron con que la bala apenas le había entrado. ¿Qué milagro sería ese?

Entonces miraron el bolsillo y encontraron a *Tenedorlin* hecho pedazos. Lo vió el Presidente también, en el momento en que volvía en sí, y exclamó:

—Puesto que me ha salvado, que lo curen también.

—Pero, ¿cómo?—le preguntaron.

—Con goma. Que traigan goma... Fueron a por goma y el Presidente dijo a los médicos que antes curaran a *Tenedorlin*. Y le curaron.

Y los dos fueron transportados en la misma camilla al domicilio del Presidente de la República, y pasaron la convalecencia éste en la cama y el monigote en la mesilla de noche.

Cuando volvió al ropero, todos los muñecos se habían enterado de todo por un periódico que había ido envolviendo a un chaleco, y recibieron a *Tenedorlin* con grandes aplausos y con pedazos de serpentinas que, colgando de todos los balcones de las veinte casas, o sea de todos los bolsillos de los veinte trajes.

Y fueron todos felices de nuevo.

ANTONIO ROBLES

2 CURIOSIDADES

EL «REQUIEM» DE MOZART

Mozart, el admirable músico alemán del siglo XVIII, maestro de la gracia y la elegancia musical, recibió un día la visita de un desconocido, que le dijo:

—Vengo de parte de una persona que no quiere decir su nombre para que compongáis un *Réquiem*, pues ha perdido un ser amado y quiere de usted ese servicio musical religioso, con objeto de celebrar un funeral solemnísimos.

Mozart se emocionó con aquellas palabras, y exclamó:

—Lo haré.

—Ponga—añadió el desconocido—todo su genio artístico, porque es persona que entiende de música.

—Mejor—exclamó Mozart.

CONCURSO INFANTIL LA REFORMA DE LA BARAJA

Don Timoteo y sus hijos Tomás, Torcuato y Teodoro juegan todas las noches unos garbanzos crudos a la brisca. Don T. ha dicho a sus pequeños T., T. y T. que quiere reformar la baraja; que ya está harto de que siempre seanoros, copas, espadas y bastos.

Entonces se han encargado cada uno de los cuatro de hacer un *as* distinto. Y nosotros hacemos el mismo encargo a nuestros lectores. Cada uno, pues, nos debe enviar, si le parece, uno o dos *ases* dibujados, que no sean deoros, copas, espadas ni bastos; que sean de lo que les parezca gracioso.

Avisaremos el cierre del concurso cuando tengamos elementos de estudio suficiente, y entonces premiaremos con admirables libros de buena literatura los cuatro *ases* que, por su gracia, sean dignos de tenerse en cuenta.

- ¿Cuánto tiempo necesitáis?
- Cuatro semanas.
- ¿Qué precio es el de su labor?
- Cien ducados.
- Ahí van.

Pagó el extraño caballero anticipadamente, y se marchó. Luego se supo que era un mandado del conde Walsegg, aunque el músico no lo llegó nunca a saber.

Mozart se puso enfermo a los pocos días. Cayó sin conocimiento, una noche en que trabajaba con gran entusiasmo en la obra funeraria. Desde aquel instante dió en pensar que el desconocido era un enviado del cielo, y que el *Réquiem* que estaba componiendo se lo encargaban para sus propios funerales.

En efecto, antes de que fueran a recoger aquella su última obra, Mozart había muerto.

Si no se hubiera llegado después a saber quién era aquel desconocido, todos hubiéramos tenido que sospechar—como lo sospechó Mozart mismo—que aquéllo fuera un misterioso enviado sobrenatural.

LA TUNICA DE LOS CABALLEROS

Antiguamente, en la guerra, veíase que algunos caballeros llevaban una túnica sobre su armadura.

¿Qué significaba eso? Significaba que eran ricos. Y ahora preguntáis: ¿Y para qué les valía decir que eran gente de dinero? ¿No provocarían así las iras del enemigo?... Es posible. Pero tenéis que saber que antiguamente las buenas armaduras evitaban muchas muertes. Los soldados, que apenas llevaban con qué taparse, morían fácilmente atravesados por las lanzas o las flechas o de golpe de maza.

En cambio, los caballeros a lo más caían atontados. Entonces los enemigos iban a rematarlos, y ante los que llevaban túnica se detenían, porque sabían que eran gente que pagaba por el rescate buen dinero.

Ahora, con la pólvora maldita, pueden morir más hombres; pero tienen siquiera la ventaja de que ante la muerte todos son iguales: ricos y pobres.

3 CHISTES

Un borrachillo se tropieza con un caballero, y éste le grita:

—¡Ea! ¿Pero no ve usted a las personas?

—¿Que no? ¡Demasiado! Como que a usted le veo doble.

—Entonces, ¿por qué tropieza?

—Porque quería pasar entre los dos.

El dentista.—Ya tiene usted puesta la dentadura nueva. Parece de verdad.

—Sí; pero le advierto que me hace mucho daño... ¡Pero mucho!

—Duele, ¿eh?... Pues por eso mismo le digo que parece una dentadura de verdad.

—Dígame el futuro del verbo «saber».

—El futuro del verbo «saber»..., el futuro del verbo «saber» es... «aprobar».

Los dibujos han de tener exactamente el tamaño de un naipe, han de venir en tinta negra, y acompañados del cupón que se publica en esta página, advirtiéndole que con cada cupón no admitiremos más de dos *ases*.

Concurso infantil de «Cosmópolis» LA REFORMA DE LA BARAJA

CUPÓN PARA EL ENVÍO DE UNO O
DOS PROYECTOS DE ASSES

15.º Certamen

Mayo - junio - julio



Trabajos publicados

en junio:

del 451 al 465

La criptografía es un arte de origen puramente egipcio; comenzó a practicarse en tiempos muy remotos, cuando aun era desconocida la caligrafía;

proviene de las inscripciones enigmáticas que, representadas por diversas combinaciones cabalísticoartificiosas, acostumbraba a ponerse por aquella época sobre monolitos en las tumbas, dólmenes y criptas, para perpetuar la memoria de los familiares fallecidos. La escritura criptográfica llegó a alcanzar gran importancia entre los egipcios; muchas de estas lápidas inscriptivas, generalmente indescifrables, han podido apre-

Por FRAMARCON

ciarse en la tumba de los Faraones descubierta en las pirámides de Egipto. A la escritura criptográfica reemplazó la hierática o sacerdotal, y a ésta la demótica o popular, hasta conseguir la fácil y clarísima hoy en uso. Posteriormente, el descubrimiento de América por nuestros antepasados vino a demostrar que también aquellos hombres poseían sus sistemas de escritura, siendo una de ellas, la más usual, sin duda, la llamada jero-glífica o criptográfica. Así, pues, la criptografía, no obstante su abolición, sigue siendo un arte que tiene por virtud principal instruir deleitando.

ciarse en la tumba de los Faraones descubierta en las pirámides de Egipto. A la escritura criptográfica reemplazó la hierática o sacerdotal, y a

Núm. 466

JESUDIO NOTAS ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Fuego!

Solución

RESULTADO DEL 14.º CERTAMEN FEBRERO - MARZO

Señores cuyos pliegos contenían el total de soluciones exactas a los problemas de dicho concurso:

1. Doña Magdalena Pujadas, de Inca (Balears).
2. Doña Joaquina San José, de Madrid.
3. Doña Dolores García Robiou, de ídem.
4. Doña Encarnación Orbea, de Portugalete (Vizcaya).
5. Doña Juana Gómez, de Madrid.
6. Señorita María Luisa Eguía, de ídem.
7. Doña Amparo Andrés, de Salamanca.
8. Doña Juana Corde Pedraz, de Madrid.
9. Doña Amalia Arroyo, de ídem.
10. Doña María Boal, de ídem.
11. Doña Angeles Andrés, de Melilla.
12. Señorita Amparito García Naranjo, de Madrid.
13. Señorita Eulalia García, de Madrid.
14. Doña Carmen Soroa, de ídem.
15. Doña Elena Plana, de ídem.
16. Doña Amparo F. de Cano, de ídem.
17. Doña Dolores Naranjo, de ídem.
18. Don José Albaladejo, de Inca (Balears).
19. Don Fidel García Pérez, de Madrid.
20. Don Eugenio Molina, de ídem.
21. Don Eduardo de Otaduy, de Portugalete (Vizcaya).
22. Don Seraffín de Dios, de Madrid.
23. Don Juan Garmendia, de Portugalete (Vizcaya).
24. Don Cándido Carrasco, de Madrid.

25. Don José García de la Sota, de ídem.
26. Don A. Roso, de ídem.
27. Don Augusto García de la Sota, de Muriedas (Santander).
28. Don José María de Soroa, de Madrid.
29. Don Joaquín Soroa, de ídem.
30. Don Manuel Cano, de ídem.
31. Don Juan Gea, de Mahón.
32. Don Angel de León, de Madrid.
33. Don Juan Pérez, de Salamanca.
34. Doña Alfonsa Humanes, de Madrid.

En el sorteo celebrado en nuestra redacción el día 5 de junio, a las dieciséis horas, correspondió el

Primer premio.—Estuche con seis hueveras, seis cucharillas, salero y bandeja, importante todo ello 104 pesetas, a don Eugenio Molina.

Segundo premio.—Juego de licor, compuesto de seis copitas y bandeja, valor 84 pesetas, a doña Alfonsa Humanes.

Tercer premio.—Estuche con dos cucharas, dos tenedores, dos cuchillos y un servilletero, importe 64 pesetas, a doña Magdalena Pujadas.

Cuarto premio.—Estuche con seis cucharillas para el café, importe 27 pesetas, a doña Amparo Fernández; y el

Quinto premio.—Juego de entremeses, compuesto de ensaladera y dos tenedores, su precio 21 pesetas, a don José García de la Sota.

Con los sexto, séptimo y octavo premios, consistentes en una suscripción a esta revista, meses agosto a enero, ambos inclusive, resultaron favorecidos:

Doña Encarnación Orbea, de Portugalete.
Doña Dolores García Robiou, de Madrid, y
Don Juan Gea, de Mahón.

En el sorteo de las suscripciones fueron incluidos, según nuestra costumbre, los concursantes cuyos pliegos resultaron con errores u omisiones; habiéndose exceptuado, únicamente, los señores agraciados con los cinco primeros premios.

La extracción de los objetos que constituyen dichos cinco primeros premios habrá de hacerse en la acreditada casa de esta corte PLATA MENESES, sita en la plaza de Canalejas, número 4, previa presentación de los correspondientes recibos remitidos al efecto a los interesados por la Dirección de esta revista.

SOLUCIONES A LOS PASATEDIOS INSERTOS EN EL CERTAMEN FEBRERO-MARZO

- 432.—Opositores.
- 433.—BANDurria, cupiDO, coLEta y cochique-RA (BAN-DO-LE-RA).
- 434.—Placeres, amor, fe, odios, sinsabores, sobresaltos; todo en una palabra.
- 435.—(Sobre.) Sra. Doña Irene Picaso (o Varaso) Peral.—Larache.
- 436.—(Idem.) Sr. Don Rufino López Conejero.—La Velles.
- 437.—Casiano ve la cosa muy negra.
- 438.—LO-CAL. (Remitido por el ya célebre solucionista señor Molina.)
- 439.—harMONio, fauNO, abaLizar y accubiTO (MO-NO-LI-TO).
- 440.—Sabe a tapioca.
- 441.—Me dió ciento y raya de ventaja. (Autor, señor García de la Sota.)
- 442.—Yo traigo traje de baile. (Autora, la señorita María Luisa Eguía.)
- 443.—En el Círculo de Bellas Artes.
- 444.—Dos toros sobrerros.

Allanadas ya por la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones las irregularidades originadas por el cambio social de nuestra revista, y normalizada su aparición mensual, nos creemos en el deber de advertir a nuestros distinguidos y veteranos solucionistas y concursantes que, a partir del certamen de agosto, nuestros premios se incrementarán con obras de literatura selecta.

**COSMOPOLIS
CONCURSO CRIPTOGRAFICO**
Los no suscriptores acompañarán a sus pliegos tres de estos CUPONES pegados aisladamente por este lado y en lugar de firma.

N.º 467
LITERATOS
NUEVOS

N.º 470
CARTA CHA-
RADÍSTICA



50 VOCALES

Solución.....

N.º 468. (Sobre) NOMBRE, DOS APELLIDOS, DESTINO

SR. DON

MTER.

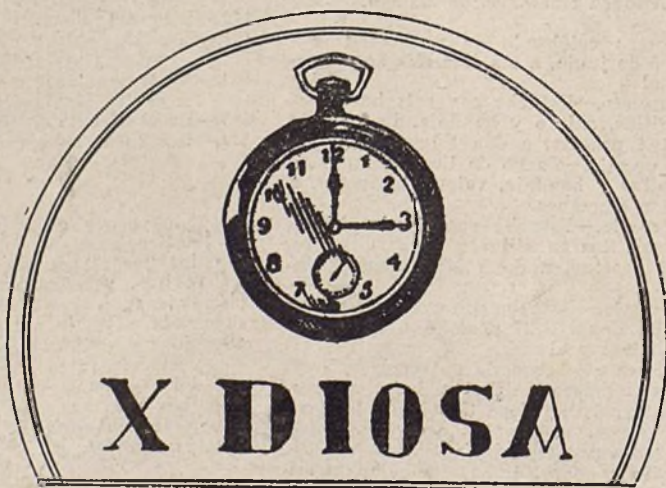


ESCULTURA



Solución.....

N.º 469
ESAS CHICAS
¿NACIERON
EN MADRID?



CONCURSANTE
Nombre: D.
Pueblo:
Provincia:
Calle:
Num.:

Madrid, 5 de julio de 1930.
Querido Teótimo: Se encuentra entre nosotros tu primo Homobono; llegó el sábado de Majadahonda para adquirir, entre otras cosas, TERCERA, un PRIMERA-SEGUNDA-TERCERA de alambre de espino para cercar la huerta que posee en el pueblo y unas lámparas de CUARTA-PRIMERA: ayer, después de dejar esto encargado, fuimos al teatro con unos PRIMERA-SEGUNDA-CUARTA del pueblo, amigos suyos, y no puedes suponerme lo que nos hizo reír; lo ocurrido fué lo siguiente: A poco de comenzada la función quedose dormido en la butaca; no había transcurrido una hora, cuando le despertó la voz de un actor, que, gritando, exclamaba:
—¡¡ Cielos!! ¡ Dos días que no salimos de aquí!
El pobre Homobono levantose sobresaltado, diciendo:
—¡¡ Maldita sea!! ¡ Y yo que tenía que haber estado en el pueblo ayer!
Salió disparado, sin acordarse de que estábamos allí nosotros y de que dejaba olvidado en la butaca de enfrente un CUARTA que había comprado por encargo de uno de los TODO de Majadahonda.
Cuando regresé a casa no lo encontré en ella; sin duda se fué andando al pueblo; en fin, chico, que lo pasé muy divertido.
¡¡ Qué primos tienes, Teótimo!!
Un fuerte abrazo de tu

ROBUSTIANA

N.º 471 ¿LA VISTE ALGO?

D²LERIA

Solución.....

FIN DE CONCURSO

Terminando en el presente número el actual certamen, se advierte a los señores concursantes que los pliegos de soluciones, acompañados de los tres indispensables cupones si no se es suscriptor, habrán de remitirse al apartado de Correos número 33, antes de 10 de agosto próximo. El sorteo tendrá lugar en nuestra redacción el día 15 de dicho mes, a las dieciséis horas.

N.º 472
¿QUÉ TE PA-
RECE ESA
CHICA?



Solución.....